

MARTA SANZ

*Un buen detective
no se casa jamás*



Zarco, aquel detective tan poco convencional de *Black, black, black*, cuarentón y gay, exmarido de Paula y luego novio de Olmo —tan joven, tan seductor, y ahora tan infiel— se va de viaje. Para olvidar y para que le olviden. También para huir de la compasión irónica de su exmujer. Se refugiará en el riurau que la riquísima familia de Marina Frankel, una antigua amiga, tiene en las afueras de una ciudad de la costa mediterránea.

Marina pertenece a una estirpe de gemelas monocigóticas: Amparo y Janni, la primera generación; Marina y su hermana Ilse; las hijas de Ilse. Abandonadas por Janni cuando eran niñas, Marina e Ilse han sido criadas por la tremenda Amparo, única heredera del viejo Orts, que con su vitalidad y su rústico talento para los negocios ha multiplicado la fortuna familiar. Ya mayor, Amparo se casa con Marcos Cambra, un bello podólogo que se parece a Delon, y vive en el riurau rodeado de mujeres que representan las dos caras de una extraña moneda familiar: una casi fea, la otra bellísima. El camaleónico poder de la hermanas rodea de misterio a esta familia de espesa femineidad y enigmas múltiples. Zarco, inesperado detective nunca escueto en palabras, los irá desvelando uno a uno, aunque de repente note, en su interior más recóndito, que también él necesita que alguien lo encuentre...

Marta Sanz

Un buen detective no se casa jamás

Arturo Zarco - 2

*A Luisgé Martín y Axier Uzkudun, inspiradores.
A Isaac Rosa y Marta Velasco, primeros lectores.*

El amor casi siempre debilita una novela policíaca, pues introduce una especie de suspense contrario a la lucha del detective por resolver el problema. Es algo que falsea las cartas, y nueve veces de cada diez supone la eliminación de al menos dos sospechosos útiles. En este caso, la única forma de amor eficaz es la que añade un elemento de peligro personal al detective. Pero, al mismo tiempo, percibimos instintivamente que se trata de un simple episodio. Un buen detective no se casa jamás.

RAYMOND CHANDLER, *Apuntes sobre la novela policíaca*
(escritos en 1949)

Los rotos corazones

o

La coja ausente

Tengo el corazón roto y no sé conducir. He comprado un billete de autobús. He desconectado el móvil y me he hecho la promesa de no encenderlo más que por las noches para comprobar las llamadas perdidas y los mensajes. Todo el día será como un dolor extendido hacia ese momento negro como el agujero del culo. Retención que acaba en espasmo de placer. O quizá el corazón se me pulverice cuando, tras escuchar la señal de encendido del teléfono, compruebe que nadie me ha buscado. Que a nadie puedo castigar con mi desaparición.

—Tómate esta botella conmigo; en el último trago me besas...

Con el volumen excesivamente alto, mi compañera de asiento escucha una canción, como pensada para mí, a través de unos auriculares. Ahora y durante los próximos meses, casi todas las canciones estarán como pensadas para mí. Mi compañera de viaje le pega un traguito a su cola *light*.

—Tómate esta botella conmigo...

Yo no bebo mucho ni sé conducir y vuelvo la cara hacia el cristal de la ventanilla para que mi compañera de viaje no me descubra los pucheros. Imagino a la Vargas, amojamada, con los labios húmedos de tequila. Con cada lingotazo, la voz se rompe un poco más y el blanco de los ojos se va enrojeciendo mientras las falanges se crispan al agarrar los vasitos y apretar el pucho contra el cenicero de porcelana —uno parecido al recipiente donde se liga el alioli—. Los

ojos, tan vidriosos, podrían quebrarse. Cualquier ceniza, cualquier pavesa, sería una pedrada contra los ojos llenos de peces de la Vargas.

—*Quiero ver a qué sabe tu olvido...*

Mi olvido ahora es un aceite —de girasol, sin duda— que me repite volviendo a la boca. Olmo es muy joven y es natural que busque experiencias. Experiencia número uno: mujer con clave de sol tatuada en la rabadilla —«No podrá ponerse la anestesia epidural», diría Paula—. Experiencia número dos: hombre rubio, aproximadamente de mi edad, pero con aspecto de magro de york enlatado. En lugar de comprender los devaneos de Olmo, de asesorarlo, de ejercer de cicerone de su sensualidad o de instructor-Valmont, de darle consejos y de escribir tratados en latín o en francés del siglo XVIII apoyado en su culito en pompa —escurrido, pero en escorzo adopta la figura y suavidad resbaladiza de una pompa de jabón, iflop!—; en lugar de disfrutar de la calma o de la perspectiva que da la edad, me agarré el canasto de las chufas. Perdí la respiración. Me sangró la nariz. Y no son metáforas.

—... *nada me han enseñado los años, siempre caigo en los mismos errores, otra vez a brindar con extraños...*

Medí mis reservas de cinismo: no me podría enfrentar a la media sonrisa de mi exmujer ante las infidelidades de mi joven amante. Aunque después se recogiese los hilos sueltos de su boca sarcástica para convertirse en mi cómplice y mi refugio. Porque Paula es una bellísima persona que hubiese forzado nuestra postura hasta conseguir la imagen de una *Pietà* articulada: Cristo deslavazado y virgen-silla. Ella, la virgen; yo, el deslavazado. Un residuo.

—... *y a penar por los mismos dolores...*

Ni siquiera puedo alimentarme de la energía de la Vargas. A mí nunca me sentaron bien los ponchos ni el tequila. Analizo mis sentimientos. Me maltrato mucho: quizá no me voy para evitar el juicio de mi exmujer, el rasero de esa línea vertical que le separa las cejas; quizá huyo para que no me entregue su dulzor —frutas de pulpa roja cortadas en dos mitades, gotas de azúcar que libarán los

abejorros—; para evitar que Paula piense que con su ternura —vanidad— me puede devolver al redil de los casados que se conocen bien, se hacen concesiones y guardan las formas. Me marché para que Paula no se confunda nuevamente. Para no aprovecharme de sus brazos abiertos y para que sus brazos abiertos no se transformen en cruces o en ramas de árbol que después se estrellen contra mis costillas. Soy un tipo intachable.

—¡Y en el último trago, nos vamos!

Hice unas llamadas, mi equipaje. Me dirigí hacia un espacio selenita en el que mi corazón latirá, extracorpóreo, sin causarme dolor —he sustituido los policiales por las series de médicos—; un espacio que ni Olmo ni Paula adivinarían nunca. Porque el uno y la otra son un par de presuntuosos que no saben de mí ni la mitad de lo que se creen. Me buscarán en Venecia, en París o en Praga. Me buscarán en Nueva York o Calcuta. En Tokio, en Helsinki. Incluso en Ronda, San Antonio o Cadaqués. Pero nunca se les ocurrirá buscarme por aquí. Mientras rumio estas cuestiones, me doy un golpe en el muslo —un golpe de descubrimiento— y la chica que escucha a Chavela Vargas se pone a mirarme por el rabillo del ojo. Yo pienso que a uno hay miradas que lo estropean.

Juego al escondite. Bajo la tapa de una boca de registro, espero a que Olmo o Paula olisqueen el aire y, por fin, me encuentren. Pero no llegan nunca y yo acabo mimetizado con las criaturas de las alcantarillas, navegando en las góndolas subterráneas del fantasma de la ópera. Me duermo y la parálisis causa un descenso de mi temperatura corporal que complica enormemente las labores de rescate de un hombre atrapado bajo tierra. Trabajo amistad con la rata mutilada que desfigura de un mordisco los mofletes de un bebé veneciano. Mi tía Pat, esa mujer que nunca —o casi nunca— sonreía en las fotos, dejó que esa rata, mutilada y tenaz, saliera de su cabeza y habitara el mundo.

Puede que mis compañeros no hayan bajado a jugar al escondite y yo los aguarde, eternamente solo, detrás de un árbol. Escondiéndome, buscándome y encontrándome por las habitaciones de una casa donde no hay más niños ni más detectives con lupa. Corriendo como un loco para darme caza a mí mismo. Persigo mi sombra y me la coso al talón con una fina puntada. ¿Estará la dama detrás del biombo? Salgo de los rincones cuando ya nadie me busca, levanto los brazos, hago señas y doy voces. Nadie se acerca. Sin embargo, me acurruco en lo más recóndito del armario o del cesto de la ropa sucia cuando gritan mi nombre; me tapo con fuerza los oídos para reprimir el deseo de mostrarme. Acabo de iniciar mi huida y ya me aprieto las orejas con las manos para evitar oír las voces que ni siquiera sé si me llaman.

—Señor, señor...

La chica que escucha a Chavela me zarandea un poquitín. Es muy considerada esta oyente de corridos desgarrados y boleros tristes.

—Señor, estamos llegando...

Abro los ojos y, con disimulo, he de retirarme la baba que, como veneno de cobra, se me ha escapado de dentro. La chica que escucha a Chavela se ha percatado de que soy un reptil o, lo que es peor, un viejo baboso y maricón:

—Mire, la playa...

Al final de su frase hay una promesa que no va dirigida a mí, sino seguramente a uno de los miles de cuerpos —broncíneos, lechosos, rubicundos, rizados, macilentos, alicatados, letárgicos, tímidos, obtusos, angulosos, escalenos, inflamables, húmedos—... que se encajan como piezas de un puzzle —ingles y bocas, orificios ensamblados en la orgía— sobre la arena. Vuelvo a mirar a la mujercita y me corrijo. Nadie le aceptaría una promesa ni una palabra de amor. A mí tampoco me echan de menos. A lo mejor, no estoy jugando y mi huida no es una llamada de atención, sino afán por respirar. Quizá —ni yo puedo creerlo— no siempre finjo. No siempre hablo en falsete. Necesito que me dejen en paz. Procuro

asimilar esta idea. Repito: que me dejen en paz, que me dejen, en paz, que me dejen... Estaría bien que procurase pensar durante un rato como Paula. Ser un poco más pragmático. Ingerir los medicamentos prescritos para sanarme respetando los intervalos entre pastilla y pastilla. Estaría bien. Sería justo. Necesario. El pragmatismo de Paula es un evangelio. Aprenderé a tomar el sol sobre las rocas sin desear que nadie me mire. Miraré sin estar mirándome. Que me dejen. En paz. La que se queda mirándome ahora es mi compañera de asiento, que no es tan joven como yo había creído sino que parece más bien una enana a punto de hacer una pirueta, con sus resabios y sus tutús hechos a medida. Mi compañera de asiento me dice con una voz pasada de revoluciones:

—¿Se encuentra usted bien, señor?

Tengo el corazón roto y no sé conducir. Soy un detective en sus vacaciones de verano.

Marina Frankel me espera en el bar del hotel donde nos hemos dado cita. La última vez que conversamos me dijo que quería que nos viésemos allí porque en ese hotel hay un ascensor que sube a una azotea con las mejores vistas del mundo. Marina Frankel es así de original. Espero que, después de tantos años sin vernos, no haya elegido ese lugar para empujarme al vacío. Marina se ofreció para ir a recogerme a la estación de autobuses, pero yo no quise. Mi empeño en que nadie me espere en las dársenas de la estación es una forma —bastante estúpida— de refocilarme en la soledad y el abandono —soledad y abandono: barro donde se revuelca el cerdo—. Yo también soy así de original.

Las estaciones de autobús son, por definición, inhóspitas y rezuman algo sucio que huele a bocadillo de longaniza y a una forma de peligro diferente de la que se intuye delante de las puertas de embarque del avión. Rechazar el ofrecimiento de que alguien venga a recogerme en un coche puede ser también un gesto de coquetería por mi parte, ya que no me gusta que me sorprendan

bajando de un autobús con la camisa arrugada. Soy un hombre que no halla el modo correcto de agarrar los bultos de su equipaje: llevo algunas bolsas, además de mi maleta de explorador, y soy torpe distribuyendo pesos a lo largo de mis brazos.

—Señor, ¿le ayudo?

Mi compañera de viaje me incomoda con su buena educación y sus tratamientos de respeto. Le digo que no. La mujercita corre deslizante en dirección al W. C. Yo dejo las bolsas sobre un poyete y las reacomodo sobre puntos neurálgicos de mi musculatura. Me duele todo. Me siento como un perchero, como un dromedario.

—Si fuera un objeto, ¿qué objeto sería?

—Zarco sería... ¡un galán de noche!

Paula se partiría de risa con el doble sentido. Arturo Zarco, galán de noche. Dondiego. Petunia. Clavel rojo. Aroma a lavanda inglesa. Puto —qué más quisiera yo—. De tal apostura no queda hoy nada de nada. La humedad dibuja círculos alrededor de mis axilas. Estoy sucio, solo, acalorado. En la situación perfecta para no rememorar la crueldad de los efebos —Olmo y sus traiciones— ni el tiempo perdido. O al revés: los dolores podrían agolparse en mi esternón como una bolsa más a la que no sé cómo darle acomodo.

—¿Está bien seguro de que no quiere que le ayude?

La mujercita ha salido del aseo de señoras. Se ha apretado la goma de la coleta de caballo que se le aflojó con la fricción del respaldo durante el viaje. Vuelvo a negar y remiro a la mujer que escucha a Chavela: es irritantemente educadita y se arregla muy bien con sus propios bultos. Me la imagino acarreando un canasto de maíz. La mujercita es, sin duda, una mucama. Ahora, justo, aquí, si Paula estuviera al otro lado del teléfono, proferiría un alarido de indignación. Pero Paula no me oye, no me ve, y yo debería estar saltando como un liberto mientras me acostumbro a hablar solo y a disfrutar del placer que mis soliloquios me reporten. Para mí mismo. Conmigo. La cincha de una de las bolsas me muerde como si el cuero tuviese dentadura. Las personas egoístas no aprendemos a estar completamente solas.

—Hasta la vista, señor.

Recoloco en otro punto de mis hombros una tira que me hace daño y llevo la mano al ala de mi sombrero, vencido peligrosamente hacia delante:

—Hasta la vista, querida.

Las gotas de sudor se me meten en los ojos. Procuro recordar dónde guardé la cartera y decidir cuál sería la mejor forma de sacarla para darle al taxista la dirección del hotel donde he quedado con Marina Frankel. Mi aspecto: boca seca, ropa arrugada, correas del equipaje incrustadas en mis chichas. Tengo una visión: un devoto del sexo atado y bien atado le pide a la dominatriz que apriete un poco más. Cuando le dije a Marina que ni se le ocurriera venir a recogerme, me movía el interés de preservar mi propia imagen. No me gusta que me vean recién levantado, sin afeitarse, con un impreciso sabor de boca que me sube desde el estómago o desde el vientre —el bajo—. Por la mañana, a Olmo, de la boca le salían emanaciones de sándalo y bollitos de anís —los veo—. Olmo ahora es un borrón que estará comiendo croquetas en casa de su mamá.

—¿Taxi?

El taxista me ve tan apurado que se encarga de todo el equipaje. No necesita más de dos o tres movimientos para acoplar los bultos en su cuerpo escultural. Parece un muchacho excelente.

—Lo siento, pero el aire no funciona.

Sudo a chorros. Voy a marearme, pero no me doy aire con la mano a fin de evitar un gesto de mariconería de esos que Paula me afea. Lo cierto es que a mí también me incomodan. Resisto mientras delante de mis ojos, a través de la ventanilla, desfilan rascacielos, terrazas, comercios, toldos, jardincillos, mujeres y hombres vestidos con indumentarias impensables en otros lugares que no fueran este. Gorros de mexicano. Maracas de Machín. Pareos. Lentejuelas. Bermudas. Viseras. Patinadores. Los zepelines surcan el cielo.

—Son veinte con diez.

—Cobre veintiuno.

Me gusta dar propinas incluso cuando ando justo de dinero. Soy hombre dadivoso. No escatimo. Esa es otra de las predisposiciones naturales que Paula me corrige. Gracias a ella, mis cuentas están bastante saneadas, pese a que no suelo tener mucho trabajo.

—Que tenga usted un día inmejorable.

El hiperbólico taxista, en otras circunstancias, hubiera logrado que mis vacaciones fueran mucho más felices. Pero ahora me siento estólido, inapetente. Carezco de esa seguridad en mí mismo sin la que es complicado afrontar la tensión del coqueteo.

Ahora que localizo a Marina Frankel en el bar de este hotel con forma de nave espacial o de templo habitado por una secta californiana, me retracto otra vez: estoy seguro de que le dije que no me fuera a buscar por consideración hacia ella. Debo corregir, en la medida de lo posible, la tendencia a enjuiciar mis acciones de un modo en el que siempre el lado oscuro y egoísta anula la buena voluntad —que está ahí sin duda—: mi uniforme de camuflaje, como un ácido, se me va comiendo la calidad humana. Antes me atraía ese Zarco despectivo. Pero, tal vez a causa de este clima tan húmedo, me encuentro exhausto y no tengo ganas de encrespar la espina dorsal como gato rencoroso. Quiero dejarme querer, ronronear bajo la caricia de una mano —no importa que sea femenina, basta con que sea hermosa...—, la mano suave y enojada de Marina Frankel...

—¡Buen día, señor! Vaya casualidad...

La mucama me intercepta antes de que yo haya atravesado el *hall* del hotel para encontrarme con Marina, que desde un rincón del bar me saluda. Mi amiga rápidamente se levanta —ha debido de notar mi aspecto depauperado— y se acerca como si fuera urgentísimo sostenerme. Al llegar junto a mí, me da dos besos agarrándome por los hombros. Yo solo espero no desprender mal olor:

—¿Ya conoces a Charly?

Charly, la mucama, me tiende sus manos, rematadas en diez dedos cortos y anillados —no se amputó ninguno recolectando

plantas con machete o con hoz—. Resuenan las vértebras de mi espinazo felino. Esto empieza a ser una terrible coincidencia y un mal augurio.

—Arturo, no puedes dejar de subir.

Marina Frankel, pese a su apellido de ventrílocua, no sabe hablar alemán. Casi toda su vida ha transcurrido en esta ciudad del Mediterráneo de la que solo salió cuando estudiaba bellas artes. Entonces la conocí y, antes de que me casara con Paula, Marina y yo ya éramos de esos amigos que se confiesan delante de unas copas. Conozco detalles escabrosos de la familia de Marina Frankel. Ella a mí también me guarda algún secreto. Con Marina nunca me sentí acosado ni querido de esa forma arácnida que Paula tiene de querer —o de quererme específicamente a mí—. En realidad, ambas mujeres se parecen un poco si exceptuamos la circunstancia física de que Paula es coja y Marina rubia. Igual que Paula, Marina se comporta con frialdad con las personas que no conoce demasiado. Con educación, pero sin tocar. Seca. Pero, de pronto, Marina se abre y es una mujer que da mucho cariño, delicada, cálida —¿a quién podría contarle yo ahora que *delicada* y *cálida* tienen casi las mismas sílabas?—. Marina te elige, te da la mano, te muestra la trastienda —estantes llenos de drogas y linimentos de colores, jeringuillas de cristal—, el doble fondo de ese baúl donde se guarda un polvoriento traje de novia, el cajón escondido de ese secreter en el que se firmaron, como poco, tres armisticios y un pacto de sangre. En ese momento, uno es el hombre más feliz del mundo. Sin embargo, de *profundamente Marina* —«Suenan a telenovela», me diría Paula como si yo no hubiera elegido la cursiva a propósito— no sé tantas cosas como ella sabe de mí. Ese es un desequilibrio que podremos superar a lo largo de este verano en el que procuraré hablar poco de mi vida, aunque estoy seguro de que, con su aparente desinterés, Marina me tirará de la lengua.

En cuanto la llamé y di comienzo al cuento largo de mis penas de amor, me invitó a pasar el verano en su casa. Aquí a nadie se le ocurrirá buscarme. Hace muchísimos años que Marina no aparece en mis conversaciones y el calor es tan pegajoso en estas playas que solo podría darse la casualidad —fatalidad— de que Paula —una persona que busca anagramas y palíndromos— se acordara de Marina y, con una punzada de celos, atase cabos para presentarse por sorpresa con Olmo. Miro a mis espaldas por si el milagro estuviese a punto de producirse. Pero en este ascensor, que nos sube a la planta cincuenta del hotel, solo estamos Marina Frankel, un poco más rellena que hace unos años, y yo mismo. Abajo, Charly se ha quedado vigilando mi equipaje. Protegiéndolo de los guantes blancos de esos jubilados que vuelven de hacer gimnasia con ganas de travesuras. Marina mira cómo el suelo, la tierra firme, se separa de nuestros cuerpos ascendentes. No soporto el silencio:

—¿Te has dado cuenta de que *delicada* y *cálida* tienen casi las mismas sílabas?

Marina sale del ascensor sin responder. Quizá no me ha oído porque el hilo musical le taponan las orejas. Pero Marina no es sorda, sino perspicaz:

—¿Ya estás echando de menos a Paula?

Me siento descubierto, desnudo. Estamos en el punto más alto del edificio más alto de la costa. Marina se llena los pulmones como si tuviera hambre y el aire fuera una mezcla de sémola y verduras:

—Este es un buen lugar para empezar otra vez, Arturo.

Si Paula la oyese, la mataría. Por cursi, por teatral, por provocadora —«Por puta», sentencia su voz dentro de mis tímpanos—. Paula encontraría mil razones para ciscarse en Marina Frankel. A mí, sin embargo, me viene a la memoria el engreimiento de don Fermín que observa Vetusta desde la torre de la catedral. Como ya he dicho, este hotel parece un cohete o un templo levantado en honor de un dios al que le agradan, sobre todas las cosas, los muslitos de pollo y los niños sin destetar. El titán —un caprichoso— coloca en el tablero las barrocas figuras de los mortales para

aplastarlas bajo el peso de su meñique. Yo desde aquí no distingo nada. La perspectiva aérea también puede ser un modo de desfiguración. El paracaidista aprieta los párpados porque prefiere no ver. Marina aparta el brazo de encima de mi hombro, donde lo había colocado con camaradería y amor, y su dedo índice me muestra esas cosas —también las hay— que solo pueden comprenderse desde arriba:

—Allá, entre aquellos naranjos, está nuestro *riurau*...

Marina utiliza un tono sentimental. Lo que no me dice —porque es discreta o porque hoy tiene el corazón de luto por mis dolores y solo emite frases afectivas sobre la naturaleza y la infancia...— es que su *riurau* ya no es un almacén de pasas, sino una mansión en la que voy a sentirme muchísimo más cómodo que en cualquier *camping* —castrado gato doméstico sobre aterciopelado cojín—. Tampoco me dice que, siguiendo el hilo azul de la costa, le pertenecen el edificio de las vidrieras y la urbanización de chozas verdes que se adivina al pie de una montaña a la que uno de los dioses, que suele subir a esta terraza-mirador ahíto de comer pollo y niños lechales, le ha pegado un bocado. La marca del mordisco se aprecia en la cuerda de la montaña donde, según aseguran muchos fumadores de hachís de los años setenta, reside una colonia extraterrestre. Las familias extranjeras —un término genérico— que habitan en las urbanizaciones del interior, en los chalés sumergidos en —o anestesiados por— el aroma del azahar y el fucsia de las buganvillas, no tienen ombligo. Es posible que, bajo el tatuaje del cogote, en el nacimiento del pelo, lleven camuflado un cajetín para meterles una pila como la que había que embuchar dentro de aquellas muñecas que nunca se cansaban de decir «Mamá, te quiero mucho».

—¿Has visto, Arturo, cómo se refleja la luz sobre las olas?

Marina quiere proporcionarme distracciones estéticas y sensoriales. Pero aquí, desde lo más alto, tal vez abducido por el espíritu oscuro de don Fermín de Pas, recuerdo la información que me dio Pauli —«No me llames así», qué raro se me hace no

escuchar ya mismo su voz— aquella vez que la familia de Marina salió en los periódicos y, desde su cubículo en el Ministerio de Hacienda, mi exmujer fue más allá de la *vox populi*. Ahora, una vez repasado el paisaje a vista de pájaro, una vez localizados los hoteles y los campos de golf y las urbanizaciones y el escondido *riurau*, entre bancalitos de algarrobos y almendros, recupero datos de aquella investigación paulina: la familia materna de Marina Frankel posee, además de los bienes enumerados, una cadena de heladerías y varios pisos repartidos por esta y por otras ciudades. Posee locales y negocios: tiendas de *souvenirs*, bares típicos, *pubs*, salones de baile donde mujeres del norte —auténticas vikingas— engullen tartas de nata con fresas y combinados dulces adornados con bengalas.

—No hay unas playas como estas en toda Europa.

Marina me habla con acento desganado pero orgulloso. El señor Frankel no tuvo tiempo de enseñar alemán a sus dos hijas gemelas ni de disfrutar de la fortuna de los Orts. Solo dejó su apellido y uno de los nombres de pila de las niñas, Ilse. El otro nombre, Marina, lo eligió Juana Orts, que desapareció con Frankel dejando a sus hijas al cuidado de su hermana Amparo. «Esa es el ama de verdad», me dijo Pauli —ahora puedo llamarla como me dé la gana— para prevenirme de la condición siniestra y matriarcal de la familia Orts. Nadie sabe por qué Frankel volvió a Alemania después de haber establecido el contacto —tremendo cortocircuito— para pegar un braguetazo monumental ni por qué Juana fue tras su compañero. Nadie pensaba que se quisieran así.

Marina observa la inmensidad azul. El cielo, el mar y la masa violeta y verde de la montaña contra la que se encajonan los rascacielos. Es solo un efecto óptico: los rascacielos son una lengua amurallada frente al mar y esta ciudad es una fila de volúmenes ordenados por tamaños, una superposición de pantallas que hay que superar para acceder al siguiente nivel en la consola.

—Desde esta terraza he pintado algunas acuarelas.

La voz de Marina dibuja esa cadencia desganada que se escucha por aquí. Algunos confundirían esa línea melódica con la dulzura; otros, con la enfermedad. La inflexión un tanto anémica de cada frase le otorga un matiz de melancolía o cansancio —«Mosquitas muertas», la voz de Paula, por contraste, rezuma cierto desprecio barriobajero—. Deberé poner mucho cuidado en no mimetizarme con el acento de Marina. Ni con un diletantismo al que soy proclive. Ni con un modo de vivir decorado por gatos de angora y piscinas en forma de riñón. Tengo una tendencia *zelig* que me resta carácter.

—¿En qué piensas, Arturo?

—En nada, querida.

Marina es pintora como lo fue el señor Frankel, que vendía acuarelas panorámicas en la plaza del Castillo. A Juana probablemente le sedujo la idea de ser musa. Se hizo *hippie*. Se marchó con Frankel en una caravana. Se cambió el nombre. Janni Frankel. El abuelo Orts dejó sus bienes y posesiones —exceptuando esa parte de las herencias que no puede escatimárseles ni a los desheredados— a su hija Amparín, por entonces soltera y amante madre adoptiva de sus dos sobrinas: Marina e Ilse. Desde hace veinte años, Amparo está casada con un podólogo —¿o era un oculista?— seis o siete años menor que ella. Janni Frankel vive en Alemania desde hace cuatro décadas, que es exactamente la edad que marca la piel de mi amiga Marina.

—Tu tío... ¿era oculista o podólogo?

—Podólogo.

Un minuto más de silencio contemplativo del paisaje. Después, Marina me coge las manos con la misma expresión de bicha buena que ponía Melania al dirigirse a la pobre Escarlata en *Lo que el viento se llevó*:

—Estoy muy contenta de que hayas venido.

Pese a los ojitos de ternera degollada, le agradezco —de corazón roto— a Marina su hospitalidad. La aplasto un poquito contra mí. No quiero cometer excesos ni galanterías que puedan dar lugar a un malentendido. Me separo de Marina y dejo de contemplar el

panorama para detenerme en ella después de veinte años. Marina es tan alta como yo. Una pelusilla dorada le abrillanta las partes visibles de su cuerpo. Sus hombros expresan debilidad en comparación con las caderas de matrona. Sobre un cuello elegante, lo mejor de esta mujer es su cabeza rubia: el pelo corto enmarca un rostro oval rematado en una barbilla con hoyito; los ojos, color azul piscina —se produce una simbiosis perfecta entre su color y mi color—, viven y se agrandan entre la negrísima espesura de unas pestañas sobrecargadas de rímel. A veces la cara de Marina Frankel se motea con briznas negruzcas. Entonces parece un deshollinador. La nariz conserva pecas de niñez. La boca, fruncida en un brote carnoso —un capullo—, al abrirse para reír, descubre una dentadura flamante de dinero: saludable y marfileña. Las orejitas, pegadas al cráneo, se adornan con brillantitos de un montón de quilates. La piel —el órgano más grande del cuerpo humano— reluce hidratada por cremas de noche. Sus pómulos: las alas extendidas de una mariposa —Olmo, después de comer croquetas, acostumbra a clavarlas con alfileres contra un corcho forrado de satén—. Marina Frankel no habla alemán pero, con sus imperfecciones, es guapa como un demonio. Si Paula me oyera, me mataba. Pero Paula se aparta un minuto de mi mente ante las palabras de Marina Frankel:

—Llegas en el mejor momento, detective...

Me da un codazo al llamarme «detective». No entiendo por qué ahora Marina me aplica ese tratamiento.

—¿Me vas a contratar?

He formulado la pregunta como quien juega a las películas o a las series de la televisión, presuponiendo una risotada de Marina Frankel que me permitirá ver una campanilla que huele a la perla de la ostra. Ella deja pasar un segundo de suspense con la mirada puesta en su reloj de pulsera. Después, se lleva el dedo a su boca perfumada para no decirme ni que sí ni que no:

—Me deja muy tranquila que estés a mi lado.

Soy un tiarrón. El eficiente guardaespaldas de una mujer buena, rica y guapísima. Mi banda sonora, en el instante de disfrutar de

este espejismo, no es la de Whitney Houston porque detesto cómo le tiemblan los labios cuando sube. Marina me saca de mi ensueño y me recuerda que todo consiste en el orden que se decida dar a las palabras:

—Otro día te lo cuento. O, mejor, ya te lo iré contando poco a poco.

Paula inocularía en mí la suspicacia —«Te quiere dominar»— y, sobre todo, aprovecharía para aleccionarme como inspectora de Hacienda y mujer de principios —«Los ricos nunca son buenos»—. Yo le respondería que todo depende, aunque en el fondo me aturda la seguridad de que Paula —hablando por una boca que no es la suya sino la que yo le veo dentro de mí—, Paula Quiñones, hija de un barrio de la periferia urbana, siempre, siempre, lleva razón. Mientras bajo en el ascensor del brazo de Marina, enciendo el móvil. No tengo llamadas perdidas ni mensajes. Apago inmediatamente el aparato como si de verdad hubiese venido a descansar y no quisiera ni la más mínima interferencia de mi otro mundo.

Las mujeres Orts nacen a pares. Gemelas monocigóticas idénticas con el mismo grupo sanguíneo. Un solo huevo. Las mujeres Orts padecen embarazos desagradabilísimos con irrefrenables vómitos y riesgo de preeclampsia. Paren hijas prematuras que terminan de hacerse fuera de sus mamás y son alimentadas con biberones. Marina optó por no tener descendencia:

—La maternidad debería ser una experiencia extracorpórea. Un huevo que madura al lado de la cama bajo una lámpara de infrarrojos. Ninguna lombriz que te chupe la sangre dentro de la tripa.

Marina nunca me presentó a ningún novio. Como si me estuviera leyendo el pensamiento, mi amiga me dirige una mirada soñadora de estrella cinematográfica mientras conduce rumbo a la casa familiar:

—Quizá siempre estuve enamorada de ti, Arturo...

Marina prorrumpe en una carcajada y Charly da un bote en el asiento trasero. Marina nos revela que las mujeres Orts conocen el peligro desde el útero. Las gemelas Orts se abrazan sumergidas en el líquido amniótico. Comparten el alimento intercambiándose la sangre a través de una placenta única. Pasan hambre. Se colocan en la línea de salida para ser las primogénitas. Amparo y Juana. Marina e Ilse. Al final de un túnel, iluminado por bombillas de cuarenta vatios y con goteras —las humedades pintan en la pared vaginal caras de vírgenes, dioses paganos y verónicas—, en el definitivo descenso hacia la luz, se retiran la grasa que les recubre el cuerpo y se desquitan de las privaciones placentarias para pisar con fuerza en la vida. Algunas nacen con dientes. Marina me da un golpecito en el muslo para que mire, a través del espejo retrovisor, la aterrorizada cara de Charly. Mi amiga disfruta de su dominio de la palabra —«De su superioridad de clase», Paula, incorregible, no me va a amargar, en forma de conciencia, ni las gambas rojas ni las copas de champán que me servirán en casa de Marina:

—Puedo acordarme de esas cosas y de la música de Jefferson Airplane que Janni Frankel nos obligaba a escuchar intrauterinamente...

Por el espejo retrovisor vigilo a Charly. Se ha sosegado.

Marina quizá busca entretenerme porque actúa como si le hubieran dado cuerda:

—Todo resulta un poco monstruoso...

Marina ríe:

—Me río. Pero lo digo de verdad.

Como si estuviera muerta de cansancio, Charly se tapa la cara con sus diez intocados deditos cuando Marina comienza a utilizar metáforas. La hembra procreadora de cada par Orts guarda en su vientre otro par de mujeres diminutas: una es un tronco macizo decorado de colores —la propia Marina—; la otra oculta en su seno otras dos muñecas: una que podrá hornear pan y desdoblarse, y un bloque estéril de hormigón armado. La matrioska fértil de ese par se bifurcará en otras dos muñequitas y, así, nos deslizamos, por tubos

de la risa y toboganes, hasta el principio de toda numeración, hasta el fondo oscuro —la última gota de azogue— del espejo. De repente, Charly se cae del guindo:

—¡Como en sus pinturas!

—Exactamente, Charly.

Me pone nervioso la ingenuidad de Charly; también la condescendencia de Marina. Ni Charly puede estar tan henchida de ese entusiasmo infantil que proviene quizá de las descripciones que Bartolomé de las Casas hacía del carácter del indio, ni Marina debería hablar como una señora que acaricia, cariñosamente y con dulce rictus de ama buena, la cabeza del hijo del criado. Altero el rumbo de la conversación:

—¿Cómo está Ilse?

Charly finge haber encendido su iPod, pero no escucho la entonación quejumbrosa de ninguna cantante de boleros. Sin separar las manos del volante ni la vista de la carreterita que nos conduce hacia el interior de la comarca, Marina me responde:

—Lo anterior era un prólogo, Arturo: Ilse tiene dos gemelas de ocho años.

Las gemelas de Ilse. Pregunto por la cuestión onomástica:

—¿Corina y Carina?

—No.

—¿Ernestina y Alfonsina?

—No.

—¿Yelena y Serena?

—No.

—¿Sol y Luna?

—Frío.

—¿Marta y María?

Es desaconsejable aludir a los hermanos gemelos como «los gemelos» o ponerles nombres de pila que se complementen o rimen. Yo lo sé y Marina sabe que yo lo sé porque, cuando éramos más jóvenes, hablábamos sin pausa de este mundo duplicado.

—Se llaman Estefanía y Érica.

Entre las verdades o los dictámenes científicos, Marina, igual que hoy, cuando éramos más jóvenes, intercalaba historias que me ponían los pelos de punta. A los gemelos no hay que vestirlos igual. No hay que permitir que pasen solos mucho tiempo. Que hagan juntos los deberes, que jueguen a oscuras en una habitación, que se enamoren de la misma persona. Que se aíslen del resto del mundo para cometer actos incestuosos, homosexuales u onanistas. El amor es, por principio, una experiencia gemelar. Hay que impedir que los gemelos se encierren en un cuarto para asesinarse mientras se miran al espejo y comprueban que no hay dos, sino cuatro cadáveres en la habitación. Para suicidarse en la carne del otro y someterse a innecesarias operaciones quirúrgicas. Intercambiarse ojos, brazos o dedos. No hay que permitirles suplantar al hermano para aprobar un examen o burlar a un pretendiente. A los gemelos no hay que hacerles competir. Ni regañarles juntos. Ni dejarles asistir al funeral del hermano muerto. Hay que vigilar sus esfínteres. Concederles el doble de tiempo que a un simple niño —uno— porque, al ser dos y simultáneos, suele prestárseles la mitad de atención que a una criatura sin bifurcaciones, sin cuatro piernas, dos estómagos, dos páncreas, veinte deditos de los pies...

Marina conoce mis aficiones librescas: réplicas y repeticiones, gemelos, espejos, *déjà vu*, la sensación de que esto ya lo he vivido antes, Olivia de Havilland es ella misma dos veces, dos hermanas Terry y Ruth, una perfecta y la otra un mal simulacro, una loca, la pudrición interior, maniqués, muñecas de porcelana china, clones de corderos o de seres nacidos en vainas, figuras del museo de cera, abducciones y la posesión del demonio, disfraces y suplantaciones de identidad, frankensteins, sueños, retratos e imágenes, Dorian Gray, Laura y la mujer del cuadro, álbumes de difuntos y fotografías que nos ocultan la clave para descifrar el misterio, el *doppelgänger*, Teresa Wright enamorada de su tío en *Shadow of a Doubt*, David Cronenberg, *El otro* por encima de todas las cosas. Amén. Marina imita la terrorífica voz del tráiler de la película de Robert Mulligan:

—*Holland, where is the baby?*

—Cállate, Marina.

—Te he preparado un montón de películas para que las veamos juntos.

Marina vuelve la cabeza hacia el asiento de atrás. Espero que conozca el camino de memoria:

—No, Charly, no te preocupes, Arturo no va a meterme mano en la última fila.

Charly no mueve ni un músculo de la cara. Tal vez solo un tic — fugacísimo— le ha acalambrado levemente el pómulo derecho. No, el izquierdo, porque a Charly la veo a través del retrovisor. No sé por qué Marina pretende escandalizar a la mucama. Me da menos miedo su imitación que sus bromas y provocaciones: la Marina de antes era mucho más discreta. También me incomoda la exactitud de su memoria.

—¿Recuerdas aquella vez que me besaste? Quince de abril de mil novecientos ochenta y siete...

Mi gran interés por Marina surge de la necesidad que siempre tuve de rodearme de mujeres guapas, de procurar seducirlas, de retorcerles las medias de cristal en los tobillos y de recorrer con mis dedos sus espacios interdigitales como una promesa que no se iba a cumplir, de simular que me calentaba calentándolas, para después acabar defraudándolas a todas y, mucho más, a mí mismo.

—A lo mejor no era yo, Arturo...

Pero, además, mi fascinación por Marina se relacionaba también con su hermana gemela. Yo la acosaba con mis preguntas: si ella se cae, ¿a ti te duele?; ¿tenéis miedo a la vez?; ¿soñáis lo mismo? Me compadezco de las estupideces de mi juventud. Después, pongo cara de pánico. Marina me sigue la broma:

—Ya he dicho que es un poco monstruoso...

Sospecho que durante demasiado tiempo Marina no ha tenido ocasión de inventar extravagancias. La veo contenta. Paula me susurra: «Te engaña, Zarco». Pero no puedo fiarme de una mujer celosa que intenta protegerme —hacerme daño— desde dentro de mí mismo. Marina deja el tono de fábula:

—Ahora Ilse y yo sabemos todo lo que la tía Amparín debería haber tenido en cuenta para nuestro correcto desarrollo emocional...

Marina vuelve a meter a Charly en la conversación sugiriéndole que se tape los oídos:

—¡Charly! Esto es muy muy privado...

La mucama apoya la sien contra la ventanilla del coche y cierra los ojos. Como si al bajar los párpados perdiese la audición y el entendimiento. Pese al tono festivo, Marina Frankel habla seriamente. Quizá no le importa que Charly escuche sus secretos o quizá confía en esta mujer que cuida del equipaje y mantiene relucientes los dorados del *riurau* —«Quizá solo la desprecia y se divierte a su costa», Paula se comporta como un Pepito Grillo muy pero que muy rencoroso—. Yo también sé ponerme serio:

—¿Pasa algo con las niñas?

—Ilse y yo hacíamos cosas peores.

—¿Debo estar prevenido? No llevo pistola...

Temo que Marina Frankel vaya a pegar un volantazo, pero lo único que hace es volver a reír:

—Bueno, en casa hay cuchillos que Charly usa como un cocinero japonés, ¿verdad, Charly?

Charly aprovecha la invitación retomando el tema de las gemelas de Ilse:

—Son muy buenas niñas. Fanny un poquito más nerviosa...

Charly muestra su mejor voluntad. Su gesto transmite una preocupación que se aproxima mucho al asco. Me asalta la duda de si alguien puede ser tan cariñoso y tan justo —«Querer tanto a sus patroncitas», cuánto te echo en falta, Pauli, cuánto me molesta...—. Veo sonreír otra vez a la mucama de los diez dedos. Ignoro cómo debo interpretar esa pose de extática diosa de las inmolaciones. Me dirijo a Marina:

—¿No me lo vas a contar?

Mi amiga calla. Llegará un día en que estas mujeres idénticas comenzarán a separarse. Una será la fea y otra la guapa: por lo que sé de Janni, ella y Marina son los miembros agraciados. Amparo e

Ilse, los muñoncitos. Los rasgos son idénticos: la separación entre los ojos, la zona del cráneo donde empieza a nacer la cabellera, la disposición de los dientes, las huellas dactilares...; sin embargo, no el paso del tiempo, sino las acciones que se emprenden a lo largo de él, modifican las fisonomías: las manos se deforman por la fuerza que se imprime para pelar las patatas; el ceño se frunce y aparece una retícula de arrugas, como pequeños derrames alrededor de los ojos, si se han llevado a cabo trabajos de precisión: inseminar óvulos, detectar erratas en la página del poemario, arreglar relojes, engarzar piedras preciosas en monturas, pulir y graduar cristales, desactivar explosivos. La curvatura de la espalda se inclina un poco más hacia delante por las horas de estudio, se achican los ojos y de la boca desaparece la marca imbécil del placer. O, quizá, el placer se ha convertido en aprensión. Cambia el gesto corporal y el esqueleto, se despellejan los codos o se caen los dientes, se declaran vicios y virtudes y se valida la máxima de que la función hace al órgano más allá de la herencia genética. En estos pensamientos me descubro como alguien mucho más moralista que Paula. Pero cuando soy puritano y estricto, cuando me pongo erasmista, Paula no suele abrir la boca para recriminarme.

Marina e Ilse, desde que conocí a la segunda, siempre fueron para mí mujeres distintas que me inspiraron ciertas curiosidades: ¿por qué Marina es bella e Ilse vulgar?, ¿será por el alma? —«*In nomine patri...*»—, ¿puede haber belleza en la inarmonía o la belleza reside únicamente en la regularidad y las proporciones del *Doríforo* de Policleto? En fin, asuntos intrascendentes —«Gilipolleces», oigo voces que no existen: debo tener cuidado—. También oigo la voz, un poco fantasmagórica aunque tangible, de Marina Frankel:

—Ya estamos aquí.

Un chófer se lleva el coche de Marina. A través de las ventanas del *riurau* de los Orts, atisbo movimientos de personas que nunca lograré ver: limpiadoras, jefes de mantenimiento, los que alzan en el aire esta magnífica vivienda. Sombras que quizá, ahora, me echen un ojo entre los visillos. Ilse y sus gemelas nos esperan en el porche

del *riurau*. La tía Amparo —«El ama, Zarco, esa es el ama»— está indispuesta. Finjo cierta preocupación a la que Ilse le quita importancia ritualmente. También disculpa a su marido, Jaime Ferrer, que se ha ausentado por asuntos laborales. Aunque no lo conozco, ya lo echo de menos en esta casita de muñecas rusas. A veces la camaradería entre hombres desprende simplicidad y salud. Películas de barcos al abordaje, gladiadores y soldados de la segunda guerra mundial. Buenos chicos. Camaradas. Las hijas de Ilse y Jaime también me dan la bienvenida con un beso. Fanny se me queda mirando fijamente y Érica pregunta:

—¿Y el abuelito?

El abuelito es Marcos Cambra, el marido de Amparo Orts. Las hijas de Ilse son muy educadas y parecen mimos. En este caso es evidente que Érica es la hermana fea.

Si anoche Paula me hubiera hecho una llamada, yo le habría aclarado: «No, mi amor, no, no estoy esquizofrénico, solo he sufrido un *shock* sentimental, respétamelo: es lo único que te pido». Después, le hubiese colgado como si su llamada fuese una intromisión imperdonable en mi vida privada. Pero, de anoche, solo puedo constatar que dormí bien, arrullado por un grillo. Quizá Charly echó alguna sustancia anestésica en mi cena, aunque no podría asegurar si lo hizo con la buena intención de proporcionarme descanso o con la mala de provocar una parálisis de mis extremidades —todo lo percibo, pero no me puedo mover—: así, sería más fácil asfixiarme apretando un cojín contra mi cara. La temperatura nocturna en este vergel interior no me ha resultado incómoda. Pasé la velada con Marina como si estuviéramos solos. Tal vez la familia —ajena a los detalles de mi vida sexual— se quiere desprender de la soltera y yo, visto sin gafas a una edad en la que ya todos vamos padeciendo presbicia, soy un buen partido. La familia forma con las manos un cuenquito dentro del que Marina y yo bebemos *brandy* después de cenar. Algunos pares de ojos, claros

y oscuros, nos espían a través de cerraduras y agujeros abiertos en los cuadros. Es una pena que no lleguemos a culminar la velada con un beso de lengua.

—¿Has visto que nos han dejado solos?

Supongo que con su coqueteo Marina pretende devolverme cierta confianza en mi atractivo sexual —«Hija de la grandísima puta» sería el contrapunto netamente paulino en esta ocasión—. Ilse, que solo debe de saber que hasta hace nada yo era un hombre casado —la discreción de Marina junto con su aptitud para crear historias estrafalarias son los rasgos más acusados de su carácter—, desapareció con Estefanía y Érica. Amparo no salió de su alcoba. Desde su último viaje a Alemania, se encuentra mal y esa es la razón por la que Ilse ha dejado a su esposo en el piso de la ciudad y se ha venido a pasar el verano con la tía Amparín. Me aseguran que hoy comeré con mi anfitriona y con el podólogo. Tengo ganas de conocer al ama. Me pregunto si el tiempo habrá sido clemente con esta mujer que debe de rondar los sesenta y pocos años. Janni Frankel tuvo joven a sus hijas y María Amparo asumió responsabilidades por ella. La responsabilidad encorva y cuarteo la piel. Marina se deshace en alabanzas:

—Mami Amparo fue muy generosa...

Si Paula hubiese oído lo de *mami*... Pero todo esto sucedió ayer.

Cuando me encuentro al nivel del mar, me baja la tensión, así que quizá las pócimas de la mucama no sean el origen de mi laxitud. El sopor me pega los párpados —siempre aparecen, en situaciones límite, dificultades añadidas frente a las que he de sobreponerme—, y hoy, nada más levantarme, solo me he sentido capaz de desplazar mi cuerpo desde la cama hasta una tumbona, situada bajo una pérgola, frente a la piscina del *riurau*. Ayer Marina Frankel me contó que este tipo de construcción es característico de una zona más al norte y yo reviví una postal de Las Vegas con sus casinos, pagodas y zigurats: millonarios del desierto trasladan a su país un templo egipcio que acondicionan como sauna... Pese a todo, la excentricidad de los Orts se reduce al desplazamiento de unas decenas de

kilómetros. No se han producido saltos intercontinentales y el *riurau* es muy bonito. Anoche mi cuarto olía a jazmines con su leve esencia a podredumbre. Entre el aroma de las flores, percibí la fetidez estomagante de algún insecticida: el zotal con el que Charly preserva un concepto de la santa limpieza fundamentado en el exterminio de polillas, cucarachas y mariposas blancas de la col. Gracias a Olmo, soy un gran conocedor de este tema, aunque estoy aquí para bañarme en el río del olvido y salir de sus aguas desinfectado. Como si el río fuera un sahumero y yo un pecador o un enfermo que tose mucho.

Después de haber reprimido el impulso de encender mi teléfono móvil, me estiro como un gato y reflexiono sobre el tamaño de mi confort. Sobre mis privilegios. Es la primera vez que estoy en el punto central de una fantasía a la que solo me había acercado cuando espiaba a través de las vallas de los chalés de lujo. Hoy soy el hombre que se encuentra en el centro del secreto y que quizá se aburra pronto del olor a cloro de esta piscina azul, del suave césped y de los hibiscos. Pero ahora, en general, mi satisfacción no es poca. Mientras me recreo en estas cavilaciones, más allá de los cristales oscuros de mis gafas, adivino a Érica y a Estefanía que, al otro lado del jardín, juegan a extender las alas y a volar como los pájaros.

La abuela rusa de Holland y Nills enseña a sus nietos a meterse dentro de otros seres vivos —el caparazón militar de la hormiga, el cráneo del búfalo, sus resonantes pulmones, las alas de un cuervo de pico azul— para volar muy muy alto, ver desde arriba las granjas y los invernaderos de gladiolos, el techo de madera del establo, los almacenes de trigo, los almiares, todo lo que hay más allá de la cúpula de cristal que recubre la comarca y el país entero, más allá de los focos de iluminación y del espacio donde el aire se puede aún respirar sin transformarse en sustancia tóxica... El rostro de los niños se enrojece. Los niños sudan, pero al fin se liberan del abrazo de la abuela y extienden los músculos para elevarse —lo notan en la tripa—. Como pájaros, distinguen en los surcos de la tierra las miríadas de insectos que les nutrirán y les darán vigor para volar más alto y

más allá, hasta que el cuervo se lance en picado y aterrice, poco después, en un granero con el tejado roto e, inesperadamente, se ensarte en los dientes de una horca oculta entre la paja. Un pinchazo muchísimo más fuerte que el de tres mil inyecciones atraviesa el corazón de los niños. Es la espina de un gigantesco animal. Entonces, el niño a quien la abuela retenía en su regazo se desmaya, grazna, convulsiona y la vieja se percata de que convendría saber quién propicia este tipo de accidentes...

Me quito las gafas para contemplar a las gemelas con esta luz de las ocho de la mañana. Dos niñas nunca deberían jugar solas al borde de una piscina, pero las gemelas se han levantado en secreto. Se han escapado de la vigilancia de Charly —Fotomatón: Ana Carolina Madariaga, nacida en Santa Catalina Pinula en 1973, de algo he tenido tiempo de enterarme y por algo soy un detective que no puede desprenderse de su vocación de buenas a primeras—. Las niñas llevan dos camisoncillos de gasa. Juegan en la clandestinidad. Yo también he llegado de puntillas a mi tumbona y las vigilo, como guardabosques a los ciervos, mimetizado en la sombra de la pérgola, sin levantarme para no provocar el estruendoso crujido de una hoja bajo las plantas de mis pies. Las niñas están disfrutando de un vuelo feliz. Pesan tan poco que la hierba casi ni se dobla. Son dos campanillas que ascienden no con el espesor, venoso y muscular, recubierto de plumas, de las alas del cuervo azul, sino con líquidas alas de libélula. Son hadas que cantan en un lenguaje que yo no comprendo y con el que ellas se contarán secretos inaudibles para el oído humano.

—¡Tilín! Chin, chin, chin...

Fanny acompaña los sonidos con movimientos armoniosos, mientras que Érica se ajusta violentamente a las melodías. La boquita mellada de la gemela Fanny, al decir tilín, chin, chin, muestra una gracia especial que no adorna la boca desdentada de la gemela Érica. A Fanny su mamá le ha cortado el pelo. Quizá se infectó de piojos o quizá Ilse prefirió subrayar las diferencias entre sus dos hijas. La niña del pelo corto tiene un aspecto simpático,

indefinido. Érica retiene sus cuatro pelos atados por una goma. Fanny parece la nínfula-actriz de un film que transcurre en la campiña francesa. Érica está más flaca y da la impresión de ser un par de centímetros más bajita que Fanny. Es el cachorro que hay que sacrificar en una camada numerosa.

Fanny repara en mí y viene rodeando la piscina, dejando arrastrar un pie por la superficie del agua. Como si pudiera caminar sobre ella. Dos pasos por detrás, la sigue Érica. Las niñas han abandonado sus exvotos: una bola de plástico de las que se sacan en las máquinas expendedoras; una muñeca a medio vestir; una pelota rellena de purpurina azul Klein Internacional... Fanny se recuesta en mi hamaca. En una mano apoya su carita, la otra se la lleva a la cintura:

—¿Quieres casarte conmigo?

A la niña le brillan los ojos. Con la punta de la lengua, se repasa la encía desprovista de paletos. Es posible que, en el paladar, Fanny conserve el regusto de la sangre reciente. Me coge la mano. Me siento tonto y minúsculo. Tengo una especial sensibilidad para la infancia. A los niños suelo gustarles —elegante, Paula aparta los *flashes* de las cámaras y susurra: «No comment»—. Fanny se me insinúa:

—Me enamoré de ti nada más verte.

Los dioses me regalan amores que no me merezco. Solo una ninfa como esta —¿asexuada?— podría redimirme. A lo mejor se la presento a mi madre para que recupere la fe; la caridad, sobre todo. Mi nueva novia no sufre ninguna tara física a excepción de la ausencia de los dientes de leche. Tiene el mismo aspecto de duendecillo ingravido que Olmo. Mi madre podría enseñarle a hacer un punto del derecho y otro del revés, y a coser patucos. Ni siquiera Paula podría resistirse a esta criatura celestial. Es tan bonita que la metería en la jaula del ruiseñor. Pero a Fanny le crecerán los pechos y todo se volverá mucho más cárnico y mucho más desagradable.

—Debemos concertar una cita. Te amo.

Tal vez Fanny se esté riendo de mí, pero algo en el ceño de Érica me dice que su hermana me habla con la mano en el corazón. Nos envuelve un polvo de estrellas que se evapora cuando Fanny exige:

—Cómprame un anillo con dos perlas y un rubí.

Me muestro seguro. Pero tiemblo como un flan:

—Y una tiara de princesa.

—No. Con el anillo estará bien.

Fanny no es maleable. Érica, tampoco:

—Eres una mentirosa.

Fanny se mordisqueea los padrastros. Érica tiene la voz cascada y profunda. Poco tintineante:

—Eres una perra traidora y una pata mareada.

Fanny me suelta la mano que, hace un segundo, recorría con sus dedos gordezuelos. Retengo a mi amante mientras la otra niña me mira con un odio retráctil que la mantiene siempre unos pasos más allá de la sombra de la pérgola. Soy lo suficientemente maduro para suavizar esta situación:

—¿Qué estabais cantando?

—¿Nos mirabas?

Fanny y Érica me han respondido a la vez, aunque la felicidad del tono de una no se parece a la ira —la amenaza— de la otra. Otra canción a dos voces.

—No entendía ni una palabra de vuestra canción.

Érica se tapa la boca con la mano para que yo no pueda escuchar la risita que le huye, como animal dañino, por los agujeros de la nariz. Fanny me explica:

—Es un lenguaje secreto. Cuando nos casemos te lo enseñaré.

Érica avanza un paso hacia la sombra de la pérgola:

—¡Traidora! Pata mareada, iculebra amarilla!

Fanny se levanta y esta vez no la detengo porque me parece que va en son de paz. Se acerca a su hermana y le da un abrazo. Yo apruebo su gesto de conciliación:

—Eso está muy bien, Fanny. Definitivamente me voy a casar contigo.

El síndrome de Zelig ya me ha debido de atacar ciertas glándulas porque me oigo con el mismo tonillo que Marina usa para aleccionar a Charly. He hablado a la niña como si fuera tonta. Fanny, angelical, me sonrío. Veo la dimensión de su melladura. Después, la niña afloja el abrazo con su hermana, se separa de ella y le araña justo debajo del ojo. Érica rompe a llorar:

—¡Pata mareada! ¡Culebra amarilla!

Fanny, desoyendo los gritos de Érica, me advierte:

—Acuérdate del anillo.

Me quedo petrificado. Ni siquiera me incorporo para consolar a la cachorra que los criadores de perros desecharían de la camada. No sé si podré estar a la altura de este amor. Nunca suelo estar a la altura de ninguno. Yo soy así y a esta aseveración Paula no le pondría reparos.

Charly sale del *riurau* alertada por los llantos de Érica. Lleva un pantalón que deja al descubierto un par de muslos cortos y macizos:

—¿No os he dicho mil veces que no podéis salir a jugar aquí solitas?, ¿qué pasó?

Érica se limpia y deja de llorar. Calla. Percibo claramente el movimiento táctico: Fanny desvía de Érica la atención de la mucama contándole un secreto:

—Zarco tiene los ojos azules y yo no. Cuando nos casemos nos nacerá un hijo con la mitad de un ojo azul y la otra negra. Probablemente, será agricultor o ministro.

—Usted perdone, señor Zarco. Es que Fanny es un poquito nerviosa...

Charly toma a una niña de cada mano. Fanny se despide:

—Pronto tendremos nuestra cita. Prepararé té con una nubecilla de leche.

Fanny me tira un beso. Érica, antes de echar a andar al lado de su cuidadora y de su hermana, se saca una fruta del bolsillo. Abre delante de mí una mandarina con el corazón lleno de gusanos. La arroja justo a mis pies. Como si supiese, con absoluta certeza, que la fruta estaba podrida.

—Te creo, Arturo.

Cuando le cuento a Marina las peripecias de mi compromiso con Fanny, se comporta como una Paula al revés. La mano derecha de Marina es la izquierda de Paula; la mano derecha de Paula es la izquierda de Marina. Pero una está fuera, aquí, en la realidad, aunque esta realidad se refleje en un montón de postales, y la otra contenida en mí, sin poder escaparse de la parte de atrás del espejo. Escucho el ruido de las uñas de Pauli contra el cristal —grimoso— y sus alaridos: «Son solo un par de niñas, Zarco. ¡Son niñas!». Solo yo puedo oír a Paula mientras Marina escribe una especie de apología familiar:

—Es la sangre. Nosotras siempre hemos sido mujeres con mucha imaginación.

Supongo que, al mencionar la imaginación, Marina se refiere, por un lado, a su verborrea y, por otro, a la vocación emprendedora —«Negociante, especuladora, fenicia», Pauli, contente, soy un invitado— de Amparín Orts. Me acuerdo de las medias palabras que ayer pronunció Marina e intento sonsacarle un poco más:

—Así que me vas a contratar para defenderte de tus sobrinitas...

—Le roban a Charly los líquidos venenosos y hierven a los gatitos perdidos.

Pienso que el último gesto de Érica, arrojarme una fruta pocha como si yo fuese un cerdo o un mal actor, es un conjuro:

—Y, a su vez, Charly las inicia a ellas en los efectos benéficos de acuchillar el agua o de colocar la pecera bajo un rayo de luna...

—Charly es una santa. Aunque me vigile.

Recuerdo el gesto de concentración de Charly en el asiento trasero del coche y estoy a punto de formularle a Marina una pregunta que interrumpe una de sus carcajadas. Es evidente que, por ahora, Marina no me va a confesar ninguna de sus preocupaciones. A mí incluso me gustaría saber qué implica el hecho de que la dulzura o la violencia de Fanny provengan de su tía

Marina, o la agresividad y el abatamiento de Érica, del malestar que siempre he creído entrever en Ilse. Me pregunto si Ilse o su hermana guardan algo de la determinación —del egoísmo— de las niñas, y si esa actitud dibuja un círculo que tiene su origen en las gemelas Orts. Se me cortocircuitan las sinapsis cerebrales. Me canso de resolver combinaciones y permutaciones, y me concedo un rato de descanso mirando por la ventanilla del coche.

—¿Verdad que es bonito el paisaje?

Bajamos a la ciudad. Marina quiere invitarme a comer. Amparo sigue con dolor de estómago.

—¿No habría que llamar a un médico?

—Quizá, aunque mami siempre ha sido un poco teatrera...

La descripción de Marina no se ajusta a mis hipótesis sobre el ama. Me imagino a Amparo Orts como una señora de provincias, tangencial, adusta, elegante. Cuando salíamos, he visto el perfil de Ilse mientras entraba en la alcoba de su tía María Amparo. Ha cerrado la puerta tras ella sigilosamente. Ilse no tenía buen aspecto, lo que me ha llevado a interesarme por el hombre de la casa. Quizá el malestar sea una infección, una epidemia a la que solo Charly —que conserva sus diez dedos intactos— y Marina resisten:

—¿Y tu tío?

—En la consulta. Luego le haremos una visita.

El trayecto: campos de almendros y algarrobos, campos de nísperos, limoneros, huertas y zonas de bancales. Al fondo, el mar; sus cien tonalidades de azul contrastan con las cien tonalidades de verde de la vegetación. Parece que, sobre la superficie del agua, alguien hubiera extendido un papel arrugado que, cuando le da el sol, brilla. Nunca he sido muy sensible a la naturaleza, pero este lugar es milagroso. Unos kilómetros más al sur, la tierra aparece mordida por urbanizaciones de chalés —suizos, neocoloniales, rococós, con verandas impostoras, pseudopalafitos y búnkeres—... donde adinerados urbanitas disfrazan el paisaje de decorado de opereta y matan ratones de campo, chicharras y tórtolas, lombrices, moscas y mariquitas con distintos tipos de cepos, insecticidas,

tirachinas, palos de escoba y aparatos que emiten ultrasonidos. Paula me enseñó a no confundir grillos con cucarachas. Un poco más hacia el sur, las salinas desecan el terreno hasta la abrasión y todo cobra una atmósfera de cantera abandonada, de superficie lunar. La tierra clara es estéril. La tierra negra o roja es tierra de fructificación. Aquí la brutalidad de la luz dibuja bien los contornos. Más abajo, sobre la línea de costa, los ensucia y difumina: todo es polvoriento. Aquí, sin embargo, distingo la silueta de las hojas en la maraña de los árboles. Espero que tanta nitidez no logre confundirme: lo exhaustivo y lo preciso desencadenan desconcierto en el espectador. Disfruto del *landscape*, miro, pero no sé lo que estoy viendo. Casi nunca nadie sabe en realidad qué significa lo que está mirando. No sé qué manos fundaron la tierra ni qué manos la fecundaron, la partieron, la hicieron procrear, la emputecieron, la disfrazaron de lo que no era o la mantuvieron oculta debajo de una sábana como los muebles y el piano de cola de una casa cerrada. Quién la escribió y puso nombre a los parajes. Quién se la quitó de encima, la abandonó o se enriqueció con ella. Quién la rajó de arriba abajo y la operó de apendicitis. A quién le hace sentir nostalgia y a quién odio.

—¿Arturo?

Se me nubla un poquito la vista. No entiendo lo que pasa ni dentro ni fuera de mí. Estoy intranquilo. Me parece que todo el aire se concentra, a través del orificio de un embudo, sobre mis hombros. Quizá tenga la tensión por los suelos o esté enfermando seriamente. Como la Orts. Como Ilse. Como Érica, que no engorda por mucho que Charly la embuche con yogures de leche entera y galletas de cinco cereales —o a lo mejor precisamente por eso—. Entro en esa espiral donde Pauli me advierte: «Te sugestionas, Zarco».

—¿En qué piensas, Arturo? No tienes buena cara...

Sonrío. Como si fuera idiota. Siempre he deseado que una mujer me formule esa pregunta: «¿En qué piensas, Arturo?». A Paula no le interesa leer mis pensamientos: ya los conoce. Pese a lo mucho que me ha gustado esa pregunta que mantiene la ficción de mi virilidad,

no le confieso a Marina mi malestar físico. Retomo la conversación sobre las gemelas y Marina, pese a que ya no está obligada a montar el espectáculo para escandalizar a Charly, sigue jugando:

—Ahora Fanny y yo somos rivales. Cuidado, Zarco: mi vida corre peligro...

Marina sabe muchas muchas cosas de mí. Sabe que detesto que las mujeres me amen y también que no me amen. Incluso alguna vez se me fue la lengua y le conté a Marina asuntos demasiado íntimos. Bajo la iluminación de unos velones rojos que habíamos robado de un restaurante alemán, Paula baila para mí *Temptation* de Tom Waits. El cantante aúlla como un lobo en plenilunio y ella se mueve con el introvertido desparpajo de una funcionaria coja. Se desnuda, aunque yo no quiero que me desvele su seductora condición de mujer mecánica. Paula quiere que nos tomemos con naturalidad una situación imposible. Me avergüenzo. La cubro con mi camisa. Me voy a dormir al cuarto de invitados. Rezo para que ella no abra la puerta y se eche a llorar. No sucede. Entonces la quise muchísimo. Amé su inhibición. Amé su rabia, su miedo a perderme, su arrepentimiento y la forma en que Paula renegó de su cuerpo de mujer. Su sacrificio. También me entró una congoja de animal. O de cura. La quise más que a mi madre y que a toda mi familia. Al día siguiente, me acosté con un puto —llevaba levantadas las solapas del abrigo para que nadie me reconociese— y quedé con Marina para describirle con obscenidad el baile de Paula. Marina me compadeció. Me dijo que yo no era el verdugo. Me sopló la pelusilla de la oreja como algunas mamás les hacen a sus bebés. Quizá es que dañar al otro es una de las formas de construir nuestro amor. Pese al dolor que me infligí a mí mismo y a las humillaciones, el amor —cristiano, casto y culpable— que sentí por Paula esa noche se me quedó dentro. Paula bailó con sosería y con una sensualidad desgarbada. Yo la degradé contando mal lo sucedido. Como si me importara poco. Más tarde, me descargué la conciencia revelando a mi esposa mis compadrecos con Marina Frankel. Tal vez porque Paula sabe que he venido aquí, ni siquiera me busca. Ante este recuerdo,

incluso la conveniente Paula que habita dentro de mí se va saltando por la ventanilla del coche. Se queda en el arcén como perra mojada bajo el diluvio.

—Arturo, insisto: ¿te encuentras mal?, ¿quieres que pare?

Marina me sujeta la frente mientras vomito.

—Estas curvas... A Érica le pasa siempre que bajamos a la playa.

El sexo está sobrevalorado. No ver a Olmo me alivia; no escuchar a Pauli me vuelve loco.

Toda esta ciudad es un simulacro. No tiene una sola verdad. Son falsas las piedras del espigón; falsos, los barcos de pesca y los anzuelos y redes que adornan los muros de los restaurantes. En los templos se ofician sacrílegas ceremonias de bodas, bautizos y comuniones. Los niños forman parte de una empresa de extras infantiles de las que manufacturan anuncios de pañales y de alimentos que van a hacer crecer tanto a los párvulos como la galleta cómeme del vestíbulo, rodeado de puertas, en el que aterriza una Alicia despeinada por efecto del viento en movimiento y del tirón —succión— de la gravedad. El castillo no es más que un mirador sobre el remedo de un cabo —simulación cartográfica— que separa dos extensas lenguas de arena traída en camiones de cualquier otra parte. Son de cartulina las fachadas que, por detrás, se abren a la sombra y al vacío, al entramado de las tuberías.

Los glúteos, las mamas, las narices se componen de un material ortopédico. No forman parte de la auténtica anatomía de las personas. Aquí todos llevan peluca. Esto es un parque de atracciones que, de noche, apaga las luces y desconecta los cachivaches. Las croquetas no saben a nada, pero queman y sacian. Los protésicos dentales engordan sus cuentas de ahorro. Las mujeres abarrotan los salones de belleza. Se quitan todos los pelos. Los ancianos danzan y danzan —malditos— en las terrazas del paseo a la una del mediodía; su resistencia es ilimitada. Incluso a los guitarristas más experimentados les salen ampollas por el ritmo estajanovista de los

bailarines. Mientras paseamos, Marina Frankel me muestra los alephs y los sumideros de este laberinto. Miramos los maniquíes de las *boutique* y ella alimenta mi obsesión por el *doppelgänger* susurrándome con ese aire confidencial que supuestamente nos encanta a los maricones:

—¿Sabes que también tienen una hermana gemela Gisele Bundchen e Isabella Rossellini?

Pero a mí no me gusta que me traten como a un maricón ni que Marina dé alas a mi lado terrorífico. Junto a mí —aunque no a horcajadas ni lamiéndome el escroto— necesito una mujer como Pauli que no me deje decir cosas como estas:

—¿Y quién es la original y quién la copia?, ¿quién se abre la cremallera de la tripa para que la otra se meta dentro?, ¿quién es la funda del pijama?, ¿quién se puede esconder detrás sin que nadie note que hay dos mujeres y no solo una?, ¿quién tiene razón?

Toda esta ciudad es un simulacro. También nuestras conversaciones. Y, aunque puede que se me coma vivo como una flor de nepenthes, le agradezco a Marina su existencia. Tengo el día marrón y he sido inmisericordioso. Porque a quién le importa la verdad si uno puede vivir dentro de una buena imitación. Dentro de un buen bolso de piel del mercadillo semanal. Gozo con la tramoya. A quién le importa la verdad si se puede vivir dentro del término imaginario de todas las metáforas: vivir no en el diente sino en la perla; dentro del brillo geométrico del rubí y no en el labio; no en la enfermedad y en el morirse, sino en una flor amarilla o en la velocidad de un caballo negro... Yo viviría para siempre en el decorado nocturno de un film de Fritz Lang. Si no me llamas, Paula, me olvidaré pronto de mis principios y todos acabaremos transformados en figuras del Museo de Madame Tussauds. Tú serás la responsable de nuestro destino cruel sobre la mesa de los taxidermistas.

Sentados en un banco del parque —gallinas de Guinea y monos de ojos muy inteligentes recogen las pipas que les dan los niños a través de una rejilla: alguno se quedará sin dedos—, Marina Frankel

me toca la mano y pone carita de pena. Guiña sus ojos hasta casi hacerlos desaparecer entre la embadurnada masa de sus pestañas:

—¿Ya estás mejor?

—Ha sido solo una bajada de tensión. No te preocupes.

Si escarbo buscando los pasadizos subterráneos y a los hombres y mujeres que mueven la rueda que hace funcionar todo esto, tropezaré con las únicas verdades de esta ciudad, sus meollos y sus núcleos irradiadores —Paula, corrígeme, y dime algo así como: «Los sujetos o los socios capitalistas de esta gran invención»; si no me lo dices, me echaré a perder...—. María Amparo Orts, el ama, podría ser el punto a partir del que se multiplican las células o el imán al que se van quedando adheridos objetos volantes. La maraña de pelo alrededor de una miguita, el ojo que no acierta a descubrir el ombligo por debajo de la ropa. Resulta difícil relacionar las guindas de los helados, los burdeles, los quirófanos de liposucción, los escotes, las viejecitas que se visten de lamé de oro para bailar juntas un bolero, el beso de lengua entre dos octogenarios de la periferia de Liverpool, los salones de estética y las farmacias que dispensan cajas y cajas de pastillas para la tensión; resulta difícil relacionarlo todo con mami Amparo —«Ama mami Amparo, mi mamá me ama, amo a mami ama Amparo, ¿amo a mi mamá?», Pauli, perdona que te lo diga, pero creo que te estás volviendo loca.

Hoy Amparo, un poco indisputada —como yo—, no ha podido salir de su habitación para comer conmigo. Dentro de la caja craneana le estarán retumbando las voces de los muñecos, el tintineo de las hebillas y el crujido de los ropajes plastificados, las sirenas de los coches de juguete que se venden en las tiendas de los chinos. Marina aporta información antropológica y de economía social:

—Antes las tiendas de los chinos se arrendaban a inmigrantes menos exóticos: andaluces, murcianos, castellanos. Todos pasaban por casa a pagar la mensualidad a mami...

A causa de esa línea melódica deprimente de Marina Frankel, no sé si puedo decantar nostalgia en la última parte de su intervención.

Me importa un pito. Me encanta esta ciudad de puestos de bisutería y máquinas tragaperras. Cuando nos sentamos a comer, me fijo en que Marina no tiene las manos bonitas. Se enrojecen y se agigantan al hacer el ademán de apretar un bote. Parecen un hígado de vaca:

—¿Más *ketchup*?

En la terraza de una cafetería comemos lo que desayunaría un inglés mientras Marina me cuenta algún detalle —nada sistemático, suelto— de la vida de Janni Frankel. Janni no se sentía mal entre esta acumulación de olores a cebolla, a grasa de los asadores de pollos, a agua de azahar, a colorantes para el arroz, a protectores solares, a feromona, a menopausia, a orina absorbida por la mejor compresa, a auténtica piel de bovino, a gel de ducha, a látex y a pelo sintético, a pasta de maíz y sirope, a especias, a salitre, a combustible, a salsa barbacoa y a lupanar de Singapur... Los aromas se evaporan uno a uno y queda, quizá, solo el olorcillo de un caldo hecho con la raspa de un pescado barato y lleno de espinas —«Superposición errónea de coordenadas espaciotemporales», Paula suena como la grabación de una máquina de tabaco, las sustancias que componen la prótesis de su pierna han ascendido rodeando de hierros su vientre y sus pezones; Paula es una mujer cibernética y ausente que me apunta: «Hace cuarenta años aún no se habrían depositado sobre este lugar los sedimentos de tantas esencias distintas»—. Corrijo mis hipótesis, hago prevalecer lo lógico frente a lo bonito, y tomo en consideración el hecho de que otra mujer está frente a mí masticando una hamburguesa que se destartala. No quiero obnubilarme ni ser maleducado con Marina. La invito a describir un lugar que parece gustarle. Se ha quedado en él pudiendo haber estado en cualquier otro sitio:

—Cuéntame más cosas de esta ciudad...

Marina me asegura que durante el invierno los niños van al colegio y suspenden asignaturas; los adolescentes se enamoran porque no tienen mucho más que hacer, trabajan en bares, fuman

porros a través de botellas de agua mineral, se hacen fotos completamente desnudos, se escapan, estudian una carrera, se quedan o no vuelven. Durante una temporada, Marina dio clases en el instituto. Habla de los adolescentes con un conocimiento de causa que no se permite al abordar otros temas. Después lo dejó porque su trabajo la ponía triste —«¿Hay gente que deja su trabajo porque se pone triste?, ¡Joder!», pido disculpas por Pauli: no siempre es tan malhablada—. Insisto: a Marina Frankel su trabajo la ponía triste y no tenía ninguna necesidad de trabajar. María Amparo Orts jamás les echó en cara a sus sobrinas la insolvencia o la falta de sentido práctico. Que hicieran lo que quisieran, que bastante se había dejado ella los lomos desde que le salieron los dientes. María Amparo estaba segura de que sus sobrinas eran buenas niñas. Hay ecos. Solapamientos de voces. Recuerdo a Charly: «Son buenas niñas. Fanny, un poquito nerviosa...». Amparo, Marina, Charly se roban las palabras y, con el hurto, se desdibujan. Marina Frankel me devuelve a la lógica de la descripción de un lugar:

—Aunque no te lo creas, Arturo, aquí, durante el invierno, la gente, en su saloncito, ve los programas de la televisión.

La normalidad me sosiega. Si Marina Frankel no hubiera aportado este dato, yo acumularía en el cerebelo una serie de imágenes perturbadora: los vecinos, al acabar la temporada, abren sus frigoríficos y encajan dentro de ellos sus cuerpos hasta las siguientes vacaciones. Necesitan dormir. Marina ríe:

—Pero ¡Arturo!, si aquí la temporada es eterna...

El horror de Shangri-La me atenaza la garganta. Imagino viejos perfectamente conservados dentro de botes de vidrio, embalsamamientos, *hippies* a los que solo se les marchitan las flores pero que van adquiriendo el color de la ceniza, labios que se cuarteán con un soplo, lacrimales recosidos por una niña manazas que no sabe usar el dedal. Marina saca su billetera —no admite ni una pequeña discusión— y seguimos paseando por calles atestadas de turistas, por debajo de puentes que no se diseñaron para atravesar ríos, sino para que los coches circularan con mayor fluidez.

—¿Ves el ayuntamiento? Todo esto antes era un cine de verano y un campo de algarrobos. Yo he jugado mucho por aquí...

Me planto de pie frente al espejismo. Si tirase una piedra, la postal del ayuntamiento, la explanada, la iluminación, la escalinata de los anfiteatros, las fuentes, las dependencias judiciales se fragmentarían en añicos de cristal. Detrás, el campo de algarrobos y Marina que juega a las casitas contra un tronco en el que se abre un hueco parecido al alféizar de una ventana. Marinita tiene las manos pegajosas de recolectar frutos y de guardarlos en su imaginario almacén. La ciudad en invierno, paradójicamente, se descongela y descubre, empapado de líquidos y secreciones de parto, al antiguo pueblo pescador. El olor a morralla, la Virgen del Carmen, la libreta de ahorros. Marina echa de menos los cines al aire libre. Y otras cosas. Se dirige a mí con su voz de dama a punto de desperezarse:

—Para película, la vida de Janni.

—¿Te acuerdas de ella?

—Desde que se marchó, nunca más vino a vernos. Ni nosotras quisimos visitarla. La tía Amparo nos iba poniendo al día.

Me pongo socarrón y formulo una pregunta cuya respuesta creo conocer de antemano:

—¿No hubo secretos?

Marina se esfuerza mucho para responder con exactitud. Ahora me parece más joven y me da un poco de lástima porque yo no sé lo que es perder a una madre —aunque, en mi caso, no me cabe ninguna duda de que hubiera sido una desaparición providencial—. Por fin, Marina parece haber dado con la solución al problema de trenes que salen en distintos sentidos sobre la misma vía en horarios diferentes:

—Quizá hubo manipulaciones, pero secretos no.

Justo en ese instante corroboro una característica de mi manera de ser que a menudo Paula me reprocha: soy un puto maricón desconfiado.

Antes de que el señor Frankel le robara el corazón, Juana había sido la reina de las fiestas en honor de la patrona. Por su belleza y porque su familia era de aquí de toda la vida y porque, detrás de esta carcasa de edificios que huele a pachulí y a pieles estiradas, el abuelo Orts era cofrade y había metido en la banda municipal a sus niñas para que aprendieran solfeo y a tocar algún instrumento: Juana eligió el saxo y María Amparo el clarinete. Las dos —Lemmon y Curtis: las gemelas Orts tuvieron una adolescencia un poco obesa, aunque diminuta— desfilaban por las calles, con faldas tableadas de color azul marino, acompañando con sus pasodobles la imagen de la Virgen.

El abuelo Orts se había ganado el respeto del pueblo después de haber sido considerado, durante décadas, el tonto de la familia: su padre le dejó a él, el hermano tonto, los terrenos próximos al mar. Le dejó la sal, las algas y el viento de levante. Lo condenó a una existencia de redes tejidas con agujas. Al hermano listo le dejó las tierras fértiles donde ahora se asienta ese fingido *riurau* perfectamente acondicionado. Poco a poco el tonto del abuelo Orts fue vendiendo terrenitos junto a la bahía. Después llegaron los edificios de doce plantas y las inversiones, y el tonto del bote —al que la lengua le zancajeaba un poco dentro de la boca y de ahí el terrible desliz del padre del abuelo Orts, que confundió al tonto con el listo y al listo con el tonto por un mero problema de dicción y ortofonía— acabó por comprarle al hermano listo los terrenos fértiles del interior de la comarca para asentar allí una finca de recreo donde cultivar nísperos. La intención del abuelo Orts no era vender los frutos y las flores en los puestos del mercado, sino darle sentido a unos ratos de ocio que se dilatan cada vez más porque las cosas ruedan por sí solas cuando se engrasan bien. He aquí el origen del paisaje que esta mañana admiraba y que ahora me rodea en otra de sus vertientes, frente al mar, sentado a la mesa donde Marina

Frankel y yo disfrutamos de un coco loco que me está asentando el estómago. Marina me trata como a un niño:

—¿Te ha gustado la historia?

—Háblame más de Janni Frankel.

—Veo que Janni es el personaje que más te interesa...

—Es que no sé si es la hermana tonta o la hermana lista. No sé si lo bueno fue irse o quedarse. Si fue muy ingenua o extraordinariamente previsora.

Juana solo fue princesa durante las fiestas patronales. El abuelo Orts quiso que sus hijas supieran lo que valía un peine. Trabajaron en la heladería de la playa con un gorrito azul detrás del mostrador. Trabajaron alquilando casas y como oficinistas. Incluso alguna vez limpiaron los apartamentos de alquiler con amoníaco y un cepillo de cerdas. Secaron las inmensas cristalerías con papel de periódico. Rociaron con sustancias letales para las cucarachas las rendijas, esquinas y recovecos. Contaron los cubiertos que quedaban dentro de los cajones y doblaron las sábanas. Hicieron inventario y fueron a comprar a la ferretería tuercas y manteles de hule. Durante una temporada, Juana —teñida de rubia platino— y María Amparo —salvaje cabellera castaño oscuro natural— regentaron una tiendecita de *souvenirs*: allí, hicieron caja al caer la noche, envolvieron paquetes para regalo y eligieron figuras de porcelana y piezas de bisutería de un catálogo plastificado. Llamaron por teléfono, haciendo girar los números del disco, y, al contrastar débitos y haberes, se avergonzaron de que el negocio no funcionase tal como su padre —por aquel entonces ya un triunfador— esperaba. Cerraron la tienda. Las esposas del farmacéutico y del notario —los oficiales, no los advenedizos— lo lamentaron porque desde que las gemelas Orts habían abierto su almacén de bibelots, compraban allí los detallitos para las navidades, los cumpleaños y las celebraciones de santos sacramentos.

El abuelo Orts no las dejó respirar y quizá esa fue la causa de que Janni activase su dispositivo amoroso, se liara con el acuarelista, concibiese gemelas monocigóticas, pariese, dejara aquí a sus dos

rubitas verdaderas —no como ella, de bote— y se fugase con Frankel a Alemania. Se debió de aburrir de vender helados de bola. Marina deja de lado el asunto económico para volcarse en la cuestión erótica —nalga, costillar, papo desencajado y gordo, una mujer entrada en carnes gira sobre sí misma, «volcarse en la cuestión erótica», en este punto imagino la sonrisa más malévola de Paula:

—No te puedo asegurar que Janni fuera enamoradiza.

—Tu sobrina, sin embargo, ha salido de un romanticismo tremendo.

Marina me interroga como si le interesara lo que yo opino de Fanny o lo que Fanny es o será en el futuro:

—¿Te ha parecido romántica Fanny?

—¿No?

—Te recuerdo que el anillo era de rubíes...

Marina Frankel desprestigia a Fanny. Y prosigue con seriedad en medio de una conversación que yo creía ligera:

—A esa niña le tengo manía.

—¿Cómo puedes tener manía a una niña de ocho años?

—Celos. Tengo celos.

—¿Celos?, ¿celos de qué?

Me extraña que estas preguntas salgan de mi boca. Alguien convencional podría formular una pregunta así, pero yo sé muy bien que se le puede tener manía a un niño de ocho años y que no hay que avergonzarse por ello en ese mundo de emperadores infantiles y de sonrisitas melladas. Me retracto:

—Olvidalo.

Marina me dice que ya lo entenderé y se vuelca de nuevo en la cuestión erótica. La mujer entrada en carnes, la mujer mollar, debe de estar agotada de dar vueltas sobre la colchoneta del gimnasio; también la primera vez que alguien me habló de la «flora intestinal» visualicé un intestino afelpado con césped: entre la hierba bien cuidada de un campo de golf brotan sangrientas flores de cactus de

esas que solo duran una noche y se queman con el sol de la mañana.

—No sé si Janni es o era enamoradiza. Sé que mi tía no lo es y que mi hermana tampoco, aunque sea un poco provinciana...

Marina se para como si quisiera medir muy bien lo que va a decir, pero enseguida retoma su discurso con mayor ímpetu:

—... un poco paleta, un poco ñoña, llora viendo la tele y le encantan las historias reales de amor verdadero.

Es la primera vez que oigo a Marina Frankel emitir una crítica contra su hermana. Ella, sin que yo le pregunte, sigue hablándome de Ilse:

—¿Tú sabes por qué una de sus hijas se llama Érica?

Le digo a Marina que no y ella da un golpe —amortiguado— sobre la mesita con esas manos cárnicas que le he descubierto no hace mucho. Los vasos se tambalean, pero vuelven a recobrar el equilibrio:

—Por papi. Eric Frankel.

Casi no reconozco a Marina. No consigo acordarme de si, cuando era más joven, aguantaba bien el alcohol:

—Ilse guarda mucho rencor a Janni, pero a Eric Frankel lo idolatra...

Sorbo a través de mi pajita el líquido blancuzco. Me gusta poner un poco nerviosa a Marina, que aguarda una pregunta. La planteo solo por cortesía:

—¿Y por qué?

—No sé. Quizá porque murió muy joven.

Mientras vuelvo a sorber, Marina está previendo mis comentarios y mis curiosidades: causa de la muerte, enfermedad, sintomatología, accidente o colapso, pero el alcohol me está poniendo un poquito puñetero y no pienso darle esa satisfacción. Solo emito un suspiro de desinterés:

—Ah.

Marina no se controla:

—De una enfermedad renal.

—No te lo había preguntado, querida.

—No. Pero te conozco y prefiero decírtelo.

Marina es guapa como los demonios y nunca tuvo un pelo de tonta —«Es medio disléxica», Paula, bajo la máscara de Mister Hyde, les falta al respeto a los disléxicos del mundo; no reconozco a esta Pauli, tan agria, que debe de andar remojándose los pies en la piscina que he instalado en el jardín de mi flora intestinal—. Marina, guapa, lista, rubia, rica, acogedora, pródiga —«Disléxica, disléxica, disléxica»—, no sé con qué intenciones más allá del mero placer del relato, camufla su deseo de contar bajo la excusa de mi carácter curioso. Me achaca sus indiscreciones o su compulsión por confesarme pecados por los que yo no voy a pedirle que rece ni un Dios te salve, María. Quizá me confunde, otra vez, con don Fermín. Tras pedir otro coco loco, mi lado inquisidor sale a la luz:

—¿Y qué hizo Janni sola en Alemania?

La soledad de Janni en Alemania, desde que Eric murió, no fue ni asfixiante ni aniquiladora. Amparo Orts se hizo cargo de sus necesidades. Le dio dinero para un negocio y Janni Frankel abrió una mercería en Stuttgart. Me atraganto. Marina me da un golpecito en la espalda:

—No es chiste. Montó una mercería en Stuttgart.

Marina me relata las peripecias de la aburridísima vida alemana de Janni Frankel. Una mercería en Stuttgart, una mercería en Stuttgart, una mercería en Stuttgart. Una mercería en Stuttgart es una combinación imposible. Marina Frankel pone en el mismo punto el ojo y la bala sin variar su entonación:

—¿Qué crees?, ¿que en Stuttgart nadie se cose un botón o borda un cañamazo con punto de cruz?

Me entra esa risa histérica que tanto Paula como yo detestamos. Si me hubiese abstenido de beber el segundo o el tercer coco loco, mi hilaridad no sería tanta. Marina no se ríe conmigo:

—Es probable que mami Amparo pusiera el dinero para el negocio con la condición de que Janni no volviese a aparecer por aquí y no disgustara aún más a los abuelos.

No puedo evitar desenterrar, de entre mi buena disposición para la escucha, desde mi credulidad de amigo, un lado venenoso. Con el alcohol, como a los licántropos con la luna llena, las uñas se me alargan y se me pintan de rojo profundo. Me esfuerzo en esconder la plumita de avestruz que me nace en el coxis, una parte de la osamenta que, no por casualidad, se llama también hueso palomo. Me ahueco las plumas, me «ajilguero»:

—O para que los abuelos no se arrepintiesen de haberla desheredado.

De repente, los azules ojos de Marina se tornasolan. Son dos concavidades que me dan mucho más miedo cuando las contrasto con la dulzura de su manera de hablar. Hay algo reprimido que puede fulminarme. Me agarro a los brazos de mi sillón de mimbre para escuchar a Marina:

—Tú no has visto a mi tía Amparo, a mi mami, cuidar de los abuelos. Personalmente. Asistirlos día a día. Y preocuparse por una hermana que dejó aquí a sus dos hijas pequeñas.

Marina, sin perder templanza, muestra un resentimiento hacia Janni que se parece mucho al de Ilse. Tanta rectitud por parte de las Frankel me inspira simpatía hacia la conducta, inicialmente libérrima, de la madre fugada. Imagino a Janni Frankel, detrás de una barra de aluminio, con un gorro azul, para que las bolas de helado no se llenen de pelos. Imagino a Janni Frankel, en su mercería de Stuttgart, encajonada entre los cajetines donde se guardan los hilos de colores y las distintas tallas de leotardos de *lycra*, haciendo cuentas de la vieja. También puedo imaginármela, bajo un polvo de pan de oro, mientras borda un mantel de punto de cruz en medio de un bosque de dibujos animados. Cosas de las bebidas de alta graduación. La tía Amparín, calzándose las gafas para la presbicia, revisará sus abultados extractos bancarios. Me cuestiono la propiedad y precisión del superlativo *libérrima* para describir a Janni. Como no reacciono porque estoy ausente, Marina retoma el personaje que le interesa de verdad:

—Mi tía Amparo es una mujer increíble.

Cierro los ojos, cabeceo, asiento. Mi silencio ante su última declaración entibia los ojos de Marina. Posiblemente para seguir retratando el perfil más favorecido de su tía-mami María Amparo, me revela que, desde que se casó con su podólogo, el matrimonio ha visitado a Janni Frankel con regularidad.

—Casi una vez al año desde hace veinte. La última vez incluso trajeron algunas fotografías.

Marina busca dentro de su bolso, pero no encuentra unas imágenes que me hubiese gustado ver. Porque quizá nunca tendré ocasión de ponerle una cara a Janni Frankel y porque me está costando mucho ponerle una a María Amparo, que, indispuesta en su alcoba, va mejorando gracias a la atención de Ilse. La mujer, tras entrar en la habitación del ama, cierra la puerta con sigilo. Paula en este momento me diría: «Bien, Zarco, bien», aprobando que ese recuerdo se convierta en una imagen recurrente. O quizá protestaría: «¿Qué tiene de raro cerrar la habitación de una enferma?». No estoy seguro de lo que me diría Pauli; con la desinhibición etílica, no la recibo bien —se le entrecorta la voz—. Estoy a punto de telefonarla. Me contengo. Sorprendo a Marina Frankel observándome de una manera terca, casi descarada, tal vez piadosa:

—No es bueno que pienses tanto en ella, Arturo...

Con ciertos pensamientos, el gesto se me llena de indicios que no puedo controlar. Por detrás de la piel de los pómulos, hay criaturas que se me transparentan. Marina pone su mano sobre la mía:

—Tú sí que eres enamorado. Aún no me has contado casi nada de Olmo.

En este instante —es raro— no tengo ninguna gana de hablar de mí o tal vez es que las voces de ultratumba de Paula Quiñones me afectan más de lo que creo y comienzo a ver a Marina Frankel con unos ojos que no son los de la entrega incondicional. Tal vez ya se acabó para nosotros el tiempo de esas confidencias en las que siempre se acusa un desequilibrio:

—¿Y tú, Marina?, ¿estás enamorada?

—Estábamos hablando de ti, Arturo Zarco.

Me da igual que Marina finte o que me lea el pensamiento ayudada por el tamaño del círculo que, abriéndose o cerrándose, trazan mis pupilas. A veces, por mucho que yo procure que mi cara no sea el espejo de mi alma, por mucho que ensaye esta cualidad de Dorian Grey, soy un libro de lectura demasiado fácil. Me enfado:

—Tú eres lesbiana.

Lo digo por molestar, porque a mí me sigue irritando que me llamen «maricón», incluso que asépticamente me tilden de «homosexual», que se metan en mis asuntos y en mis cavernas. Marina Frankel no es más que una señorita de pueblo. Ella calla. Yo sigo haciendo girar el berbiquí:

—Charly y tú...

Marina Frankel es fumadora. Saca un cigarrillo, se lo lleva a los labios, se da fuego. Aspira una calada y exhala el humo por la nariz.

Charly no tiene a nadie. Ni aquí ni al otro lado del charco.

A Marina Frankel nunca le amarillearán los dientes porque los mejores dentistas le harán extraordinarias limpiezas. Su sonrisa está, desde luego, llena de luz:

—Tú no me dejarías de querer por eso, ¿verdad, Arturo?

Puede que Marina guarde algún secretillo o que me quiera mantener atrapado con las mentiras de sus excitaciones, sus parafilias y los rubios misterios de su clítoris. Pero a mí la sexualidad de Marina Frankel me importa un rábano. Lo que me aturde es este calor húmedo y la impresión de que algo malo está sucediendo en este preciso instante, mi impotencia y mi impericia para soliviantar o sacarle prenda a esta mujer serena y caldosa como un pequeño mar interior. Marina Frankel es guapa como los demonios y lista como los ratones. Mi amiga es invulnerable a mis pequeñísimas maldades. No me quiere tanto como yo pensaba:

—Yo no soy tu exmujer, Arturo. No te voy a cantar ningún bolero.

Marina Frankel y yo, vistos desde una prudente distancia, somos de las parejas más guapas de la ciudad. Somos lo que debemos ser, lo que llama la atención por su hermosura y no por su rareza; ninguno de los dos está contrahecho ni es cojito. No llevamos alzas en los zapatos ni nadie nos pide el carné de identidad para entrar en los bares. Estamos en nuestro punto justo de perfección y sazón. Eso me llena de orgullo. Tampoco somos como esas parejas de ancianos que se agarran por la cintura, a la vista de todos, y exhiben su fingida atracción sexual —no su amor, no su lealtad, no su cariño, sino una, a la fuerza impostada, lascivia— dándose besos en la boca y pellizcándose el culo. La limpieza y el decoro —la belleza clásica e inevitablemente clasista— que Marina Frankel y yo desprendemos —el detective viste un traje claro y va tocado con panamá; ella luce un modelo *ad lib*— son los que deberían verse y provocar admiración en un paseo marítimo a las cinco, quizá ya las seis, de la tarde. Las parejas de viejos que se meten mano, las que se echan un pulso, convierten en exhibicionismo la obscenidad —«Zarco, la obscenidad siempre tiene algo de exhibicionista», Paula me da lecciones como si ella fuera Foucault y yo no estuviera borracho—. Castigo la pedantería paulina, pasándole mi teléfono móvil a un camarero de alada bandeja:

—¿Te importaría hacernos una foto? Es que esta tarde estamos guapísimos.

Para el camarero mis deseos son órdenes. Marina y yo posamos juntando nuestras cabezas beodas. Guardo la foto y se la envío a Paula. Nuestra foto: esta es la justa definición de lo obsceno; de repente sale a la luz lo que por hórrido, amargo, malo —todo veraz— suele quedar fuera de escena. Es obsceno contemplar cómo el matarife sacrifica la vaca. Son obscenos los actos sodomitas y los lavados vaginales. El primer beso —torpe y baboso— entre dos adolescentes. Es obscena una operación a corazón abierto y las imágenes grabadas por cámaras ocultas y vídeos de cajeros

automáticos: un niño se mete el dedo en la nariz para sacarse un moco; la nadadora se da un tripazo contra el agua al saltar a la piscina; una mujer abandona a su criatura dentro de un contenedor; un par de hombres, jóvenes y lustrosos como cerdos alimentados con las mejores bellotas de la dehesa, quema a una mendiga —aparécete de una vez, Paula, vuelve, ven, indígnate, ¿no ves que te estoy retando para que te materialices en forma de llamada telefónica? Si ahora me llamaras y dijeras: «Zarco, no bebas más», yo gritaría ¡Dios existe! y también la metempsicosis.

Hay cosas que no deberían pasar y cosas que no deberían mostrarse. A lo mejor ambas son lo mismo y al monstruo, al hijo contrahecho, es mejor encerrarlo en el cuarto oscuro. Que el animal contraiga una enfermedad de los pulmones a causa de las humedades del sótano. Para nuestra tranquilidad, es preferible que no se manifieste el rencor de las almas en pena. El alcohol nunca me ha sentado bien: no sé si estos viejos que se achuchan me producen asco o envidia.

—Arturo, ¿en qué piensas?

A Marina le inquieta mi mirada ausente. A mí esta pregunta, que tanto deseé que me formularan alguna vez, me empieza a cargar:

—Estaba pensando que somos muy guapos.

Nos tocamos poco en nuestras conversaciones, pero en este instante le he dado a Marina un beso justo en la comisura de la boca. Marina recibe mi beso y ni se aparta ni busca, con mayor precisión, el hueco de mis labios o el secreto —ibérico— de mi lengua.

—Aunque sé cuánto te gusta, no voy a llevarte la contraria, Arturo. Es verdad: somos muy guapos.

Se aproxima un hombre al que, casi con toda seguridad, le atrae nuestra perfección. Ha salido de un pequeño casino —columnas corintias y neón azul en el pórtico— sobre cuyas alfombras, color rojo profundo, descansarán las moles de tintineantes y frutales máquinas tragaperras. Viene hacia nosotros con camisa rosa, pantalones marfil y un cinturón demasiado apretado que le marca

unos michelines de buen comedor de *papardelle*. Se peina con gomina y, ya de lejos, huele a colonia de jugador de polo. Dulce. Si le saludase pasándole la mano por el cogote —acción que no me seduce en absoluto, impulso que no he de reprimir—, la esencia se me quedaría pegada a los dedos. Pero lo que más le define, a su pesar, son los objetos que asoman por el bolsillo de la camisa rosa. El bolsillo está tirante, a punto de reventar, por la presión de: un bolígrafo, una libreta, unas gafas de sol de montura dorada, un paquete de tabaco rubio, el resguardo de una quiniela hípica. No me gusta este tío que le tiende la mano a Marina Frankel:

—Hace mucho que no vemos a doña Amparo...

Marina se levanta del sillón de mimbre. No me presenta a este hombre y se aleja unos cuantos metros para hablar con él. Casi todo son cabeceos de asentimiento, pero de repente tengo la sensación —posiblemente equivocada: mis ojos están turbios y mi lengua pastosa— de que Marina va a echarse a llorar. Llorar es una reacción inevitable —mi madre llevó a mi perrito a la perrera para que lo gasearan y yo me hiciera fuerte—; pero también es una estrategia para inspirar en el otro la compasión alimentando el espejismo de su superioridad y haciéndole creer que tiene la sartén por el mango. Nunca había visto llorar a Marina Frankel y, en medio de la conversación que mantenemos, no me creo del todo sus lágrimas: pronto se evaporarán a causa de esta fiebre canicular de sobremesa. Me gustaría creer. Marina se acaricia —se rasca incluso— la nuca. Su mano grande abarca el diámetro del cuello sin dificultades. Me fijo en los gestos del hombre mientras dialoga con Marina. No hay agresividad en el rictus de su boca y, sin embargo, algo violento emana de su pulcritud. Una pulcritud hortera. Marina se despide de él con dos besos y vuelve a mí sacudiendo su casaca blanca como si, a través del tejido, la picasen insectos invisibles. Tomo nota de que, posiblemente, el punto flaco de Marina —el espacio donde se le atempera ese cinismo que nos hace conectar y su dulzura azul se vuelve de color sangre— sea mami Amparo. Las amas necesitan protección. Recuerdo esa puerta detrás de la que la convaleciente

recibe las atenciones de una sobrina cuyas dos criaturas, a su vez, están al cuidado de una mucama que conserva los diez dedos de las manos. Me extraño de que Marina no sea quien atiende a la enferma —Marina responde al estereotipo fisonómico de enfermera de la segunda guerra mundial—, aunque quizá mi visita justifique su relajamiento. Me levanto y le retiro el sillón para que se pueda sentar cómodamente. Trastabillo un poco y me río ante mi estado deplorable, lo que no me impide comprobar que, de golpe, a mi Marina sanitaria se le han echado encima sus cuarenta años. No sé por qué llora, aunque tampoco estoy seguro de que deba preguntar:

—¿Marina?

—La próxima vez recuérdame que no beba. Me da llorona.

Marina contradice sus palabras pidiendo otros dos cócteles. Esta vez, dos Brandy Alexander. Pese a la tristeza de mi acompañante, la situación me parece divertida. Recuerdo que llevo el teléfono móvil dentro del bolsillo. Recorro las teclas con mis dedos: está conectado, hay cobertura, tiene batería. Paula no reacciona frente a la provocación de la foto. Pienso: «Mierda».

—Aunque tú no lo creas, estoy tratando de contarte algo, Arturo.

Me huelo la cara interna de los codos y la piel expele un olor dulzón. Quiero ducharme. Para mí todo es intangible. Paula me diría que el tintineo de las monedas siempre es tangible. Pero Paula me falla, así que me propongo olvidarla al menos durante diez minutos. Marina Frankel se suena y, como una encantadora de serpientes, distrae mi atención de su melancolía iniciando otra de sus narraciones. Esta vez el arranque del cuento me induce a olvidar al hombre del casino. Incluso me emborrana el amor que Marina le profesa a doña Amparo, el ama. Es un arranque que me estimula mucho:

—¿Te he contado alguna vez la historia de la vagina prensil de mi tía Amparín?

La tarde va cayendo con parsimonia mientras Marina Frankel y yo bebemos cócteles y comemos cacahuets como los monos del parque. La otra fauna, la que habita la playa y huele a pez —los socorristas y las sirenas, los niños que se hacen ahogadillas y parecen raspas de boquerón—, se ha ido transformando por efecto de la luz. Las familias numerosas —y monoparentales y bicéfalas— se limpian los pies sobre las baldosas del paseo marítimo y encajan parasoles, toallas, sillas plegables, colchones y bolsos entre la cadera y el sobaco. Malabaristas, contorsionistas, prestidigitadores. Yo nunca bajo a la playa. Puedo deleitarme, desde una terraza del paseo, con los esculturales cuerpos tatuados de hombres y mujeres que se tienden en la arena para sestar: la noche pasada fue larga y la que viene se presenta prometedora. Siento curiosidad por esas tetas de redondez inverosímil —tetas-pecera, copa de balón para beber coñac— que se exhiben desnudas o se cubren tan solo con un hilo. Los muchachos juegan a la pelota. Aún no les ha salido pelo en el pecho o lo llevan pulcramente depilado: ambas posibilidades me seducen. Los futbolistas hablan distintas lenguas.

—*Offside!*

Por el paseo desfilan las amarteladas parejas de la tercera edad que ya se han puesto de largo para bailar *El chacachá del tren*. Su noche empieza pronto y no acabará nunca. Instalarán bafles dentro de sus cajas de pino. Algunas mujeres se recuperan de sus malas caídas, de su fractura de cadera, apoyándose en un andador ante la mirada de estar hasta las narices de mucamas-acompañantes cuyos dedos aún no he tenido tiempo de contar. Las mujeres estropeadas —en la reparación, el traumatólogo no atornilla bien los clavos— resultan perturbadoras para los bailarines nocturnos: esquila, recordatorio, cama de hospital. Otros clanes de viejos —cuadrillas, peñas— que se han entrenado al amanecer en siniestros grupos gimnásticos —estiramientos de bíceps y de cuádriceps— se dan alegres capones, juegan a los chinos, se adelantan los unos a los

otros, piropean a las chicas. A ver quién la tiene más larga. Me los imagino orinando contra el mismo muro para comprobar quién puede mear mayor cantidad y más lejos. Las niñas de catorce años, entre los hierros de sus aparatos dentales, vociferan:

—¡Llevo un pedo psicológico, llevo un pedo psicológico!

Entre la masa ambulante, también habrá personas que entren o salgan de trabajar: la chica del puesto de chucherías, la de la *boutique*, los camareros, los y las gogós, los recepcionistas y las monitoras de gimnasia. Los chimpancés con los que los turistas se hacen fotos. Los escultores de arena. Desde aquí distingo a una limpiadora que fuma un cigarrillo, junto a los cubos de basura, en el callejón de la trasera de un hotel.

—¿Arturo?

Cierro los ojos. Necesito un instante de encefalograma plano porque noto que, en este entorno de diapositivas —pasadas de color, casi quemadas por la luz—, nuestra stampa se va descomponiendo. Abro un ojito: Marina lleva un lamparón sobre la pechera de su modelo *ad lib* —Charly lo restregará con algún producto especial antes de meterlo en el bombo de la lavadora— y yo casi no puedo mantenerme erguido sobre los riñones. Marina distancia y piensa las sílabas —no las palabras— de cada frase:

—¿Ar-tu-ro, mes-cu-chas?

Incluso a veces dice *albarrogo* y no *algarrobo*, un término que aquí, con ella, es de uso común: el algarrobo es el árbol de la infancia de Marina Frankel —«Disléxica, disléxica, disléxica»— y sale en casi todas sus conversaciones. Abro el otro ojito: un muchacho nos tiende una invitación para que vayamos a tomar unas copas. A nuestra edad, nos sentimos halagados y sonreímos al chico tanto y tan prolongadamente que ponemos cara de máscara de atracador. Lo más probable es que, esta noche, nos quedemos en casa bebiendo manzanilla y chupando pastillas de manitol y almagato. Al chico de la publicidad no soy yo quien le gusta, sino la hermosa Marina Frankel.

—¿Sabe tu padre que estás en estas, Willy?

Willy, Charly, Fanny, mami, Frankel. Paula, incluso en ausencia física, me reprende cuando digo *landscape, openminded, showroom, squash, cupcake, surf...* Sufro un descalabro espaciotemporal y me convenzo —por enésima vez— de que aquí no van a encontrarme porque ni siquiera yo sé por dónde ando. Para que mi cabeza deje de girar, fijo la vista en el islote: una masa que se difumina contra una luz cada vez más tenue. Pese a la falta de contundencia del contraste, me clavo como alfiler en un mapa extendido sobre un corcho. Me busco y me encuentro. La sonrisa de Marina va dedicada a Willy. Ahora se pone muy tiesa. No quiere que el chaval perciba el tufo de alcohol que ni su perfume logra camuflar. Se retira para reprenderlo:

—¿Tú no tenías que estar estudiando para la selectividad de septiembre?

—¡Ay, Marina, no me regañes! Soy relaciones públicas.

Willy —Fotomatón: Guillermo Amat, hijo del procurador, Marina Frankel fue su profesora cuando daba clase en el instituto— hace mutis por el foro sin esperar respuesta. Marina se le queda mirando mientras el chaval se pierde entre la turbamulta del paseo marítimo. Después mi amiga gira la cabeza bruscamente:

—¿En qué estábamos?

No sé cómo me he podido distraer:

—En la historia de la vagina prensil de Amparo Orts.

Quizá Marina Frankel se arrepiente de haberme enseñado la patita por debajo de la puerta. No importa si la patita es verdadera o postiza, fémur ortopédico, braguero, alza camuflada en el zapatito de cristal: sé cómo funcionan estos mecanismos y estas narraciones. El *brandy* del cóctel se transforma en azucarado sudor y comienzo a sofocarme. Marina no se arrepiente:

—Nadie puede imaginar cómo es la trastienda de la tía Amparo. O quizá lo sabe todo el mundo, pero nadie, nadie se atrevería a decirlo en voz alta...

La mami María Amparo es una mujer de negocios que ha conservado e incluso aumentado día a día la inesperada fortuna del

abuelo Orts. Si hubiera que venderla como un caballo de carreras, tesón, tenacidad y perspicacia —la listeza, el ojo clínico— son sus atributos principales. María Amparo abona en efectivo los electrodomésticos y los banquetes de comunión: pagó el de las gemelas Frankel y pagará el de las gemelas Ferrer. Un billete detrás de otro.

—Plas, plas, plas...

Marina da golpes con el dorso de una mano sobre la palma de la otra. No aplaude, pero lo parece. Fantaseo con María Amparo mientras se chupa el dedo índice para contar el papel moneda. También hay quien habla de falta de escrúpulos. De pagos por favores.

—De eso ya te informaría en su momento Pauli, la inspectora, la defensora de causas pobres...

He de pensar dos veces lo que Marina me dice. Su entonación no se ajusta al significado de sus frases. A la crudeza o a la ironía. Una cadencia plana me distrae del rencor que Marina proyecta sobre Paula, para mí, de un modo inesperado —«Imbécil»—. La repelencia suele ser un sentimiento mutuo. Hay una repulsión que se basa en razones, mientras que otra solo es la reacción defensiva frente a un odio del que puede desconocerse la causa. Indisolublemente intelectual y físico.

—Mi tía puso alguna vez la pasta sobre la mesa, pero habría que pensar quién es más inmoral: la empresaria que paga porque, en ese desembolso, ve un camino para que su negocio prospere, —y de su negocio dependen un montón de personas—, o el servidor público que coloca la mano para recibir y, con sus prebendas, está desfavoreciendo a un postor quizá más arcangélico pero con toda seguridad más pobre.

A Marina esta intervención le ha salido de corrido. Como si todo el discurso fuera una única sílaba. No ha intercambiado ninguna letra. Me concentro en una de las palabras difíciles:

—Define *arcangélico*.

—Ético, justo, honesto, solidario, ingenuo, infantil...

—¿Marxista?

Paula se estaría subiendo por las paredes, pero yo no soy Paula Quiñones, hembra piadosa, afiliada sindical y pagadora de la cuota de distintas asociaciones que trabajan en favor del equitativo reparto de la riqueza en el mundo. Así que no me altero —incluso me sonrío un poco— cuando Marina resume el catálogo de atributos del arcángel en un epifonema:

—Tonto del haba.

Me vengo de la Paula que no está perdiendo la compostura, que no reacciona. Me escandaliza el discurso de Marina Frankel —nunca habíamos hablado de política—, pero me río mucho. Inmoral y desvergonzadamente. Marina Frankel interrumpe mi jolgorio y un remordimiento que no es del todo mío:

—Pero no era de eso de lo que pensaba hablarte ahora...

Marina me pinta el retrato, no empresarial, de Amparo Orts. Cuidar a dos niñas y a dos ancianos no le privó de una vida sexualmente libre. Una mujer polifacética. Miro alrededor e intento reconstruir este sitio hace cuarenta o cincuenta años. Borro la sofisticación, las uñas de porcelana, los *boys*, los octogenarios saltarines capaces de mear muy lejos; borro los Brandy Alexander y los *bijoux* fosforescentes; las hamburgueserías, los rulos del *kebab* y los importados chigres. Me impresiono al ver lo que queda cuando paso la goma borradora por la bahía y por las cuestas que suben y que bajan desde el corazón del pueblo. Escucho las campanas llamando a algo que no sé identificar:

—Tu tía ¿es religiosa?

—Mi tía es más bien bruja.

—¿Y las comuniones?

—¡Qué tendrá que ver!

Marina enciende un cigarrillo y, contemplando su extremo incandescente, describe la noche de San Juan. El salto de la hoguera, el fuego, la purificación, solsticios y equinoccios. El brebaje dulce; las coronas de jazmín; las danzas y las visiones; las caracolas que son teléfonos del mundo submarino y del submundo; las

nereidas que brotan del mar. Ella e Ilse, cogiditas de la mano, juegan de noche, en la playa. Escuchan y creen todas las leyendas. Son muy sensibles a los cambios de la temperatura, la humedad y la luz. Se descubren. Se transforman. En secreto, a escondidas de todos.

—Mi tía nunca ha sido demasiado bíblica. Ha sido más bien de ponerse nerviosa con los gatos negros y con los bolsos de cocodrilo.

—Ha sido mágica.

—Eso.

Sin tener cerca del corazón la punta de la espada que castiga el pecado de la carne —el vicio del fornicio—, María Amparo contrató un par de internas para que preparasen las papillas que harían crecer, sanas y fuertes, a las gemelas Frankel y mantendrían, en tarros de conserva —melocotón en almíbar—, a los abuelos Orts que, desdentados y tostaditos, empezaron a consumirse y se volatilizaron sin que nadie supiera muy bien ni cuándo ni cómo.

—Creo que primero murió mi abuela y después mi abuelo, pero no estoy segura...

Marina menciona la muerte. Yo pienso en la mucama de los diez dedos y las treinta falanges —todas también íntegras:

—¿Y Charly?

—A Charly la reclutó Ilse muchos años después.

Amparo Orts tuvo amantes y novios. Nadie se atrevió a criticar. Las Frankel, ya mayorcitas, más de una vez escucharon jadeos procedentes de la alcoba. María Amparo nunca hizo distinciones de clase a la hora de meter a un hombre en su cama. Si un hombre —o un muchacho o un fruto maduro— le atraía, a María Amparo le importaba poco que fuese oficinista, hamaquero, turista o viajante. Le gustaban los tíos con pinta de tío. Mandíbulas cuadradas —si eran belfos tampoco decía que no—, fuertes, morenos, peludos, con una buena nuez. Aunque prefería este estereotipo de masculinidad, estuvo a punto de contraer matrimonio con un melifluo empresario de Copenhague, en principio tan rico como ella, que estaba dispuesto a afincarse por la zona. Le regaló una sortija que Amparo

nunca le devolvió. El danés se fue de un día para otro. Nadie sabe por qué rompieron. No obstante, Marina sospecha que el rico no era rico y que María Amparo no le devolvió el anillo para darle donde más le podía doler: en su economía precaria. Hay algunos asuntos de los que a María Amparo no le gusta hablar. Y no se habla. Marina me presenta la contundencia y el sanseacabó de su tía Amparo como una virtud —«Falta de civilidad, cerrilismo, prepotencia», la sirena cojitranca no acaba de ahogarse en mi sopa cerebral—. Ni la una ni la otra —ni la que me susurra cara a cara, ni la que me grita por dentro— van a entretenerme de la historia pornográfica que quiero oír:

—¿Y la vagina prensil?

Marina se pone pícara mordiendo un padrastro:

—Un día Ilse y yo robamos una carta guarra del danés...

Marina pierde el hilo evocando sus malas acciones y su complicidad con Ilse. Las dos hermanas tenían imaginación —eran demonios— y, como Janni las abandonó y Amparo no hacía que su vida girase en torno a ellas —un par de chotacabras—, creían que solo contaban la una con la otra. Con los años, exclusivamente Marina reconoce el mérito de la tía Amparín...

—Ahora siento que mi hermana me guarda rencor. Y yo, Arturo, pese a todas las simbiosis gemelares, no le puedo leer el pensamiento...

Cuando bebo, la psicología me harta:

—La vagina prensil, Marina.

El danés, en breve viaje de negocios, alaba por escrito el tictac de la vagina prensil de Amparo comparándola con un corazón que aprieta intermitentemente, entre las fibras de su musculatura, la verga del amante. El danés le decía a Amparo, entre jadeos perceptibles en la caligrafía, que nunca iba a huir de los besos de su boca-vagina, que deseaba quedar atado a ese lugar con una argolla, temiendo y deseando un acto de canibalismo. Minúsculo y heroico. Fuerte, pero a su merced. Marina se hace sangre tirando del pellejito del dedo:

—Ilse y yo llevamos la carta del danés al instituto...

Y ese fue el foco desde el que se extendió el rumor de la vagina prensil de Amparo que encajaba bien con el mito —«Y una leche, mito»— de su voracidad crematística. Sin embargo, Marina me aclara que la vagina de Amparo Orts nunca dijo ni una palabra —jamás habló ni soltó un eructo— y que los movimientos de Amparo no eran de deglución ni de glotonería, sino de gimnasia venérea. Estamos borrachos.

—Mi tía es una hedonista. Cuando se casó con Marcos ya sabía lo suyo...

He dicho que nos rodea un paisaje obsceno. Que esta hermosa tierra lo es de luz, pero también de escatología. Que lo chabacano cambia aquí de nombre y se transforma en *bizarro*, una palabra que, en mi léxico personal, remite a rudos arcabuceros que mastican patas de jabalí y fornican —sin destocarse de sus sombreros de plumas— con mujeres de taberna allá por el siglo XVI o XVII. Lejos de enfadarse por la maldad de sus nenas, la tía Amparín se llenó de orgullo ante el reconocimiento de su destreza y versatilidad —de sus secretos atractivos— y, sin atender a la cara de asco que puso Ilse, les hizo una proposición:

—Nenas, ¿queréis que os enseñe?

Caminamos agarraditos del brazo hacia la consulta de Marcos Cambra. De pronto, nos asalta la sensación de que una lengua caliente nos lame las piernas. Las salidas del aire acondicionado son asquerosas, pero la idea de que una criatura hecha de humo y de calor, un *golem* de detritus —papilla embriónica—, haya salido por una rendija para bajarnos a ese inframundo donde viven los caimanes abandonados por sus dueños neoyorquinos, los jorobados de la torre de Neville y otras pálidas criaturas, nos entretiene mientras recorremos un buen trecho.

—Aquí hay muchos jorobados. Por la endogamia.

—Y el microclima.

—¡Shangri-La!

—... y los siete enanitos.

Nos reímos, muy a gusto, de nuestras tonterías. Después, Marina Frankel me cuenta que la mami no se envició de esa mala costumbre aristocrática —no se casó con un primo para concentrar parcelas—, pero sí pecó de una debilidad propia de la gente de dinero: cuando contrajo matrimonio con su podólogo, firmaron la separación de bienes. Porque el podólogo se empeñó en que los ingresos de su consulta le permitían vivir mejor que bien. En este sentido, no necesitaba a Amparo. La necesitaba de otra forma. Ella se enamoró como nunca. Pura fibra enamorada. *Corn flakes* de fibra enamorada. Fibra para hacer caquitas. Si caga usted a primera hora, amaré más y mejor. Lo dicen los anuncios. Las gemelas Frankel, con veinte años, recibieron padre o tío putativo o enfermero en casa o bibelot al que contemplar admirativamente cuando hacía largos en la piscina.

—Es guapo Marcos.

Marina tropieza. No puede andar y hablar a la vez. Dibujamos eses y equis por la calle hasta que ella se detiene para retomar la historia. Al poco de instalarse Marcos en el *riurau*, Marina se fue a estudiar; Ilse se quedó mucho más sola que de costumbre y se casó enseguida con Jaume Ferrer. Mi amiga se pone ñoñísima:

—A lo mejor, por eso, Ilse ya no me quiere...

No le hago caso y ella, como ve que el tema no parece interesarme mucho, vuelve a los amores de su tía con el podólogo revelándome que Amparo, más que serenarse con su vida conyugal, se entristeció. Interrumpo la caligrafía —desmañada, pedestre, infantil— con que pisamos las baldosas de la calle. Me paro de golpe:

—¿Y eso?

—A mí no me preguntes. Yo no me meto en la cama con ellos.

Marina se muestra desabrida —«Niña mimada, borde, disléxica», salta el resorte de la cajita de música donde llevo encerrada a Paula—. Después me dice que Marcos y Amparo viajan a Alemania una

vez al año, juegan a las cartas en un cuartito y hacen cruceros. Marina, bizqueando un poco —el bizqueo le resta credibilidad—, me confiesa dentro del ascensor:

—Posiblemente se quieren, pero no sé si se aman.

Una declaración de semejante calibre solo podría provenir de una mujer que lleva en la sangre más de un gramo de alcohol por litro de sangre. O así. Marina se ha empeñado en que viniéramos a buscar a Marcos Cambra. No quiere conducir y está segura de que él nos subirá al *riurau*. Marcos se va para casa en cuanto acaba de arreglar pies. Jaume, el ausente, se queda por aquí en su deshabitado domicilio conyugal. No le gusta mucho el *riurau*. Ilse prefiere el campo. Marina se sincera:

—Me parece que Jaume no va a permanecer en la familia durante mucho tiempo...

Oigo la palabra *familia* y me entra la nostalgia. También se forma delante de mis ojos el espejismo de un humeante plato de espaguetis a la putanesca. Mi familia: Paula; mi madre; Olmo; Luz, mi suegra, a lo Simone Signoret, maravillosa; incluso algunas veces el exmarido de Luz, un hombre que tampoco estuvo capacitado para permanecer en la familia. Nadie me llama. Nadie me busca. Aunque no lo conozco, Jaume Ferrer, otro de mis posibles suegros pusilánimes —no debo olvidar mi compromiso con Fanny—, me inspira algo de piedad.

Antes de pulsar el timbre, Marina coloca el dedo sobre sus morros fruncidos pidiéndome silencio. Cuando Marcos Cambra abre la puerta me impresiona. Me avergüenzo de golpe de mi apariencia de borracho. Me paso rápidamente el dedo gordo y el índice por las comisuras. Me sacudo las solapas. Marcos, un caballero de plateadas sienes, moreno y fibroso, de pómulos y mandíbula esculpidos con cincel, finge no darse cuenta de que Marina y yo estamos como una cuba. Un tipo educado —«¿Un *tipo*? Tú eres tonto, Zarco...»—. Pero ella no le deja fingir:

—Marcos, estamos como una cuba.

Por sus ojos vidriosos, parece que Marina tuviera mucha fiebre o que estuviese a punto de llorar. Los dos nos tambaleamos frente a la verticalidad de la digna estatura del podólogo. Me quedo con la boca abierta, pero mi roto corazón ya no se puede enamorar más. Ni siquiera de este hombre que no aparenta los cincuenta años que, sin duda, cumplió hace algún tiempo. Trastabillo al saludarle:

—Un placer. A mí siempre me aprietan los zapatos.

Marcos Cambra baja la cabeza para mirarme los pies. Con un hombre así, es imposible que Marina Frankel me necesite. Ya no soy un tiarrón; soy un pelele y un escomendrijo. Marcos Cambra ayuda a Marina a recostarse en un sofá:

—Sentaos ahí. Ahora estoy con una paciente, pero no acabaré tarde. Por cierto, no podéis entrar en el baño. Está clausurado por avería.

Aprieto todos mis esfínteres. Antes de abandonar la sala, el podólogo valora el estado de Marina:

—Ay, Marina, Marinín...

Marinín entorna los párpados pintados de azul y apoya su cabeza de Elke Sommer contra mi hombro. Se amodorra y, más lenta y dulcemente que de costumbre, susurra:

—Anita no está. Es muy tarde.

No sé quién es Anita, aunque supongo que será la enfermera del doctor Cambra.

—No es doctor...

Marina me responde como si yo le preguntara.

—No es oculista...

El doctor Coppellius coloca a sus autómatas los ojos arrancados de los niños. Los niños no quieren dormir por la noche porque saben que el hombre de la arena les ha echado en los ojos un puñado de polvo para que, cuando Coppellius entre en su habitación, los encuentre inermes. Con los ojos de los niños, Coppellius, vendedor ambulante de lentes y catalejos, y organizador de fiestas con bailarinas mecánicas, anima a sus autómatas. Las muñecas mueven, abajo y arriba, su pecho de madera. Son un oscuro objeto de deseo

y un fetiche. Los ojos son órganos sexuales y el sexo es la identidad y, por ese motivo, yo tardé tanto en hallarme, aunque no soy miope ni uso lentillas —«Un detective no puede permitirse tales desórdenes en el razonamiento», Paula no entiende a los poetas y me regaña y me regaña...—. Cuando estoy tan borracho, me hago preguntas y me cuento cosas.

—Ah.

Oigo la respiración de Marina, la siento contra la vena más caliente de mi cuello. Como si un animal minúsculo me lamiese. Una musaraña. Un hurón recién nacido. Marina se agarra a mí. Se aferra y me hace creer que si ahora acercara mi boca a su boca, me devolvería un beso apasionado. Podría hacerse la ilusión de que mi boca es la de alguien en particular —un deseo que se cumple: existen las hadas— o la de un extraño —qué gusto ser leona, cacho carne, marioneta, bailar en la fiesta con un desconocido—. Besarnos aquí, borrachos y no demasiado felices, sería como hacer grogui el amor —por el alcohol o el sueño, por la hipnosis, por fantasías librescas— para no tener que acordarse de nada. Yo prefiero los besos que son voces distantes —«¡Ay, Dios!»—, los que me dieron torpemente, los que revivo al buscar la excitación. La súplica que intuyo en Marina me llena de un orgullo tonto: no sé si es a mí a quien quiere besar o soy una réplica. Un simulador de vuelo que ella usa para quitarse el pánico a los aviones. Suspira otra vez entreabriendo los labios:

—Ah.

El aliento le huele a frutos caídos de los árboles. A uva vieja. Quizá Marina solo duerme con placidez de borracha. Más tarde, llegarán la sed y la inquietud, incluso la mala conciencia. El resacón. Podría darle o devolverle un beso pero, por muy bebido que esté, no me apetece. No me da la gana dárselo. La durmiente se rebulle contra mi clavícula. Estas mujeres me volverán loco.

—¿Marina?

Marina va perdiendo el color. Empalidecida, la dejo dormir ahora que puede. Ni siquiera le acaricio el pelo. La olvido sobre mi hombro

—«Si fuera un mueble, sería... ¡un galán de noche!»—. Observo la sala de espera. Diplomas de Cambra, cursos de quiropodología y de ortopodología. De podología pediátrica e infantil. Si Paula hubiese venido a este podólogo, yo me habría muerto de celos. Pongo muecas, me escucho, me callo la boca. Marina no se mueve, pero un sudor, malo y frío, un sudor feroz, le perla la piel. Saco el pañuelo y se lo empapo. Ella retira la cara, se aparta, apoya la cabeza contra uno de los brazos del sofá. Recupero cierta libertad de movimientos. Me levanto para ver de cerca los dibujos del pie y de las partes de la uña que adornan las paredes: los dedos de los pies se llaman *ortejos* y los *rodetes* son las cutículas; corroboro el significado de la palabra *lúnula* y aprendo que las uñas tienen *matriz* y que existe un *lecho unguial* en el que ahora mismo estaría dispuesto a dormirme. *Lúnula, lecho, matriz*. El embrión de un poema de Federico García Lorca. Me encantan las palabras. Los detectives las debemos usar con precisión, aunque solo sea para descubrir delitos de peces pequeños: pobres hombres que se escayolan un codo para dilatar su baja de enfermedad; mujeres que se levantan de la silla de ruedas y me regalan un milagro sobre las baldosas de la calle. Yo las fotografío con los ortejos —acabo de incorporar otra palabra a mi vocabulario, me felicito, se ha ampliado mi visión del mundo...— sobre el asfalto. Están perdidas. A menudo pienso que debería olisquear la ropa interior de presas mayores.

La durmiente, cadavérica, tiritita. Pero yo no dispongo de ninguna prenda con que arroparla. Nada puedo hacer. Marina Frankel, aprovechando que me he levantado y que doy vueltas, se tumba en el sofá. Se descalza. Sus pies son perfectos. El podólogo los habrá delineado desde su juventud sosteniendo sobre la palma de su mano izquierda el pie de Marina —«Un treinta y nueve o más»— mientras con la derecha le raspa una dureza del talón. El pie crece sobre la mano del podólogo y él deja de ser un podólogo para convertirse en un escultor que labra el bloque de mármol en que ella se transforma. Solo el pie sigue siendo de piel y de carne en el cuerpo mineral de Marina. Estoy borracho y me restriego los ojos. Las

puntas coralinas —llamada de atención, semáforo— de los ortejos de Marina Frankel me hacen volver en mí. Ahora imagino su pie sobre la palma de un difuminado individuo: la mano, con pulso firme, pinta cuidadosamente cada uña. Los dedos se separan con blancas torundas de algodón. Quizá sea Cambra o quizá Charly o Ilse, la doméstica. Sus hijas se enamoran de hombres desconocidos. Me pregunto quién le pintará a Marina las uñas de los pies. Estoy borracho aunque cada vez menos. No importan en absoluto ni mi embotamiento penoso...

—... ni quién le pinta a Marina Frankel las uñas de los pies.

Hablo y mi voz suena gangosa, estridente, impropia de la facha de un hombre como yo. Recuerdo al bello Cambra y me avergüenzo de nuevo. Para despejarme, camino en círculos por la sala de espera. Meto la tripa, aprieto el culo, enderezo los hombros. Inspiro, espiro. Inhalo, exhalo. En ningún lugar echo tanto de menos a mi cojita novia de Frankenstein como en la consulta de Marcos Cambra, podólogo. Marcos le calzaría unas alzas que no le produjeran dolores en la ingle y le enseñaría a bailar de modo que, a través de la ventana del edificio de enfrente, nadie percibiese su cojera. Todos los mirones, desde detrás de sus prismáticos, se enamorarían de la bailarina de mi caja de música. El doctor Cambra fabricaría unos zapatitos de cristal perfectos para el adelgazado pie de esta mujer preciosa por sus desniveles. Por las cicatrices de las rodillas y las blancas estrías que recorren, como las olas, las caderas de una hembra que ha perdido peso. Paula es contestona y rebelde, pero no podría resistirse a los encantos de Marcos Cambra, un hombre incluso más guapo que yo, que le proporcionaría una inmensa felicidad ortopédica.

El afán investigador del detective —también la desinhibición de quien ha bebido mucho— me legitiman —eso quiere decir que siempre podría encontrar una disculpa— al abrir un armario cuya llave no está echada. Descubro cajoncitos que llevan estampados

nombres. Abro el primer cajón, el segundo, otro más, y me siento como cuando violo la basura o la correspondencia ajena. Bien. Excelente. En cada cajón se guardan las alzas, las plantillas, los separadores de dedos moldeados con parafina, incluso las hormas de una persona en particular. Igual que los dentistas hacen moldes de las arcadas dentarias, el podólogo conserva réplicas de partes de los pies en sus cajones. Los cajones cerrados son tablas de excel. Tanta regularidad me hace ver doble. El podólogo o quizá Anita, la ayudante, son profesionales muy organizados. Descarto esa deducción propia de mi oficio, estoy borracho y de vacaciones, y sufro el desamor y juego a un juego que encaja mucho más con mi carácter: voy abriendo los cajoncitos para reconstruir a las personas a partir de los fragmentos de su pie. Como los que recrean una vida a partir del nombre de una lápida. La fecha de la muerte y del nacimiento. La fotografía. El epitafio. El estado de conservación de la tumba. De la misma forma, desde la huella brotan los pies cabos o planos, las piernas que ingenuamente se juntan a la altura de las rodillas, Marilyn sobre los respiraderos del metro o los muslos que forman un arco de medio punto.

—McCloud, tu caballo te espera en el saloon.

Nadie me escucha, nadie me atiende, nadie me llama, así que subo y subo y me imagino las ingles y el abultamiento del pubis. Como si los recorriera. Brotan los órganos sexuales y, sobre ellos, las ropas. Antes de abrir uno de los cajones, intuyo que voy a encontrar dentro una cabeza jibarizada. Me equivoco. Leo en voz alta los nombres de los cajoncitos:

—Teresa G. Manfredi, Loles Verdú, Analía Serra, Amparo Orts...

Amparo Orts: no lo abro. Me parece impúdico —incluso indecente — violar la intimidad de mi anfitriona. Marina Frankel ha pagado las copas y la comida. Es decir, Amparo Orts las ha pagado. No quiero que la santa se me caiga del altar antes de que se hayan hecho las presentaciones oficiales. Después sigo abriendo y cerrando cajones. Me siento fetichista: Fernando Rey, un zapato, Viridiana se hace la muerta —la cataléptica, la sonámbula— sobre un lecho nupcial.

Viridiana quiere que la toquen. Pero que la toquen como si ella no se enterase de nada. Marina, sobre el sofá, se cubre con el antebrazo la cara de Elke Sommer —«En el blanco de los ojos, se parecen», Paula quiere practicarme desde dentro una lobotomía—. En la frente de Marina Frankel asoma un ceño fruncido de muerta contrariada. Cierro los cajones, el armario. No toco la llave. Nadie me ha descubierto ni nadie podría descubrirme. He sido cauto. Silencioso. Me acerco despacito hacia mi amiga y le soplo en la oreja:

—Marinín...

Ella cambia de postura. Declino mis obligaciones de cuidador de borrachas. Me encamino hacia la puerta de lo que, sin duda, es el cuarto de baño. No logro abrirla. Recuerdo la advertencia del podólogo. Vuelvo a apretar los esfínteres. Me anudo la próstata. Me entretengo asomándome a una vitrina donde se exhibe un instrumental impoluto: alicates, pinzas, elevadores, gubias, limas, martillos, sierras, raspadores, tijeras, separadores... La lírica de los instrumentales. El podólogo manejará como un maestro cada herramienta —«Los abrelatas y las cucharillas de café», Pauli me aplaca. Es necesario: sabe que se me agolpan dentro de los ojos un montón de fantasmagorías—. De repente, oigo un gemido que procede de la sala donde Marcos atiende a su paciente. Y no puedo evitar asomarme. Cambra inyecta un anestésico —intuyo— en el dedo gordo del pie de una mujer de mediana edad. Los pinchazos son continuos y breves. La mujer vuelve a quejarse y Cambra, con la mano libre enfundada en unos guantes de goma, le acaricia el tobillo. El procedimiento no parece muy ortodoxo, aunque, antes de que Paula se me escape por los agujeros de la nariz, he de considerar la posibilidad de que esta mujer sea la hermana, la tía, la sobrina del cariñoso podólogo. Una amante. Diga lo que diga Paula, el bisturí que Cambra aprieta contra uno de los bordes del lecho unguial no es una cucharilla para remover el azúcar en el café. Si así sucediese, la visión sería incluso más salvaje. El podólogo recomienda:

—Tesi, no mires ahora.

Tesi, Charli, Frankel, Fanny, mami. Yo solo quiero a Pauli. A Pauli Blu. Se me va la cabeza, pero no por ello las cosas dejan de pasar: el dedo sangra mientras el podólogo hurga en la carne con afilados instrumentos y pinzas quirúrgicas. Esta situación —las pinzas, la sangre blanca de las mariposas, el dolor que se mitiga con un anestésico— me recuerda a Olmo, pero eso no puedo permitírmelo. Si me lo permitiera, me sangraría la nariz. Lo aparto con un empujón mental que provoca un reflejo. Como si alguien me hubiese golpeado con un martillo en la rótula: levanto los codos, las manos, me dejo llevar por mi mariconería. Recupero la compostura mientras Paula me susurra en el yunque del oído: «Así está mucho mejor, Arturo Zarco. Ahora arréglate el nudo de la corbata». Me llevo la mano a la nuez, pero no llevo corbata. El balanceo de las pinzas al presionar la uña hasta que se desprende de la carne me provoca repulsión —«¡Zarco, mira hacia otro lado!», Pauli me previene, pero no la escucho porque ya no es la bailarina de una caja de música sino el pajarito de un reloj: el cuco tiene la cabeza de Paula, sus ojitos color miel, su boquita que no para de acusarme, bendita sea—. Me pregunto por qué sigo mirando. Por qué me arriesgo. Por qué la impresión que producen las cosas casi microscópicas actúa como onda expansiva que multiplica el efecto de la repugnancia. La mujer vuelve la cabeza para no ver cómo el podólogo desembrida su uña. Respiro aliviado cuando me sorprende en mi escondite:

—¡Marcos!

El podólogo lleva la bata manchada de sangre y de yodo. La uña cuelga de la pinza quirúrgica. El dedo de Tesi, tumefacto y marrón, despojado de uña —casi lo noto palpitar— parece un cacho de carne comestible. Una náusea me sube desde el estómago y echo sobre el suelo de la consulta de Cambra la segunda puta de hoy. Esta vez tengo dos causas muy justificadas. Estoy a punto de desmayarme, pero soy un hombre y, si lo hiciese, Pauli me mataría.

No recuerdo la vuelta al *riurau*. Marina y yo dormitamos en el asiento de atrás del coche de Marcos durante todo el trayecto. En la consulta, lo más relevante ha sido la eficiencia con la que el bello podólogo ha resuelto la situación sin decir una palabra más alta que otra. Sin insultarnos. Marina, alertada por mi vómito, semidifunta, solo ha abierto uno de sus ojitos fluorescentes para pronosticar:

—Anita se va a agarrar un cabreo...

Después ha vuelto a cerrar el ojito y, durante un segundo, he tenido la impresión de que se fundían todas las bombillas de la sala de espera. Mientras, Marcos actuaba. Primero, ha depositado la uña de Tesi en una bandeja de metal. Inmediatamente ha vendado —con provisionalidad pero sin alevosía— el dedo de la atónita paciente y, con aplomo, le ha informado de que...

—Hay anestesia para rato, Tesi, pero no te preocupes que en menos de un segundo estoy contigo.

Marcos Cambra se ha quitado los guantes quirúrgicos. Se ha acercado a mí con una pastillita. Los bebés abren la boca cuando la mamá abre la boca frente a ellos para meterles la cuchara. Marcos hace como si tragase y yo trago de verdad. Una desconocida pastilla —«¡Error!»: lo sé, Pauli, lo sé— se desliza hacia los volcánicos ácidos de mi estómago. Después, sin recriminarme, Marcos Cambra me ha dejado en el sofá junto a la bella durmiente. El piadoso podólogo le ha tomado el pulso. Nadie ha besado los labios de Marina Frankel, aunque ella aún los entreabría en mitad de un sueño cada vez más fingido. La situación es vergonzosa, desaseada, pero Marcos transita por ella sin mancharse: ha echado serrín sobre mis secreciones y ha cerrado la puerta de su quirófano.

Tras la puerta cerrada, habrá cosido o grapado las heridas, amputaciones, ablaciones, siniestros de los dedos de los pies de Tesi —Fotomatón: Teresa G. Manfredi era el nombre que aparecía en uno de los cajones. Por sus apellidos, es difícil que Tesi sea familia de Cambra—. Me propongo comprobar mañana en la piscina si Charly

conserva intactos sus ortejos igual que los deditos de sus manos. Quizá Marcos utilice a la mucama para hacer experimentos podológicos.

—Tesi, por favor, no comas dulce.

Marcos ha acompañado hasta el ascensor a su paciente, diabética y satisfecha —abajo la aguarda un acompañante—, se ha quitado la bata y nos hemos ido. En un bar hemos hecho pis y el podólogo nos ha invitado a un café solo. No hemos dicho casi nada. Marina y yo hemos llegado al coche por nuestro propio pie. Nos hemos adormilado acunados por el ruido del motor. Antes de volver a caer en la inconsciencia, Marina insiste:

—Anita se va a coger un cabreo...

Después enmudece apoyada en mi hombro. Me pone perdido de babas.

Al llegar al *riurau*, Érica sale corriendo:

—¡Abuelito!

Marcos levanta a la niña y la besa. Nada más posarla en tierra firme, Érica entra en el *riurau* a toda velocidad. Marina y yo disimulamos. Bebemos agua. Charly se acerca a nosotros con discreción:

—¿Necesitan algo?

Marina le lanza una mirada sulfúrica que, otra vez, contradice ese lánguido tono de voz que proviene de sus intenciones, sus orígenes geográficos y su clase social:

—Nada en absoluto. Gracias, Charly.

Marina, con empaque, ha pronunciado correctamente las eres y las eles. Como una gran profesional de la simulación. Charly insiste:

—¿Seguro que nada?

—Te he dicho que nada en absoluto.

Marina es terminante. A Charly le tiembla la mandíbula. No sé si está rabiosa o si querría que Marina confiara más en ella y la hiciese partícipe de sus preocupaciones. Ilse, que se había transparentado en el blanco de la pared, atraviesa un tabique y se materializa ante nuestros ojos. Evita el contacto visual con su hermana. A mí me mira

con cierta simpatía. Sus palabras tienen el dulzor extremo de la confitura:

—Parece que mi hermana está cansada, así que, Charly, déjalo.

Subimos a nuestras habitaciones. Vuelvo a bajar después de haberme aseado un poco. Aunque me gustaría, no me he atrevido a ponerme un batín de raso. Me siento en el sofá del centro del salón. Aquí, a las diez de la noche, cada habitante ocupa su lugar. En un extremo de la sala, Ilse entra en la alcoba de María Amparo. Charly la mira desde el lado opuesto. Ilse traslada frasquitos para echar gotas, vasos de leche, abanicos, pañuelos de papel, cajas de medicamentos, gafas de cerca, piezas de fruta, camisolas limpias, revistas, libros de contabilidad, álbumes de fotos. Charly no puede resistirse y, con el cuerpo inclinado hacia delante, se dirige hacia su jefa para descargarla de alguna de las muchas cosas que lleva entre las manos:

—Déjeme que la ayude.

En mitad de su trayectoria, Ilse frena en seco:

—No, Charly. Ya te he dicho que no necesito ayuda.

Érica, pegada a la falda de su mamá, juega a las enfermeras con una cofia de papel higiénico y un termómetro. La niña acompaña a Ilse, que, al entrar o salir, se cuida de cerrar bien la puerta del cuarto de su tía para que no pueda colarse el sonido de la voz de Amparo Orts. Temo que la mujer esté muy débil. Que no pueda pedir socorro. En otro extremo del salón, a punto de empezar a cenar, Marcos enfoca a Ilse. El iris de sus ojos es tan enorme que casi no deja espacio para el blanco:

—¿Cómo está?

—Mejor.

—Dile que en un rato entraré a echar con ella una partida.

—Le gustará mucho.

Paco Rabal, Silvia Pinal y Margarita Lozano juegan al tute alrededor de una mesa camilla. La cámara se va alejando. Ilse, Amparo y Marcos jugarán al tute, encerrados en la alcoba, y yo no podré verlos. O quizá solo Marcos y Amparo echen una partidita de

robby mientras Ilse, a la espalda de uno de los dos, hace trampas, conchabada con el otro. Escucho al podólogo y a la sobrina, y es como si viese a dos actores que se están dando la réplica. Son dos actores muy buenos. No solo dominan la elocución y el ritmo, sino también el lenguaje corporal. Ilse, dama de la reina madre, esboza una especie de reverencia frente a Marcos. Él la capta a través de la invisible diagonal que parte el salón en dos triángulos. La iluminación de este escenario está pensada por una mente calculadora e imaginativa —«Es lo mismo», dice una Paula que ha leído a Poe—. Los personajes cegados por la luz contrastan con los personajes oscuros. Sobre un damero, Marcos mueve negras:

—Entro en un rato.

El tiempo, antes detenido, comienza a funcionar a un ritmo perezoso. Marina, con la lentitud de un cuerpo subacuático, pasa junto a Ilse como si no la viese. Ilse y Érica vuelven a colarse en el cuarto de la mami. Marina se sienta a mi lado frente a la mesa del centro del salón: es un mirador o tal vez un imán, porque todos los ojos se deslizan hasta mí, salidos de sus cavidades orbitarias, pero sujetos a los cráneos por la cuerda del nervio —Paula me da un toque: «Es podólogo. No oculista»—. Marina ejerce de anfitriona:

—¿Jugamos al scrabble?

Acepto como quien se pone a fumar por tener las manos ocupadas. Además, no me disgustaría ser uno de esos personajes de Chabrol que juegan al scrabble con mujeres mayores que se resisten a perder la memoria. Marina remueve las fichas dentro de su bolsa verde. En otra esquina, al lado de un baúl, Charly comprueba qué está sonando sin dejar de vestir a una muñeca rubia. Sigue las indicaciones de Fanny —urraca, colibrí—, que selecciona prendas de brillos dorados mientras me lanza miradas que me exigen promesas, me cuentan secretos y me emplazan a oscuras citas entre los matorrales. Colocamos las fichas en sus soportes. Marina revisa sus letritas:

—Salgo yo: tengo la zeta.

Marcos, bajo un foco, cena frugalmente sobre una bandeja individual y, cuando termina, se retira él mismo el servicio. En la cocina oigo el cacharreo de la gente invisible que trabaja. Charly deja de prestar atención a la muñeca que, ataviada de lamé, parece una puta:

—¿Señor?

—No te molestes, Charly. Sigue jugando con la niña.

—¿Qué niña?

A Fanny la voz le sale del bajo vientre. Será una estupenda contralto. Marcos la oye y la niña —que se resiste a su infancia— se hace visible en el ángulo ciego desde donde manipula su muñeca y me lanza miradas impropias de una impúber. Arropada por la sombra, creo que Fanny imita cierta oscilación sexual dando toques contra su muslo con la pelvis de la muñeca rubia y tetuda.

—*Fanny! Stop!*

Charly —que no sé si habla inglés o el lenguaje de los perros amaestrados— tampoco mira al podólogo con gratitud: a Charly le gusta servir a los que mandan. Quizá esté harta de ponerle y quitarle la ropa a una rubia en miniatura con la sonrisa clavadita a la de Marina Frankel.

—*Zángano.*

—¡Marina! Diez y dos, doce, y dos, catorce, y dos, dieciséis, por dos, treinta y dos, más cincuenta por haber puesto todas las letras: ochenta y dos puntos.

—¿Te rindes?

No puedo rendirme a la primera. Me tomo mi tiempo. Me distraigo: mi cabeza repasa películas de Tourneur y peleles del vudú. La muñeca rubia está deseando que la rescaten de su suplicio. El podólogo ya tiene preparada una respuesta para Fanny, quien hace solo un instante ha reivindicado su derecho a ser precoz:

—Perdóname, Fanny. Es que no me acostumbro a que hayas crecido tan pronto y ya te vayas a casar.

—Pues sí.

—No me acostumbro a que me abandones.

—Pues sí.

El tono de Fanny se ha ido apaciguando. Marcos, con apariencia pesarosa, atraviesa la sala para acercarse a Fanny, le besa la mano en la parte oscura de la habitación. Ella se deja besar; después retira la mano:

—Ya no me interesas, abuelito.

—¡Fanny!

Marina y yo levantamos la cabeza del tablero, y ella mira a Fanny como si tuviera ganas de cruzarle la cara de un bofetón. Esta mañana Marina no bromeaba. Charly reconviene a la niña. Hace méritos con el podólogo. La niña se retrae hacia la sombra como una tortuga. Parece que solo las manos de cinco dedos de Charly le frenan la lengua. El abuelo falso ríe y Charly ríe con él. Jaume Ferrer tampoco ha subido esta noche a cenar y, en este confortable *riurau*, hay demasiadas mujeres —niñas precoces, menopáusicas, solteras, frías, oscuras, luminosas, enfermas, mantenidas, amas, cuidadoras, sirvientas, hijas, sobrinas, prensiles, asqueadas, ausentes, extranjeras, autóctonas...— para un solo hombre. Por muy guapo y templado que sea.

—Arturo, ¿pones o no pones?

—Aprovecho tu zeta: *pozo*.

—¿Nada más?

Marina cree que no estoy muy concentrado. Lo que ella ignora es que en *Delito en la isla de las cabras* el visitante —el hombre— muere en el fondo del pozo donde una mujer le mantiene en conserva, como Walt Disney hibernado en su cápsula —cremosas bolas de fresa y de vainilla—, para comérselo más tarde chupándose los dedos. Es la reina madre, la avispa más golosa, Ágata y su nombre de animal, la que protege a sus hijas de un amor tan dañino. Quiere quedárselo todo. Arrebañarle al hombre con sus dientes —chiquitines, puntiagudos— los huesecillos de paloma. Cuando va a rescatarlo, el visitante está seco. Y sin saliva no se puede amar. Sin sustancias ni meollo, quizá un día el cuerpo de Marcos Cambra se mantenga en el fondo de la piscina, sin salir a

flote, porque alguien le ha cosido piedras en los bajos de las perneras del pantalón.

Marina y yo jugamos al scrabble bajo un haz de luz. Preferiríamos pasar desapercibidos, permanecer en silencio, pese al efecto delator del foco. Jugamos con una simulada concentración total que nos aísla. Alguien nos ha metido dentro de una bolsa de plástico: somos dos peces recién comprados en la tienda de mascotas y aún no sabemos en qué pecera vamos a dormir. Mientras Marina busca su siguiente palabra, vigilo la puerta del dormitorio de Amparo Orts. Ese ángulo permanece muerto y en penumbra: nadie sale ni entra desde hace rato. La luz que ilumina el tablero del scrabble es tan potente que el resto de la habitación, exceptuando el lugar donde Marcos ha tomado su cena, se sume en la sombra —«Si sigues jugando a apagar y encender la luz, esta noche te mearás en la cama», Paula me está viendo el plumero: lástima que no me lo viera antes—. Creo intuir en la oscuridad el bulto de Fanny y a Marcos Cambra que se retira. Como un caballero capaz de asumir la derrota. De pronto, lo veo y lo oigo todo tan perfectamente que estoy a punto de no poderlo soportar. Solo Marcos Cambra conoce nuestros deslices y nosotros, cómplices, disimulamos.

—No tengo consonantes. Solo puedo poner *agua* apoyándome en la ge.

—Cinco puntos. Poca cosa, Marinín.

Marina me mira con los mismos ojos que presiento en Pauli cuando, desde el otro lado del hilo telefónico, me amenaza: «No me llames así». Es como si hubiera profanado un sarcófago o resuelto la conjetura de Poincaré sin darme cuenta. Sin embargo, Marcos no parece un hombre que desvele secretos. Tampoco desvelará nuestra intoxicación ética. Marcos entra, por fin, en la habitación de su esposa. Sin hacer ruido. Marina deja de escrutarme con ojos de hipertiroidea. Nos centramos en el juego. Formamos palabras que nos ayudan a recuperar una apariencia casi humana tras la debacle. Cruzamos los verbos y los sustantivos, multiplicamos por dos y por tres. Escribimos sobre las casillas unas cuantas palabras más.

—¿No van a querer cenar ustedes?

Marina y yo despertamos como sonámbulos en mitad de la noche. Asustados. Desprevenidos. Desorientados ante la cara de Charly que, bajo la luz, se agranda. Con uno de sus dedos intactos, revienta nuestra pompita de jabón. La mucama, con la misma habilidad que en la estación de autobuses, se ha deslizado sobre la diagonal para colocarse justo detrás de nosotros sin que nos diéramos cuenta. Marina hace esfuerzos, otra vez, para articular bien las palabras:

—No, Charly. Ya hemos picado en el pueblo.

Marina Frankel parece una extranjera. Y miente. Charly vuelve junto a Fanny, que procura encajar en su sitio el brazo arrancado de la muñeca rubia. Nadie grita cuando se produce el desmembramiento y ese es un silencio que me conforta. Aguzo el oído hacia la puerta cerrada del cuarto de Amparo Orts y solo alcanzo a percibir un susurro, un bisbiseo, quizá un hilo de música. Hay tres adultos y una niña encerrados en esa alcoba: tanta tranquilidad solo es posible si existe empeño en no hacer ruido. Quizá la enfermedad de Amparo se esté agravando. Sorprendo a Marina concentrada en la misma puerta que llama mi atención:

—Arturo, no me encuentro bien, ¿te importa si me acuesto ya?

Me da miedo quedarme a solas con Fanny y con la mucama pero, pese a mis resquemores, le concedo a Marina Frankel permiso. Ella, antes de subir a su habitación, echa un vistazo. Se fija en la puerta cerrada y en los bultos de Charly y de Fanny, que siguen jugando con la muñeca casi a oscuras.

—Te quedarás durante algún tiempo...

Marina no me ha hecho una pregunta. Echo mano al móvil que no me vibra dentro del bolsillo.

—Parece que nadie me echa en falta.

Marina me abraza por detrás:

—Tengo algo más que decirte.

—¿Todavía más?

Pregunto con picardía de portera. Marina me acaricia la mano. Una, dos, tres veces. Después me mira con una lástima tan grande que no le cabe dentro de los ojos. Me siento ridículo con mi picardía de portera.

Abandonamos el tablero sin recoger las palabras que se han ido formando.

Papá no está y estas niñas se enamoran de todos los hombres. Aunque se enamoran de manera diferente. Érica mima y Fanny castiga. O a lo mejor lo uno y lo otro son lo mismo porque yo no logro recordar en qué consiste la lacaniana nostalgia del falo. La incompletud. Hace poco leí en el periódico que un pene fue sustituido, mediante cirugía, por un dedo corazón. La metáfora me parece bella mientras repaso la exigua lista de mis relaciones sentimentales: amorosas, prohibidas, legalizadas, de sauna, inmorales o fraternas. En total, nueve o diez relaciones —nunca me he atrevido a ser demasiado promiscuo— que podrían calificarse con más de una palabra: legalizada e inmoral, fraterna y de sauna, amorosa y prohibida... Hay más palabras que personas y que posibilidades de entrelazarse con esas personas. Cuando dos cabezas antropomórficas —también hay cabezas comestibles de corderos o jabalíes, sesos de mono— se aproximan y se unen en un beso, percibo una agresión, un mordisco, un hambre bruta. Hace ya muchos días que no me besa nadie. Que nadie me trocea y me mete en el congelador para, después, ir cocinando y comiéndose cada uno de mis filetes de la contra, mis callos, mi lengua estofada, con amor de lobo y mucho sibaritismo. Cuando me estoy relamiendo, Charly no pierde la ocasión de comportarse servilmente:

—¿Seguro que no tiene usted ni un poquito de hambre, don Arturo?

Incluso los hombres refinados como yo hemos perdido el hábito de vivir con servidumbre. Sin embargo, la voz de Charly me resulta tan familiar que parece que hubiera transcurrido mucho tiempo

desde que pisé por primera vez el carísimo solado de cerámica de este *riurau*. Aquí todo es bonito: las tapicerías, los muebles, el arcón del que Fanny y Charly sacan los disfraces y las baratijas —las tiaras falsas de rubíes—, los cubiertos con los que Marcos Cambra, el enfermero, ha manipulado las porciones de su cena. Si tuviera que describirle a Paula este lugar, buscaría metáforas para exagerar el confort. Le diría: «En el espacio del salón dominan los colores camel y *beige*» y ella me contestaría: «Creo que Olmo te ha contagiado el daltonismo». Yo corregiría: «Crema y blanco roto». Ella aprovecharía mi ignorancia textil: «Eso solo se lee en los catálogos de vestidos de novia». Mi Paulita Grilla me hace cosquillas en las plantas de los pies. Como esos peces exfoliadores que se comen los pellejos muertos. A lo mejor Marcos Cambra ha clausurado su cuarto de baño porque tiene un criadero en la bañera.

—¿Por qué hablas solo?, ¿de qué te ríes?

Fanny, atraída por mi murmullo —tengo ya síntomas de muchísima vejez—, me observa apoyada en el brazo del sillón. Parece que ha transcurrido tanto tiempo desde que llegué que hay rarezas que ya ni siquiera me perturban. Como si yo no fuera el huésped, abandonado en la sala, con una sirvienta discípula de sacerdotes que inmolan vírgenes y con una niña procaz. *Procax* es un adjetivo que también aparece en la definición de *hereje* y las herejías me recuerdan al demonio y el demonio los exorcismos y, de pronto, Fanny es una Linda Blair menuda y pienso que Paula me acusaría de ser demasiado impresionable —«Zarco, saca el crucifijo de debajo de la cama»: Paula me ayudó a dormir con la ventana abierta en verano.

—Que te estoy preguntando de qué te ríes.

Fanny no tolera que alguien no responda a sus preguntas. Pero yo sé que no contestar es una forma de mantener a la niña pegadita a mí. Quizá quiero simpatizar con los monstruos para que esta noche no me claven los colmillos en la yugular. Veo la pequeña vena de Fanny latiendo en su fragilísimo cuello de María Antonieta, reina de Francia. Es déspota y está viva.

—¿Hablas solo porque estás borrachito?

Alguien les ha explicado a las niñas cuál era la razón de nuestra palidez y de nuestros erráticos pasos. También parece que ha pasado muchísimo tiempo desde que Marina y yo volvimos, como cubas, de la consulta del podólogo. Pero han transcurrido escasamente dos horas. Decido darle la vuelta a las preguntas de Fanny:

—¿Tú no entras a cuidar de la abuelita?

—Me huele raro.

Solo son las once y veinte, y mi teléfono móvil permanece mudo. Temo que Amparo Orts sufra una enfermedad de los riñones. Como la que acabó con Eric Frankel. Ante mí, se abre la inmensidad de una noche de estío.

—¿Juegas?

Menos mal que me quedan los ojos abiertos de Fanny que, con su muñeca rubia salvajemente desvestida, me hace las mejores proposiciones del mundo.

—¿Bailas?

Acepto y, mientras Fanny se dirige al aparato de música, me da por pensar que en las novelas de Agatha Christie los niños también mueren. A menudo los niños, escondidos en el cesto de la ropa sucia, escuchan lo que no deberían haber escuchado. Ven lo que nunca debería ser visto. Y algo terrible les ocurre. Me preocupa que Fanny sea tan lista porque los niños, en las novelas de Agatha Christie, no mueren de tuberculosis o de cáncer óseo. Mueren en falsos accidentes. El hielo se quiebra bajo los pies de la patinadora y la engulle —la paraliza— hasta el comienzo de la estación cálida. Se producen escapes de gas mientras los niños sueñan con presentadores de la televisión. El sueño, el silencio, el amor, la muerte, la paz eterna... Por sinestesia o asociación, me asaltan otra vez dudas respecto al estado de salud de María Amparo. No he venido aquí a molestar. Yo soy el adulto y debo introducir la sensatez en esta situación que está a punto de desencadenarse:

—¿No será un poco tarde para...?

Antes de que pueda acabar la pregunta, escucho a todo volumen la melodía más popular de *El lago de los cisnes*. Chaikovski me da miedo, pero debo superarlo sin tardanza porque Fanny viene corriendo hacia mí desde uno de los puntos más remotos de este inmenso salón. La niña coge carrerilla como si fuera a dar tres mortales consecutivos. Lo que Fanny pretende es que la levante sobre mi cabeza. Calibro el estado de mis riñones tras el desplazamiento del equipaje. Flexiono las rodillas para recibir el peso de Odette. Puedo ver la luna reflejada en la superficie del agua y los árboles negros, las sombras que enmarcan la luz central de este escenario. Aceptar bailar con Fanny es aceptar meterme de lleno en el papel de Sigfrido. Sin remilgos y sin incredulidad. Expulso el aire que les sobra a mis pulmones. Me entrego a la ficción. Y me preparo.

Fanny salta con un gran impulso que la aligera. Yo la recibo y la elevo. Ella permanece estirada en el aire y, entonces, he de improvisar el siguiente paso de una coreografía cuyo objetivo es complacer a Fanny. Doy vueltas sosteniéndola en lo más alto de mis brazos, tan estirados que duelen. La niña no pesa casi nada y esa levedad me proporciona sensación de poder. Tenso la mandíbula impostando una apariencia feroz. Charly nos observa desde el patio de butacas de este salón transformado en escenario. Inmóvil. Es la espectadora imprescindible para que todo esto tenga sentido. Para que nuestros impulsos exhibicionistas se consumen y, dentro de un rato o mañana por la mañana, ni Fanny ni yo abramos nuestras gabardinas a la puerta de un *kindergarten*.

Fanny arquea su espalda y, como un ave herida, aletea. Nos entendemos mucho mejor que cualquier dúo de amantes primerizos. Después, con las manos, ella se espanta imaginarias moscas. Entorna los ojos y posa con rictus trágico. Mientras sigue aleteando, la hago descender poco a poco hasta dejarla en el suelo. Entonces, Fanny sale disparada hacia el arcón, de donde extrae un velo transparente. La niña vuelve haciendo ondear el velo. Roza muebles

y jarrones. Cojo aire por lo que me pueda suceder. Advierto a mi enérgica bailarina:

—Cuidado con el velo, pequeña Isadora Duncan.

Fanny aprieta los labios. Se abriga la garganta con el velo y se pone en puntas tensando unas pantorrillas de las que brota una minúscula bola de músculo. Fanny, en puntas y descalza, como si sus venas fueran de alambre y sus articulaciones se ensamblaran con tornillos, revolotea alrededor. Ella es una peonza y yo, recordando que bailar es moverse poco, aguardo impasible a que la niña frene mientras esbozo muecas. Marco movimientos que no llego a completar. Como si las mareas y los vendavales se me hubieran quedado al otro lado de la piel, por dentro, y solo provocaran una mínima vibración fuera de mí —«Estás haciendo parodia de ti mismo». Y yo le respondo a Paula que necesito que venga para que me ate las manos y me ayude a comportarme de esa forma moderada que tanto nos gusta—. El ave que finjo ser es más discreta que la de Fanny. Mi discreción se relaciona con el problema de la resistencia física: mi ave es discreta para que yo no eche el bofe. Mi ave sabe que la muerte está viniendo, pero es un ave que afronta su fin con dignidad y contenido dolor. Me detengo y ahora soy la estatua del príncipe feliz. Mi expresividad se resume en lo único que me queda: las piedras preciosas de mis ojos. Fanny-colibrí gira sobre las baldosas y, al incorporarse, pasa de la rigidez a la sensualidad muelle de las damas del Segundo Imperio francés. Mini-Eugenia de Montijo baja de sus puntas y traza amplias circunferencias con los hombros. Abraza el vacío cariñosamente. Yo gradúo la intensidad de las luces —algo fallaba en el escenario— y le tomo la mano a mi *partenaire* enana para iniciar una carrerita alrededor del salón. Soy un hombre esbelto y Fanny una niña que no está desarrollándose bien. Es guapa, pero bajita. Juntos, de la mano, somos un animal con un hombro mucho más alto que el otro. Fanny-diminuta supera cualquier trauma manteniendo la barbilla erguida y los músculos estirados y duros, como un cohete. Como la punta vibrátil de un clítoris de cuyo conocimiento no pienso desvelar

ni una palabra. Nada nos importa: solo que la hembrilla y la escarpia encajen, aunque las bocas no puedan unirse en el beso de amor. Eso se lo saben al dedillo todas las esposas de los baloncestistas.

Quizá Charly no se atreve a regañar a Fanny porque yo me he implicado tanto en la ejecución de la obra que reprender a la niña sería como amonestarme a mí. Y al señor no se le amonesta. A Charly no le gustan los enemigos poderosos. Ni siquiera los enemigos que son de su tamaño. Charly domina a las niñas y estas niñas son indómitas, de modo que sospecho que Charly hace cosas que no sé si me gustaría ver. Vuelvo a pensar en cuchillos que rajan el agua y en cartas de una baraja española bajo el colchón; pienso en tijeras y en dos niñas que colaboran con Charly mientras la mucama da sepultura a un pájaro atravesado por una aguja de hacer punto. Intuyo a mis espaldas un peligro. Me doy la vuelta y me tropiezo con la figura de Charly sentada en una silla. Siento que esta dulce mujer nos odia. Que nos odia con un inmenso rencor. Que no nos vamos a poder salvar de su ira reconcentrada en el tarro pequeño de sus ojitos, sus manitas, sus piernitas... —«¡Zarco!», saltan en mi interior las sirenas policiales, la regla me golpea la palma de la mano—. Pero es Pauli quien me ha dejado solo con tan extrañas acompañantes. Algunas veces me olvido de mi intención de provocar y es como si las palabras que no son mías lo fueran y ya no sé si digo lo que creo o creo lo que digo. El hueco de mi espíritu, es decir, mis oquedades intracorpóreas no ocupadas por la masa de las vísceras —ya he dicho que he cambiado los policiales por las series de cirujanos: no conviene llevarse el trabajo a casa ni confundir el ocio y el negocio—, mis habitaciones interiores, parecen a ratos el camarote de los hermanos Marx: Paula, Sigfrido, un bailarín, Grillo... Nadie puede saber, a ciencia cierta, cuánta gente lleva dentro.

Vuelvo a sentirme un poco mareado. Me abrazo a Fanny. Para protegerla o quizá para no caer. Para agradecerle la compañía y el amor que no me llegan de otro sitio. Como si la niña fuese otra persona. Después, la vuelvo a alzar hacia las nubes agarrándola por detrás. Ella convierte todo su cuerpo en una flecha que apunta justo

hacia la diana desde donde sale la vocecita —dulce aguja— de Ilse Frankel...

—¿Se puede saber qué está pasan...?

Desde el umbral de la alcoba de Amparo Orts, Ilse y Érica nos escrutan. Marcos Cambra entra en el *riurau* desde la puerta del jardín; ha debido de salir a tomar un poco el aire. Fanny y yo hemos sido pillados in fraganti practicando nuestro amor, vigilados por el ojo de mirilla de la mucama, dueña cómplice, que podría destruirnos pero que por el momento se reserva esa deslealtad:

—Estaban bailando, doña Ilse.

Fanny y yo no necesitamos que Charly nos proteja. Hemos sido descubiertos y eso nos encanta. Pero Ilse no toma en consideración nuestro delito. Con mucha suavidad, ríe:

—Marina no me había dicho que te gustaran tanto las niñas.

Detecto en la frase de Ilse cierta doble intención que prefiero desoír y que a Paula le encantaría —«Menorero, guarro, pederasta»—. Érica repta por la pierna de su abuelito hasta que la coge en brazos. Fanny descompone su esqueleto ornitológico para aferrar con sus piernas mi cintura. Como un osezno. Mira a su hermana desdeñosamente:

—No me importa que te subas al abuelo, culebra.

Érica se agarra con desesperación al podólogo. Fanny me aprieta tanto que casi me asfixia. Se pone colorada de apretarme. Érica no calla:

—¡Culebra amarilla!

Parece que las palabras de Érica le han teñido la boca del color de los limones. Ilse ríe marcando la risa. Creo que su risa es una máscara, una excusa para no actuar. Comienzo a percibir cierto nerviosismo dentro de la habitación. Charly recuerda que debe merecer su salario y que ahora no hay ningún adulto cómplice que interfiera en sus obligaciones con las niñas:

—Ya está bien. A la cama. Sin rechistar.

Las niñas bajan de nuestros cuerpos, arbóreos y masculinos —«¿Ya no te acuerdas de Olmo, Zarco? Olmo, Olmo, Olmo. Árbol de vainilla, duende, goma de borrar, chiquitín. Qué pronto te olvidas de los que tanto te quisimos...». Paula me hace daño, pero yo no he perdido la memoria y quiero volver, no, quiero que vengan, que sean ellos los que me regresen de este lugar que está al otro lado...—. Érica sorprende mi oración entre el hueco de mi boca. Antes de seguir a Charly escaleras arriba, me señala con su dedo de falsa enfermera:

—Además, ese no es un hombre.

Combatamos el prejuicio de que todos los bailarines son homosexuales. No me gusta que mi sexualidad sea *vox populi*. A Érica el ímpetu le ha descolocado la cofia de papel de váter. Yo me aparto un mechón que se me pega en la sien. Me seco el sudor. Saco pecho. Siempre supe fingir y me apena defraudar a las mujeres que me consideran atractivo. Me gusta mantenerlas calientes e inquietas. Fanny cree que no tiene que echarme un vistazo —revisarme, valorar la calidad de mis muelas y escuchar lo que le dice mi fondo de ojo— para desdecir a su hermana:

—Mentirosa.

—Se besa en la boca con hombres.

Fui un ingenuo al suponer que, la primera noche, la familia nos había dejado a solas para que Marina cazase a un apuesto soltero. Dejo a un lado mi desilusión y atajo la posible incomodidad de Ilse quitándole hierro al asunto. Le gasto una broma a la niña impertinente. Le robo su lenguaje:

—¡Culebra amarilla!

Mientras pronuncio este conjuro —una auténtica culebra cae al suelo después de recorrer el hilo de mi dentadura—, le saco la lengua a Érica. La tengo sucia. Me manchan la lengua: el estómago vacío, el alcohol y la deshidratación de esta prerresaca que estoy sufriendo antes de irme a dormir, el cambio de hábitos intestinales en un lugar extraño, mi desamor y todas las malas palabras que he pronunciado a lo largo de mi vida. Érica se queda tiesa. Charly y

Cambrá me analizan con lupa, pero yo soy incapaz de leer nada en sus rostros oscuros. Temo que el bello podólogo piense que he perdido un tornillo: le sobran razones. Ilse vuelve a reír marcando su risa serenamente —ja, pausa, ja, pausa, ja—. Las carcajadas con que ayer me recibió Marina —su vaso comunicante— se han transferido hoy a su psique gemelar:

—Veo que no solo te gustan las niñas sino que además te comportas como ellas.

Fanny, esta vez, no se siente ofendida por que la encierren dentro de la caja del horario infantil y la condenen a comer con cubiertos de plástico en la mesa de los enanitos. Qué magnífica es esta niña a la que le gustan las salseras y los candelabros de plata. Fanny, esta vez, no se siente ofendida porque le preocupa muchísimo más otra cosa. Y se la pregunta a su madre:

—¿Se puede?

—¿Se puede qué?

—Besar en la boca a un hombre...

Fanny hace una pausa dramática y prosigue:

—... siendo hombre.

Ilse me mira y yo, como si la mamá me hubiera concedido permiso, me pongo la bata de educador. También recuerdo que hace un rato Fanny restregaba la pelvis de su muñeca rubia contra los brazos de los sillones. No es una niña desinformada. Soy honesto con mi pareja de baile:

—Se puede.

Fanny nos observa, consecutivamente, a mí y al podólogo:

—¡Qué asco!

—¡Fanny!

Aunque Charly muestra hacia mí la misma aprensión que la niña, la hace callar. Marcos Cambrá no tiene competidor. Puede seguir tranquilo y silencioso, entrando en las alcobas de las reinas y de las princesas dormidas. De las regentes. Las niñas no nos dan las buenas noches, pero desde lo alto de la escalera asoma la cara de Fanny:

—Arturo, ¿quién es Isa Ardora Dúrcal?

—Mañana te lo cuento.

No le digo a Fanny que Isadora es una bailarina que muere a causa de un accidente absurdo. Se me afilan las orejas como a los gatos capaces de captar los ultrasonidos y las presencias ectoplásmicas. Cuando creo que Fanny ya se ha olvidado del océano que nos separa —edades, sexualidades y procedencias diferentes; ella, monárquica como todas las nenas, yo, republicano tricolor por influencia de mi exmujer—, vuelve a asomar la nariz por la barandilla:

—Qué asco, Arturo.

Charly tira del brazo de Fanny, pero ella se resiste a apartarse:

—¡Arturo!

—¿Qué?

—Si besas a muchos hombres, te convertirás en sapo.

Fanny me cae muy bien. Ahora sí que desaparece definitivamente. No me gustaría que le sucediera nada. Me he quedado mirando hacia arriba con ternura. Me cuesta devolver el cuello a su posición normal para escuchar a Ilse:

—No solo Marina sabe contar historias.

Me imagino a Ilse transformando los relatos para dejar mal a su marido. Para que las nenas no quieran a su tía. Para que desconfíen de los hombres que bailan y de los que se depilan las cejas. Para que no se tomen demasiadas confianzas con Charly. Para quedárselas y atenuar ese amor que las une al advenedizo podólogo. Ilse le revela a Érica mis sodomías. Se tapa la boca para que nadie pueda leerle los labios mientras introduce por el oído de Érica su dulce voz de aguja:

—Este hombre se besa con otros hombres. Qué asco. Los hombres que se besan con otros hombres acaban convertidos en sapos de lengua verde y en culebras amarillas.

Aunque no dispongo de pruebas para condenar a Ilse —grabaciones, la declaración de un testigo—, su piel es para mí una superficie de cristal que transparenta una falta. Como espinita o

moneda en la radiografía. Ilse deprava a sus cachorras haciéndolas sentirse especiales. Metiéndoles miedo. O quizá sea la abuela Amparo quien les cuente los cuentos antes de dormirse. O Charly, que acuchilla el agua y a los fantasmas que viven dentro de ella. O el discreto —pero muy influyente en sus corazones— podólogo. O cualquiera de los integrantes de esta hospitalaria familia homófoba. Ahora yo también tengo miedo. Ilse interrumpe mis reflexiones:

—Supongo que no tengo que pedirte disculpas, ¿verdad?

Ilse da por supuesto que no me siento ofendido —me conoce poco—. O, a lo mejor, esta noche yo estoy imbécil y lo que da por supuesto Ilse es que sí me siento ofendido. Por eso, no me permite responder. Y en los dos casos, al no dejarme espacio, acierta:

—Mañana la tía quiere que desayunes con ella en su habitación, ¿te apetece?

No me gusta Ilse Frankel porque las cosas que dicen sus hijas me dicen a mí que ella es mala persona. Sin embargo, es aguda y quizá su piel no sea tan de cristal y yo no pueda ver dentro de ella ni monedas ni espinitas. Creo que Ilse sabe lo mucho que me apetece abrir esa puerta cerrada. Quiero saber si a Amparo Orts las palabras le salen de la boca o de la vagina prensil. También soy un hombre que quiere borrar de su mente la sospecha de que algo malo le está sucediendo a esta mujer. Quiero comprobar que los riñones le funcionan. Olisquearla. Superaré mi aprensión cuando, por fin, conozca al ama del *riurau*.

—Será un honor desayunar con doña Amparo.

Antes de volver al cuarto, en el que ya se ha metido el podólogo cerrando la puerta tras de sí, Ilse me hace la recriminación que quizá se guardaba desde el comienzo de la noche. Se dirige a mí con mucha más miel en la boca que la propia Marina Frankel:

—No me gusta que hayas dejado beber tanto a Marina. ¿No te ha dicho que está medicada?

—No.

—Beber no le sienta bien.

La claridad de Ilse se enturbia con su amabilidad. El exceso de azúcar —casi el empalago— me confunde y no estoy seguro de entender el mensaje. No podría decir si la ira se la come o si me pide árnica. Con Marina me sucede lo mismo. Pero con Ilse, a quien conozco menos, esa duda se eleva a la enésima potencia.

—¿Qué le pasa a Marina?

—Depresión.

Me pregunto por qué le tengo tanta manía a Ilse Frankel y si ese rechazo me bloqueará el discernimiento ahora que no tengo aquí a Paula para amortiguar el sinsentido de algunas de mis fobias. Sin embargo, intuyo que Paula no me quita del todo la razón porque la oigo recitar desde un hueco con estufa de mis entretelas: «A un panal de rica miel...». Paula está en zapatillas de andar por casa y me ha clavado un calendario en la pared intestinal. Quizá es que Marina echó algo en mi copa transfiriéndome un odio hacia su hermana que ella no se atrevió a formular expresamente.

Ilse y yo nos damos las buenas noches. Subo a mi dormitorio, miro mi móvil, me desnudo, me tiendo sobre la sábana, escucho el canto del grillo, inhalo con fuerza la mixtura del jazmín, el nardo y el dondiego de noche e, instantáneamente —como el café soluble—, un manto cae encima de mí fundiéndolo todo en negro. Paula diría, con mucha menos pompa, que me quedo profundamente dormido porque aún estoy medio borracho.

Al coger el pomo de la puerta del sanctasanctórum de Amparo Orts, al girarlo y tener la seguridad de que por fin penetro en un recinto reservado a unos pocos, me emociono. Nada más poner el pie en la habitación se me vienen encima las flores anaranjadas y rosas del papel pintado. Parece que las paredes exudaran polen. Que los pétalos de carne estrechasen un espacio dividido en una cámara y una antecámara separadas por una puerta de cristal que permanece abierta: al fondo, en la cámara, acierto a ver una cama de matrimonio cariñoso donde no sé si Amparo dormirá sola o con su

marido. De hecho —es imperdonable— aún no he localizado el lugar donde el podólogo se acuesta por las noches. O se mete en el ataúd. Sobre la cama de Amparo se extiende una colcha de rosetones de ganchillo cosidos entre sí. La combinación de colores curaría a Olmo de su dicromacia roja: granates y rojos azafranados, naranjas, tierras y amarillos yema de huevo. Al lado de la cama, en la mesilla, un culo de agua en un vaso de duralex —sin dientes dentro—, envases de medicinas y una revista del corazón.

No encuentro la figura de Amparo Orts al fondo; tampoco en ningún recoveco de este doble cuarto, alargado como vagón de tren. En la antecámara, pese al impacto visual que me produce la vegetación pintada, distingo una mesa camilla junto a una ventana vestida con visillos del mismo color que las flores de las paredes. Sobre la superficie circular de la mesa, dentro de una pecera, nadan dos peces raquíuticos también anaranjados. Círculos que contienen círculos: mareante sensación, espiral hipnótica... —«Resaca mal curada», Paula golpea con sus puños el cristal blindado de mis ojos por dentro: soy un rascacielos y solo yo escucho su grito que retumba y hace eco dentro de mí—. En un mueble, un poco vencido hacia la derecha, se amontonan: un costurero, un teléfono góndola de color verde, bolsas con agujas de hacer punto, guías, agendas, cajas de puzzles, barajas con los bordes abiertos y fileteados en capitas. Me acerco un poco más para ver todavía mejor: las barajas mantienen unidos sus naipes con gomas y están envueltas por papeles agobiados de números escritos con bolígrafo azul. Deduzco que son los resultados de las partidas que Amparo juega con su podólogo. Las puntuaciones del chinchón o del continental, los dinerillos. Cada partida —casi siempre de dos jugadores— se separa con una línea vertical trazada con pulso firme. Dentro de un bote de lápices, un montón de calderilla. No me resisto a tocarla. Meto la mano en el bote y palpo la calderilla que resbala entre mis dedos tintineando.

De un televisor pequeñito salen las voces de los participantes en un programa matinal de recetas, tertulias, vidas cotidianas y

consejos médicos. El volumen, muy tenue, está en el punto justo para hacer compañía. Experimento la extrañeza de no saber muy bien dónde estoy porque el cuarto de la tía Amparo es como la vivienda de protección oficial de una jubilada —«Los ricos de verdad no lo parecen, Arturo», Paula desde su submarino ultrasecreto consulta su computadora: suenan señales de emergencia—. Busco un reloj despertador de los que se guardan como galápagos dentro de sus caparazones. Lo encuentro. Busco un calendario con publicidad de un taller: lo encuentro entre la maleza que adorna los muros. Agosto, los domingos y las fiestas se señalan en rojo. Amparo Orts ha escrito mensajes sobre algunas fechas: Alemania, liquidaciones, dentista, cumpleaños de Mariona, comida con consejero...

Olfateo para detectar un hilo de ese olor del que ayer me habló Fanny, un olor a mujer que orina mal —retención, tuberías con escapes—, pero solo percibo un toque de polvo que logra que me pique la nariz. Nadie ha limpiado esta habitación y me extraña que la solicitud de Charly no haya encontrado acomodo entre los trastos que se acumulan: un ventilador, una silla de playa, un triciclo, pilas de periódicos pasados de fecha y un aparato para hacer gimnasia. Diagnostico un síndrome de Diógenes en ciernes —«Lo que usted diga, doctor Zarco. No te jode», voy a tener que lavarle la lengua con agua y amoníaco a esta Paula-chacha que restriega papeles de periódico contra las ventanas de mis lacrimales: «Para verte mejor», me ruge en el oído.

En medio de esta chamarilería, fantaseo con Amparo: una mujer ligeramente encorvada que esconde fajos de billetes debajo del colchón. Falta el oxígeno: las plantas de la pared se lo apropian por las noches para llevar a cabo su falsa fotosíntesis. La tía Amparo, mami Amparo —«El ama, Arturo, el ama»—, debe de andar por aquí, pero no alcanzo a distinguirla y comienzo a inquietarme ante la seguridad de que es ella quien me está observando. Me fijo en las flores del papel, pero no encuentro ninguna mirilla que revele la

existencia de un pasadizo secreto entre los tabiques del *riurau*. Tengo tantas ganas de ver a Amparo Orts, que no la veo.

Junto a la mesa camilla, camuflada entre las flores como un camaleón, una figura se mueve un poco y, al moverse, sale de entre el tumulto vegetal y se perfila entre las cosas. Me concentro en ella como si fuera miope, como Olmo cuando intenta reconocer una silueta que se le ha desdibujado a causa de su protanopia. Pese a que ya intuyo una presencia humana, una voz me hace dar un respingo que disimulo de la mejor manera posible. El simulacro y la contención son fundamentales en mi oficio y, aunque estoy de vacaciones, a veces me parece que nunca, nunca, nunca dejo de trabajar:

—¿Le ha gustado mi cuartito, señor Zarco? Porque le ha hecho usted una radiografía...

Temo que Amparo Orts lleve todo el rato oculta bajo la mesa.

«Si es un perro te muerde», Paula me regaña cuando soy incapaz de encontrar lo que busco en los cajones. Hace ya algún tiempo de eso. Ahora, entre el fortísimo acento del interior de la voz que me saluda, reconozco el maravilloso timbre de contralto de la pequeña Fanny. El de Amparo, lejos de ser melifluido como el de las gemelas Frankel, es sólido: no suena a fleco de humo que se filtra por las rendijas, sino a cilindro musical de la pianola —«Modera tu lenguaje, Arturo Zarco», quizá tenga que meter a Pauli dentro de la caja como el ventrílocuo a su muñeco disidente—. Me extraña que la voz poderosa de Amparo Orts no retumbase anoche atravesando los muros de este *riurau* que, pese a su apariencia verosímil, no es un *riurau* verdadero. Amparo Orts se pone de puntillas para plantarme dos besos sonoros. No me huele a nada. Si acaso levemente a un requesón suavísimo. Descarto las enfermedades renales. Amparo me ofrece uno de los sillones de mimbre:

—Siéntese, por favor, no se me quede ahí de pie que hay confianza...

A Amparo Orts, una mujer casi tan diminuta como sus nietas, no le corresponde esa voz que no puede manar de sus labios pintados de rosa —único toque de maquillaje—, sino de otro lugar más oscuro y cavernoso que, al menos, Marina, Ilse y yo —supongo que también el discreto podólogo— conocemos. Amparo parece una niña, pero una niña de las que siempre meten los dedos en los enchufes: sus rasgos son pequeñitos y finos, igual que los de Fanny. Las nietas a menudo se parecen más a sus abuelas que a sus propias madres, y las hijas o sobrinas de Amparo Orts, adoptadas, genealógicas o espurias, son Frankel y hubieran debido aprender a tocar el acordeón y a exclamar *Prost, herren y guten Morgen*. Por la diferencia entre el aspecto físico de la tía y las sobrinas, llego a sospechar que las gemelas Frankel son dos criaturas secuestradas. Cuando Amparo Orts vuelve a dirigirse a mí, veo sus empastes de oro:

—Pero, bueno, ¿y qué me cuenta?, ¿le tratan bien esas cabezas locas de mis hijas? Porque locas están, pero a veces son tan sosas, tan aburridísimas, que no hay quien las aguante...

La mujer se expresa con alegría. Es simpaticota. Parece lo único verdadero en esta casa de duplicaciones. Ahora que la tengo frente a mí no sé qué decirle a Amparo. Me escandalizo por saber tanto de ella. Estoy a punto de responder, pero ella no me permite dudar. Me obliga a darle la razón:

—No me diga que no. Dos pavisosas. ¿Le han llevado ya a visitar las fuentes azules?, ¿y la montaña de los marcianos?

—¿Un parque de atracciones?

—No, no, no, la montaña del bocaó...

Niego. Al hablar, Amparo gesticula. Después de una conversación un poco larga, debe de tener agujetas:

—Tiene que decirles que han de llevarle a las fincas que tenemos más al interior, a los campos de almendros que, en primavera, parecen la tundra nevada...

Amparo Orts tiene un punto lírico y sabe geografía. Me fijo en sus manos, que, en comparación con el grosor de los brazos y el

tamaño de la cabeza, son grandes.

—Seguro que solo le han llevado a tres bares de abajo y ya. ¿Le han dicho que no le dé de beber a Marinín?

—Ilse...

Amparo me da por informado y no profundiza más en este asunto. Veo que sus pies también son bastante grandes en proporción con su estatura. Amparo Orts es como esos cachorros de razas poderosas en las que adivinamos el tamaño del perro adulto por las dimensiones y el grosor de las patas. Pero Amparo no llegó a desarrollarse bien y se quedó con sus miembros agrandados, postizos, como prótesis que se compran en la feria para hacer risas. Las enormes manos enguantadas de un escuálido Mickey Mouse. También los pies de Amparo le darán mucho trabajo al atento podólogo. Amparo es perro chuchos. No de raza pura. Y, como los perros chuchos, lista, chispeante, simpática, inspiradora de una ternura que probablemente no podrá corresponder. Ahora, Amparo se acerca mucho a mí y me aprieta el muslo más próximo a su mano grande. Como la que ayer le descubrí a Marina. Grande y roja. Pienso que estas mujeres son como las piezas de un puzzle, algunas encajan, otras no encajan y, aunque algunas sean idénticas, uno llega a pensar que no se parecen ni en el blanco de los ojos. Amparo me aprieta un poco más fuerte:

—¿Y no le han subido en el velero? Ay, esta Marinín, parece muy espabilada, pero mira que atiende mal a los invitados...

—No se preocupe, me lo estoy pasando muy bien.

Amparo me muestra de nuevo sus empastes de oro.

—¿Y las chiquetas?, ¿ha visto qué majas son las chiquetas?

—Majísimas. Las dos.

Amparo se abanica:

—Mala edad. ¿Sabe quién es la de la foto?

Amparo me ha sorprendido fijándome en una foto en blanco y negro dentro de un marco de pasta rosa:

—Es mi hermana Juana. Janni. Ella prefiere que la llamen Janni. Como en alemán.

En la foto se ve a una mujer sin las pocas arrugas que marcan, hoy, la cara de Amparo Orts. Como si a la cara de la actual Amparo le hubieran pasado una goma de borrar por encima y le hubieran puesto una peluca rubia con moño italiano. O al revés, quizá la mujer que tengo delante sea una foto repintada: alguien ha querido envejecerla, pero no mucho, envejecerla débilmente, con cierto cariño. Janni Frankel es el objeto de una mirada compasiva por parte de Amparo Orts:

—Me da mucha pena mi hermana. Tuvo muy mala suerte. Pero ella de lo único que ha pecado es de ser una ingenua.

Amparo sostiene la foto entre sus manazas casi campesinas:

—¿Y sabe usted una cosa? Me ha dado lo más bonito que tengo en el mundo: mis sobrinas y mis nietas.

Amparo Orts exhibe su amor fraterno:

—Nos queremos mucho Janni y yo.

Pauli supo, en tiempos, muchas cosas de esta empresaria: los celos que Marina Frankel provocaba en ella la hicieron buscar debajo de las alfombras y dentro de los dobles fondos. Amparo siempre se ha ocupado de su familia y de sus negocios personalmente. Cobra personalmente los alquileres de sus locales. Despide personalmente a los empleados con cargos de responsabilidad: directores de hoteles, ejecutivos, gestores de sus empresas. Come con quienes le pueden dar un trato de favor. Es dadivosa y agradecida. Evita los testaferros, igual que las máscaras, las transacciones por poderes, las interposiciones. Es directa y sentimental: seguro que Amparo lagrimea cuando Érica o Fanny le dan un beso para agradecerle los regalos de Reyes. Me cae bien Amparo Orts, que en este momento coloca la foto otra vez en su sitio y, en un segundo, muda su melancolía por un vivo interés. Un interés frontal. Porque esta mujer no es como esas personas que al mirarte enfocan a tu derecha o a tu izquierda, incluso detrás de ti. Amparo continúa con el tema de la familia, pero ahora soy yo quien se ha convertido en objeto de su atención:

—Usted, ¿está casado?

—Lo estuve.

—¿Y ahora?

Nadie podría resistirse a contestar a las preguntas formuladas con franqueza e interés por Amparo Orts. Me cuesta creer que no esté informada de mis antecedentes amorosos. Quizá quiere ponerme a prueba para comprobar si miento o quizá solo pretende actuar con tacto. Mi empatía con Fanny se confunde con la empatía que experimento con su abuela. Amparo se da aire golpeándose el pecho con las varillas de su abanico. El calor y la humedad, concentrados en esta recámara, mantienen lustrosos los floripondios de las paredes. El ama aguarda mi revelación:

—Ahora soy gay.

Amparo me da otro golpe en el muslo. Yo, por mi parte, correspondo con una broma que encierra una verdad y una pregunta:

—Será usted la única de la casa que no esté al tanto de lo mío.

La mujer no me hurta su mirada. Ríe. Todas estas mujeres son muy reidoras, pero Amparo Orts es la única descacharrante. Contagiosa como un catarro. Se muestra tan a gusto en nuestra conversación, que indaga un poco más:

—¿Y su mujer?

—Lo pasó mal.

—Pues claro, pobreta.

Amparo-madrecita ahora acerca su sillón al mío:

—Es que usted no es un hombre como para perderlo, ¿eh?

Amparo Orts acompaña su aproximación con un codazo. Después vuelve a adoptar una postura melancólica y se abanica más fuerte:

—¡Ay! Pobreta.

«No lo sabe ella bien», reacciona mi Paula intracorpórea y, en este momento, estoy a punto de retirarme para que las dos se pongan a charlar en confianza. Puedo dejar mi cuerpo flácido y pelele para que Paula lo habite y lo mueva —le dé aliento—, y algo así debe de estar pasando porque, de pronto, me siento incómodo con la campechanía de Amparo Orts:

—Mi marido también es bastante guapo, ¿no? Se lo digo porque usted lo sabrá apreciar...

La Orts —se está ganando a pulso el apelativo— se parte de risa:

—Pero usted no se arrepienta de nada. Mejor tarde que nunca. Y hay muy poco tiempo en la vida para disfrutar de las cosas. Además a mí me encanta lo alegres que sois..., ¿te puedo tutear?

—A estas alturas no hace falta ni preguntarlo.

—Pues, como te iba diciendo, yo tuve un amigo transformista o travesti, no sé, y tenéis un desparpajo, una alegría...

«¡Un travelo!, Zarco, ¡un travelo!», cansado de escuchar a una Paula que sabe que me acaban de meter el dedito donde más puede dolerme —yo no soy Flor de Otoño ni me pinto las pestañas con rímel azul—, cansado de su ridiculización, de su desparpajo, de los tópicos, de los cajones de sastre y de los esfuerzos de Amparo Orts por congeniar conmigo —cuando se empeñan en congeniar conmigo, sé que más tarde cuchichearán a mis espaldas—, ahora soy yo quien interrumpe:

—¿Alegría?

No me dejo cortar por mi anfitriona y permanezco imperturbable mientras pronuncio una sentencia de autodefinición:

—Yo soy más bien un maricón de orden.

Me escandalizo de las palabras que acabo de elegir para describirme. A Amparo Orts los ojos le hacen chiribitas. Le hago muchísima gracia. Quizá porque no es consciente de hasta qué punto es verdad que soy un maricón de orden igual que es verdad que vivimos en un mundo en que solo despiertan simpatía los sinvergüenzas, los *bon vivants*, los ricos que no lloran porque no tienen motivos, los que sacaron provecho de todas sus oportunidades y vendieron por más de lo que compraron y metieron en la incineradora el absurdo código moral que dicta que la codicia o el incesto deben ser castigados por las leyes... Yo le hago gracia a Amparo Orts, pero ella también me hace muchísima gracia a mí: es una de esas mujeres que se merecerían tener público. El ama y yo podemos aprender muchas cosas el uno del otro.

—Arturo, ¿tú sabes de moda?

Amparo Orts viste como una mujer de pueblo de los años sesenta. Una viuda Couderc que podría separar los muslos delante de mí para abanicarse la vagina prensil y refrescarse el sudorcillo que le produce la goma de las bragas. No lo hace, pero si lo hiciese, no me sorprendería. La ordinariez forma parte de su *charme*.

—No tengo ni idea de las modas actuales, querida.

—Ay, «querida, querida»... Pero qué gracioso eres, Arturo.

Amparo Orts remeda mi «querida» unas cuantas veces más. Pese a su desgachadura y su edad, conserva el atractivo de sus rasgos pequeños, de su piel blanca, de sus clavículas infantiles que le asoman por el cuello desabotonado de una camisa negra. No es una mujer que use estolas ni fume cigarrillos bajos en nicotina. Seguramente disfruta comiendo un arroz con pollo y tirabeques, cocinado a fuego lento en mitad del campo, y bebiendo vino claro de la bota. Disfrutará siendo más pilla que otro negociante. Me cae bien Amparo Orts y temo por ella porque, a pesar de que no estoy frente a una mujer débil, la miro y casi puedo ver a Fanny que salta a la pata coja al borde del precipicio —si sabe saltar a la pata coja, es muy probable que no sea disléxica. Menos mal—. No puedo evitarlo y se lo pregunto:

—¿Se encuentra usted mejor, Amparo?

—¿No nos íbamos a tutear?

—Perdona, ¿qué te ha pasado estos días?

—Molestias de mujeres.

Amparo Orts, coquetuela, cambia de tercio y, en mi opinión, lo hace demasiado pronto:

—Antes he visto cómo mirabas mi habitacioncita y me he dado cuenta de que eres muy observador...

«Que Dios le conserve la vista a esta señora» es la grosería de Paula —escéptico parásito intestinal— que me llega en forma de dos o tres retortijones. Regurgito una tontería para no tener que justificar mis dedos dentro del bote de monedas —tintineando—, mi

descaro a la hora de analizarlo todo con una intensidad que casi ha cambiado las cosas de sitio:

—¡Cazador cazado!

La dispepsia puede echar a perder el mimo con el que me he preparado para esta entrevista: me he restregado la cara interna de los codos para quitarme de la piel cualquier emanación alcohólica, me he rociado con un perfume varonil, me he puesto mi mejor traje. Amparo Orts lleva el pelo grasiento, la blusa sin planchar y a su falda se adhieren pelos del gato colorado que no pude distinguir a primera vista porque, como un Cheshire, se mimetizaba con la colcha de ganchillo.

—Corleone, quita de ahí.

El gato se restriega en las perneras de mi pantalón y, transformado en oruga fumadora, me formula la pregunta básica: «¿Quién e-res tú?» —la exhalación del pronombre coincide con la exhalación del humo: es maravilloso—. Al fin y al cabo, la circunstancia no es tan desconcertante: también en el libro de Lewis Carroll un bebé llorón es en realidad un cerdo, un lechoncillo en los brazos de mamá.

—Cooooooooorli, ifu!

Después de hablarle de los aspectos menos extraordinarios y más aburridos de mi oficio, Amparo me propone que juguemos una partidita. Nunca he jugado a las cartas de buena mañana, pero acepto. Amparo coge una de las barajas, la libera de la goma y despliega el papel que la envuelve. Me lo da junto con un bolígrafo:

—¿Te importaría apuntar? Siempre apunta mi marido. Yo no puedo estar a tantas cosas a la vez...

No la creo, pero Amparo baraja con torpeza. Como si no fuera una tahúra. Se chupa el índice para repartir los naipes. Aprovecha mi concentración en el cálculo para hacerme trampas. Me gana —me hurta— una buena cantidad. Entonces entiendo que sobre el tapete verde cada acción de Amparo Orts es una estrategia. Y me pregunto si funcionará del mismo modo fuera de este cuartito asfixiante que empieza a parecerme acogedor. Amparo —como yo mismo— no

separa el ocio del negocio porque, mientras juega, no puedo dejar de pensar que está trabajando, que todo lo que hace esta señora en su vida es trabajar —«Es el ama, Zarco. El ama»—. Amparo reprime sus manifestaciones de alegría cuando me arrebató una mano detrás de otra. Al ganar una baza, le gustaría gritar y palmotear; incluso le gustaría hacer ese gesto que significa «que te jodas» —flexión del codo y doble meneo del puño cerrado delante de las narices del contrincante—; sin embargo, se reprime no tanto por buena educación como por un respeto —singular— hacia mí. Pero, con el último triunfo, Amparo da un golpe encima de la mesa:

—Hay que saber perder.

Pierdo mucho dinero. Me viene bien la llegada de Ilse, que irrumpe en la habitación para preguntar si yo sé algo.

—¿Qué tengo que saber, Ilse?

Marina Frankel ha hecho su equipaje y se ha ido del *riurau* sin decir ni una palabra. Ha desaparecido.

Phasmatodea en el laberinto

No veo a Charly por ningún lado. Quizá ella y Marina se hayan ido juntas, y aunque desconfío de la mucama, ese acompañamiento —guarnición de verdura con patatas chip— me tranquilizaría un poco. «Templanza», Paula, la piadosa, aparca su rencor en las situaciones límite e intenta aflojar los nudos que me acalambran el cuello y las válvulas del corazón. Ilse, a las ocho de la tarde, me aclara esta otra ausencia de la que no me había percatado hasta hace unos minutos:

—La he despedido.

Pongo mi cara de preguntar por qué.

—Era muy suya.

Ilse no está obligada a darme explicaciones —creo que no se las daría a nadie— y, sin embargo, hace una excepción conmigo. Hoy soy un hombre excepcional:

—Era pesadísima.

Mi sorpresa disminuye porque Ilse tiene razón. Ella sigue hablando con una cadencia de ola que va y que viene. Sin temporal. El monótono balanceo de las frases de Ilse acunará a sus hijas por las noches mientras les cuenta la historia de sapos que fueron hombres que besaron a otros hombres mucho más velludos que ellos. Porque todo el mundo sabe que los sapos no tienen pelo pero que, si les pasas la lengua por el lomo, tienes visiones de la orgía, formas parte de ella, se te agudizan los sentidos y ya, para siempre, deseas lamer el lomo alopécico del sapo. Aunque el nivel del mar me baja la tensión, estoy nervioso. El arrullo marítimo de Ilse tampoco consigue calmarme:

—Siempre tenía cara de que le debieras y no le pagaras.

Ya no sabemos convivir con los criados. No nos tomamos con naturalidad el pequeño rencor que emana de sus ojos cuando los criados son criados de raza. No sabemos hacer tintinear sin vergüenza la campanilla. Pero los criados son criados y tanto ellos como sus señores tendrían que asumirlo lo antes posible. Unos y otros deberían mantener la compostura y representar su papel. Yo no tengo asistenta porque no sabría cómo imponerme ni cuánto pagar por cada hora. Ilse exagera su incomodidad con su sonsonete marítimo. Su voz de papisa. Porque Ilse sería una papisa impresionante:

—No soporto que me miren así.

—¿Cómo?

—Con cara de que debo y no pago.

Ilse sacude los hombros como si sufriera un repeluco. El gesto — en el límite de la chabacanería— no es propio de una mujer como ella; al menos no es propio de la mujer que yo creo que es. Al fin y al cabo, no sé nada de la duplicación opaca de Marina Frankel, de esta copia que salió de entre los muslos de Janni sin una bombilla que la iluminara. Sin el halo de luz que rodea la cabeza de los angelitos en los belenes. Quizá Ilse está tan nerviosa como yo, pero es sensible a mi histeria y se reprime.

—Le he dado una generosa indemnización.

A los advenedizos no nos gusta que nos recuerden que no nos sabemos comportar. Hay que levantar las piernas sin azoramiento — sin encogerlas como gallinas— cuando la fregona pasa justo a nuestro lado. Soy un poco cruel con Ilse:

—¿Y las niñas?

—Las niñas que se aguanten.

Vuelvo a darle a Ilse la razón. Lo mejor que puede hacer el servicio —también los niños— es no hacerse notar. Que el mundo infantil no se filtre por todos los respiraderos de la casa y de la vida. Por eso me gusta Fanny, que masturba a sus muñecas contra los

brazos de los sillones y se pone pendientes largos para acudir a una cita en el cenador. Fanny no es una niña, sino toda una señora.

—Además, a las niñas les va a dar lo mismo.

Al igual que las niñas, no le concedo mucha importancia al despido de Charly —«Todo se pega menos la hermosura», bienvenida sea la paulina y refranera voz de mi conciencia social— porque otra situación me resulta más incómoda: desde la una prácticamente toda la casa es solo para Ilse y para mí. Las niñas se han ido con su padre. El podólogo se ha encerrado con Amparo Orts en su habitación. Llevo todo el día sin oír ni una palabra detrás de la puerta. Quizá se hayan calentado una sopa sobre el infiernillo que el ama guarda bajo las faldas de la mesa camilla. Ilse y yo comemos solos. Con agua mineral sin gas.

—¿Más ensaladilla, Arturo?

Ahora que el *riurau* está medio vacío, no sé dónde sentarme. Solo me preocupa Marina —«Pobreta», Paula, burlona, hace una burda imitación del acento de Amparo—. Desde que esta mañana Ilse ha irrumpido en el sanctasanctórum, el ama ha delegado en ella las decisiones:

—Mira, nena, estoy cansada.

Amparo ha hablado como si esta huida no se produjera por primera vez. No ha mostrado mucha preocupación ante el viaje de Marina Frankel.

—Esa niña ha hecho siempre lo que le ha salido de los santos ovarios.

—Pues como tú, mami.

—Pues eso. Dejadla en paz.

El ama ha delegado en Ilse todas las decisiones, pero Ilse se obceca en que no hay nada que decidir: llamar a la policía sería una pérdida de tiempo. Marina ha recogido sus cosas y se ha ido de viaje sin decirnos adiós. Quizá una loca de remate, una mitómana, una dislállica, una niña pija me ha invitado a pasar las vacaciones de verano en un hermoso *riurau*. Los arcos del porche pierden su forma entre las buganvillas trepadoras. No sé nada de Marina Frankel. Solo

que es generosa —«Ella no, Arturo, el ama»— y divertida, y que mi proximidad con ella provoca en Pauli —Pauli, Pauli, Pauli y mil veces Pauli— unos celos abrasivos.

—Ya te he dicho que estaba un poco rara últimamente.

Antes de comer, Ilse me lleva al cuarto de su hermana y me enseña su armario. Lo toqueteo todo como si estuviera trabajando. Siento que le debo algo a Marina Frankel —«Teatrero, fanfarrón», mañana mismo eliminaré a Paula usando un bastoncillo para los oídos—. Abro cajones sin que Ilse me lo impida. En el cuarto no hay fotos enmarcadas. Hay cuadernos con bocetos y algunas novelas que se apilan en una mesa de trabajo. Marina ha dejado los vestidos de tirantes y los bañadores, y se ha llevado las prendas de otoño.

—En Stuttgart no hará muy buen tiempo.

En los cajones de la mesilla no queda ropa interior. Marina se la ha llevado toda. Como si fuera a pasar algunos meses de viaje. Intento convencer a Ilse de que precisamente el hecho de que su hermana esté rara y de que esté tomando medicación es un motivo para dar aviso a la policía.

—No.

Me avergüenzo de mi insistencia. No puedo pretender preocuparme más por Marina que su propia hermana. Pero Ilse capta mi retraimiento, mi malestar, y añade:

—Aún no. Hay que esperar un poco.

Después, aunque tengo el estómago cerrado, Ilse oficia de ama de casa:

—¿Más ensaladilla, Arturo?

Ahora son las ocho y media de la tarde. Hemos pasado el día como un matrimonio de edad: sin hacernos mucho caso, pero más juntos que nunca. Sintiendo que compartíamos intereses. Acompañándonos incluso más de la cuenta. Cuando me levanto porque tengo ganas de hacer pis o de salir a tomar el aire, escucho a mis espaldas:

—¿Adónde vas?

Ilse hojea las páginas de un libro y, aunque parece que habla sola, en realidad me habla a mí:

—Estará en Stuttgart. Últimamente hablaba mucho de Janni Frankel.

Imagino a Marina en la mercería de Janni Frankel: la madre y la hija, reencontradas, se hacen algunos remiendos, se aseguran los botones la una a la otra y, luego, acuden al teatro. Vestidas para la ocasión. Palpo el teléfono móvil. Lo saco del bolsillo. Parpadea un mensaje. El corazón me revienta: Paula, oculta en una aurícula, le propina cien patadas. Miro el remitente. Publicidad. Ilse está al quite:

—¿Te ha llamado alguien?

Estoy a punto de estampar el teléfono contra la mesa de la gran sala del *riurau*. Ahora cuento con un motivo más para estar pendiente de mi móvil: Marina Frankel quizá me telefonee solo a mí porque no quiere desvelar a nadie más su paradero. Por mi imaginación desfilan posibilidades buenas y malas: Marina muerta sobre la mesa de la sala de autopsias, ofreciendo al forense un desnudo inmóvil que no le revelará cómo es en realidad. Soy como esas agoreras que, si su hombre se retrasa cinco minutos, temen que haya sido atropellado.

—¿Por qué pones esa cara?, ¿qué te duele?

Ilse viene con paso seguro hacia mí:

—No te mereces el disgusto que te está dando.

También me imagino a Marina en la sala de embarque de un aeropuerto, cogiendo un taxi, haciendo un solitario o bebiendo sola en un bar, comprando en una farmacia. Entonces me veo a mí mismo en este salón, jugando con Ilse a las casitas y a los matrimonios, y me encuentro tan fuera de lugar que odio a Marina. Ilse me trae una infusión relajante.

—Aunque Marina no esté, puedes quedarte el tiempo que quieras, Arturo.

Le doy las gracias a Ilse. Ella me atiende. Me incomoda la idea de que soy un peso más que una ayuda. De que soy yo el que

debería conservar la tranquilidad y ser razonable. Ilse juguetea con el azucarero:

—Mi hermana es una egoísta.

Pienso que Ilse no hablaría así de su hermana si no estuviera segura de que se encuentra bien. En las sienes me martillean palabras, muchas palabras de Marina: *me deja muy tranquila que estés a mi lado...* Frases de novelita de detectives. Seriales radiofónicos. La boca de Marina es un piñoncito peliculero. No puede ser verdad que exista una persona que hable de ese modo. Yo, por supuesto, soy un tiarrón. No sé —sin Paula— si soy, además, un puto maricón desconfiado o un hombre que se esfuerza por vivir en la tramoya. No sé si soy miope o veo más de la cuenta. No sé si soy un escapista o tengo visión de rayos X. No sé si al mirar a Ilse la estoy viendo a ella o la última imagen emborronada de un hombre que se ahoga en las ficciones que lo han convertido en el hombre que es. Porque la experiencia es la madre de la ciencia y los ojos se agrandan para verte mejor como en el cuento del lobo, pero a veces la vida acumulada —mis aprendizajes— se transforma en un tapón de cera en los oídos, en una atención permanente hacia mi yo en mí.

—A Marina le encanta tener a todo el mundo al retortero.

En eso Marina y yo somos parecidos. Y los dos hemos actuado de la misma forma. Nos hemos largado. Quizá debería ponerme en marcha inmediatamente. O quedarme inmóvil. No jugar al juego que me propone. Pero Marina, como yo, sufre. El problema es que tal vez ella no se haya ido por voluntad propia.

—Todo el mundo, siempre, pendiente de Marina...

No puedo quitarle a Ilse la razón. Ilse se muerde las uñas. Otro gesto que no es propio de ella. El hecho de que existan tantos gestos inadecuados me lleva a desconfiar de mis juicios y de mi capacidad para conocer a las personas. Ilse hace cábalas sobre posibilidades que yo aún dudo en descartar:

—Estará en Stuttgart, seguro...

De repente, Ilse Frankel me mira como si se hubiera consumado su unión con Dios —místico éxtasis de Santa Teresa:

—O a lo mejor Marina ha hecho bien en marcharse...

Le digo a Ilse que no entiendo lo que me quiere decir:

—A lo mejor mi hermana ha hecho lo que debía...

A Ilse se le hincha el pecho como si cogiese aire después de sumergirse. Parece que sus pensamientos la vivificaran, pero, en lugar de compartirlos conmigo, Ilse me desconcierta completamente:

—¿Qué hora es?

Miro mi reloj. El reloj de pared del *riurau* siempre da una campanada más de lo que corresponde. Por eso parece que el tiempo pasa mucho más despacio y es pegajoso. Incluso más que el calor.

—Ya son las diez y media.

—Arréglate.

—¿Arreglarme?

—Hemos quedado a las once.

—¿Con quién?

Ilse saca la lengua entre los labios y se la muerde:

—Tengo un regalo para ti.

Las niñas se quedan esta noche con su padre y las personas mayores no están tan mal como para no poder cuidar de sí mismas. Charly, con sus diez dedos intactos, habrá cogido el autobús y, en el ama, solo he percibido un saludable tufo a requesón. Corleone, el podólogo y los ácaros cuidarán bien de ella. El peligro —la sombra— que amenazaba este lugar desde que llegué parece disiparse con la despreocupación de Ilse. La sombra se ha quedado fuera, entre las adelfas y los *albarrogos* —«¡Dislállico, irresponsable, Zelig!», que te den, querida Pauli, que te den: no me estás ayudando en absoluto...

—Cuando Marina quiera llamar, llamará. Mientras tanto, yo voy a tratarte como ella. No. Mejor que ella.

Ilse Frankel —no, no la conozco— y yo vamos a salir como dos buenos amigos. No lo habíamos hecho nunca. Ella me contagia su tranquilidad. Me siento extraño. Pero no estoy descontento: me encantan las madres abnegadas dispuestas a corromperse por una

noche. Marina Frankel me da pequeños disgustos que probablemente se me pasen enseguida. Tengo tantas ganas de abrir mi regalo que olvido hasta lo que no logro entender. Es posible que Ilse necesite también desahogarse:

—Eres mi invitado y no quiero que echés nada en falta.

Por debajo del ojo, me vibra un nerviecillo —una cuerda de violín — que solo consigo frenar presionándolo con la yema del dedo.

Viviría para siempre dentro del decorado de una película de Fritz Lang. Dentro de un cuadro que forma parte del sueño de un hombre insignificante: en el apartamento que se adivina —yo lo adivino porque me da la gana— detrás del sillón donde Joan Bennett se recuesta para magnetizar a Edward G. Robinson a través de la luna de un escaparate. Podría vivir también dentro del technicolor de *Moonfleet* tensando la goma de la cola de caballo de Viveca Lindfors y rasgándole, aún más, unos ojos más verdes que las praderas de Escocia. Podría vivir bailando en *Brigadoon* con Cyd Charisse. O en el decorado de una comedia musical de Vicente Minnelli. Viviría entre la luz y la sombra, los movedizos reflejos del agua en la piscina, la insinuación de la pantera: Simone Simon —más turbia que la Tierney — muta en felino y, temerosa de que su excitación pinche y desangre —res abierta en canal— al único hombre que ama, cierra cautelosamente su dormitorio. Podría, incluso, vivir en la calle donde habita la pequeña Marnie —aún no ha aprendido a recoger sus rizos rubios en otro hipnótico moño italiano—: la perspectiva del muelle queda taponada por un barco que se me viene encima. Mamá copula con los marineros —escucho el lamento del jergón— y no soporto ver, sobre el blanco, el rojo.

Viviría dentro de cualquier fotograma en el que apareciese George Sanders: viviría en *Rebeca* y también en esa película en la que una mujer quiere parecerse a otra —aunque estas tampoco se parecen ni en el blanco de los ojos— y le va usurpando el puesto, despacito, sobre las tablas de un teatro y en el dormitorio conyugal,

como si no ejerciese ninguna violencia, con sus pequeños ojos de ángel y su porreta en la nariz —la magnífica porreta de Anne Baxter—. En la casa donde se rodó *La semilla del diablo* yo dormiría en la cuna de doseles negros. Me tomaría un chocolate —suizo, envenenado, oscuro— con Isabelle Huppert, mearía con ella en los autocines, pegaría a mi madre. Oh, sí, le pegaría. Y, que recuerde por hoy, podría también vivir en el restaurante de una película de Chabrol, con los codos apoyados sobre un mantel de cuadritos azules, frente a una frasca de vino de mesa. Jugaría al scrabble. Viviría cerca del mar, en una casa en Saint-Tropez donde un par de mujeres y un hombre se aman de dos en dos: dos mujeres, una mujer y un hombre, el mismo hombre y la otra mujer. El amor es gemelar y mortuorio. El balletero disparará a una de las ciervas o a las dos, o quizá las ciervas lo embestirán cuando esté desprevenido. O una cierva será sacrificada por la otra mientras ambas se miran al espejo y se preguntan quién tiene los ojos más grandes. Quién desde el principio ha dicho la verdad.

Si Paula estuviera al teléfono me gritaría: «Mitómano, mitómano, mitómano», al ritmo de una locomotora. Igual que la de Bringas cuando dice «Puta, puta, puta» mientras su sirvienta se aleja, amancebada para siempre, con un hombre rico. Tras esta comparación, Pauli me habría llamado mitómano otra vez. A la de una, a la de dos y a la de tres.

Porque podría vivir en sitios como estos, me gusta mucho el lugar que Ilse me descubre esta noche. Un laberinto de cipreses y boj. Al aire libre. En sus *cul du sac*, mesas iluminadas por velas y bancos de forja. La noche por encima. Hoy brillan las estrellas y una luna cárdena, como si alguien la hubiera golpeado brutalmente con sus puños. Resulta difícil acostumbrar los ojos a esta luz: las figuras titilan como objetos sobre el asfalto cuando hace muchísimo calor y parece que la tierra humea antes de arder. Ilse me lleva de la mano. Le veo la espalda desnuda: una blanca lengua en la opacidad del

laberinto. La espalda de Ilse está recorrida por una constelación de lunares que la atraviesan de norte a sur, sinuosamente, como un mapa del tesoro. Me distraigo con la ruta marcada sobre la piel y trastabillo con las piedrecillas del auténtico sendero.

—¡No te caigas!

Ilse ríe y el tono de su voz, en la advertencia, me ha recordado a Marina cuando está muy alegre. Nunca había visto a Ilse alegre. Quizá es que nunca la había visto de ninguna manera o que solo la había visto a través de su hermana. Recupero la línea vertical de mi figura y hago el intento de asomarme entre las ramas de los altísimos setos para saber qué esconden, qué hay al otro lado de la masa vegetal. Ilse tira de mí:

—Así no se resuelven los laberintos...

Tan sabia sentencia podría haberla pronunciado Pauli. La muchacha metódica que nunca mira antes de tiempo a las soluciones de los crucigramas ni hace trampas en los solitarios. Sin embargo, mi tendencia natural en el laberinto es apartar las ramas de los árboles para cruzar hacia los senderos que, desde aquí, no alcanzo a ver.

—Así no se disfruta del misterio de los laberintos...

Ilse me alecciona. Dulce maestra. Yo quiero romper mamparas. Abrir el broche del camafeo incrustando una lima, sin conocer ni la combinación de la caja fuerte ni los abracadabras que franquean las entradas a la gruta. Hay que demoler la entretela de los laberintos. Me asomo entre las ramas sorprendiendo a los noctámbulos que, protegidos por la noche y por estos falsos tabiques de hojas, me miran con estupor. Soy un detective de vacaciones y me niego a seguir desenredando la maraña, retirando el sintasol del suelo de la cocina para que aparezcan las caras de Bélmez. Estoy demasiado excitado para levantar poco a poco los falsos baldosines. Para el *striptease* oficiado con parsimonia.

—¿Vas a jugar conmigo?

Me dejo llevar. Los laberintos no me seducen salvo en días excepcionales. Como hoy. Necesito un narcótico —láudano en las

novelas, lexatín en el mundo moderno— para tranquilizarme. Ilse tira otra vez de mí cuando me acerco a una mesa donde una mujer de pelo largo bebe sola. Le miro los zapatos. La plataforma de sus sandalias mide lo mismo en el pie izquierdo y el derecho. La extraña me escruta. Es una mujer espigada, demasiado elegante. Ilse se mide con la desconocida. Se retan. La extraña baja primero los ojos. Ilse me deja pegado a su voz de tortitas con sirope:

—¿Se puede saber qué miras?

Si al menos Pauli me fuese guiando desde su escondrijo —yo soy el muñeco mecánico, el autómatas—, si al menos, pulsando las teclas de su mando a distancia, me fuera orientando a través del jardín —*caliente, frío, caliente, frío, caliente, caliente, te quemas, ardes*—..., yo sabría si debo volver sobre mis pasos o si debo girar hacia la derecha o la izquierda en la próxima bifurcación. La música me impide captar el fino hilo de voz de Paula Quiñones.

—¿Decías algo?

Ilse me interroga sin detenerse. Dejo que me arrastre. Pese a mi resquemor, Ilse es mi hada madrina. Ilse me conduce por otro vericuetos. Si ella no me guiara, yo no podría encontrar el camino. Me angustiaría y puede que incluso me asfixiase. Inspiración, espiración. Ojalá se produzca el milagro y se me aparezca la Virgen. Husmeo en cada recodo de este jardín un olor familiar. A Ilse no le ha hecho falta taparme los ojos. No me adapto al mínimo deslumbramiento de las velitas rojas después del tramo oscuro. Los brazos del laberinto son túneles por los que deambulo ciego. A veces un bulto se me echa encima. Las pupilas se me abren y cierran demasiado deprisa y todas las fotos me salen desenfocadas. Pero Ilse conoce el camino de memoria y yo me agarro a ella tratando de descifrar con las puntas de mis dedos las líneas de sus manos. Las recorro con las uñas e Ilse, en lugar de interpretar mis leves raspaduras como una llamada, sigue hacia delante. Nunca desaprovecho la ocasión de coquetear con las mujeres.

—No seas malo, Arturo. Ni impaciente.

Camino como un pato mareado. Con prisa, torpe, sin ningún sentido de la orientación. Debería cambiar de oficio: se me enreda la lana cuando trato de devanar la madeja. Alguien tiene que poner las cosas en orden por mí. Ilse me guía por un laberinto donde me asaltan efebos de ojos pintados y mandíbula firme. Está tan oscuro que ni siquiera necesitan cubrirse con máscara. Nadie los podría reconocer.

—¡Fu!

Ilse los ahuyenta como el ama a su gato:

—A todos estos los conozco muy bien...

Chicos de esta ciudad de mascaritas.

—Pandilla de locas. No son para ti.

Los chicos a veces se camuflan, a veces juegan y, otras, hacen ostentación. Entonces se sienten héroes. Es muy probable que lo sean. Disimulo con Ilse. Con la palma de su mano y la ruta de lunares que cae como lágrima a lo largo de su espalda transparente. Disimulo con ella, que me salva de los chicos, porque tengo una idea fija. Busco mujeres de pelo largo que huelan a un suavizante en particular, que se muerdan las uñas y que tal vez no vengán vestidas para la ocasión. Los ojos reflectantes de otro gato me asustan. El animal se esconde entre las ramas de un seto. Linternas. El *flash* de un fotógrafo. Los destellos de luz que sirven para diagnosticar la epilepsia en el encefalograma. Ilse repite:

—¡Fu!

Y el gato, igual que los chicos, se apaga. Después de asustarme, se retira como los monstruos del tren de la bruja. Ilse tira de mí. La noche le sienta bien. Le favorece. Miro a un lado y a otro para ver si encuentro a Paula. A la derecha, una pareja entrelaza los dedos; a la izquierda, un hombre solo aguarda a que los enamorados se besen y se palpen. El hombre ha apagado la vela de su mesita. Ilse lleva un precioso vestido color verde billar que se oscurece de noche como el pelo mojado. Ilse es una parte del jardín. Camaleón. Bicho palo. Ninfa. Hada. Hoja de enredadera y verde mariposa. El corazón se me

arruga dentro de un puño. Alguien aguarda en la mesa más escondida de este laberinto.

—¿Te gusta mi regalo?

De repente tengo miedo. Miedo de que Ilse no sea Ilse, sino Marina. Con el rostro bajo la luz de luna cárdena, dudo de la identidad de la mujer que me guía entre las sombras:

—¿Marina?

—Soy Ilse.

Ilse se convierte en Marina solo para mí. Tal vez se esfuerza y sufre —de todos es conocido el dolor de las metamorfosis: los espasmos del licántropo cuando la columna vertebral se encorva obligándole a andar a cuatro patas—, o tal vez a Ilse le complace ser Marina por una noche: monta en la carroza, asiste a la fiesta y baila con un príncipe azul que se amorata con el paso del tiempo. Ilse se quita la ceniza —de la confirmación y del hogar— de la frente. Cuando descubro mi sorpresa —mi regalito—, tengo miedo de que Ilse sea Ilse y sepa, sin que yo se las haya contado, tantas cosas de mí. Ella trata de mitigar mi estupor:

—Encontré el teléfono de tu casa en la agenda de Marina.

Tengo miedo de que todo se desmorone. Y de no estar a la altura. Estoy atontolinado. Como el niño al que los Reyes le han traído por fin el scalextric. El niño no sabe si el juguete es suyo ni cuándo debe empezar a jugar. Ilse me espabila, me apremia:

—¿Te gusta o no te gusta?

No puedo responder porque aún no estoy seguro de si me gusta encontrar a Olmo en el centro del jardín. No sé cómo abrazarlo. Primero doy un paso atrás. Solo han pasado unos días, pero este chico de veinte años es, para mí, casi un desconocido. Olmo lleva en el dedo gordo una sortija de plata que no le he regalado yo. Su forma de peinarse es demasiado intencional: el zigzag de la raya, las puntas del pelo como sinapsis. En los labios, un leve brillo de vaselina comprada en la farmacia. A través de su camisa vaporosa,

adivino los pezones de sus dos —no tiene tres, solo dos— microscópicas tetillas. Enhiestas. Olmo tiene un aspecto amariconado —incluso hortera— que me disgusta. Sin embargo, bajo la camisa, intuyo también su frágil costillar: me produce compasión y deseo meter mis falanges en sus intersticios. Cuando por fin lo abrazo, lo hago flojamente, con precauciones. Enseguida descubro en él ese olor a vainilla y a lápiz que me despierta el hambre. Y me deshago del todo al escuchar su vozarrón de hombre dentro de su cuerpecillo enclenque:

—Me tenías preocupado, Arturo.

—¿Y por qué no me llamabas?

Mientras espero su respuesta —no me importa si es una mentira—, lo abrazo con más ímpetu. Aflojo. No pretendo destartalar a mi amor. La voz de Olmo se empaña. Es cavernosa:

—No quería agobiarte.

Fui yo quien se marchó de casa. Yo soy el inmaduro, el soberbio: yo soy el niño y Olmo mi preceptor. Pese a la diferencia de edad, desde que estoy con Olmo, en el amor soy el increíble hombre menguante. Para recuperar mi tamaño no como galletas ni pedazos de pastel, sino que compro billetes de autobús. Me alejo. Me pongo mis supositorios de ojos que no ven, corazón que no siente. Ahora vuelvo a enfermarme porque la presencia de Olmo me magnetiza. Altera mi escala de valores.

—Lo he pasado mal, Arturo.

Estrecho a Olmo por la cintura. Miro a Ilse con gratitud. Puede que el axioma de que el sexo está sobrevalorado sea verdad, pero a mí me alivia incluso cuando solo lo presiento. De pronto, tengo un poco de vergüenza. Decido contenerme y guardar las formas. Camuflé los síntomas de mi excitación bajo una toalla. Estos actos reflejos constituyen la piedra angular de mi moral —de mi precariedad moral—. De mi duda sobre si lo más conveniente —sano, bueno, bello, útil— es expresar o reprimir mis emociones en público. En el límite de la depravación, me tranquiliza creer que Olmo y yo podríamos pasar por padre e hijo. Como Grace Kelly y su

esposo en la versión de *Mogambo* corregida por la censura: los recién casados se convierten en hermano y hermana, y los espectadores contemplan un incesto fofo, anémico, sin la pasión arrolladora de los hermanos que se aman desafiando las leyes. La hermana espera al hermano, con el estómago lleno de lombrices y el sexo ojo avizor. Se fija, con una concentración nada imbécil, en el pomo de la puerta de su alcoba. Toda la noche. En nuestro vínculo paterno-filial, Ilse —punta de triángulo— podría ser la madre. Puede que esa simulación resulte más extraña que el beso que Olmo me da en la boca y que a mí me ruboriza. Ilse dice:

—Happy end.

Pero, mientras nos besamos, Ilse se mira las tiras de las sandalias para no vernos. Quizá sea pudor, respeto a nuestra intimidad o algo parecido a una aprensión que no le reprocho porque a veces incluso a mí me inhibe.

—Esta misma mañana llamé a Olmo para que viniera a pasar contigo el resto de las vacaciones en el *riurau*.

Soy tan feliz que no me hago preguntas. Aunque sé que están ahí, en alguna parte, en la misma estancia insonorizada en la que ahora Paula se asfixia.

—En el mismo dormitorio, por supuesto.

Hay aclaraciones que pueden resultar groseras, pero que evitan situaciones incómodas. Ilse, de repente, se ha vuelto una mujer muy liberal. Está al tanto de mis celos. Sabe que el chico me esperaba en casa, y que yo me había marchado con el orgullo hecho puré —de verduras— y con la convicción de que irme era una táctica para que mi presencia permaneciese en las sillas vacías y en el hueco del lecho conyugal. Ilse podría haberse electrocutado con los cables de la luz, pero sus dotes celestinescas se han revelado del todo fabulosas. Ilse me parece mucho más inteligente que Marina: no ha dudado de que yo sería un hombre felicísimo gracias a sus maquinaciones. Si es así, sería más astuta que intrépida. Me importa un pito. Estaba empezando a volverme loco. Vuelvo a abrazarme a

mi amor como se abrazan los futbolistas después de los goles o de las jugadas espectaculares.

—Gracias, querida.

Ahora podemos esperar para darnos los besos más profundos.

Nos deleitamos en la demora —que duele— y en la prolongación —salivo mucho— del deseo. Como Marina, estiramos un pellejito hasta que nos hacemos sangre. Compartimos con Ilse el resto de la velada. Charlamos en el núcleo del jardín. Le digo a Ilse que mientras caminábamos a través del laberinto ella, con su vestido verde, parecía parte de la vegetación, una ninfa, un bicho palo...

—Phasmatodea.

La pasión de Olmo, estudiante de biológicas, son los insectos. Llegados a este punto resulta difícil hacerle callar. Porque Olmo se entusiasma cuando habla de la mariposa blanca de la col, las cochinillas, los escarabajos y, por supuesto, las phasmatodeas...

—Para las mariposas y los bichos palo la mimesis es un mecanismo defensivo...

—Sois un par de románticos.

Olmo no comprende las palabras de Ilse. Entreabre la boca y apoya la barbilla en el dorso de su mano como una estrella del cine en blanco y negro. Cada vez se parece más a su madre. Me juro a mí mismo que, cuando volvamos a casa, vamos a corregir —electroshock— esas poses porque, si no, nuestra relación no durará mucho. Ilse se agarra el meñique de la mano derecha con los dedos de la izquierda y comienza a contar, un, dos, tres:

—Primero, Arturo me llama bicho palo...

Olmo interrumpe con la conmovedora intención de mostrarse ocurrente, es decir, con la conmovedora intención de impresionarme:

—¡Menos mal que no te ha llamado bicho bola!

Olmo no es hábil en las conversaciones de salón —adolece de chispa verbal: es, en resumen, un soso—, así que Ilse fuerza una sonrisa y me mira con un poco de lástima. Nuestra fugaz convivencia

de matrimonio viejo nos ha unido mucho. Después, Ilse Frankel sigue con su reproche tirándose del dedo anular:

—Después, querido Olmo, tú me llamas phasmatodea...

—Es lo mismo que bicho palo.

Adoro a este chico, entomológicamente correcto, de quien no sé si pensar que es mucho más inteligente que yo o tonto del culo. Resabiado o naíf. Me queda toda la vida para descubrirlo. Miro alternativamente a mis acompañantes. Son preciosos. Ilse rompe la burbuja en la que yo nos había encapsulado:

—Además, yo no necesito mimetizarme con nadie. Nací mimetizada.

—El nombre técnico para el camuflaje de los insectos es «cripsis».

Olmo parece no entender las conversaciones de las personas mayores. La ciencia le obceca —como a mí el sexo o la cultura—, pero Ilse logra darle a sus palabras un toque de vida interior que se asemeja a la frivolidad:

—Entonces yo llevo la cripsis encima a todas horas, querido.

Ilse acaricia maternalmente el muslo de Olmo. Después bosteza. No la culpo. Cuando cierra la boca, nos dice que se va a divorciar de Jaume Ferrer. Olmo abre sus ojos de elfo —unos ojos tan rasgados que parece que siempre está dormido, que es un adolescente oriental, que se le van a romper si los abre mucho—. Ilse se coloca el corazón en el cuenco de la mano —casi veo chorrear la sangre—. Después de haber amado a su marido despiadadamente —ella y yo coincidimos en que no hay otra forma de amar, Olmo no—, ahora está harta de que Jaume la engañe con chicas que a Ilse no le llegan ni a la suela del zapato. No sé por qué se me ocurre uno de esos chistes —«Zapato, zapato, zapato», quizá tiene que ver con que Paula me taconeaba por dentro— que encierran mucha menos maldad de la que se me supone:

—¿Marcos Cambra te cambia las tapas?

—Marcos Cambra es podólogo, no zapatero.

Ilse interpreta mi pregunta con un doble sentido maligno —quizá lo tiene, a veces mi naturaleza es escorpiónica— que parece molestarle. Yo, pese a la pequeña incisión que he pretendido practicar en la epidermis de Ilse, sigo sin entender el papel que el modoso podólogo desempeña en el *riurau*. Para que retorne el buen humor, brindo con champán por los rotos corazones. Ilse perdona mi impertinencia: lo noto en su nueva laxitud. Y me pregunto si el fingimiento reside en esa nueva laxitud o en su musculatura inervada. Sería muy útil poder echar ahora un vistazo a la columna que parte en dos lomos la espalda descubierta de Ilse Frankel. Pero ella, pudorosa, la apoya contra el respaldo.

En cuanto a mi corazón, ya está casi recompuesto: solo le cuelga una fibra que remeteré entre el miraguano del cojín. Procuro olvidarme —aunque lo recordaré en el insomnio y la semipenumbra— de que dos de las mujeres que más quiero en el mundo se han ausentado. No me hablan. Están mudas y creo que callan por propia voluntad. Proyecto sobre Marina el rencor que me produce el silencio de Paula. Sumo los mutismos y decido que ninguna de las dos tiene derecho a castigarme. Me tomo sus desapariciones como una ofensa. Ilse me sorprende justo en el instante en que arrugo la nariz. Me alecciona mientras sube y baja el dedo índice:

—Perdonarás a Marina...

Finjo desinterés para atenuar el misterio que Ilse imprime a sus frases. Neutralizo los poderes de Ilse imaginándomela desnuda bajo sus medias palabras y su vestido verde. No me gusta. Miro hacia otro sitio. Le pregunto a Olmo por Pauli. A diferencia de Ilse, Olmo es directo. No se han llamado. La respuesta de Olmo me tranquiliza y me intranquiliza: me entran sudores cuando pienso que Paula y Olmo se podrían conchabar. No nos sentimos felices cuando los seres que amamos se aman a su vez. Tendemos a profetizar conspiraciones. Alta traición. Para desprenderme de Paula —cada vez me inspira más rencor— tomaré ajeno. Es un excelente vermífugo.

—¿Nos vamos?

Llegamos al *riurau* de madrugada. Olmo y yo hablamos bajito para no despertar ni al ama ni al podólogo, pero Ilse nos dice que no son precisas tantas cautelas. Marcos tiene el sueño pesado y Amparo, aunque se niega a reconocerlo, empieza a no oír muy bien. En cuanto al servicio, da igual. Miro a Olmo: el pobre cree que Ilse le gasta una broma. Ella sale. Supongo que para preparar una última libación —si Pauli me oyese... Pero no me oye: se está ahogando en el ajeno insecticida—. Olmo y yo nos quedamos atónitos cuando Ilse reaparece sosteniendo el tablero de scrabble. Sobre él aún descansan las palabras que Marina y yo compusimos durante la partida de la pasada noche. Ninguna palabra se ha descolocado.

Las palabras sobre el tablero de scrabble dibujan recodos que recuerdan los de un laberinto. Ante nuestros ojos, desde las casillas —triple tanto de letra, doble tanto de palabra—, se alza el jardín nocturno. Las palabras son los tabiques de ramas y hojas. En la esquina que forman las letras a y pe, miniaturizados, Olmo e Ilse hablan de orugas. Después, la imagen del jardín se disuelve sobre las palabras que Marina y yo formamos la pasada noche. Estamos sobre el tablero. En las panzas y los rabos de las letras. Apoyados en los bordes de las fichas.

—El azar no existe. Solo la voluntad.

Ilse, con aspecto de pitonisa —se ha retirado el pelo del rostro con una banda elástica—, interpreta el tablero de scrabble. Los posos del té, las cartas del tarot. Cada palabra es un indicio para trabar la historia. Como Érica y Fanny, Olmo y yo caemos bajo el influjo de Ilse Frankel. Ella baja los párpados. Pienso que en esta casa hay demasiadas personas con fe. Ilse me lo corrobora:

—La suerte llama a la suerte.

Las sentencias de Ilse no son más que el comienzo de una prolija explicación: la suerte es paradójicamente idéntica no solo al deseo sino a la voluntad. Dentro de sí alberga la semilla —la bacteria, el virus— que la condena a la inexistencia. La suerte no puede de

ningún modo existir y los pobres son responsables de su pobreza y los ricos de su riqueza. A veces la segunda responsabilidad es más culposa: una carga difícil de llevar sobre los hombros. Todos somos responsables de nuestros fracasos y de nuestras destructivas profecías de autocumplimiento. Nunca saldrá lo que pensamos que no va a salir. Desde el mismo instante en que se duda, una fuerza negativa bloquea la posibilidad del triunfo. Por esta razón, todas las acciones son supersticiosas —también los relatos— y confiamos en la religión, en el librecambio y en la magia, y las palabras que Marina y yo construimos la pasada noche, según Ilse, no son el fruto de la casualidad, sino la huella de lo que ocurrió, la exactitud de lo que estaba ocurriendo, el indicio de lo que puede ocurrir. Con nuestras jugadas nos contábamos algo el uno al otro. Lo fundamental no eran los márgenes sino lo que se iba depositando en el núcleo del tablero: algo que nos salía del interior —entre las rejas de mi osamenta, Paula aún tiene esperanzas de fuga— cada vez que colocábamos una letrita. Ilse sonríe de un modo tan insistente que la sonrisa le debe de doler:

—Ahora vais a conocer las razones por las que mi hermana se ha ido. Las razones por las que quizá no regresará...

La partida está inacabada. Faltan doce letras por poner. Cinco de Marina, siete mías. La partida está inacabada, pero las palabras sobre el tablero configuran el mapa de una historia. Una historia del amor. A Olmo le gustan las mariposas azules y a mí las películas antiguas y los juegos de palíndromos. La astrología, la exacta disposición de las constelaciones en la bóveda celeste, la repetición, el reflejo y Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses*. El tablero empieza a hablar. Olmo y yo quedamos confiados a las manos cuidadosas, maternas, de Ilse Frankel. Al algodón de sus palabras y a la cadencia marítima de su voz.

Scrabble

o

El arte de la podología

«Cachorro».

Alguien nos regala un animalito. Su madre lo ha rechazado y nosotros lo criamos dándole el biberón. Cuando nos acercamos con su alimento, el cachorro nos observa con avidez. Mientras chupa, cierra los ojos. Succiona. Bajo la palma de la mano sentimos cómo se le va hinchando la tripa. El cachorro, relleno de leche templada, nos mordisqueea. Mueve el rabo y la curva que describe en el aire es una muestra de gratitud. El perrito es feliz. Inicia una carrera, se detiene y se orina sobre la alfombra. Le damos en el morro con un periódico enrollado. El perrito llora. Se esconde. Se enfada. Tiene miedo. Tarda un buen rato en volver a acercarse. En confiar. El cachorro evalúa si le compensa mover el rabito, ser simpático. Nos cataloga como seres veleidosos. Aprende. A nosotros nos agarrota el sentimiento de culpa. Después, el cachorro se queda dormido. Gimotea. Tiemblan y se entreabren las líneas de sus ojos. Nosotros decimos: «Está soñando». Decimos: «Tiene pesadillas». Decimos: «Sueña con mi puño que agarra el rollo de papel de periódico, con el golpe seco en su tierno hociquito. No es nada. No tiene lombrices. Es una pesadilla».

Olmo, ¿te gustan los cachorros?

Me anticipo a las suposiciones: la imagen del cachorro no es una metáfora de la adopción. De los vínculos establecidos entre nosotras y la tía Amparo. Lo que yo me pregunto es cómo podemos ver con

claridad los pensamientos de un perro. Cómo atendemos a sus necesidades sin miedo a errar. Cómo sabemos cuándo sus actos están gobernados por la mala intención o por el propósito de complacer. Por qué estamos seguros de que los perros lo hacen todo sin pensar, tan ajenos a las definiciones del diccionario como a los tonos de voz. Los perros saben ciertas cosas. Pero nosotros no tenemos ni idea de qué cosas serán.

Me asaltan las mismas dudas cuando emprendo la tarea de reconstruir una historia de amor en la que no soy yo quien ama. Cómo puedo saber. Estar segura del significado de lo visible. De los síntomas. De los actos fallidos y de los comportamientos subrayados con rotulador rojo. Incluso me pregunto si podré hablar de mi propia historia cuando no soy el sujeto sino el objeto del amor. Solo puedo moverme en el terreno de las hipótesis.

Sin embargo, es evidente que si el cachorro tiembla, es que tiene frío. O miedo. O lombrices.

«Frasco».

Amparo Orts hace veinte años era el líquido que se guarda en el frasco pequeño. Pizpireta. Rica. Resolutiva. De cutis perfecto y aceitunado. Piernas preciosas. Tenía gracia. Mi hija Fanny se le parece. Veneno o perfume. Imprevisibles. Mujeres que no necesitan protección.

A nadie le extraña que un hombre tan guapo como Marcos Cambra se enamore de Amparo. No importa que ella sea un poquito mayor que él ni que, cuando se prometen, Amparo sea la tutora de dos sobrinas que están acabando el instituto. A nadie le extraña nada ni nadie barrunta los problemas que se aproximan. La posibilidad de que el frasco haga *crac*. Primero aparece un pelo en el cristal y el frasco se resquebraja, con mucha lentitud, hasta quedar reducido a polvo. Un cataclismo en la vida de Amparo mucho mayor que la huida de su hermana o la muerte de sus padres. Muchísimo mayor que las preocupaciones que le dan a veces sus empresas.

Antes de la boda, Amparo presenta su novio a sus sobrinas. Ellas ya lo conocían de cruzárselo por la calle. Esta ciudad, que remeda el *skyline* de Manhattan, se contrae como un pezón al contacto con el frío. Se celebra una fiesta en el jardín del *riurau*. Amparo se ha puesto un vestido con mucho escote y los familiares más próximos aseguran que se ha quitado diez años de encima por lo menos. Todavía está muy guapa. Las mujeres maduras se aferran a ese tipo de adverbios temporales. Todavía. Todavía se puede comer. No lo tires. Aún está sabroso. En su punto justo de sazón. La fruta madura es más adecuada para preparar postres. Tiene más vitaminas. Igual que el caldo de gallina vieja. Una exageración detrás de otra.

Con su desparpajo habitual, Amparo ríe en mitad de un círculo de invitadas: «Ya era hora de que alguien me quitara...». Interrumpe su frase. Busca a su prometido. Se cerciora de que está lo suficientemente lejos. Después acaba la frase que había empezado: «... ilas telarañas del parrús!». Las primas prorrumpen en una carcajada soez que llama la atención del prometido de Amparo. Ella está al quite y le lanza un beso. Él, en el aire, se lo devuelve. Es un hombre con mucha clase. Elegante. Educado. Silencioso. Limpio. Siempre huele a jabón. No es extraordinariamente culto, pero sabe estar. Lee novelas de espías. Solo bebe alcohol durante las ocasiones especiales. No piropea a las mujeres. Tiene *hobbies* tranquilos como construir maquetas de veleros. Cuando se comprometen, Amparo le borra el pasado y afloja los vínculos que Marcos Cambra pudiese mantener con su familia. A él no le importa mucho. Quizá lo agradece. Marcos Cambra es un caballero que nunca dice un taco. Ni cuando se quema.

Joder. Figa. Mamelles. Parrús. Collons. «No me sale de la figa». Para Amparo, sus malas palabras son una demostración de poderío. Ella siempre coloca los ovarios encima de la mesa. Tapo los oídos de mis niñas cuando su abuela abre la boca. Ya están demasiado espabiladas. Las desteté pronto. Pero, ante Marcos, la tía Amparo disimula. Es más modosa pero, aun así, sus poros exudan chabacanería. Y ese punto basto, por contraste, debe de ser lo que

le gusta a Cambra. Todo el mundo piensa que Amparo estará tan rendida de amor que incluso se muerde la lengua de vez en cuando. Se recata un poco. Todo el mundo piensa que en este matrimonio no hay nada espiritual. Que todo el amor les viene de lo bien que follan juntos. No lo dicen así, pero buscan perífrasis para decir exactamente eso: el amor les viene de lo bien que follan juntos. Todo el mundo conoce la historia de la vagina prensil de Amparo Orts. Todo el mundo sospecha que Cambra domina ciertas habilidades. Quirúrgicas. Además, es guapo. Otros se preguntan cuando bajará el telón y hasta cuándo durará la pantomima.

Todas las vaginas son prensiles, al fin y al cabo. Tubulares y anilladas como una serpiente que traga huevos. Puritanos, tontos, hipócritas. Ninguno se atreve a confesarse que los amores más profundos se labran sobre la tierra de los colchones. Y que esa es la única forma de pasar luego los años jugando a la brisca. Sin aburrimiento. Con complicidad.

Amparo Orts es un esenciero, un frasquito, que se puede romper y que, al romperse, quizá desprenda una fragancia melancólica que despertará compasión, o un líquido sulfúrico que abrasará la piel de los espectadores. Muertos como moscas bajo el efecto del insecticida. Perfume o veneno. Imprevisible.

«Nosotras».

Nosotras, mientras tanto, estamos acabando los años de instituto. Mi hermana Marina no tiene novio. Yo me beso con Jaume en el parque y en la playa de noche. La ropa interior se me llena de arena. A nadie le importa.

Desde que Jaume me pide salir, Marina y yo compartimos poco tiempo libre. Dejamos de preparar travesuras y de robarle cartas a la tía. Pongo caras de asco. Me hago la mojigata. Desde que estoy con Jaume soy otra persona. Estoy cansada de la liberalidad y me repugna imaginarme a la tía Amparo y a Marcos Cambra encerrados en su habitación. Me tapo los oídos. Marina sale cerrando la puerta

despacio. No me dice adónde va y yo no le pregunto. Mi hermana no quiere que le lea el pensamiento. Me esquivo. Los gemidos de los recién casados cesan pronto. Pronto dejan de traspasar los filos de puertas y tabiques.

Nosotras, paso a paso, dejamos de ser sujeto de la misma frase. Nosotras éramos dos, pero el número dos nunca es el mismo número: hay un dos de los vampiros, un dos del amor, un dos de los hermanos y de géminis, un dos del reflejo, un dos de la sexualidad, un dos de las borracheras, un dos de la compañía y otro de la lujuria, un dos de las vidas paralelas y de las metáforas, un dos que une y un dos que escinde. Dos ojos, dos manos, dos brazos, dos riñones, dos órganos simétricos que segregan óvulos. La especie se perpetúa gracias a los más fuertes. Dejamos de ser nosotras por la irrupción de Jaume. Y por algo mucho más hondo cuyo auténtico calado no he llegado a entender hasta hace pocos días.

«Ocultar».

Antes de Jaume, exploro. Hago experimentos. Lubrico. Ensanco mis límites con camareros, turistas, alumnos de un instituto de otro barrio. Busco fenotipos diferentes, tamaños y edades variables. Siempre hombres. No hallo coincidencias entre los chicos de pelo rojo o los que tienen los ojos azules. No encuentro razones para que unos me gusten más que otros. Curioseó. Descubro que todos me tocan la teta dibujando un círculo. Amasan bolas de pan. Limpian cristales. Mi primer beso profundo me provoca una arcada que me sube desde la raíz del vientre. Enseguida la arcada se transforma en otra sensación que me gusta repetir. Palpo genitales con la ropa por encima. Descubro la sensibilidad de los lóbulos de las orejas y de los pezones. De una de las venas que me recorre el cuello y de la comisura de los labios. Aprendo cuál es el punto justo de saliva para besar. Soy una chica como cualquier otra. Una mujer sana. Aún hay zonas que están prohibidas: la vulva, el pene, el agujero del culo. Todo lo demás puede chuparse y ser manoseado. Los dedos de los

pies. Soy virgen. Cosquillitas en la nuca y canciones cantadas al oído. Me atrevo a dar pequeños pasos para la humanidad que son grandes pasos para mí: pongo la mano muchísimo más cerca de una bragueta abultada y siento cierto orgullo, cierta vanidad. Soy atractiva. Me estiro, inspiro, rozo levemente un brazo con mis senos, descubro la línea de mi garganta, echando la cabeza hacia atrás, para que un chisgarabís se decida a tocarme un punto neurálgico donde nadie jamás había puesto antes el dedo o la punta de la lengua. Los dientes.

Puntúo los besos y se lo cuento a Marina. Ella ríe, no parece envidiarme, no se pone nerviosa. Como contraprestación, es hermética. Se protege de mí. Marca una distancia. También yo empiezo a callar ciertas cosas. Casi todo. Noto cómo la médula se me abre en dos como las puntas del pelo. Me aguanto.

No abrazo a los chicos sobre los sillones pegajosos de los *night clubs* ni me reflejo en las bolas de espejitos que giran en el centro de la pista. No bailo con cualquiera. No me dejo ver. Sé que es mejor secretear, esconderse. No me enamoro de nadie.

Me resisto a contarle nada a mi tía Amparo. A ella le encantaría hacerse mi cómplice y allanarme el camino. Mostrarme atajos. Pero yo me resisto a que me instruya. Prefiero hacer mis propias deducciones: renuncio a un conocimiento que no me pertenece; construyo, desde la inocencia, mi propia sabiduría. Me resguardo. Solo hoy abro esta caja porque lo importante de esta historia no es mi intimidad, sino el contrapunto que se establece con la intimidad de otros.

Yo solo les hablaré a mis hijas de los caminos que no recorrerán. Los sapos, los príncipes, los hombres que se besan. No les diré ni una palabra de aquellos caminos que puedan recorrer solas. Los descubrirán disfrutando del misterio y del miedo de la primera vez. No soy Ariadna, aunque hace un rato haya podido parecértelo, Arturo. No tenderé hilos a lo largo del túnel. Hay tinieblas didácticas. La sombra a veces no es diabólica. Es fresca. Un remanso. Protege de la luz. Tampoco seré toda oídos a las lamentaciones de Érica y de

Fanny. No seré su maestra. Ni su amiga. Ni su médico. Seré una madre.

«Marido».

Jaume me pide salir y empezamos a comportarnos como un matrimonio en miniatura. A lo tonto nos convencemos, nos ajustamos al molde, nos metemos en una frase hecha de la que no queremos salir. La frase es: estamos hechos el uno para el otro. Chupo el tenedor con el que él pincha el filete, él chupa el cuchillo con el que corto la fruta. Deseamos pasar juntos una noche. Meternos en una cama con la única intención de dormir. Ponernos los rulos y comer pastillas de menta para aclararnos la garganta y tener buen aliento. Descubrir si roncamos. Acompañarnos al dentista. Adoptar un perrito. Entrar juntos en la farmacia para comprar condones. Caminamos, con las manos entrelazadas. Nos sentamos en los bancos frente al mar, nos miramos a los ojos, nos besamos.

Tenemos broncas y reconciliaciones. El mundo se cae y se levanta. Los niños son de goma. Nos guardamos ausencias y fidelidades. Por fin, nos desvirgamos. Jaume no me abandona. No me tira como un trapo sucio. Parece que me quiere incluso más. Somos una bonita pareja. Una pareja eterna. Indestructible. Nos hacemos promesas de tipo numérico: ni un día sin hacer el amor, ni un día sin hacer el amor cinco veces, ni un día sin... Todo el día pegados, encajados, empotrados. Nos queremos tanto y con tanta calidad. Somos la perfecta fusión de la carne y el espíritu. Somos el hijo del notario y la hija adoptiva de la empresaria más próspera. Estamos condenados o nos amamos por narices. Nos amamos mucho y con todo a favor. A veces nos gustaría tener algo en contra para que nuestro amor fuese mucho más romántico. Vivir películas.

Jaume y yo nos comportamos como un matrimonio en miniatura: estoy cansada de la excentricidad erótica de Amparo Orts, de mis propias investigaciones, de esa irresponsabilidad de Janni Frankel

que todo el mundo comenta. Quiero quedarme a vivir en este lugar porque no creo que exista una playa, un puerto, una iglesia, una montaña mejores en el mundo. Soy parte de este sitio. No quiero que me expulsen. Me gusta el abrazo de Jaume que me ampara y me adormece. Nos regalamos cintas con las que rodeamos nuestras muñecas. No me separo nunca de mi novio. Nos empeñamos en estar siempre juntos. Nos empeñamos en querernos por encima de todas las cosas. Él y yo. Acabaremos casándonos. Hasta el agotamiento.

«Lar».

Desde que Amparo y Marcos se han casado, nuestro hogar está mucho más unido. Marina sale cada vez menos. Solo pasea por el jardín del *riurau* cuando el matrimonio se encierra en su alcoba para echar una siesta. Se queda en casa los fines de semana. Come patatas fritas de bolsa. Se tira en el sofá, en bragas. La veo ensayar poses sobre el sillón. El mejor perfil de su brazo, los pelillos rubios colocados al trasluz. El modo de sentarse sin que se le marque la tripita: el pliegue de una hoja de papel. Indetectable. Mi hermana se embadurna los labios de brillo untuoso y posa, falsamente desaliñada, sobre los cojines del sofá. Lee. Ve la tele. Bebe batidos y después se mira en el espejo con sus bigotes de espuma sobre el labio superior. Se vuelve en cuanto escucha ruido de pasos. Se baña en la piscina tirándose de cabeza con un perfecto estilo justo en el momento en que Marcos acaba de extender su toalla sobre una hamaca del jardín. Actúa a todas horas. Mi hermana está a punto de lamer palos de polo de hielo tintado, chupa chups que le tiñen la boca de color escarlata. A punto de ponerse gafas de sol para mirar por encima de ellas. A punto de decir que ha sido víctima de una violación. Para que le hagan caso. Para que le haga caso. Pero Marina no se excede nunca. En la casa, el lar, el hogar, mi hermana ensaya sus gestos. Los prepara con la esperanza de ser vista. Por fin descubierta. Irresistible.

Mi hermana se sienta al lado del Marcos a la hora de comer. Comenta con él las noticias locales. Se queda a ver la televisión los días que Marcos no tiene ganas de siesta. Marina aprovecha todos los viajes en coche que Marcos hace a la ciudad. Se sienta en el asiento del copiloto como si fuera su novia. Apoya las piernas en el cristal delantero. «Marinín, quita de ahí las piernas. Te puedes hacer daño».

Marcos pone las banderolas, con unas pinzas, en su fragata del siglo XVIII. Lee catálogos de prótesis y de enfermedades del pie. Se abstrae. El atractivo de la tía Amparo se multiplica por mil al doblegar a un hombre que no está preparado para los placeres de la vida. Un hombre frío y poco sensual. Un príncipe, revestido por dentro, con la piel del sapo. La sangre templada y la imposibilidad de la fiebre. La capacidad para respirar dentro y fuera del agua. La tía se ocupa de que el servicio compre los alimentos que prefiere Marcos. La fruta fresca, la verdura, los pescados azules y la gamba roja. Nunca un hombre estuvo mejor atendido. La tía Amparo le da a su esposo masajes en el cuello cuando llega de trabajar. Él cierra los ojos. Marina se fija: Amparo incrusta sus nudillos en los hombros de Marcos. Le golpea con el filo de sus manitas enjoyadas. Kung-fu. Marina memoriza las manipulaciones. Ante la atención con que mi hermana observa, la tía Amparo la invita a masajear los músculos de Cambra. Él se deja. Marina le impone sus manos, al principio, con el temor de que se vaya a producir un milagro. Como si, al tocarle, Dios se aviniera a existir en forma de filamento incandescente. Quizá las yemas de Marina son demasiado blandas; quizá lo acaricia con demasiada suavidad. Ella cierra los ojos. La tía le da instrucciones: «Más fuerte. A la derecha. No. No. Ahora, así, con más suavidad. Bien». Marcos Cambra se relame. Se queda dormido.

No formo parte de esta armonía. Además del peso del amor por el hijo del notario, algo me expulsa del lar. Observo a mis familiares como quien mira por el agujero de un calidoscopio. De un microscopio. Amebas y bacterias. Espermatozoides que colean. Cada vez hay más capas de vidrio forrando la urna donde conviven mi tía,

mi hermana y Marcos. Pego la nariz al cristal y vigilo sin entrar en la caja. No logro entender. Por las noches, al llegar al *riurau* después de estar con mi novio, siento el impulso de quedarme a dormir en la caseta del perro.

Desde un punto de vista físico, mi hermana y yo estamos dejando de ser idénticas. Ella se ha cortado el pelo. Yo me pinto más. Ella se anaña y yo me transformo en una señora. Me recoloco el pecho dentro de mis vestidos de flores. Ando sobre sandalias de tacón. Marina usa camisetas y pantaloncitos cortos. Mastica regaliz. Yo me fumo el cigarro de después. Nadie me reprocha el olor a tabaco.

Con la última desaparición de Marina, estos recuerdos han vuelto a mí. Al entrar en el *riurau* se siente el olor dulce de la cebolla que se dora, despacito, en la sartén. Calor de hogar.

Me asfixio.

«Zángano».

Marcos Cambra no tiene un origen enigmático. Lo cual no significa que él no lo sea. Todos sabemos de dónde ha salido y hacia dónde se dirige. No llegó a esta ciudad inesperadamente para abrir un negocio de crecepelo. Marcos Cambra nació aquí y estudió, con aplicación, en la capital de la provincia una carrera que no fue ni larga ni corta, ni cara ni barata, ni fácil ni difícil. Quería trabajar pronto, ganar su dinero, no ser una carga para su familia. Regresó. Montó su clínica de pies. Tuvo una novia formal, Paqui, que murió en un accidente. Una desgracia que aún se recuerda. Casi tanto como la huida de Janni Frankel. Este sitio, aunque parezca grande, es muy pequeño. Marcos trabajó mucho. Se repuso de la pérdida de Paqui. No se le conocen más relaciones hasta que entró en su consulta Amparo Orts, el torbellino que cambió su vida. Aunque no tanto. Cuando se analiza de cerca, no parece verosímil revolucionar la vida de Marcos Cambra.

Marcos soporta con estoicismo los relatos de su mujer sobre su primer encuentro. El léxico burdo. Ella entró en la consulta y el podólogo le pareció un tipo impresionante: «Como Delon, tú», le comenta Amparo a una de sus primas. La mujer le da una réplica que quiere ser simpática y es en realidad un destilado de malas intenciones: «Pues a ver si te envejece mejor que el francés». La tía Amparo no tiene ganas de guerrear.

Él le limó los callos con primor. Le dijo: «Tiene usted unos pies casi perfectos». Quizá Cambra habló científicamente. Quizá era su manera de seducirla. Porque él no es hombre dado a los elogios y a ella no le dijo toda la verdad: los pies de la tía Amparo han sido siempre un desastre. Ella movió los diez dedos de los pies como un pianista movería los de las manos. Como quien relaja las articulaciones antes de echar un pulso. Como esas malditas niñas que hacen sonar los huesecillos de sus manos apretándose primero la una y luego la otra. Como una mujer que pretende que su esmalte de uñas se seque pronto. «Los pies sirven para hacer muchas cosas», dijo ella mientras acercaba su pie a la boca de Marcos Cambra. Él recibió entre sus labios el dedo gordo que ella le ofrecía. Él succionó tal vez porque no le quedaba más remedio. Amparo nunca deja una faena sin rematar: «Follamos allí mismo». Marcos la reprende: «Amparín». En el tono hay un lánguido reproche. Ella, en los tiempos en que le gustaba relatar esta historia, lo miraba pícaramente. Con el falso arrepentimiento de una niña pillada en renuncio. Ahora, cuando habla de su esposo, Amparo solo dice: «Es un hombre muy guapo». El día que se conocieron Marcos Cambra no le cobró la consulta a mi tía. Después, siempre pagó él: comidas, cenas, escapadas. Marcos no sabe vivir sin trabajar. Su conducta a lo largo de los años invita a creer que Marcos Cambra no miente.

El padre de Marcos era empleado de una caja de ahorros; la mamá, un ama de casa que colaboraba con asociaciones de lucha contra el cáncer. Los dos murieron. Cuando dejaron de valerse por sí mismos, Marcos los ingresó en una residencia. No le pidió nada a su mujer. Tampoco visitó mucho a sus padres. Marcos tiene una

hermana y dos sobrinas con las que no mantiene relación. Viven en la ciudad donde Marcos estudió podología. Marcos Cambra dice: «Viven lejos». Amparo dice: «Si ellas no te llaman a ti, ¿por qué vas a llamarlas tú a ellas?». Y así pasan los años. Todo el mundo opina que es Amparo quien presiona a Marcos. Pero él se pliega con gusto a la presión de su esposa. Conserva su imagen de hombre tranquilo. No se ve obligado a tomar decisiones desagradables.

Todo el mundo piensa que Amparo Orts arrastrará a Marcos Cambra hacia el terreno de su salacidad. Pero Amparo ya no es la mujer que era: su ímpetu queda apaciguado por el ritmo de Cambra. Él se toma su tiempo para doblar la servilleta: primero hace un pliegue, luego otro, luego otro, después la estira bien, la comprime, la reduce a su mínima expresión como los prestidigitadores hacen con las monedas y los conejos. Mastica despacio. Pasa con ceremonia las páginas de sus catálogos de enfermedades del pie. Amparo no pierde los nervios. Le gusta esta nueva lentitud que no comprende del todo. Mi tía se adapta a los ritos de Cambra. Tras los primeros meses de euforia, Amparo inicia un proceso de hibernación. Últimamente, pese a sus achaques de salud, la estamos recuperando para el mundo de los vivos. Amparo Orts pasa una mala racha. Incluso temimos que las cosas dejaran de marchar. Ahora Amparo vuelve a reír y a ser ejecutiva. A funcionar como Dios manda.

Marcos no ve a sus sobrinas carnales. Cubre esa necesidad de ternura con Érica y con Fanny. Las niñas lo adoran. Dicen que están enamoradas de él. Compiten por su amor. Marcos Cambra es un hombre que encanta a las mujeres. Marcos no compra flores. Para que lo amen, solo ha de ser adusto, sobrio, distante, pacífico. Ser como es. Un poco frío, un poco extranjero, un poco ausente, un poco desapasionado. Tanto equilibrio solo puede resultar de la disciplina de la contención. La superficie del océano está en calma, pero por debajo viven las bestias abisales. Corrientes frías. La vida interior de Marcos Cambra: pasión del capitán Nemo. Nosotras intuimos esa profundidad y, con soberbia, pensamos: «Yo sacaré al

Kraken de su gruta». Lo domesticaré. Érica y Fanny deben esforzarse para que su abuelito las quiera. Le trepan por la espalda. Se visten para él. Le dan besos de mariposa y de pájaro. Parpadeos y piquitos. Le enseñan sus calificaciones. Le cantan una canción que acaban de aprenderse. Él las trata con cariño pero sin exageración. Las tiene locas.

Marcos Cambra trabaja mucho. Construye maquetas. Va de crucero con su mujer cuando ella empieza a sufrir los primeros achaques. Las primeras melancolías. El matrimonio juega a las cartas. No recuerdo los asuntos de sus conversaciones. Él atiende a su esposa. Le recuerda el horario de las pastillas contra la osteoporosis. Amparo le sigue dando caprichos: le pone crema cuando se tumban al sol en la piscina; le corta a Cambra las uñas de los pies; se mete en la cocina para prepararle personalmente algunos platos. A veces creo que Amparo tiene miedo a perder a su marido. Confía demasiado en su espíritu viril y en el calor de su sangre. Será que lo ama.

La tía Amparo está envejeciendo más deprisa que Marcos. Él permanece varado en la misma edad. Aunque no es hombre de expresar sus emociones, algunas veces detecto en él cierto grado de satisfacción. Cuando las señoras le dicen: «Por ti no pasa el tiempo». Cuando le dicen: «¿Has vendido tu alma al diablo?». Cuando le dicen: «Estás estupendo, chico».

Marcos Cambra no es un zángano. El trabajo es la miel que lo mantiene joven junto a su abeja reina. Las demás somos polillas. Recorremos decenas de kilómetros para fornicar con los machos de la especie. Al final, morimos abrasadas contra la luz.

Pobre Marinín.

«Ella» —comodín en la a.

Ella se llama Teresa Gómez Manfredi. Ella se llama Anita. Ella puede ser una chica del servicio del *riurau*. Ella será la hermana de Paqui, la novia muerta. Cambra se tropieza un día con la hermana

de Paqui en uno de los cafés del paseo marítimo. Paqui y su hermana se daban un aire. Marina se muerde las uñas. «No te muerdas las uñas, Marinín. No es higiénico», le dice Cambra, que cumple a la perfección con su papel sanitario. Ella. Ella es la mujer que mi hermana querría ser. La mujer que teme. La mujer prohibida que Marcos Cambra no para de imaginarse. Mi hermana quiere ser ella, ella y ella. Marina, melancólica, tiene miedo de todo. Vigila como pantera sobre el árbol.

Marina todos los días, al salir del instituto, se dirige a la consulta de Cambra. Le gusta subir con él en coche al *riurau*. Mi hermana ese año se ha matriculado en el turno vespertino. Yo sigo en el turno de mañana. Marina no quiere que la mire a los ojos. No quiere que la descubra. Además, así tiene un pretexto para estar con Marcos fuera del *riurau*. No puedo asegurar qué sucede dentro de la consulta. Sin embargo, es como si lo estuviese viendo: Marina lee revistas en la sala de espera mientras él cumple con sus obligaciones. Una hora, hora y media, dos horas. Marina extiende un libro y prepara los comentarios que nos encargan las profesoras de lengua y de filosofía. Sacará unas notas excelentes.

Al año siguiente Marina irá a la universidad. Yo no. Yo voy a casarme con Jaume Ferrer y, siguiendo una tradición de la que él y yo ya hemos hablado, concebiremos gemelas. Tardaremos algún tiempo. Disfrutaremos al principio de nuestra vida marital. Viviremos en una casa preciosa. Desde la alcaldía nos invitarán a los actos oficiales. Pagaré la cuota de la asociación de amas de casa. Entonces, a los dieciocho años, yo ya amaba mi ciudad. Soy de los de dentro. No llegué ayer. Cuando sufro un accidente, alguien me echa una manta por encima. Estoy con los míos. A salvo. Me gusta el pan que comemos. Me intimida el tono desabrido de los que llegan de fuera: cuando lo oigo, me da un vuelco el corazón.

Anita hoy no ha venido a trabajar. Marina cree que se ha quedado en casa, humillada ante el rechazo de Marcos. Porque Marcos solo perdería los papeles por una mujer: por la más prohibida de todas. Por ella. Por mi hermana. Marcos, desde la sala

de curas, le dice: «¿Me puedes traer el historial de esta paciente?». Marina, entonces, fantasea: es la ayudante de Cambra, su mujer, su musa. Ella en abstracto y por los siglos de los siglos. Amén. Marina no piensa en la tía Amparín. No puede permitírselo. La quiere tanto que prefiere borrarla. Diluir en ácido las razones del odio. Quizá Marina menosprecia a Amparo al considerar que ella no puede satisfacer a Marcos Cambra. La imagen del hombre sufre una distorsión. Mi hermana lo observa a través de una lente de aumento. Lo engrandece. Mi hermana sufre. Está confusa. No quiere pensar, pero disfruta dándole vueltas a cada detalle. A cada posibilidad.

Anita entra a destiempo. Se quita el abrigo. Habla con su jefe como si no hubiera nadie más en el consultorio: «El médico me ha dicho que estoy como una flor». Marina pregunta: «¿Te pasa algo?». Anita le responde: «Qué va. Revisión ginecológica». Al ver a mi hermana manipulando el archivo, Anita recuerda sus obligaciones: «Quita las manos del archivador. Ya lo hago yo». Anita tiene mal carácter. Pero no es mala persona.

Cuando Marina aparece por allí, las pacientes de Cambra le dicen: «Qué guapa está tu hija», «Tu sobrina... cómo está creciendo», «Qué bien os lleváis la niña y tú», «Parecéis hermanos: nadie diría que sois padrastro e hijastra...». A mi hermana se la llevan los demonios. Sigue vigilando. No sabe cuál de esas pacientes podría ser *ella*. Se pone muy triste. Espera que ocurra algo que nunca llega a ocurrir. Llega al *riurau* de mal humor. Ni el viaje de vuelta en el coche al lado de Cambra logra aliviarla. Algunas noches Marina tiene la cara de los enfermos de hígado. Le pregunto. Me bufa.

Marina no me cuenta sus cosas, pero yo puedo ver su agotamiento y su entusiasmo. Ascenso y caída. Esplendores y catástrofes que se producen en su interior en menos de un segundo. Yo tampoco le cuento a mi hermana mis últimos secretos y, sin embargo, sé que Jaume no le gusta. Me importa poco. Puedo ponerme en el lugar de Marina, por mucho que me esquive y se aparte de mí. Ella se ha olvidado de que somos uña y carne. De que

puede sincerarse conmigo. Debe de creer que sus sentimientos son tremebundos. Que yo no soy lo suficientemente lista como para comprender. Mi hermana me da pena. Y me duele. Me hace daño. Sin ella, no me queda nada dentro del *riurau*. Salgo con mi novio. Me entretengo comiendo pipas. Suspendo asignaturas. Elijo un montículo donde levantar la casa de nuestros sueños. A Jaume le parece el lugar ideal.

Un día Marina se vuelve loca. Lleva a casa un chico para que la descubran. Para poderle enseñar a Marcos Cambra lo bellos que son sus ojos sobre la línea morada de sus ojeras. Las ojeras que se clavan en los párpados después de besar una boca hasta la corrosión. Mi hermana quiere que Marcos la descubra en su turbiedad. Con los brazos flácidos a lo largo del cuerpo. Dejándose besar como si se aprovecharan de ella. Ella. Por fin materializada de otra forma. Ya crecida.

Un mechón de pelo sudado se pega a la frente de mi hermana. Marina se besa con el chico sobre el sofá del salón. Se desgastan. Se destruyen. Se extenuan. Adelgazan. Enferman a causa de la erosión de los dedos y de la saliva. Cuando Marcos y la tía Amparo llegan de una tarde de cine, se encuentran con la figura de dos cuerpos que no encajan bien. En el amasijo de este amor sobran: el pico de un codo, una pierna encogida en un calambre. Cambra tose. Después aparta los ojos. Va a la cocina a beber un vaso de agua. Marina quiere creer que su tío se ha sofocado un poco. Amparo pregunta: «Chiquet, ¿te quedas a cenar o ya has comido bastante filete?».

Antes de ponerse un poco mustia, la tía Amparo contaba la anécdota con gracia. La convertía en un chiste. La joven Marina se avergonzaba. Aunque no mucho. Hoy Marina se ríe a mandíbula batiente con la broma. A Marina ya no le queda más remedio que reírse a mandíbula batiente de todo. Se miente a sí misma al suponer que puede mantenernos engañados. A mí, a la tía, a Jaume, a las gemelas. Incluso a Marcos Cambra, de quien no sé decir desde cuándo es consciente de la situación de mi hermana. Si alguna vez se ha enterado de algo. Si lo entiende todo mejor que nadie y

disimula. Marina está bien, está muy bien, se siente siempre tan bien. Después se muere de risa. Marina es perfecta y no necesita ninguna medicación. Pero todos sabemos a qué hora se toma sus cápsulas: yo, la tía, Jaume, incluso Marcos y las niñas.

Mi hermana deseaba que Marcos reconociese su forma bajo una nueva luz. Para ello, introdujo una pieza que no encajaba en el salón del *riurau*: el chico sobre el sofá. Los besos que desgastan el color de los labios. Los labios blancuzcos. Los párpados azules. Mi hermana quería que Cambra dijese: «Ella es Marina, pero no es Marina», «Es otra Marina», «Marina es *ella*». Si yo le preguntase hoy, mi hermana se atragantaría entre carcajadas: «Un calentón». Si se lo hubiera preguntado entonces, con desapego, me habría dicho: «Error de cálculo. No me di cuenta de la hora». Pero el reloj del *riurau* siempre ha dado una campanada de más.

Mi versión de los hechos se basa en mi incapacidad para sentir la impotencia de Marina dentro de mi propio vientre.

«Agua».

No puedo abrir los ojos dentro del agua. Me estoy perdiendo algo. El maravilloso mundo del rodaballo y la centolla. Del caballito de mar. El corazón de los hombres tranquilos. A Marina le gusta mucho el agua. Navega en un velero. Bucea. Con Marcos. Jaume me toca en la orilla del mar. Las bragas se me llenan de conchitas. Nadie me pregunta. Es posible que el servicio ría a mis espaldas. Pero yo no lo oigo.

El buen servicio es el que se desliza en silencio sobre el solado del *riurau*. Peces dentro de su pecera. Solo te fijas en ellos cuando los necesitas. Mi tía Amparo odia las peceras. Dice: «Dan mala suerte». Marcos Cambra tiene una en su consulta y parece que no le va mal del todo. Dentro de la cocina una mujer de mi edad cuece bicarbonato dentro de una olla para quitarle el agarrado. Se llama Loli y parece diez años mayor que yo. Entro en la cocina como una exhalación. La casa huele muy mal. Loli me explica: «Cuezo

bicarbonato dentro de la olla para quitarle el agarrado». Me tranquilizo. La trato con cortesía. Loli hace lo que tiene que hacer. En el sótano, un hombre vigila la presión de la caldera de gas. Una mujer plancha y repasa los botones en el primer piso. El jardinero poda los setos del jardín dejando la altura justa para que nadie pueda vernos desde el exterior. Somos un misterio. Han pasado los años. Se nos han borrado las caras de las mujeres que pasaron por la cocina, de los hombres del sótano, de las planchadoras. Nuestra vida es demasiado intensa. Ellos nadan bajo el agua. Sin hacer ruido. La cara se les va borrando. Porque el agua limpia y aja. Los buenos sirvientes se mimetizan con la pared cuando surge el clímax entre los personajes principales. Se filtran por las salidas de humo cuando brota la pasión o se hacen las revelaciones. Sumideros. Tuberías. Barrigas de los relojes de pared. El submundo de debajo de las camas y de las alfombras. A veces, yo he sido como la servidumbre. Discreta e invisible en los momentos álgidos. No obstante, yo no soy ni mucho menos igual que ellos.

El servicio trabaja mucho con el agua. Pone las manos debajo del grifo. Aclara. Conecta el riego. Enjuaga. Diluye. Llena hasta el borde la jarra de cristal y la mete en la nevera. Un muchacho retira con su red los bichos que flotan sobre la superficie de la piscina. Mis manos no se resecan ni se arrugan con el amoníaco o el cloro.

Quizá ellos sepan leer los labios bajo el agua. Reconocer canciones. Yo ni siquiera abro los ojos. Pocas veces sumerjo la cabeza. Dudo que sea preciso mirar por debajo para entender más. Tomar distancia para valorar ciertos detalles. Cuanto más me alejo, veo menos. Sufro el efecto de la distorsión. Me fallan la memoria y la inmediatez de los sentidos. Las intuiciones. La distancia no sirve para aprehender la panorámica. Para entender mejor los acontecimientos históricos. Para ser más justos. Tampoco vemos nada desde la profundidad: confesiones al psiquiatra, revelaciones en el sueño. A qué jugamos. Ni desde la visión microscópica. La implicación total.

Si es cierto que tomar distancia ayuda a comprender, nunca podríamos conocernos a nosotros mismos. Solo podríamos hablar con autoridad de los otros. Esta reflexión me tranquiliza.

Al servicio se le borra el rostro por su eterno contacto con el agua. La inmersión y la salubridad. El silencio de los peces. A Marina y a mí se nos borra el rostro por efecto de la duplicación: ante la duplicación, la memoria de los rasgos se diluye. Ciertas personas no podrían poner la mano en el fuego: quién soy yo y quién es ella.

Yo no puedo meter la cabeza debajo del agua. Tengo claustrofobia.

«Osada».

Marina hoy tampoco se atreve a tocarle mientras él agarra la palanca de cambio. Adelfas de medianera, naranjos y algarrobos huyen a lo largo del trayecto. Pasan, veloces, a través de la ventanilla. Mi hermana ha hecho los deberes en la consulta. Ahora se concentra en el paisaje. La mano izquierda de Marina está a pocos centímetros de la mano derecha de Marcos Cambra. Ella finge contemplar la vegetación. Le da la espalda al hombre, pero sabe que su mano derecha reposa sobre la palanca de cambios; la otra manipula el volante; los ojos chocan contra el espejo retrovisor puntualmente. Marina conoce de memoria estos movimientos. No necesita mirar.

Ante un pequeño acomodo de postura, mi hermana nota cómo se desplaza el aire dentro del habitáculo. Detectaría, aunque esté de espaldas, el momento en que Marcos decidiera abalanzarse sobre ella para tomarla con brutalidad, porque se siente vil y traidor, o con dulzura, porque este amor es bello. Inevitable. No sucede nada. Me corrijo: pero no sucede nada. Marina sería feliz incluso si Cambra le amaratase las muñecas. Pero Marcos está inmóvil. Parece imposible que comience a trazar ese gesto que a Marina la haría tan feliz. Un gesto que a Cambra ni se le ocurre o que retiene, agarra, refrena, presionándolo, como cuando hacemos una ahogadilla a un niño, a

alguien más débil que nosotros: con las dos manos, con todo el cuerpo, hundimos la cabeza de la víctima para que no salga a la superficie. Después lo olvidamos todo.

A mi hermana se le seca la boca. Marcos sintoniza música de ascensor en una emisora de radio. Pregunta: «¿Te gusta?». Marina dice: «No, nada». Al hablar le sale un gallo. Marcos cambia de emisora. A través de las rendijas de los altavoces, entonan cantantes melódicos. «¿Mejor?». Marina no tiene ganas de hablar. Prefiere que se extienda el silencio. Que el silencio engorde y se convierta en una carga que no la obligue a mover la mano hacia Marcos para que todo se desencadene. La caja de la que se escapa el vapor de las enfermedades. Mi hermana desea que el silencio la haga intrépida. La incomodidad. La situación insostenible. Marina llega a desear que el oxígeno se vaya agotando en el interior del coche. Antes de la última inspiración, un abrazo histérico. En los accidentes aéreos se producen gloriosas declaraciones de amor. Enquistadas. Imprevistas.

Mi hermana no quiere colocar su mano sobre la de Cambra de manera que su aproximación pueda recibirse con ambigüedad. Si lo hace, quiere que Marcos se entere. Que se haga cargo. Marcos le tiende a Marina sus gafas de sol: «¿Puedes meterlas en la guantera?». A Marcos las gafas ya no le hacen falta. Es demasiado tarde para que el sol lo deslumbre.

Marina se mordisquea los padrastros dentro del coche. «Marinín», Marcos llama a mi hermana por el diminutivo que se ha inventado él. La reprende como un padre. Marina deja de mordisquearse los padrastros, pero no puede apartar de su cabeza una imagen espantosa: la clandestinidad. Marina considera la siguiente opción: Marcos no se hace el desentendido y reacciona cuando ella acaricia su mano; para el coche; pasa el brazo por los hombros de Marina; la besa en el cuello; la babea; le soba los pechos como si limpiara cristales, como los chicos que están aprendiendo; se la folla detrás de un algarrobo. A Marina la corteza se le clava en la piel. Marina se sube las bragas. No se ha limpiado. Montan de nuevo en el vehículo. Marcos retoma la conversación de

los cantantes melódicos: «¿Mejor?». Marina sentencia: «Peor». Como si nada hubiera pasado, Cambra sintoniza un noticiero. Los locutores empastan la voz. A Marina los oídos se le llenan de palabras. Le rezuman palabras. Le sobran todas. Por un momento, mi hermana reflexiona sobre la experiencia vivida. No le disgusta. Está dispuesta, por él, al secreto y a la suciedad. Al llegar al *riurau*, Marcos besa a su mujer: «Querida». Amparo sonrío. Marina odia a Amparo, pero también le da pena. Le dice: «Hola, mami». Corre a lavarse en uno de los aseos del primer piso. Dentro del *riurau*, Marcos y Marina nunca más se dirigen la palabra. Es un infierno, una locura. Hoy, dentro del coche, con la mano fundida, hundida sobre su propio muslo, mi hermana cree que podría compensarle ese fingimiento. También, la obscenidad.

Marina vuelve en sí. Abandona la hipótesis de ese amor clandestino que la iría degradando poco a poco. Si Marcos quisiese que los dos compartieran ese tipo de amor, a ella no le importaría. Pero Marcos nunca trataría así a mi hermana, que se sacude la pechera retirando pelusas invisibles. Se golpea demasiado fuerte. «¿Marinín?». Marina tiene mala cara. «¿Marina?». Ella mira a Marcos para convencerlo de que dice la verdad: «Estas curvas me marean un poco». Mi hermana no dice más que mentiras.

El interior del coche huele a ozono pino. Los mapas en la guantera, la documentación. Marina está casi segura de que si ella alargase la mano para acariciar a Marcos, él pararía el coche, la miraría, la abrazaría, la besaría. Incluso Cambra podría exclamar: «Por fin». Las cosas sucederían de esa forma. Ella no tendría más que hacer un pequeño gesto: acercar su mano, ponerla sobre la de él, que reposa sobre la palanca de cambio de marchas: primera, segunda, tercera, reducir... Los huesos y articulaciones de mi hermana se galvanizan desde el hombro hasta la punta de los dedos de los pies. El esqueleto metálico de Marina transmite frío y no le permite realizar más que movimientos lentos. Es una víctima de la congelación o del óxido. Quizá la turbación de Cambra, al percibir que Marina se acerca, podría provocar un accidente mortal. Mi

hermana rebusca argumentos para contenerse. El gesto sería fácil, asequible: no habría que hacer contorsionismos ni piruetas.

A veces me entran ganas de hacerme pasar por mi hermana, poner mi mano sobre la de Marcos Cambra y desencadenar los acontecimientos. Disipar las dudas de Marina y hundirla en una felicidad que, a la vez, sería un dolor, o en un dolor que tendría un poco de felicidad. Pero no lo hago, porque no quiero inmiscuirme. Podría hacerme pasar por mi hermana sin que nadie se diese cuenta. Calcar su manera de morderse las uñas y su modo de caminar. De quitarse las migas invisibles de encima. Su indumentaria. Lo que siempre lleva cuando sale. Su olor.

Los accidentes no son el motivo de que ella evite colocar su mano sobre la mano de Cambra. Mi hermana se cree buena. Se convence de que si no acaricia a Marcos es por respeto a la tía Amparín. Esa idea le proporciona la misma dosis de bienestar que de angustia. Lo que mi hermana no se dice es que tal vez no alarga la mano hacia el cuello de Cambra por temor a su frialdad: «¿Marinín?», «Marina, ¿qué haces?». Por miedo a su rechazo. A la mueca de un hombre desagradablemente sorprendido. Por si ni siquiera la toma en serio y, con la voz de un padre que juega con sus hijas, le dice: «Qué cosquillitas, Marinín. Qué cosquillitas».

Marina tiene dieciocho años y no se atreve. A veces piensa que Marcos siente lo mismo que ella y que responderá a su caricia con un beso de amor. En esas circunstancias, el daño infligido a la tía Amparo le daría igual. Además piensa: «La tía Amparo cicatriza bien». O: «Tiene un caparazón más grueso que el de las tortugas». O: «Tiene muchas conchas, la tía Amparo». Pero a la imaginación de Marina también llegan otras reacciones: Marcos le da un beso con flojedad. Marina solo nota la saliva. No el labio. No el calor. No siente el músculo de la boca cuando besa con gana. Después, Marcos la retira suavemente. La empuja. Ella prefiere el empujón a los besos pálidos, flojos, descolgados. Piadosos. Familiares. Predecibles. Marina se aguanta.

El coche de Marcos derrapa sobre la gravilla del aparcamiento del *riurau*. El viaje llega a su fin y Marina aún no puede ponerle nombre a su inhibición: éxito o fracaso, valor o miedo, salud o enfermedad. Marcos advierte a mi hermana: «Mañana por la tarde iré a una convención de podología». Marina mañana se ahorrará el sufrir.

Quizá eche de menos ese rato de plenitud y angustia.

«Reojo».

La gota fría nos golpea. Los forasteros llegan a nuestra ciudad para enamorarse. Cuando llueve, se encierran en su hotel. Ven caer la lluvia a través del doble cristal de su habitación. Las toallas huelen a húmedo. Cuando hay tormenta, en el *riurau* se toman medidas para evitar las inundaciones. Mi tía Amparo reprime la tentación de desenchufar los electrodomésticos de la casa. No quiere quedar como una ignorante delante de su marido. Instala un pararrayos más moderno. Nos quedamos en casa. Encerrados a cal y canto.

Amparo, Marcos, Marina. A mí también me da un poco de pereza salir y, cuando Jaime me telefonea, le digo: «Estoy destemplada». Jaime lo entiende: «Te quiero». Respondo: «Y yo a ti». Antes me daba vergüenza hablar con mi novio por teléfono delante de mi familia. Ya no. Ni siquiera se percatan de con quién hablo. No me escuchan. Con el pijama puesto veo caer la lluvia sobre la superficie de la piscina: parece un vidrio que se fuera a romper por el impacto de las gotas.

Marina, a mi lado, lee una de las novelas programadas para el curso. Me pregunta: «¿Tú no lees?». La pregunta me parece tan interesante que no la contesto. Este año voy a suspender casi todas las asignaturas. Aposto. Estoy harta. Si Marina no lo entiende, yo no la voy a iluminar. Mi hermana vuelve al libro. Me hubiera gustado que insistiera un poco.

En la mesa central de la sala, Marcos y Amparo juegan una partida. Apuestan. Meten. Sacan. Extienden escaleras y tríos. Hacen envites. Cuentan con los dedos. Luchan. Marcos apunta los

resultados de la partida en un papel mil veces doblado. La letra es tan diminuta que no entiendo cómo mi tía, zorruna y perspicaz, no intuye alguna trampa. Pero Marcos se ha labrado tal fama de bueno que su mujer no puede ni pensar que le escatime puntos. Que le sise en la compra. Me aburro de mirar la lluvia y me levanto. Me encamino hacia la pareja de jugadores. La tía Amparo reparte los naipes chupándose el dedo índice. Toma su montón, cierra los ojos, lo acaricia: «Esta vez me va a salir. Me sale. Seguro, seguro». Recoge su montón y le da tres cortes antes de desplegarlo en su mano como un abanico.

Me coloco detrás de la tía Amparo. Le veo las cartas. «Quítate de ahí que me gafas, nena». Mi tía habla en serio. No es un chiste. Es una convicción. Si no me retiro inmediatamente, la tía Amparo estallará. Va perdiendo. Marcos me echa una mirada que significa: «Quítate de ahí. Ya». Me aparto, de la boca de Marina no sale una palabra, pero yo oigo lo que me dice: «¿Por qué has tenido que hacer eso?». Incluso descifro otro matiz en el gesto de mi hermana: «Imbécil». Los pensamientos son tan potentes que retumban por toda la habitación. Se transforman en humedades en los muros. Humedades que, en estos días de tormenta, susurran. O se ponen a dar gritos: «Imbécil». Siempre rompo la armonía de este hogar. Vuelvo a quedarme embobada contemplando el agua que no cesa de caer. No hay camino de retorno para la cólera de Amparo Orts. Para sus esperanzas rotas.

«*Collons!*». Amparo se levanta y apoya los brazos sobre la mesa de juego. «Parece que lo haces a propósito», mi tía mira fijamente a su marido. «Lo haces para joderme, ¿verdad?». A Amparo se le espesa la saliva en la comisura de los labios: «¿Para qué te has guardado esa carta si a ti no te servía para nada? ¡Di!». Marcos no responde. Tampoco reacciona cuando la tía Amparo le lanza con desprecio sus monedas. Marina se aproxima hacia la mesa de juego. Siento curiosidad pero, a la vez, se me escapa uno de esos gritos que no llegamos a emitir nunca: «Quieta, Marina. Quieta». Marina es consciente del peligro; sin embargo, avanza: «Tía, es normal que tu

contrincante no tire las cartas que tú quieres. Él también quiere ganar». La tía Amparo, cuando juega, no entra en razón: «¿Contrincante? Contrincante, contrincante...». La tía Amparo se burla de Marina. Después le espeta con una falsísima dulzura: «¿Y a ti, muñeca, quién te ha dado vela en este entierro?». A mi hermana le tiembla la voz: «Con el juego te pones insoportable. No pareces tú, tía». Cambra interviene con su advertencia habitual: «Marinín...». Marcos extiende la última i del diminutivo con que nombra a mi hermana. Amparo no aguanta más: «¿Qué Marinín ni qué Marinón? Pero ¿es que os habéis puesto todos de acuerdo para joderme viva?».

Marina evita mirar a Marcos. Trata de conservar la calma, la racionalidad: «La suerte es la suerte». Entonces escucho por primera vez un fragmento de la filosofía de mi tía Amparo. Y me hago devota: «La suerte es la fe en la suerte. La concentración en la suerte. La lucha por la suerte. La suerte no existe. La suerte se hace». Amparo, evangélica, remata su peroración: «Niñata cretina». La tía Amparo no suele insultarnos así. De una manera que no sea cariñosa. A mí me suele decir con alegría antes de darme un beso: «Hija mía, pero qué puta eres». En el insulto de la tía Amparo a Marina percibo: cuentas sin saldar, sabor a bilis, un repentino descubrimiento. Tras la ceguera momentánea del *flash*, la tía Amparo ve: a Marina en la consulta; a Marina, en camiseta de tirantes, chupando un polo; a Marina tirándose de cabeza; a Marina saliendo del agua como si renaciese; a Marina dando a Cambra un beso de buenas noches demasiado cerca de la boca... Amparo ve ahora toda la ternura bajo otra luz. Le duele el estómago. Marcos agarra a su mujer del brazo. La tía Amparo no se resiste.

Marina, contenta por la minúscula reacción de Cambra, melancólica por el enfrentamiento con su mami, sube a su habitación. La mami de Marina a veces muta en animal. Parece imposible que esta mujer, ahora desencajada y pálida, pueda volver a ser amorosa. A veces Amparo Orts es una fiera. Yo sigo sentada en el mismo sitio que hace veinte minutos. Marcos Cambra sujeta el

brazo de su mujer. Ella parece un junco que tiritita. Una vara flexible y en tensión a punto de estrellarse contra las nalgas de los niños revoltosos. Se produce un punto de inflexión. Los puntos de inflexión son el origen o la consecuencia de repasar una lista de agravios. Marina, esta vez, no va a disculparse. Cuando Amparo se amansa, se entristece. Pero no tolera más reconciliación que el arrepentimiento. Después, puede volver a ser magnánima y divertida. Amparo Orts no recula.

Tras el punto de inflexión de una tarde de tormenta, Marcos llega del trabajo a menudo acompañado por mi hermana. Entonces Amparo invita a su marido a pasar al dormitorio. Se lo guarda en el bolsillo, bajo los sayones. Le da a Marina con la puerta en las narices. La tía ya no masajea a su esposo sobre la mesa del salón. Ya no permite que su sobrina roce con sus dedos la espalda de su hombre. Ya no le enseña a acariciar. «Marcos no tiene la culpa», dijo mi hermana. Amparo toma nota, apunta los tantos. La partida llega a su fin. Amparo Orts, jugadora impenitente, se ha cansado de jugar.

Dentro del *riurau*, Amparo controla los movimientos de Marina con el rabillo del ojo. La mira de reojo como los jugadores de mus que quieren sorprender una seña del contrario. Del contrincante. Del enemigo.

«Bedel».

Pese a los disgustos, Marina saca unas notas excelentes en los exámenes de ingreso a la universidad. Decide estudiar bellas artes, pero en lugar de hacerlo a unas decenas de kilómetros de casa, se marcha más lejos. Se produce la primera fuga de Marina. La tía Amparo se relaja. Baja los brazos. Bebe copitas de anís. Después, parece siempre confusa. Mi hermana se alía con la distancia. Me abandona.

Pasan cuatro, cinco años, durante los cuales Marina solo nos visita en las vacaciones navideñas. Dice: «Es bonito encender una chimenea cerca del mar». Dice frases que no la comprometen: «Es

bonito encender una chimenea cerca del mar». No sé de qué habla. Mi hermana se ha puesto gafitas. Se ha vuelto a cortar el pelo. De año en año noto cómo se le ensanchan las caderas. Cómo le engorda el culo. La tía Amparo inquiere: «Nena, ¿comes bien?». Esas transformaciones solo se perciben cuando dejas pasar mucho tiempo entre una visita y otra. Si estuviéramos juntas, yo no me daría cuenta de los cambios que se operan en mi hermana. Ni de los míos propios. Cuando Marina vuelve al *riurau*, yo reparo en mí. A veces no me gusta lo que veo.

En verano, Marina prepara viajes que la mantienen alejada del *riurau*. Viajes a puntos del mapamundi que elige con los ojos cerrados: Laponia, Los Ángeles, el desierto de Atacama, Trípoli. Con sus viajes parece que mi hermana quisiera dilapidar la fortuna de la tía Amparo. Mi tía paga religiosamente. La tía Amparo es como el rey Midas y hasta los muslitos de codorniz se convierten en oro al contacto con sus dedos. No hay nada que temer. Aunque su vida sentimental se complique, Amparo Orts no descuida sus finanzas. «Mis tejemanejes», dice ella.

Marina me escribe una postal: «Es como si estuviera en un tebeo de Flash Gordon». Antes mi hermana no establecía ese tipo de comparaciones. Tampoco yo hablaba del rey Midas. Estamos contaminados. A Marina se le empieza a notar que habla con alguien de libros, música, pintura, cine. Aquí solo queda una librería. Hace poco fuimos a una exposición de acuarelas de barquitos que se celebró en la caja de ahorros. Nuestra banda municipal es excelente. Pero tenemos el mar. Y las orquestas de playa. Magníficos restaurantes. Vivimos bien, y si nos dejaran en paz, no necesitaríamos nada de nadie. Cada vez que Marina regresa al *riurau*, se da cuenta de lo mucho que le gusta este sitio. De que tendrá que volver. Pero no quiere reconocerlo. Nos habla de Tokio, de los karaokes y del desierto de Atacama. «Aquí también hay karaokes», le hago notar. Se abre más la brecha entre nosotras.

Marina forja nuevas amistades. Algunas muy intensas. «Es como si estuviera en un tebeo de Flash Gordon». Yo nunca conoceré Los

Ángeles. En realidad no me apetece. Me da pereza marcharme de mi casa. Quitarme las zapatillas. Arriesgarme a comer platos demasiado exóticos. Hormigas. Perros. Me alegro de que Marina haya establecido nuevos lazos. Puede que por fin haya consolidado una relación sentimental. No me lo termino de creer: «He conocido a un chico, un poco mayor que yo. Se llama Arturo». También soy consciente de que nuestra escisión es irremediable. Nos desgajamos por la piel de la espalda. El proceso se realiza con mucha lentitud, pero ya solo queda una fibra que nos une. Un pellejo.

Cuando Marina se marcha a estudiar, yo me meto dentro de mi concha. Igual que la tía Amparo, paso una época confusa. Como las personas que se acostumbran a vivir sin una pierna. Siento que Marina sigue en la alcoba de al lado. Me pregunta: «¿Tú no lees?». Después deja de preguntarme. Mi hermana se evapora. Se va. Y, por fin, un día saco la cabeza de debajo del edredón: preparo el ajuar como una novia antigua. Bordo manteles. Cuento juegos de cama. Menaje del hogar. Baterías de cocina. Mi tía, sin felicidad, se ríe de mí: no se preocupa mucho por lo que pueda ocurrirme. Tampoco Marina, desde la distancia, opone resistencia. Tengo solo veintiún años.

Me caso de blanco. Tomamos marisco, espárragos, mayonesa. Gamba roja. Dorada a la sal. Cortamos la tarta con un sable y guardamos los novios del pastel nupcial en una vitrina. Jaume chupa la nata de los muñequitos y me dice: «Guárdalos. Somos nosotros». Cuando me besa, me mete la lengua hasta la garganta. Le parece gracioso. Casi vomito. Mi tía corre con todos los gastos y ni Jaume ni su familia ponen objeciones. Como si fuera mi padre, Marcos Cambra ejerce de padrino de bodas. Marina no viene porque está en época de exámenes. Me llama por teléfono: «Aquí en las aulas hay bedeles que limpian la pizarra cuando se va el profesor». Yo nunca he visto un bedel. Llevo una alianza de casada. A ratos, me aprieta. Mi hermana me habla de los objetos de su entorno. No me cuenta nada profundo ni me pregunta por la tía o por Marcos. Tampoco me pregunta por mí. «¿Qué más hacen los bedeles?», interrogo a

Marina. «Dan avisos, hacen fotocopias, pinchan horarios en los tableros, se duermen mientras leen el periódico deportivo». Me gustaría contarle a mi hermana que la tía Amparo, desde que ella no está, ha perdido el aguijón. Que puede volver cuando quiera. Para siempre.

Jaume y yo nos instalamos en un piso precioso frente al mar. Todo está limpio, ordenado. Las paredes aún no susurran ni están envejecidas por el humo. Jaume fuma en la terraza. Descubro que soy feliz y que no debo ser egoísta ni desagradecida con los míos. Estoy en disposición de dar. Compramos una televisión muy grande. Un microondas. Instalamos una alarma para ahuyentar ladrones. Tapizamos de rosa palo el sofá del salón.

Hago acto de presencia en el *riurau* unas tres veces por semana. Me preocupo. Abro las barrigas de los relojes y guiño un ojo para mirar a través de los sumideros. Todo funciona. Loli, en la cocina. La planchadora. El hombre que se encarga del mantenimiento general. Con la huida de Marina, comienza el declive de la tía Amparo. Viaja a Stuttgart con más frecuencia. Siempre con Cambra. Tacha de su lista de contabilidad el mayor agravio que mi hermana hubiera podido infligirle. Por primera vez, Amparo Orts se plantea si lo que vio solo eran fantasmagorías y chiquilladas. Si, con la edad, crecen sus miedos. Incluso dice: «Se me calienta la boca enseguida». Cuanto más echa en falta a Marina, más se separa de Marcos. Nunca se escuchan grandes risotadas desde detrás de la puerta. Mi tía Amparo empieza a salir sola y Marcos trabaja cada vez más en su consulta. Se va a hacer rico.

Cuando subo al *riurau*, mi tía me dice: «Nena, no hace falta que subas tanto» o «¿No tienes mucho que hacer en tu propia casa?». No creo que me haga estas preguntas con mala intención. Mi tía me ha pagado el tapizado de los sillones. Y los electrodomésticos. Le pasa a Marina una mensualidad monstruosa. Cubre todos los gastos de sus viajes. Marina casi da la vuelta al mundo. Mi tía Amparo me pregunta si me ha llegado alguna postal desde Estocolmo o si mi hermana ha puesto alguna conferencia. «Negativo», le respondo,

contaminada por el dialecto empresarial de Jaume. Mi tía nunca hace sus negocios con esas palabras. Se me queda mirando como si fuera una extraterrestre. Una gilipollas.

Amparo corre con los astronómicos gastos de Marina y se deshace por complacerla cuando llega la Navidad: «Nena, ¿comes bien?». El sofá de mi casa es más barato. La tía se pone el delantal y se mete personalmente en la cocina para preparar pavo relleno y confitura de ciruelas. Se la regala a mi hermana en tarros de cristal cerrados herméticamente: «Para el desayuno». Mi tía no le pide perdón a Marina. Pero es como si se arrastrase a todas horas. El espectáculo es penoso. Tan degradante que le digo a Marina: «No comas la confitura». A veces pienso que la tía Amparo tiene una doble cara. Mi hermana se muere de risa: «Estás loca, Ilse. Estás loca».

Marina bromea con Jaume. Lo acepta. Él se muestra cariñoso. Mi marido me dice: «Lo hago por ti». Lo veo cómodo. Risueño.

Cada veinticuatro de diciembre Marina tiende la mano a Marcos como si fuera una princesa y él estuviera obligado a hacerle el besamanos. Cuando se dirige a él, le dice ceremoniosamente: «Tío». Casi entre interrogaciones. Con la cabeza bien alta. Tengo la impresión de que el gesto de Marcos se empaña un poco. Si el cachorro tiembla, es que tiene frío. O miedo. O lombrices.

Se apagan las bombillas de Navidad. Mi hermana no vuelve a aparecer hasta las siguientes fiestas. Hasta que el servicio coloca otra vez el falso abeto iluminado frente al porche del *riurau*. Marina llama poco. Se hace de rogar. No escribe. Yo la visito en tres o cuatro ocasiones. Coincido contigo, Arturo, un par de veces. Así transcurren cuatro, cinco, seis, hasta diez años.

«Qué».

Durante el tiempo de la ausencia de Marina, siempre que subo al *riurau* para atender a la tía Amparo, Cambra es para mí un animal indescifrable.

Un relojero que se mete entre las ruedas del reloj. Un especialista en desactivar bombas. Un jubilado que se abstrae en la resolución del sudoku. Un arqueólogo que limpia con pincel la lápida. Un calígrafo que transcribe poesías japonesas sobre papel vegetal.

Animal asexuado. O un hermafrodita que autogestiona su reproducción y su placer. Un caracol.

Podría decir que silencio, higiene y meticulosidad constituyen la base del carácter del hombre que mejor eligió su profesión en el mundo. Pero he recogido tantas impresiones sobre Marcos Cambra que ya no logro verlo entre los hilos enredados del ovillo.

Tampoco sé si los animales minuciosos son susceptibles al amor.

El silencio de Cambra y su don para no cambiar el rictus dificultan mi empeño en conocerlo. Todo son preguntas: ¿quiere a mi hermana como a una hija o como a una amante? ¿Está enamorado de su mujer o busca una madrecita? ¿Quiere a la tía Amparo o no la puede soportar? ¿Es el más bueno o el más perverso de los hombres? ¿Frío o caliente? ¿A qué temperatura se evapora la maldad? ¿A qué temperatura entra en ebullición?

A diferencia de mi hermana y creo que también a diferencia tuya, Arturo, la incertidumbre no me acerca a un hombre. Más bien me repele.

Durante mucho tiempo solo cruzo con Cambra frases de cortesía. Hasta que nacen las gemelas y descubro que Marcos, en su inmovilidad, es cariñoso con Érica y con Fanny. Las niñas, adictas al misterio, lo adoran. Yo me pongo a temblar.

Quizá Marcos Cambra sufre y, por las noches, ahoga sus sollozos con el almohadón. Tal vez se ríe de nosotras o guarda otra mujer bajo la cama, una que de verdad es *ella* y no sus simulacros: Tesi, Anita, Marina, Érica, Fanny... Puede que Cambra disfrute de una discreta doble vida de la que nunca, jamás, nadie se enterará. Aunque mi tía contratase a un detective. ¿Estás aquí por ese motivo, Arturo Zarco? No, no me contestes. Ya sé que estás de vacaciones.

El silencio, la higiene, la minuciosidad de Cambra serían las características de un villano. O de un romántico que reprime una

parasitaria pasión. Marcos morirá joven a causa de esa enfermedad. No puedo resumir la figura de Marcos en esas tres pinceladas que suelen permitirnos entender a las personas. Creer que las hemos entendido. Captados y olvidados en un minuto. Podemos cronometrar el proceso. Yo ya ni siquiera puedo decir con certeza que Marcos Cambra es un hombre guapo. Lo miro y ya no lo sé.

Por culpa de Cambra incluso la silueta de Marina se hace difusa: no sé si es una mujer con una gran intuición o una ingenua, una loca. Muy valiente o muy cobarde. O todo a la vez. Quizá soy yo quien no pone bien los adjetivos. Por culpa de Cambra se derrumban mis visiones de Marina. Y Marina desmoronada soy yo desmoronada. Aunque ella tampoco sabe casi nada de mí. Me asocia con los merengues temblones. Quizá me llame sensiblera porque la quiero y ella no acostumbra a experimentar esa sensación. Mi hermana no sabe quién soy. Ni lo que, a causa de su ignorancia, se pierde.

Sin embargo, cuando hablo de Marina, he logrado no hacer hipótesis. Me olvido de las cautelas. Asumo el riesgo de contar las cosas como creo que son. Es lo honesto. Es lo justo. Es lo que a mí me parece verosímil. Lo que me ha proporcionado cierta paz siempre y también en estas circunstancias. Lo que concede cierto sentido a esta nueva desaparición.

Con Cambra solo soy capaz de hablar desde la superficie. Si lo viera por dentro, sería como la cámara que hay al final de ciertos aparatos para realizar pruebas médicas. Podría diagnosticar: «Nódulos», «Divertículos», «Pólipos». Y seguiría sin saber nada de él. Aunque podría hacer una prescripción: «No coma picante».

Qué. Qué pasa dentro de Cambra. A veces me gustaría desmontarlo como los niños destripan los relojes.

Mientras Marina está ausente, Marcos Cambra sigue fabricando maquetas. Juega a las cartas con mi tía Amparo. Cambra es lacónico y, para mi tía, una tarde juntos sin decir ni una palabra constituye una agresión. Reconozco un gesto de incomodidad en su boca. Marcos calla incluso más que de costumbre cuando ella se pone arisca. Los ataques de la tía Amparo adolecen, ahora, de ese punto,

explosivo y paranoico, que la hacía tan feliz. Que la purgaba. Como los radiadores.

A veces cuando ella se enfurruña, Cambra ríe. Como si nada importase o como si mi tía estuviera loca. Ante esa falta de respeto, mi tía Amparo se mete en su habitación. No se revuelve.

No puedo señalar la fecha en la que tuvo lugar el siguiente acontecimiento: Marcos le da, en la frente, el beso de buenas noches a su mujer. Supongo que sucede poco a poco y que, como no tomo distancia, lo interiorizo sin darme cuenta. Un día, lo veo: Marcos besa la frente de la tía Amparo. Ella es una figurita, una santa. Amparo Orts se purifica de golpe. Se espiritualiza. Asciende a la nube donde habitan los ángeles. Supongo que ya había pasado antes y que posiblemente volverá a pasar después. De noche, solo escucho el despertador cuando me desvelo. Si no, el tictac no existe. Forma parte de mi sopa cerebral.

Algunos días Marcos y la tía Amparo duermen en habitaciones separadas. Al higiénico esposo el pelo del gato de mi tía le da alergia.

Puede existir uno de esos dobles sentidos que a la tía Amparo le encantarían. Pero no hay acritud.

«Helada».

Mientras tanto, Marina, en una ciudad sin mar ni flores de jazmín, espera en su apartamento la aparición de Cambra. Cada noche aguza el oído para escuchar el *ding dong* del timbre. Se duerme boca abajo apoyando la cabeza en el hueco del codo. El timbre no llega a sonar nunca, pero Marina, día tras día, sueña con que lo improbable sucede. El timbre suena. Entonces mi hermana se levanta y abre la puerta de la calle. En el umbral, Marcos Cambra. Marina, en camisola y con zapatillas de conejos. Tras un instante de abstracción, él la abraza con una necesidad difícil de pesar o de medir. La besa y, más tarde, por primera vez, se tienden sobre la cama sabiendo que tienen toda la noche por delante. Y la mañana

del día siguiente. Y el otro día. Y ninguno más. Porque, si los tuvieran todos, ya no disfrutarían de ninguno.

Marina, boca abajo, restriega el pubis contra el colchón. Hubiera deseado que fuera más duro o que los botones se clavarán como garbanzos en su cuerpo de durmiente. Mi hermana aprieta los párpados y cierra los muslos contra su sexo. No quiere abrir los ojos, pero abre y cierra la boca de su vagina prensil. Le da placer. Marcos Cambra, en la fantasía de Marina, solo lleva de equipaje un portafolios. Mi hermana y Cambra, dentro de la ensoñación, están en un lugar en el que tanto ella como él son otros sin dejar de ser la misma persona. La que supera las penalidades. La que vive un simulacro de incesto y se complace en herir y, a la vez, se lamenta de la propia crueldad.

Mi hermana se coloca boca arriba. Mientras hace oscilar su dedo contra el brote de su clítoris, cada vez más deprisa y más profundo, cree escuchar el *ding dong* del timbre. Sabe que no es real. Quizá es su botón el que suena como una campanilla. Cierra los ojos y, por dentro, reconstruye el pómulo de Cambra mientras la besa. El dedo de mi hermana es el dedo sarmentoso de Marcos. La pulcritud y el perfecto dibujo de la lúnula. Pero no hace falta llegar tan lejos: pensar que él la ata y que incluso le hace daño. Que la secuestra y la viola. La esconde de la tía poniéndole una capucha. La mete en un armarito de su consultorio. La corta en pedazos que después venerará. No hace falta llegar tan lejos.

Mi hermana siente en la mano su tibia lubricación. La primera de la noche. La melosidad del líquido transparente que le sale de una profundidad mucho más profunda de lo que pudieran pensar los expertos en anatomía. El flujo le sale del alma. Ahora que podría recibirlo todo dentro de sí, vuelve a entrecerrar los párpados y se ve bailando con Cambra en un guateque antiguo. Como de los años sesenta. Recrea un momento que sí sucedió: él le toma la mano para lanzarse a la piscina. Otro: él la coge en brazos para meterla en el *riurau* porque ella ha pisado un vidrio roto en el jardín. La

delicadeza de la cura. Marina mide el tiempo y llega a la conclusión de que Cambra le dedica más que a cualquier otra mujer.

Mi hermana nota cómo le va creciendo una inmensa burbuja de aire en mitad del pecho. Marcos le pellizca en la barbilla y la observa, frente a frente, con unos ojos que a ella terminan por darle vergüenza. Piensa en el modo en que Marcos coge el cuchillo para cortar la carne. Se acaricia. Dibuja presionando con sus yemas círculos y espirales sobre las areolas. Vuelve a lubricar. Se crispa. Acaba. Entiende que el calambre es un nombre insuficiente para esta forma del placer que tiene que ver con el vacío. Y con el abandono. Y con el deseo de empezar otra vez. Con el poder que le otorga estar segura de que puede empezar otra vez. Hasta que duela. Cuando duele, el malestar forma parte del goce. Después hay que volver a buscar acomodo. Encontrar otra postura. Retreparse.

Ahora, mi hermana rememora un olor y el escorzo de una costilla bajo la que está pintada la marca de nacimiento de Marcos. Abre la boca y gime. Echa la cabeza mucho más hacia atrás. Vuelve a tocarse mientras abre los muslos. Siente pinchazos por la contracción del abdomen. Tiene una visión de Marcos inclinado sobre una camilla. Se escucha gemir y le gusta. Pronuncia nombres. Busca sonidos en su garganta. Un borboteo. Estira los dedos de los pies. Se sonríe cuando piensa: «Los podólogos son especialistas en orgasmos de mujeres». Mi hermana estira los dedos de los pies hasta que están a punto de desencajarse, de ponerse rígidos, de convertirse en garra de pájaro. De acalambrarse hasta hacerle sentir un dolor difícil de mitigar.

Se acabó. Marina, de pronto, se queda helada.

Cuando éramos pequeñas y teníamos frío, Marina y yo nos acostábamos juntas. Ella colocaba su mano, acorchada de helor, entre mis muslos y yo le metía las mías por debajo del pijama. A veces nos enfadábamos. Nos dormíamos. Olíamos a leche y a azúcar quemado en un cazo de metal. Nos gustaba estar acatarradas para que mami Amparo o una sirvienta nos preparasen leche con caramelo.

Olmo, este fragmento te lo dedico a ti: cuando Marina y yo dormíamos juntas, amanecíamos dándonos la espalda. Separadas por un invisible eje de simetría. Como las alas abiertas de una mariposa. O de otro bicho. O de otro pájaro.

Cuando cumplimos doce, nos colocamos un espejo redondo, de los que la tía usaba para pintarse, delante de nuestros órganos sexuales. Los reconocimos. Nos tocamos con timidez. Nos entregamos, involuntariamente, un poco de placer mutuo. «¿Qué sientes tú?», me pregunta Marina. «¿Te pasa lo mismo que a mí?», la interrogo yo. Vimos texturas parecidas a las de la lengua. No lo hicimos nunca más. Dejamos de acostarnos en la misma cama, aunque sintiéramos esa humedad del frío en la costa que hace de los huesos tuberías.

Marina se queda helada como casi cada noche. Nadie pulsará hoy tampoco el timbre. Le castañetean los dientes. Se abriga. Diez años de masturbaciones solitarias. Cinco años de estudio y cinco de *dolce far niente*: «Estoy preparando una exposición». Marina no tiene demasiadas habilidades pictóricas. La tía Amparo nunca se queja.

Mi hermana tiene muchísimo frío y en el corazón le nace un resentimiento. Una costra. Una cicatriz. Mi hermana empieza a creerse inmune. Se plantea la posibilidad de volver. Esta tierra es magnética. A Marina le gusta el mar. Cuando lo mira, experimenta el influjo de la hipnosis. A mi hermana le gusta este sitio incluso más que a mí.

Mi hermana se dice a sí misma: «Ya pasó, ya pasó».

«Hoy».

Un día como cualquier otro, cuando Jaume y yo ya habíamos asumido el fracaso de nuestra fertilidad, descubro que estoy embarazada. «Ten cuidado», me dice mi hermana después de haberle comunicado la noticia.

Para cuidar a las gemelas, después de un parto tan sangriento y tan mítico como todos los partos, contrato a Charly. Carácter mítico del parto: fórceps, imposibilidad de dilatar, riesgo de muerte. Otros argumentos para avalar el carácter mítico del parto: la extrema facilidad de parir un bebe que, sin sentir, se va escurriendo entre los muslos de la madre. «A esa se le caen los niños», dice mi tía Amparo señalando a una mujer que empuja un carricoche. «A esa le cuesta más hacer caca que parir». Todo muy mítico. A la tía Amparo, con la edad, se le atrofia el poco pudor que le quedaba. Me sonrojo cuando se explaya en público. Pero el público acepta. Está de acuerdo. Ríe. Yo también me río. Débilmente.

Un poco antes de que nazcan mis niñas, Marina regresa para instalarse otra vez en el *riurau*. Puede que para siempre. Es la hija pródiga. Me molesto en explicarle el funcionamiento de la casa. Ella también se ríe mucho: «Que sí, Ilse, que sí». La tía la secunda: «¿A que Ilse se parece cada vez más a la señorita Avecrem?». Carcajada. Aquí todo el mundo ríe. No es el momento más oportuno para explicarle a Marina que debe pagar al servicio y las facturas del mercado, que la tía elude sus obligaciones como jefa de la intendencia doméstica. De no ser por mí, el *riurau* habría terminado reducido a almacén de muebles viejos. A ruina.

Han pasado un montón de cosas: me he acostado con Jaime una, cien, dos mil doscientas setenta y siete veces. Cada vez con menos ganas. No es que cada cópula pueda calificarse de acontecimiento, pero son cosas que han sucedido. Me he dado más de tres mil duchas y un millón de veces me he restregado las piernas con el albornoz. He sufrido un parto largo y doloroso. Se me han reventado los vasos sanguíneos de los mofletes y, nada más parir, parezco una holandesa rubicunda que anuncia mantequilla. Desde que tuve a mis gemelas, la gente ya no percibe si me sonrojo o no. Mis gemelas han pasado por una incubadora y han salido vivas. Me he vestido y me he desnudado cada mañana y cada noche. He repartido consignas al servicio del *riurau*: lo que había que planchar, podar y barrer. He despedido a ciertos empleados y he

acompañado a ciertas visitas de negocios al cuartito de la tía Amparo. El señor Yang le paga en efectivo el alquiler de su local. Viene en bicicleta con un sobre en el bolsillo de su pantalón. A la tía Amparo le hace gracia y lo recibe. La tía Amparo ve llegar a Yang pedaleando cuesta arriba: «*Pobret!*!». Otras visitas de negocios son menos pintorescas.

He llevado al médico a la tía Amparín, aunque se resistiese, siempre que lo ha necesitado. He discutido con Jaume cuando volvía a casa oliendo a alcohol. He leído revistas y libros. Una infinidad de libros. He descubierto que me gusta la poesía. He preparado tortillas de un solo huevo. He asistido a las reuniones de la asociación de madres y padres de alumnos, a los conciertos de la banda municipal y a las charlas y encuentros de la asociación de amas de casa. He aprendido a hornear cocas. Me salen muy buenas.

Marina ha vuelto al *riurau*. La tía Amparo rellena un pavo como en navidades. Le busca a Marina un empleo como profesora de dibujo en el instituto. Una suplencia que acabará siendo una plaza fija. La tía tiene mucha mano en las altas instancias. Marina no dará muchas clases. Se deprime. Se aburre. Se repite. Se gasta. Mi hermana le cuenta batallitas de sus viajes a la tía Amparo. Ella escucha obnubilada y, cuando algo le ha impresionado mucho, siempre dice: «Si me pinchan, no sangro». Lo dice en varias ocasiones: con el barrio rojo de Ámsterdam, con los huevos con el pollo dentro que comen en Filipinas, con la ciudad de hielo en China. «¿Has oído, nena?». La tía Amparo me lo pregunta a mí.

Han sucedido muchísimas más cosas: Marcos recibe a mi hermana de una forma que me hace pensar que tal vez la quiere mucho. Se le reblandece la mandíbula: «Hola, Marinín». Marina, cortés y distante, dice: «¿Tío?». Después, aunque no suele hacerlo desde que éramos un par de adolescentes, comparte conmigo una impresión: «Está un poco más viejo». Yo no he tenido tiempo de notarlo. Las palabras de Marina me transmiten ternura. Marcos Cambra se convierte, de pronto, en un ser vulnerable. Envejece. Durante un segundo interpreto su historia como una historia de

amor. «A esa le cuesta menos parir que cagar». Con interferencias. Con personajes que se han escapado de otro tipo de historias. Amor imposible. Amor que no se acaba nunca. Amor recíproco. A destiempo. Amor que hace daño. Amor que mata. Al coger las maletas de Marina, Marcos le roza el dorso de la mano. Puede ser una caricia casual.

Desde que Marina ha vuelto, Amparo se muestra más alegre y menos arisca con su marido. Como si ya no le echara la culpa. Me pregunto qué pasará a partir de ahora. Cuando mi hermana vuelve a esfumarse, como la mujer en la caja del prestidigitador, encuentro la respuesta.

He contratado a una mujer para que me ayude. No sabría decir con exactitud cuál es su raza. La he contratado porque esta mujer se anticipa a mis deseos y se desliza rápidamente por el *riurau* sin hacer ruido. No tardo mucho en sentirme incómoda. Pero tengo más de treinta años y dos niñas a las que cuidar, amamantar, lavar, vestir, velar, perfumar, medicar, adiestrar, limpiar el culo, distinguir a primera vista. He de comprarles los uniformes para que vayan al colegio y educarlas para que coman de todo. Elegir el menú de su primera comunión. No dejarlas solas durante mucho rato. No llamarlas por nombres que tintineen al chocar: Polly y Dolly, Tweedledee y Tweedledum. Estas cautelas constituyen el principal asunto de conversación con mi hermana.

Han pasado muchas cosas. Un día detrás de otro. Un rosario de *hoy*s consecutivos. Agotadores. De temperatura variable. Aunque este lugar se asemeje más que ningún otro a la eterna primavera de México y a la fuente de la eterna juventud. «Está un poco más viejo». No sé qué recuerdo de Cambra se habrá traído Marina.

Hoy, hoy, hoy y hoy. Sin embargo, el único día que puede recibir el nombre de *hoy* es el día que descubro que Jaume me engaña. Me engaña con Tesi Manfredi. Tesi G. Manfredi. Entre muchas otras. Me engaña cada vez que cruza la puerta de la calle y desde hace mucho tiempo. Me engaña desde antes de que nos casáramos. Hoy es un día que se prolonga y que se repite. Un día en el que me miro al

espejo y me siento fea para siempre. Ese es el significado absoluto de la palabra *hoy*, que llega hasta el instante en que le pido el divorcio a Jaume Ferrer. Entonces, vuelvo a ponerme este vestido verde billar con el que sé que estoy atractiva, me adentro en el laberinto de la mano de Arturo, me hago hada y creo en vuestro amor. Aunque me cueste. Me cuesta porque sí y también por ser vuestro amor tan especial.

Cuando doy un paso adelante para pedir el divorcio, me desdigo de lo que me venía diciendo desde hace veinte años: «Le quiero, le quiero, le quiero». Todas las mañanas al levantarme me doy tres golpes en el esternón. Veo a mi tía que extiende su mazo de cartas después de haberlas masajado intensamente. Como la masa del pan. Como los hombros de Marcos. Pero, en algunas ocasiones, para convocar la suerte hay que aplicar un imán bajo la ruleta. Esa es la trampa de la ley que no necesito explicarle a doña Amparo Orts de Cambra. Yo me limito a acompañar a sus visitas al cuartito donde ella y su gato se duermen viendo la televisión.

Transcurre mucho tiempo entre *hoy*, entre el instante en que descubro que mi vida es un teatrillo, y hoy cuando, por fin, estoy a punto de firmar los papeles del divorcio. Jaume y yo nos tropezaremos por las avenidas. Diremos: «Es por las gemelas». Será inevitable. El plano de esta ciudad se levanta sobre círculos concéntricos y terrenos con valla. El espacio se estrecha entre el empuje del mar y el telón del monte. No encontraríamos escondrijos ni zonas a salvo de la grabación del ojo. De cien. De mil. De cien mil ojos que fijan las imágenes más comprometidas.

Marina no me consuela. No me arropa. Le lleva demasiado tiempo reconciliarse con la tía Amparo. Puede que haga de tripas corazón y comience a pensar en Marcos como un tío o como un padre. Quizá mi hermana cree que, para olvidar, lo mejor es guardarse las palabras. Marina me ahorra una de sus valoraciones posibles: «Se veía venir».

Al menos, como yo siempre hice con ella, calla.

«Uña».

Marina no me libera de mis ocupaciones en el *riurau*. «Tú lo haces mejor, Ilse». «Tú eres la que sabe dónde se guardan las cosas». Las cosas: los documentos, los utensilios. La verdad que acaba de decir mi hermana resulta casi extravagante porque es ella quien vive en el *riurau*. Yo solo paso por allí para comprobar que todo funciona. A Marina no le interesa hurgar dentro de los cajones ni memorizar el orden de los objetos. Me siento tan sola que confraternizo con Charly. Después la abandono y ella me mira con la misma cara que esos perros que no entienden cómo, detrás de la caricia, llega la sequedad del asfalto. Charly me huele el culo por las habitaciones. Le doy un cachete en el hocico. No somos iguales.

Desde que sé con quién se acuesta Jaume, subo más y me quedo más tiempo en el *riurau*. Asumo el papel de un ama de llaves perfecta mientras Marina se va cargando de razón: «Ilse, por favor, ¿podrías arreglar esto? Tú estás más enterada». El servicio, que ante el regreso de Marina estaba desorientado, ya solo se dirige a mí.

Mi hermana presta cierta atención a las niñas. Cuando las gemelas cumplen cuatro o cinco años, Marina se vuelca en sus caprichos. Les compra chucherías y juguetes. Para Érica, el botiquín de enfermera; para Fanny, el tocador con su tiara de diamantes. Cacharritos. Baratijas que a mis niñas les hacen ilusión. Cuando mi hermana aparece cargada con un par de bolsas, las gemelas exclaman: «¡Tiíta!». Parecen dos niñas de serie americana. Dos animalillos interesados. Dos empalagosos algodones de azúcar. Cuando reaccionan de ese modo, las regaño en cuanto nos quedamos a solas: «Eso no se hace. Parecéis un par de estúpidas. Dos niñas de la televisión». Érica se pone triste; Fanny, huraña. Me esfuerzo mucho en que a mis hijas no les afecten mis problemas de pareja. Me esfuerzo en que reciban una buena educación. Aquí no es fácil.

La tiíta les pinta a sus sobrinas un par de retratos al pastel. Parecen dos gotas de agua: como si las hubiese calcado cambiando el modo de peinarse y el color de sus blusas. Las dos son Fanny. Marina no conoce a mis hijas. Ellas colocan sus retratos en la pared de su habitación. Marina también pretende retratarme a mí. Pero yo no acepto: «Podrías ganarte la vida haciendo retratos en el paseo marítimo». Entre las dos aparece el fantasma de Eric Frankel. Mi hermana no insiste.

Solo Cambra despierta más pasión en Érica y Fanny que su tía Marina.

Sospecho que mi hermana usa a mis hijas como coartada. Los turistas ingleses gritan en sus *pubs*: «*Alibi, alibi!*». Debe de ser un juego. *Alibi* a mí siempre me sonó a nombre de jeque. A las niñas les encanta ir a la consulta de Marcos. Marina las lleva. Él les mete los pies en una máquina que los fotografía en tres dimensiones. Les toma las medidas. Les hace plantar el pie sobre un papel blanco y dibuja el contorno manteniendo recto el lápiz. Con una cinta métrica mide los puntos que sobresalen. Las niñas levantan su pie, casi sobrecogidas, del papel blanco. Se toman muy en serio sus mediciones. Cambra regala una copia de sus huellas a cada niña. A las niñas les hace mucha ilusión que su abuelo les dibuje el pie. Su pie. Dicen: «Como a la abuela Amparo». Las niñas se fijan en ese tipo de cosas. Dientes postizos, lentillas de colores, cánulas y prótesis. Marcos Cambra le hace pedigrafías a su mujer que, después, son útiles para fabricarle zapatos a medida. A la tía Amparo, para los asuntos del cuerpo y de la salud, le siguen gustando los métodos más tradicionales: «Calienta el aparato antes de colocármelo en el pecho». El doctor que sube al *riurau* se sabe de memoria la cantinela. El médico se dirige a su paciente: «Debería hacerse una endoscopia, Amparo». Mi tía pide una explicación sobre el procedimiento diagnóstico y no duda: «Eso se lo va a hacer la teua mare, Antoni». Por lo demás, la tía Amparo goza de una excelente salud.

Érica y Fanny clavan, al lado de sus retratos, sus huellas. Cada una la suya junto al cabecero de su cama. Su abuelo les hace notar un detalle fascinante: «¿Veis, niñas? Cada huella es diferente». Érica anuncia: «Parecen países». Y Fanny: «O nubes». Al poco tiempo, mis niñas dibujan y colorean el perfil de sus manos. Cada una coloca la suya al lado de su retrato y de la huella de su pie. Cuando llegan a su habitación, posan la palma de la mano y la planta del pie sobre sus dibujos. Como si Séisamo se tuviera que abrir. Marina me instruye: «Se buscan. Como todas las niñas».

Un día que mi hermana ha llevado a mis hijas a ver a su abuelito, me paso por allí para encontrarme con ellas. He bajado al pueblo para comprar adornos de Navidad. He ido a la tienda de Mari, que siempre me habla de lo bonito que era el establecimiento de las hermanas Orts e insiste en que nadie por aquí ha tenido después su buen gusto para colocar la mercancía en el escaparate. Me acuerdo del cuartito de mi tía Amparo y deduzco quién asumió el papel de decoradora y quién llevaba la contabilidad. Esa aventura no les salió bien a las hermanas Orts. Quizá la misma Mari se encargó de que no saliese. Y la dueña del estanco. Y el propietario de los terrenos colindantes al *riurau*. Y el cura de la iglesia antigua. Y la señora directora del colegio. Las hermanas Orts eran muy jóvenes. Tendrían que esperar un poco. Nadie consigue a la primera todo a lo que aspira. A veces la suerte se malogra. «Se» es una palabra que expresa involuntariedad; sin embargo, por detrás de ese juego de Antón Pirulero distingo caras que me saludan cordialmente. Me piden favores. Ahora Mari me dice: «La *tendeta* era divina». Mientras me habla, envuelve bolas de cristal y espumillón con la maestría de una conocedora del arte de empaquetar objetos imposibles. Yo pienso: «Putas». Y le pago religiosamente los euros que me pide: «Buenas tardes, Mari». Seguro que volveré un día de estos.

Cuando aprieto el timbre de la consulta de Cambra, me abre Érica. Es tarde y Anita se ha marchado. «Anita nunca se pasa de su hora», me informa Érica. Érica y Fanny están jugueteando con unos pliegos de papel. Es un papel flexible y crujiente como el que usan

las modistas. Mis hijas se lo colocan sobre el cuerpo para diseñar vestidos. Les pregunto: «¿Y la tía?». Érica me responde: «Le dolía una uña. Yo se la he examinado». Mi niña pronuncia la palabra *examinado* con un acento profesional; su equis combina los sonidos de la ge y de la ese. Después mi pequeña hace un diagnóstico sobre la uña de su tía Marina: «Tenía una pinta muy mala». Fanny sigue probándose los papeles. Como túnica. Como velo. Como toca de monja. Le importa un rábano el dedo de su tía. A veces me pregunto qué va a ser de mi hija Fanny.

Me acerco a la sala de curas. Miro a través del cristal que había entonces en la puerta: Cambra y Marina forman una pareja preciosa. Me siento extraña al presenciar algo parecido a mi propio disfrute. Me estoy viendo en una foto, en una grabación de cine doméstico, en la que no logro reconocerme. Me replanteo el significado de lo que está prohibido y de lo que es repugnante. Vivo una de esas situaciones que mis niñas tendrán que experimentar solas.

La transparencia es un modo de la distorsión pero, a través del cristal, veo el perfil del hombre inclinado sobre el pie de Marina. Veo cómo acerca la boca hacia el dedo gordo de su paciente. Se va aproximando en uno, dos, tres tiempos. Creo que lo succionará como un bebé se agarraría al pezón de la mujer que lo amamanta. Congelo la imagen en el tercer tiempo y retiro la vista antes de cerciorarme de lo que va a pasar. Me parece oír a mi tía Amparín: «Si me pinchan, no sangro». La escena la dobla una voz que no es la de los actores. No sé si me aparto porque la visión me revuelve o porque me doy cuenta de que existen situaciones demasiado privadas. Detesto las escenas que se ven a través del ojo de la cerradura. «Si me sangran, no pincho», a veces mis hijas se burlan de la abuela Amparo.

El amor incondicional de mi hermana por sus sobrinas no es eterno. No mucho más tarde, parece olvidar que Érica y Fanny son solo unas niñas.

«Pozo».

En el *riurau* existen por los menos cuatro pozos. El del agua potable. El de Amparo Orts. El de Marina. El mío. No conozco la sustancia interior de Marcos Cambra. Su *qué*. Probablemente sea el hombre más bueno del mundo. El más paciente. Rodeado de nuestros pozos negros y de nuestras dificultades.

Marina está en su pozo de amor y yo en el mío. Son dos pozos que no se comunican. Ahora no compartimos ni el mismo líquido amniótico ni la misma placenta. Las dos nos hemos hecho mayores. Por separado.

Yo no me enamoro de las dificultades ni de lo que no puedo conseguir. No trato de vencer ni redimir a ningún hombre. Me gustan la paz doméstica, el confort de las alfombras de lana, la cama mullida. Quizá siempre fui vieja para estos asuntos. Mi amor es un trabajo. Como la suerte. Pero no hice bien las inversiones de mi fe. O no fui lo suficientemente generosa. No elegí bien el lugar para encajonar mis deseos ni para concentrar mis fuerzas. Para colocar mis imanes y mis trampas de ratón.

El pozo de Marina está tan limpio que es venenoso. Como el olor a suavizante y esa obsesión por la higiene que provoca alergias a los niños. Los amores no consumados son los más sucios. Se limpian cuando se presenta la oportunidad de llenarlos de babas. Pero Marina se empeña en que su pozo siga oliendo a suavizante. Aunque algunas veces tenga ganas de comerse un conejo con los dedos. Sin lavarse las manos antes de sentarse a la mesa.

El pozo de mi tía Amparo es de cristal. Mi tía tiene miedo de romper la pared con su propio ímpetu. Con un furor del que se arrepiente a los dos segundos. Mi tía sabe que puede lastimarse con esa fuerza que le sale de dentro. Romperlo todo entre sus manazas y cortarse: el vaso con el agua que ha de beber, un jarrón con angélica y rosas de pitiminí. A mi tía Amparo los cortes le impresionan mucho. Incluso los que se dan de un solo tajo y no se

notan hasta que la carne se separa en dos mitades. Perfectamente limpia. Ante la exhibición de dos mitades de lo mismo, mi tía siempre se queda atónita. Se le parte el corazón. Nunca supo elegir. Elige a ratos. Y también se arrepiente muy pronto.

Al fondo de mi pozo, está Jaume que llega un viernes por la noche al *riurau* completamente borracho. Las niñas y yo estamos pasando allí el fin de semana. Jaume sube las escaleras. Finge equivocarse de habitación. Entra en el cuarto de Marina. Yo espero para ver qué sucede. Para ver si mi hermana deja que Jaume consume una fantasía de la que a mí nunca me había hablado. Ella se escabulle y entra tiritando en mi dormitorio. Por primera vez en mucho tiempo, volvemos a dormir juntas. Yo le susurro al oído: «Pobre, pobre, Marina». Jaume duerme solo en la alcoba de mi hermana. Al día siguiente, dice: «No me acuerdo. No logro acordarme».

La tía Amparo echa a mi marido del *riurau*. Parece una ceremonia. La sacerdotisa dibuja en el aire un símbolo que me ayuda a tomar, sin miedo, una decisión. Siempre necesito el permiso de mi tía.

Estamos en sus manos. En unas manos que no pueden controlar su propia fuerza y rompen el vaso y se cortan. Sangran. Y siguen teniendo muchísima sed.

«Bis».

Ahora que Jaume no sube al *riurau* y pasa días enteros fuera, mis niñas se vuelcan en Marcos. Le dan la lata. Se pelean por él.

Algunas veces, en el jardín, se producen escenas encantadoras. Estamos a comienzos de este mismo verano.

Marcos se queda quieto como una estatua viviente. Como los hombres de arena o los falsos barrenderos que, tras el tintineo de la moneda en el fondo de su lata, barren las baldosas de la avenida durante tres segundos. Después, recuperan su posición de inmovilidad. Esperan el tintineo de otra moneda. Los viandantes no

saben si la estatua, pintada de verde metalizado, oculta la carne de un hombre vivo o si es realmente un fragmento de bronce cubierto de verdín a causa de la lluvia.

En el jardín del *riurau*, Marcos no mueve ni un músculo. Mantiene los ojos abiertos. Pegados con cola. Los párpados son invisibles como el cuerpo de un caracol. Se inclina un poco hacia delante. Levanta los brazos, pero no de forma exagerada. Su posición no es un escorzo. Es alguien que se ha dormido con los ojos abiertos. Un títere que aún no ha sido animado por el marionetista. Un muerto de muerte blanca. Con el agua de la sangre congelada en las venas.

En el cielo de verano el sol luce con luz total y, aun así, Marcos parece una estatua de hielo que se hará añicos si alguien la empuja. Se requiere concentración para ser estatua. Para impostar esa sonrisa sardónica que me lleva a creer que no es verano. Que se ha ido la luz. Yo no podría permanecer inmóvil con tanta persistencia. Contención. Perseverancia. Respirando sin que se note.

A Marcos, por carácter, le cuadra el papel de estatua. Para llegar hasta su rostro, mis niñas tienen que ponerse de puntillas o dar un saltito. Coger impulso.

Fanny salta y le da un beso a su abuelo en la boca cerrada. Entonces, Marcos parpadea, mira a la niña y prolonga su amago de sonrisa enseñando los dientes. Lo hace sin gracia. Pero Érica y Fanny se ponen muy contentas y, cuando su abuelo recobra la inmovilidad, Érica se apoya en él, se estira y coloca su pico de pajarito sobre la boca de Cambra. Los labios chascan. Entonces, Marcos vuelve a bambolearse hacia un lado y hacia el otro, y se queda en una posición cercana al suelo desde la que Fanny enseguida lo besa otra vez para que él abra mucho los párpados y ponga cara de tonto. Es raro ver a Marcos Cambra con esa expresión. Las niñas aplauden. Y el juego se repite una y otra vez. Se multiplica hasta casi perder su significado. Como el reflejo del reflejo dentro de un espejito. Dentro del azogue no hay un duende que te dice si estás guapa o fea. Si debes matar a tu hija o esperar aún un poco más.

Marcos luce un perfecto afeitado. Los labios de mis niñas no se irritan. Las niñas dan piquitos a su abuelo y él se mueve. Parece que estuviese entrenado para hacerlo sin que le falte la respiración. Cada vez más deprisa. Cada vez en intervalos de tiempo más cortos. Érica y Fanny se ponen histéricas. Dan chillidos.

Desde una hamaca, Marina observa el espectáculo. En el rictus de su boca no hay ni una gota de dulzura. Es un rictus verde. Bilioso. De labios prietos. Marina graba la sucesión de fotogramas en su humor vítreo. Luego, cada imagen, proyectada a toda velocidad dentro de su cabeza, volverá a adquirir movimiento. El movimiento torpe de las películas mudas. Mi hermana alimenta su rencor. Pero no soporta ser tan injusta, tan mala, tan vulnerable. Algo se la come y le da a sus labios la tonalidad de la hiel. Marina llama a Charly y le pide un favor al oído. Al momento, Charly vuelve con un refresco.

Dejo que las niñas besen a Cambra dos o tres veces más. Después les doy una orden: «Dejad ya a Marcos. Estará cansado». Érica y Fanny nunca obedecen a la primera. Están muy excitadas: «Otra, otra, otra». Cambra se fija en Marina, que en ese momento bebe de su refresco para tragar un comprimido. Cambra, caminando hacia atrás, les hace reverencias a Érica y a Fanny: «Se acabó la función». No hay bis.

Ahora que Marina ha crecido por fin y alcanza la manzana del árbol con la mano, siente celos de dos niñas pequeñas. Curiosamente más de una que de otra. Cojo a mis hijas y las meto dentro del *riurau*. Las ducho y las froto con una toalla para que no se enfríen. Luego pienso que no es tan extraño sentir celos de los niños. Les pasa a los padres con sus bebés cuando la esposa da de mamar al cachorro. A las mujeres que se acostumbran a ser tratadas como niñas y, después, no toleran que su amante les dedique carantoñas a sus hermanas pequeñas. Cuando mi hermana entra en el *riurau*, le pregunto: «¿Qué estás tomando?». Marina finge no oírme. Mientras sube a su habitación, me pregunta: «¿A qué hora comemos?».

No ha cambiado nada y ha cambiado todo.

«Romper».

Un día mi hermana sale del *riurau* y se gasta quince mil euros.

Compra quince mil cosas. No compra nada demasiado grande a excepción de tres o cuatro electrodomésticos. Compra horquillas con jirafas y elefantes para Érica y Fanny, corbatas para Cambra, batas para la consulta, barajas inglesas y españolas para la tía Amparo, fichas de dominó, un tapete de fieltro verde. Pendientes de plástico que yo no me pondré nunca. Compra pañuelos de seda de todos los colores para no equivocarse. Quiere que elijamos el que más nos guste. Para Charly, novelas de misterio y una colección de cedés de música popular latinoamericana. Utensilios de cocina. Dos lavadoras. Hamacas de lona listada para el jardín. Plantones de níspero y de adelfa. Unos zapatos de plataforma que posiblemente mañana le resultarán completamente extraños. Marina no sabrá cómo encajarlos en sus pies. Compra mascarillas para suavizar el cutis y sombras de tonalidades que no pegan con el color de nuestros ojos. Pintalabios: «Siempre había querido un carmín morado nazareno». Marina compra té de Ceilán: «¡Un país que ya no existe!», se ríe mi hermana. También compra aceites con olor a flores para que la tía le dé masajes a Cambra: «Hace años que no trabajo de masajista, nena». La tía contiene la respiración: «Pero no importa, no importa». La tía Amparo tiene la piel del color de los cirios pascuales. Yo me acuerdo de los viajes de Marina alrededor del mundo.

Mi hermana resplandece. Como si le hubiera brotado un par de alas traslúcidas, vuela de una esquina a otra del *riurau*. Hacía muchísimo tiempo que no la veía tan feliz buscándole a cada objeto un lugar: «Compraré unas cortinas». Marina está tan contenta, tan emprendedora, que Marcos propone: «Hay que llamar a un médico». El médico le pone a Marina una inyección.

Mientras mi hermana duerme, me pregunto por qué estar triste es lo normal. Cuando Marina desborda alegría, ganas de vivir,

cuando despilfarra y consigue verlo todo de color de rosa, compra mucho, tiene mucha sed y bebe y se limpia con la mano, llegamos a una conclusión: «Está enferma». Gastar mucho es una hemorragia. Gastar dinero, palabras, entusiasmo. Efusividad. Cuando Marina llora por las noches o no habla con nadie o se queda tumbada decimos: «Ella es así». «Melancólica». «Profunda». Incluso en nuestras horas bajas nos identificamos con ella. Pensamos: «Todos tenemos un mal día». Las mentes y los cuerpos saludables son cicateros y silenciosos.

El médico sale de la habitación y nos aclara que el comportamiento de Marina constituye un cuadro clínico. Alarma general. El médico me dice: «Su hermana está en el momento de euforia». El médico previene: «A menudo este mal es hereditario». Miramos alrededor como si fuésemos a descubrir cosas que no sabemos. O que sabemos y no nos atrevemos a decir en voz alta. Analizo con cierta aprensión a mis niñas.

Al día siguiente, mi hermana, casi triste, corrobora el diagnóstico. Hace tiempo que conoce su enfermedad y toma su medicación: «No sé qué me ha podido pasar. Pero no se volverá a repetir». Yo tampoco sé qué han podido hacernos los años para separarnos. La tía Amparo tranquiliza a mi hermana: «No te preocupes, hija. No importa». A veces preferiría ser yo la que está enferma. Marina quiere borrar cualquier resto de inquietud: «Lo tengo todo bajo control». Marcos Cambra se sujeta la frente. Yo sigo sin saber interpretar el significado de sus gestos.

Este tipo de ataque no se vuelve a repetir. La tía decide: «Dile a Charly que le eche un ojo a Marina». Y Charly acata la orden. Hasta que ayer comete un error imperdonable, Marina se esfuma y yo la despido porque me mira como si le debiera y no le pagara, y porque mis niñas se han hecho mayores. Porque no cumple con la tarea que se le ha encomendado. Porque ya no me sirve bien.

La salud de hierro de Amparo Orts se resquebraja por los pies y el estómago. Quién sabe si además se resiente por otras áreas invisibles. La enfermedad de Marina nos hace ver de otra forma los

cambios de humor de la tía Amparo. A veces nos quedamos observándola: «¿Estáis imbéciles?». La tía nunca acudirá al médico voluntariamente, así que nunca podremos confirmar nuestras sospechas. Quizá nos equivoquemos. Pese a todo, hay frasquitos que mi hermana procura que no se le escurran. Podrían romperse. «¿Te encuentras bien, mami?». La actitud de mi hermana con la tía Amparo es empalagosa. Pero la tía se guarda su mal genio y sus ventosidades. Se deja querer. Marina apoya la cabeza en su regazo. La tía Amparo le mete los dedos entre los rizos como cuando éramos unas niñas. Se cuidan la una a la otra.

Quizá mi hermana cree que, pegada a mi tía, forzándose a quererla más que nunca, Amparo la sanará por imposición de manos. También debe de creer que, forzándose a querer a su mami tanto como siempre, incluso más que nunca, logrará enfriar lo que siente por Cambra. Pero se confunde.

Desde el regazo de la tía Amparo, Marina no logra apartar los ojos del constructor de maquetas.

La enfermedad menos grave de Marina consiste en gastar quince mil euros en veinticuatro horas.

«Viles».

Esta palabra no me gusta. Es demasiado fuerte. Venenosa. *Viles*. *Vilanos*. *Bilis*. *De Vil*. *Dálmata*. *Bilioso*.

Quizá es el único adjetivo que no cuadra en la historia que nos ofrece el tablero. Nadie puede hablar aquí de vileza, sino de muchísimo amor. Un amor excesivo que a veces no logramos controlar. Nos desviamos de la ruta porque hay oleaje. Mar de fondo. Pero aquí nadie sería vil. Nos cuidamos. No somos peces, sino animales mamíferos. Tenemos pellejo y muchas cosas en común.

A veces no sé si la tía Amparo se la tiene guardada a Marina. O si corre peligro la cabeza de Marcos. Si mami Amparo necesita proteger a su nena o si quiere guardarse, dentro del bolsillo de su bata, al hombre que considera suyo. Como el *riurau*, los hoteles, las

heladerías, los edificios en construcción, los solares donde aún puede hacerse realidad todo tipo de sueños: un parque de atracciones, canchas de tenis, chalés de dos plantas o torres de treinta. Sean cuales fueran sus motivos, nunca podríamos calificar de viles los sentimientos de mi tía Amparo. Tal vez todo depende del día que le toca vivir. Picos y mesetas. Puntas y valles. O de otras razones que los que estamos a su cargo no alcanzamos a comprender.

Yo ando sobre el suelo del *riurau* procurando no hacer demasiado ruido. A cuatro patas. Como Charly, aprendo a deslizarme de una habitación a otra. Pero con más estilo. Con más empaque.

«Retintín».

El retintín es como un eco. De él se quedan colgando las palabras.

Amparo le pregunta a su marido: «¿Has cogido el DNI?». Cambra asiente sin mirarse la cartera. «¿Y el colutorio?». Cambra contesta: «Sí, querida». La tía Amparo pasa sus manazas por los cierres metálicos de un maletín: «¿Seguro que llevamos en regla la documentación?, ¿y los billetes?». Cambra tranquiliza a su mujer: «Amparo, no debes preocuparte por nada». La tía Amparo se pone nerviosa siempre que viaja al extranjero. No le gustan los aviones. Ni los coches demasiado veloces. Entra en su cuartito y desde allí grita: «¿Has guardado bien el regalo para mi hermana?». Marcos responde con un toque de irritación: «¿Alguna vez me olvido de algo, Amparo?». Mi tía sale desencajada de su cuartito, repitiendo las palabras de Cambra como un juguete roto: «¿Alguna vez me he olvidado de algo?, ¿alguna vez me he olvidado de algo, Amparo?, ¿alguna vez me he olvidado?». Entre los dientes de mi tía veo un insulto que ella no deja que se le escape. Y un retintín.

Amparo entra en la cocina para despedirse del servicio. Dice adiós a Charly. Besa efusivamente a Érica y Fanny: «¡Ay, chiquetas!». Le da un abrazo a mi hermana: «No te vayas, hija». Le

acaricia el rostro: «No es necesario que vuelvas a irte». Se apoya en los brazos de mi hermana: «Por lo menos, no te vayas hasta que yo vuelva. Prométemelo». Marina se lo promete. La tía se aparta de mi hermana y se dirige a mí: «Te quedas a cargo de todo, Ilse». Debería sentirme orgullosa. Después, la tía se vuelve hacia Marcos: «¿Llevas mi baraja?». Por el tono de la pregunta parece que Marcos se ha olvidado y que mi tía quiere recriminarle. A la tía Amparo le gusta hacer solitarios en el avión. Pero Marcos nunca se olvida de nada. Dice que sí. Ella le responde como si le esperase desde hace un rato: «Entonces, ¿nos vamos ya, don perfectito?». El nuevo título de Marcos Cambra no es cariñoso. Cuando Amparo lo pronuncia se nos ha quedado en el oído otro retintín. Monedas lanzadas con desprecio a los pies de alguien.

Amparo y Marcos se van a Stuttgart. Quizá ella decide emprender su viaje anual para poner tierra de por medio. Para darle a Marina la posibilidad de recuperarse otra vez. De que se convenza a sí misma: «Ya pasó. Ya pasó». Y de que cuando vuelva a saludar a Cambra le diga: «¿Tío?», tendiéndole la mano como una princesa para que él se la roce con los labios y, después, se retire haciéndole reverencias sin darle la espalda nunca.

La tía vuelve de Stuttgart algo indispuesta. La comida alemana no le cae bien a su estómago. Aunque se diga que en esa zona de Alemania la comida es diferente. La tía se encierra en su cuartito para recuperarse. Marina sigue en el *riurau*. Un día nos anuncia: «Va a venir mi amigo Arturo Zarco». Creo que todos, sin hablar, estamos de acuerdo. Valoramos tu estancia entre nosotros como una forma de entretener a Marina. Quizá de sanarla. Tú llegas, ella se divierte, te enseña la ciudad desde su punto más alto. Supongo que se lo pasa bien contándote historias. Pero, en realidad, Arturo querido, no le sirves de mucho.

Marina es más débil de lo que pensábamos. O mucho más fuerte. Quién sabe.

«Mala».

¿Recordáis cuando éramos pequeños y teníamos fiebre? Era la época en que mi hermana y yo olíamos a leche y azúcar tostado en un cazo de metal. «Estamos malas», decimos. Y el ritmo del hogar se altera. Se ralentiza. Vivimos una vida subacuática. Pero no me da angustia. Todo es templado y meloso como el líquido que nos envuelve antes de nacer. Un suero.

Nos gusta estar acatarradas para que mami Amparo o una sirvienta nos preparen leche con azúcar. También nos dan una aspirina. «Masticadla, nenas: si no, os dolerá el estómago». Marina y yo la masticamos porque nos gusta el sabor. A mi hermana y a mí nos gustan sabores muy raros: aspirina, tiza, goma de borrar, yogures naturales, el saladillo de las huevas de lumpo. Entramos en la cocina y pedimos la merienda: «Un bocadillo de huevos negros con mantequilla, por favor». La tía Amparo estalla en una de sus expresiones jubilosas: «¡Mira las chiquetas qué morro fino!». La mujer de la cocina no entiende lo que queremos.

En aquella época, Marina y yo nos lo pegamos todo.

Pasamos la mañana adormecidas entre las sábanas. Después viene el cosquilleo de los párpados y el helor del termómetro bajo la axila. Nos quedamos quietas para que el mercurio mida bien la temperatura. Para que no baje falseando nuestra fiebre. Cuando mami Amparo o las criadas se van, restregamos el termómetro contra la piel de la axila para recalentarlo. Queríamos vivir siempre así, en este duermevela de sueños no tan inverosímiles: nuestra madre de verdad nos da un tazón de leche con dos pajitas para que cada una sorba por la que le corresponde; después, se marcha, saltando como un conejo. Deja sus huellas sobre un paisaje nevado.

Marina y yo tenemos sueños que comparten habitaciones. Quiero decir que a menudo abrimos los ojos a la vez y los volvemos a cerrar. Nos sentimos muy solitas y muy acompañadas. Vivimos cada una nuestra propia fiebre. Nada grave. Pero cuando nos despejamos

nos contamos la una a la otra lo que hemos vivido mientras, separadas, soñábamos. A menudo, en nuestro sueño hemos pasado por las mismas habitaciones. Nuestro cuarto huele a mentol. Lo vemos todo de color verde.

Cuando llega el día en que el aburrimiento y la salud nos obligan a abandonar la cama, las piernas nos tiemblan un poco. Entonces la tía dice: «Estas nenas han vuelto a crecer». Muy pronto le sacamos la cabeza a la tía Amparo.

Siempre me pongo buena antes que Marina. Me aburro y quiero salir a jugar al jardín. Mi hermana, sin embargo, estira la enfermedad. Dice: «Estoy mala». Se enfurruña si no la toman en serio. Se quedaría para siempre metida en la cama, levantando las sábanas con las puntas de los pies. No quiere salir. Recae. Le dice a la tía Amparo: «Me duele». Y la tía finge creerla. Va a la cocina. Le prepara, sin que yo lo sepa, otro vasito de leche con azúcar. A Marina un hilo de espuma le mancha el bigote. Parece un anuncio de chocolate blanco. Después, mi hermana se tapa con el edredón y se deja caer en ese sueño que es como cuando entras en el agua y el agua te llega a la rodilla, te cubre como mucho a mitad del muslo y sueñas que bebes porque tienes sed y sueñas que orinas porque tu vejiga está a punto de reventar. A Marina siempre le gustó mucho estar mala.

Ahora mi hermana padece nostalgia de la enfermedad. Echa de menos la febrícula y el mirarlo todo desde la languidez, con los ojos entreverados. Nostalgia del encanijamiento del gatito que se enquistaba, feliz, dentro del puño de su dueño. Dentro de la ele hueca que se forma sobre la cama al flexionar la rodilla. Nostalgia del amor que nos devuelve a la infancia y, a la vez, nos quita años para vivir, nos encorva. «Cómo puedo ser yo esa anciana», dice mi tía Amparo cuando se mira por milésima vez al espejo. No se encuentra al fondo de sus ojos. Ni dentro de los ojos de los demás. No se conoce.

Cuando un dolor, ligero pero constante, desaparece, termina por echarse en falta.

Marina se infecta otra vez. No puede decirle nada a mami Amparo y ya no le gustan ni la leche ni las aspirinas ni las gomas de borrar. No puede quedarse metida en la cama. Las décimas la debilitan. Sus piernas y brazos se sostienen con muelles flojos y dados de sí.

Marina nota que recae, que quiere recaer, y entonces se aparta. Se esfuma.

Olmo, ¿te has quedado dormido?

Ilse acaricia la cabeza durmiente de Olmo y después recoloca las fichas que se han salido de los bordes del tablero. Alinea las letras en cada palabra y, pese a la precisión con que define el contorno de cada una, los vocablos se me enredan, se desplazan sobre el tablero de cartón, resultan mareantes. Las rectas, como en la consulta del podólogo, se transforman en curvas sinuosas. *Mala es mula y lar es mar. Zángano, pámpano, y hoy, coy*: dentro del barco todo oscila y se columpia a través del ojo de buey. La inmovilidad parpadea como una luz. A lo mejor las emociones y el sueño me vencen, como a Olmo, que, a falta de la narración de la última palabra, ha apoyado su cabeza sobre mis muslos: su peso me hace percatarme de que se me han quedado un poco blandos. Será el alcohol y la falta de ejercicio. Al exhalar, los labios de Olmo vibran como la boquilla de un clarinete. Hacen música.

—No pude ser el hada madrina de mi hermana.

Ilse Frankel hace sonar las fichas con sus uñas. Mañana mismo —dentro de un rato— se las limpiará con acetona para preservar su pulcritud de ama de llaves que olisquea los manteles y la ropa de cama: es una suposición. Ilse esconde su nocturnidad. Vela, como una madre, a Olmo dormido:

—¿No crees, Arturo, que jugar con las palabras es algo religioso?

No entiendo bien los esoterismos de esta mujer criada entre letreros de neón y el fuego de la hoguera. Esta noche, Ilse me resulta muy entretenida. Muy *chic*. Las letras del scrabble se

estampan sobre fichas que ahora son *beige* por culpa del humo del tabaco y de los toqueteos. Las fichas forman palabras que dan lugar a una historia, antes blanca, y que hoy amarillea por el humo del tabaco y de los toqueteos. Marina ayer fumaba para concentrarse y encontrar la palabra oculta entre la dispersión y el desorden de las letras. El humo del tabaco tiene la culpa de todo. Hoy una Ariadna que me ha dicho que nunca lo fue ni lo será, me sigue orientando en la maraña:

—¿Entiendes ahora por qué Marina se ha marchado?

El azar no existe: Marina, anteayer, también me guio para que, juntos, cantásemos la canción de su historia de amor verdadero. Las dos hermanas, Marina e Ilse —dos estrellas polares en medio de la noche— me conducen por los caminos insondables —las procelosas aguas— del romanticismo. Mi historia con Olmo apunta hacia un final razonablemente feliz. La de Marina aún me mantiene con el corazón en un puño. Siento una punzada en el costado izquierdo, justo por debajo de la tetilla. No se trata de un infarto ni de un síntoma de pasión extrema. Paula acaba de hacer su aparición en forma de flato de legumbre. Después, me afea mi mejor metáfora: «¿Estrellas polares? La osa mayor y la osa menor: Marina e Ilse Frankel...». Paula me emborriona el estilo y me aclara el pensamiento. Este apotegma retórico no incurre en contradicciones. Ilse me coge del brazo:

—¿No te parece que Marina ha hecho lo que debía hacer?

Ilse insiste. Debería saber que el que calla otorga: llevo un rato mudo, palpando la cabeza afebrilada de mi duende para comprobar que no se le han achatado las puntas de sus orejas de elfo. No digo ni mu, pero estoy convencido de que con las mismas palabras —*reojo, helada, cachorro, bis, romper...*— Ilse podría habernos contado otras historias: el cuento de la lechera, de sus huevos, sus pollos y su cuajada de leche —«Su metáfora de la acumulación capitalista», a mí, como a la lecherita, se me rompen los cántaros cada vez que Paula viene a ayudarme con la contabilidad.

—Espero que, cuando llegue a Stuttgart, Marina lleve flores a la tumba de Eric Frankel...

Ilse podría habernos contado *Madame Bovary* o *Psicosis*. O *La pobre señorita Finch*: una muchacha ciega se enamora de un hermano bueno que tiene un gemelo malo. Sin ver sus caras, incluso sin tocarlas, la señorita Finch cree que los reconocerá porque es tan tontita —o tan vanidosa— que está segura de que su amor es como la vara de un zahorí que detecta el agua entre las rendijas de la paramera. Insoportable, la señorita Finch. Todo se complicará porque al hermano bueno —el menos pasional— se le tiñe el rostro de azul. Es el efecto secundario de una medicina para combatir un envenenamiento de la sangre. Ella por amor renuncia a ver. Sobre todo, para evitar que el objeto de su amor le produzca asco. Como nos pasa a todos. Miro el perfil de Olmo y pienso que el hecho de que a un hombre guapo la piel se le tinte de azul no le resta atractivo —incluso lo puede mejorar— y que la repulsión de la pobre señorita Finch es un prejuicio victoriano o una consecuencia de la cuarteada racanería —estrechez del conducto vaginal y de la imaginación, pocas tragaderas— de la virginidad.

—Estará en Stuttgart...

Ilse sigue con su perorata y yo, por fin, le respondo que no me gusta que Marina se haya ido sin decirme nada. Ella ataja mis lamentos:

—Donde hay confianza da asco.

A Ilse se le ha corrido el rímel. Los borrones negros de sus ojeras iluminan su mirada con una profundidad viciosa. Revivo a Marlene Dietrich en el Nikolaiviertel de Berlín. Pero vuelvo a este rincón marítimo en cuanto escucho las pausas de la voz adormecedora de Ilse Frankel:

—Yo he hecho lo posible para que no te sientas abandonado, Arturo.

Si no nos conociésemos ya bastante bien, juraría que Ilse Frankel me va a besar. Pero, en lugar de besarme, acaricia otra vez la cabeza dormida de Olmo, a quien veo súbitamente como un perrillo,

como un chihuahua. Tal vez, muchos matices de la canción de amor del podólogo se hayan quedado en el tintero: no los sugerían las piezas del scrabble. Pero cuando uno cuenta una historia, está contando lo que quiere y también lo que no quiere. Así que tendré que sacar conclusiones. Me admira el relato de Ilse y dejo que me lleve la mano al escribir. Sustituyo epígrafes: cambio *la desaparición de Marina* por *la fuga de Marina*. Permuto en la tienda del ropavejero un relato misterioso por uno de amor. También empiezo a pensar en Marina Frankel como una hija de la gran puta y siento multiplicado por diez mil mi amor hacia Olmo. Mi zoofilia. Las historias de amor imposible reavivan el amor ajeno o lo reducen a amorcillo en miniatura, novio de tarta de bodas, desechable, excrecencias o rebabas que nunca alcanzan la monumentalidad de los amores que acaban convertidos en relato. Le agradezco a Ilse Frankel su intercesión.

—Gracias, querida Ilse.

Todos los relatos son generosos. Incluso los que escamotean palabras o te llevan de la mano por lugares oscuros. Cuando me dejo llevar de la mano es que no tengo adónde ir. Estoy perdido y, por eso, le agradezco tanto a Ilse sus confesiones y esas elipsis —el tupido velo— que son la sombra de un árbol —ciprés, abedul, roble, *albarrogo...*— y, con su oscuridad, me alivian.

—Tú eres un hombre de gran inteligencia, Arturo. No creo que te hagan falta más explicaciones.

Mi coja ausente susurra: «Aduladora, mamporrera, sirena, fabulista». Mi coja ausente no aguanta que me vea con otras y susurra con tal dulzor que los insultos parecen halagos. Paula, dentro de mí, se está haciendo perversa. Se enrancia. La Paula del mundo exterior se contiene más de lo que sería saludable. Alguien debería practicar pronto un exorcismo, sacármela por la boca, para que mi cuerpo no la corrompa definitivamente. No podría decir quién posee a quién. Quizá esa tendencia de Paula a ponerse en el lugar de los demás —maldita compasión, Kraken, calamar en su tinta— la

mantiene encerrada detrás de mis ojos. Para ayudarla a salir, declamo:

—Había una vez...

Ilse no sabe si mi *onceuponatime* es un modo de expresar conformidad o desacuerdo con su lectura —exégesis, hermenéutica, Biblia políglota complutense, cábala, entrañas del animal, vuelo del pájaro— del tablero de scrabble. Ilse se recoloca una hebra de pelo rubio, y su desazón se funde con la mía, y la mía se relaciona con la reaparición intragástrica de Pauli. Con el sabor a bilis que me sube a la boca desde las profundidades de mi hez. La incertidumbre escatológica —amor de mi hez, hez de mi amor— me impide decirle a Ilse «Hasta mañana» con buena conciencia y está producida por las patadas que Paula me asesta en el hígado con su pata chula: «Aduladora, sirena, fabulista, mamporrera», dice mi coja, mi angelita de la guarda, mi Campanilla, mi ave fénix que renace para que yo no pueda creer con la fe del carbonero. Y del carbón a la felicidad solo hay un paso que Paula Quiñones nunca me permitiría dar.

—¿Qué había una vez, Arturo?, ¿qué había?

—Un rey que tenía un reino y un palacio de cristal...

Llegados a este punto, Ilse y yo nos quedamos mirando, como dos idiotas, al durmiente. Pese a las metáforas entomológicas que Ilse Frankel le ha dedicado a lo largo de su narración, a Olmo no le interesan ni los embrollos familiares ni los cuentos de hadas ni las historias románticas. Le interesan esas mariposas que vuelan, libérrimas, en el espacio real.

De pronto, los tabiques del *riurau* se dilatan y parece que no van a contener un alarido que podría echar la casa abajo:

—¡Impostores!

Olmo se sobresalta. El corazón le late muy deprisa. La realidad es estruendosa —todo hace ruido—. Los que dejan de fumar y aprecian por fin cuál es el olor del mundo vuelven al tabaco con histérica

premura. Fetidez. Frío y calor insoportables. Gente fea. Me acerco para comprobar si del aliento de Olmo sigue desprendiéndose un aroma a bollos para el desayuno. A veces se me olvida que mi amor es un pajarito.

—¡Impostores!

Charly está aquí con sus diez dedos intactos. Sujeta con ellos una caja. Su voz a 45 revoluciones —hilo dental que repule cada rincón de la dentadura— me irrita. Me tapo las orejas mientras Ilse Frankel raspa con sus uñas el terciopelo del sofá. El terciopelo —afortunadamente— no suena como las pizarras arañadas.

—Vine a escupiros en la sopa...

Todo el mundo sale de su habitación. Cambra y Amparo. El servicio deja de ser un ente fantasmagórico. Identifico a Loli y al hombre de mantenimiento. Hay también una criada joven. El chico que limpia la piscina y la planchadora no deben de pasar la noche en el *riurau*. Ilse les habrá concedido un pase pernocta. A Ilse Frankel se le dilatan las pupilas al enfocar a Ana Carolina Madariaga, alias Charly, que viene a escupir en el perol de crema de calabacín y a remover su escupitajo con una cuchara de madera para camuflarlo dentro del guiso. El sonido del *chup chup* nunca fue más elocuente.

Escupir en la sopa

—¡Impostores!

Quizá Ilse no erraba al temer a sus criados: ese miedo y esa aversión que, influido por la conciencia obrera de mi hibernada Pauli, pude detectar en su cuento. Al cuento de Ilse Frankel podríamos ponerle por título *El arte de la podología*. En esa expresión confluyen el cuerpo y el artificio, así que hablamos claramente del amor. Charly agita la caja:

—Cabrones...

Ilse se aferra al sofá. Amparo Orts, el ama, no sale de un inaudito segundo plano. Marcos, dirigiéndose a la cocinera, toma las riendas:

—Retírense. Todos.

Loli, la criada joven y el hombre de mantenimiento se comienzan a replegar. Están a punto de diluirse, de filtrarse a través de las rendijas, cuando Charly profiere una súplica:

—¡Compañeros!

Me llegan cánticos de Violeta Parra. Ese es el tono y la octava de comparación. El oído es mi sentido más desarrollado. Mi madre nunca me habló cuando yo ocupaba un útero amueblado con mesa camilla y brasero de resistencias infrarrojas. Pero no importa que me pariera sin adiestramiento acústico. Mi oído es canino. Oigo las palabras que, a cientos de kilómetros, Pauli —«¡No me llames así!»— rumia al mirar la foto que le envié hace un par de días a través del teléfono móvil. Mientras reprime la tentación de marcar mi número y se muerde las uñas compulsivamente, la escucho. Desde

dentro y desde fuera. Hay quien percibe en el cielo de su paladar los matices del vino: aterciopelado, caramelo, madera, hebras de plátano, redondo, carnosos, afrutados, acerados, morapio, balsámico, color cereza brillante, decrepito, hueco, profundo. Yo —ni tripero ni selecto ni borracho, a veces ni siquiera macho ni español— disfruto al clasificar el volumen, la entonación y el timbre de las voces. Trabajo con ellas. Las catalogo. Las atesoro. Las grabo sin necesidad de máquinas. Puedo reproducirlas y preverlas. Aunque quizá a Paula, si se oyese dentro de mí, le pasaría lo mismo que a los que no se reconocen cuando escuchan su voz en un magnetófono. Yo sé lo que se oculta detrás de los parlantes —la vida interior de los parlantes más allá del polvillo y la energía estática—. Es mi única veleidad experimental, tan obsesiva como la de Holmes con las cenizas de cigarros. A ratos las voces me permiten ver mejor y a veces me opacan el mundo. Aprendo cosas. Violeta Parra, bajo el disfraz de Charly, sigue con su canción plañidera:

—Compañeros...

La súplica se apaga sin que nadie haya respondido. Por si acaso alguien se arrepiente, el podólogo insiste:

—Retírense. Esto no es asunto suyo.

Cambra no suele malgastar órdenes. Es ahorrativo con su autoridad. Los empleados de Amparo Orts, pese al llamamiento de Charly, siguen las instrucciones del marido del ama. Parece que el servicio estuviera a punto de aplaudir. Si esta es la masa con que han de hacerse las revoluciones —los panes, los milagros de los peces— comeremos borona por muchos años —«¿Y tú?, ¿qué haces?, ¿por qué juzgas?». Con estos temas Pauli se pone hipersensible: puedo escuchar el temblequeo de sus cuerdas vocales. Rezo un *Jesucito de mi vida* por Paula Quiñones—. Cambra es, además, un hombre pródigo:

—Tómense el día libre.

El servicio se dispersa definitivamente y, en la sala del *riurau*, las miradas confluyen en la caja de Charly. Si la mucama no fuera

rechonchita parecería la azafata de un antiguo concurso de televisión. Cambra se dirige a Charly con severidad:

—Charly, eso que llevas ahí es mío. ¿Cómo has entrado en mi consulta?

—Con las llaves, don Marquitos. Con las llaves.

Creo percibir una sonrisa lateral en Amparo Orts. He detectado el retintín o quizá el reojo del relato de Ilse Frankel. Marcos Cambra no se inmuta. Debe de ser un hombre acostumbrado a llevar encima un montón de nombres. Charly se ofende:

—¿Qué se cree usted?, ¿que descerrajo puertas?

Charly hace una copia de las llaves de la consulta del podólogo. No logro encontrar un solo motivo —más allá de una perversión fetichista por parte de la mucama que incrementaría mucho su encanto— por el que pudieran interesarle los objetos o los documentos de la consulta de Cambra. Charly, rencorosa, me insulta:

—¿Y usted?, ¿no era detective?

Me abronca sin soltar la caja. Me señala balanceando uno de sus dedos —el reprobatorio:

—Debería darle vergüenza.

—Yo estoy de vacaciones...

Lo que dice Charly es cierto: debería avergonzarme. Pero ni siquiera sé de qué. De no escuchar a Paula. De atenderla demasiado. De olvidarme de Marina o de pensar mucho en ella metiéndome en una vida excesivamente privada. De estar ahora tratando de impresionar a mi novio. O de no causarle una decepción. Lo que la mucama ha traído es efectivamente un cajón donde Cambra guarda mediciones y prótesis de sus pacientes. Me acuerdo bien: hurgué como niño cotilla —cocinilla, enredador, subrepticio...— en el secreter del cuarto de sus padres. Extraños hallazgos —leyes combinatorias— al fondo de los cajones: cartas de amor, terrones de azúcar y una pera para poner lavativas. Guiño los ojos para, a media luz, quizá desde demasiado lejos, llegar a leer el nombre pegado con un adhesivo a la caja que Charly sostiene como un exvoto. Olmo,

aburrido de misterios, se erige en mi ayudante. Se acerca a la mujer. Tiene ronquera a causa de la noche a la intemperie y del brusco despertar. Pero entiendo bien las palabras que pronuncia:

—Aquí pone: «Amparo Orts».

La vida real siempre supera las ficciones: las palabras también están pensadas para decir este tipo de vulgaridades, para firmar una reclamación y un contrato de empleo o de compraventa. Para escribir listas de la compra. Me pregunto quién puede ser tan arrogante como para no sentirse vulgar de vez en cuando o tan vulgar como para ejercer continuamente de arrogante —«Dios nos libre, Zarco, de todos tus senequismos». Paula replica como un *tilín tilín* y pone de manifiesto su ignorancia en cuanto a Séneca—. Las vulgaridades se me ocurren cuando no puedo dar crédito a lo que van viendo mis ojos. A lo que mis ojos sin saberlo imaginaban.

—¿Están preparados?

En realidad, Charly no pregunta. Juraría que Amparo Orts y Marcos Cambra se cogen de la mano y estoy a punto de conmovirme. Ilse sigue sentada en el sofá. Recuesta la nuca en un cojín. No acostumbra a trasnochar. Charly adopta una actitud provocadora:

—No. No creo que lo estén...

Ilse revuelve con rabia las fichas sobre el tablero del scrabble. El ruido consigue que Charly le preste atención y le hable con una seriedad que infunde miedo:

—Usted nunca debió despedirme, doña Ilse.

Ilse Frankel se levanta de golpe:

—¿Podrías dejar de hacer el imbécil, Caroli...?

Antes de que Ilse Frankel pueda abalanzarse sobre ella, Charly la detiene arrojando el contenido del cajón sobre el suelo del *riurau*. A la vista quedan basurillas, pequeñas intimidaciones del ama: separadores, moldes de silicona, plantillas de distintos materiales, pedigrafías y huellas realizadas sobre un papel que también se está

poniendo amarillo. Cambra ha sometido a su esposa a todo tipo de experimentos podológicos. Charly parece una niña que acaba de volcar su caja de juguetes. Coge aire y me brinda su travesura:

—Va por usted, detective.

Aparentemente, Charly solo habla para mí, pero Olmo y yo mismo somos los interlocutores que menos le importamos. No sé qué recompensa pretende obtener Charly. Cada gesto de Charly Madariaga va buscando una compensación: una sonrisa, unos billetes más, una llave con la que abrir una puerta a la que no todo el mundo tiene acceso. Charly mueve el rabito y busca otro modo de complacer. Ahora no creo que nadie del *riurau* vaya a recompensarla por esta salida de tono que solo en mí parece despertar curiosidad. La mucama extiende una de las pedigrafas sobre las baldosas:

—Van a ver.

Después, se dirige melosamente a Amparo:

—¿Por qué no pone el pie encima, doña Amparo?

Amparo mira a Charly. Luego baja la vista hacia la pedigrafa. Sonríe a su marido. Ilse se repliega hacia uno de los ángulos muertos del salón como si no quisiese ver lo que va a pasar. Charly es correosa y dulce como una barrita de regaliz:

—Colóquelo, doña Amparo.

Charly acerca el papel hacia el lugar donde Amparo Orts permanece agarrada al brazo de su marido. La mucama se mueve como una culebrilla. Repta hacia el ama arrastrando el papel sobre el suelo. El crujido me pone los pelos de punta. Provoca interferencias en las palabras de Charly:

—¿Por qué no lo hace, doña Amparo?

Entonces Amparo Orts se descuelga del brazo de Cambra. Se acerca hacia Charly. Por un instante, temo que vaya a patearle la boca. El podólogo inicia un movimiento para frenar a su mujer sujetándola por la muñeca. Pero Amparo se zafa de él. Amparo Orts tiene un aspecto omnipotente. Avanza un poco más hasta llegar a Charly, trasmutada, sobre el suelo del *riurau*, en insecto doméstico —cochinilla, escarabajo, cucaracha, mosca, lepisma—. Amparo Orts,

pese a su chata estatura, parece una emperatriz a punto de subir al patíbulo. Sabe que, en el último instante, la blanca paloma del Espíritu Santo la cogerá en volandas y la librá de la muerte. María Amparo Orts suspende el pie sobre la mancha de la pedigrafía. Y, como garza en el pantano —elegante o risible—, nos contempla a todos durante unos segundos. Después, coloca el pie sobre la huella, la aplasta como si quisiese dejar una impresión. Quizá su peso borre el rastro de la pedigrafía. Charly, a cuatro patas, estira los bordes del papel. Lo recoloca. Analiza en primer plano las evoluciones del ama.

Pese a conservar la columna erguida y la cara iluminada por una sonrisa de triunfo, vemos, con nuestros propios ojos, que el pie de Amparo excede por todas partes el perfil de la pedigrafía.

A Amparo Orts no le entra el zapatito de cristal.

Cuando el pie de la dama sobresale con mucho del contorno marcado en la pedigrafía, solo Olmo y yo mostramos estupor. Parsimoniosamente, ella levanta el pie del papel de seda —como el que se usa en los patrones de costura— y se encamina hacia Marcos. Entonces el podólogo se agacha. Le besa la frente, la barbilla y la punta de la nariz —por ese orden ridículo— mientras enmarca con sus manos, que le tiemblan un poco, el óvalo de la cara de la mujer de los pies grandes. Ella nota el fresquito del suelo y descansa sus pies descalzos sobre las zapatillas del podólogo. Él la sostiene haciendo equilibrios. Cuando ella vuelve a posar los pies sobre las baldosas, Marcos le habla con una melodía que recuerda a la que usa para jugar con Fanny:

—¿Me esperas en la habitación, bonita?

Cambra se dirige a la mujer de los pies grandes con la veneración con la que yo hubiera sacado a bailar, de entre los muertos, a Judy Garland. La dama se retira. No expresa ninguna preocupación. Ningún interés. Olmo y yo estamos frente a una pantalla de cine. Presenciamos esta escena como si fuese un film oriental sobre la transmigración de las almas: un barbo penetra la vagina de una

princesa de cutis manchado, un buey se libera de sus ataduras, otra mujer descalza pisa bichos que crujen y debe pedir perdón por la muerte de cada uno, el amo agoniza de una enfermedad de los riñones. Siempre es una hora de luz azul. No entendemos nada y, sin embargo, algo es bonito. Incluso poético. Vuelvo a mirar el móvil — incluso en este momento climático— y Paula sigue sin llamar. Me pregunto cómo debo comportarme. Coloco a Olmo detrás de mí. Él consiente. Si Charly Madariaga persiste, no podrá tomar el vuelo que la devolverá a su tierra. Yo nunca he llevado pistola y no soy un buen lanzador de cuchillos.

—¿Qué buscas, Carolina?, ¿qué andas buscando con todo este paripé?, ¿quieres dinero?

Ilse —phasmatodea, bicho palo, mantis...— rompe la poesía del instante irrepetible:

—Ladrona...

Ilse disipa el polvo estelar que la dama descalza había esparcido por la atmósfera del salón, esa irrealdad que tanto acostumbro a agradecer en un mundo sórdido. La purpurina y la tramoya, la media sobre la cámara para suavizar las arrugas de una actriz de más de cincuenta años. A Ilse Frankel la lengua se le llena de olas que rompen contra las piedras —los dientes— del muelle:

—Eres una muerta de hambre.

En sus comisuras, veo dos puntos de baba blanca. Son la espuma de la ira. Ilse lanza un argumento dando al aire un manotazo:

—Esa pedigráfica podría ser de cualquiera...

Ilse se encamina hacia un aparador. Tiene hambre. Un hueco en el estómago. Coge del frutero una manzana.

—De Tesi G. Manfredi, de Anita, mía...

Ilse da un bocado a la fruta mientras Charly la observa. Temo que se vaya a caer fulminada tras el primer mordisco, pero la mujer no muere, no espera un príncipe, habla con la boca llena:

—Charly, eres una imbécil.

Charly se acerca a Ilse Frankel como si fuera alguien que va a pedir una limosna, como un perro que anda de lado hasta llegar a un mendrugo porque tiene miedo de que le den con la vara antes de poder masticar el pan de ayer. El posado —abyecto, bestial— de Charly es una manera de que Ilse se confíe. Desde abajo, la mucama —resulta pasmoso que con ese aspecto conserve aún el don del lenguaje— pregunta:

—¿Por qué tiraron los zapatos?

Marcos Cambra cruza los brazos sobre su pecho. Apoyado sobre la puerta de la alcoba del ama, asiste a la conversación entre las dos mujeres.

—Los zapatos de la señora Amparo...

Ahora Charly guiña un ojo, le da un codazo a Ilse, que la insulta con un dejo compasivo:

—Estás loca.

La mucama se yergue. En menos de un segundo, Ana Carolina Madariaga deja de gruñir, recolecta bayas y frutos, pare, se une a un macho para proteger a sus crías y permite que la aplasten porque no tiene fuerza para manejar el arado. La fisonomía de Charly experimenta una metamorfosis. Una cámara acelerada barre la silueta de seres humanos progresivamente más erguidos: desde los primeros homínidos hasta la figura del *cromagnon* y del *Homo sapiens sapiens*. Después, al otro lado del océano, una mujer como Charly extiende un ungüento sobre el pecho peludo del conquistador y le regala dulces que lleva en un cofre. La mujer, tan parecida a Charly, muere ahogada por los sudores de la fiebre, muere en una hoguera, muere después de parir hijos a los que odia. Pero ahora, delante de nosotros, Ana Carolina se yergue y es una pícara bailarina que da una vuelta alrededor del salón. Se menea y, con el dedo índice de sus diez dedos intactos, dibuja círculos en su sien como si se la estuviera trepanando con un berbiquí:

—Loca, loca. Como una cafetera, doña Ilse. Como una cabra.

Charly Madariaga frena a menos de un palmo de la cara de Ilse Frankel:

—Loca. Pero ¿por qué los tiraron?

Cambra sigue apoyado en la puerta. Ilse recula. Tal vez el aliento de la mucama le resulte molesto. Rumia palabras incomprensibles. Entonces, Charly se muestra feroz:

—¿Por qué sustituyeron cada par viejo por uno nuevo? Dentro del armario todo igual: las blusas, los vestidos, ¿qué pasó con los zapatos después del último viaje?

Charly Madariaga tienta su suerte:

—¿Quieren que miremos las suelas?, ¿estarán muy desgastadas o nuevitas?

Ilse Frankel cierra el puño y lo levanta. Marcos, sin despegarse de la puerta del cuarto de Amparo Orts, apacigua a la mujer con un único gesto de las manos: frena, frena, detente antes de que hagas algo de lo que te puedas arrepentir, *stop*, aminore la marcha, échese a un lado, pare en el arcén... Ilse abre el puño y su mano —colgandera— se torna ridícula. Como una bolsa que vuela por el aire. Charly expulsa una risa rehilada que parece un esputo:

—¿Ustedes se creyeron que yo era completamente estúpida?

Olmo y yo, que disfrutábamos del privilegio de ser prácticamente invisibles, comprendemos que no lo somos: Marcos Cambra acaba de sonreírnos. Nos manda una señal. Sabe que estamos ahí.

Charly cuenta con más de un motivo para escupir en la sopa de los señores, pero tiene uno clavado en mitad del corazón. Dos estampitas del Cristo de los puñales le tapan los ojos. De repente, es una mujer cansada. La bailarina folclórica —típica, popular, rasgueos de arpas y valsecitos me llegan de todas partes y me hacen rechinar los dientes—, la bailarina que se meneaba sin descanso trazando círculos por el salón del *riurau*, nota cómo su energía va decreciendo: la pila se le ha oxidado con el sudor del bigote. La voz le sale desde lo más recóndito:

—Nunca debió despedirme, doña Ilse.

A Ilse no le apetece ver los ojos —conejo desnucado— de Charly. Le da la espalda. Los niños quitan de su vista los juguetes que se rompen. Los empujan debajo del armario dándoles una coz. Pero a Charly aún le quedan fuerzas —poquitas— y se aproxima por detrás a Ilse Frankel. La acaricia. Hasta no hace mucho, la criada iba siguiendo los pasos de su señora, anticipándose a sus deseos por las habitaciones del *riurau*, agradeciendo en el alma cada gesto de complicidad. La mucama habla como si cantase otra canción de amores rotos:

—Yo hubiera sido una tumba.

Hasta que acaba de pronunciar la palabra *tumba*, hasta que expele su último sonido, yo admiraba a Ana Carolina Madariaga. Ahora me produce sonrojo. No hace falta que Pauli me brote desde la enterrada semilla de mi extracción obrera —«Zarco, tu madre cosía pantalones. Tu padre era camarero»— para que la vocación de servicio y la fidelidad de Charly me repugnen. Le repugnarían a cualquier desclasado. A los que usan monóculos, gafas de pasta oscura o jipijapas. Charly repite:

—Una tumba.

A Ilse Frankel le gustan estos requiebros. Se vuelve para mirar a Charly. Se siente más cómoda con la nueva actitud de la mucama que pide asilo, arrimada a la puerta de la mansión, en la estación de los huracanes. En *Cayo Largo*, los indígenas —secundarios eternos— son abandonados a su suerte por Edward G. Robinson. El gánster mantiene cerrada la casa. A Charly tampoco la dejaron entrar en determinadas habitaciones. Selectas. Prohibidas. Genealógicas. El cuarto del análisis de sangre y de pedigrí. El de las confianzas y la cuenta corriente. En las palabras de Charly hay más afán de desahogarse que de dañar:

—He cuidado a sus hijas como si fueran mías.

La mucama hubiese podido sumergir la cabeza de las gemelas bajo el agua mientras les daba un baño. Meterles el jabón en los ojos. Soltarles de la manita para que se perdieran —en la playa no cabe ni un alfiler—. Darles papillas con pistilos de cicuta —por estos

montes su flor blanca es abundante—. No desinfectarles los raspones. Dejarlas jugar a solas hasta que se apartasen de la civilización para fundar una secta. Permitirles que se cortaran mirándose al espejo —«Zaaaarco...». La llamada de Pauli denuncia mis hipérboles. Me duele: exagerar es la única forma que me queda de rebelarme contra el mundo—. Charly no puede pretender cobrarse hoy por todas las maldades que se le quedaron prendidas en la punta de sus diez dedos intactos. Ilse responde con sequedad a la mucama:

—Tú no tienes hijas.

De los ojos de Ilse emana un brillo que no sé con qué metáfora podría describir: acero colado, escarcha, rescoldo o resplandor de la lumbre. A veces creo —con esa fe ecuménica que me ha inducido a venerar a Ilse durante una noche como si contar bien nos convirtiese en santos o, como poco, en buena gente—, a veces creo —sí— que la poesía puede iluminarme. Que la analogía o la sinestesia son recursos del conocimiento, que el poema no está ya escrito antes de escribirlo. En una palabra: me pongo órfico. Entonces llega Pauli y con una maza demuele los tabiques de mi cerebro: «¡Metalingüístico, endocultural, bobo!». Me doy cuenta de que mi cabeza funciona como si estuviera drogado —entontecido—, de que no soy capaz de ver absolutamente nada, de que dudo entre *acero colado* y *luz de la lumbre*, no para nombrar, sino para saber si el brillo que le sale a Ilse Frankel de los ojos es una mirada fría o caliente —prometedora—. Si revuelvo los lenguajes metafóricos, entonces, la imaginería —santidad, veneraciones y cuestión de fe— me trae a la lengua la manera-eureka de calificar el aspecto que, ahora mismo, tiene Charly Madariaga: pecadora que lucha por su absolución antes de expirar. Ilse y Charly Madariaga se mueven dentro del mismo campo semántico. Todo cuadra como si lo que hay fuera y dentro de mi mente fuesen las dos partes idénticas de una figura rota por el eje de simetría. Como si mi lenguaje se solapara con el mundo. Tal vez por eso Charly se justifica mencionando la culpa:

—Yo no tengo la culpa de que la señorita Marina se haya ido.

Sobre la boca de Violeta Parra aparecen dos aspas rojas. Esparadrapo. La boca y los lamentos guturales de Violeta —voz de vieja— se clausuran indefinidamente por obras de remodelación. Marcos interrumpe el diálogo entre la señora y su mucama:

—Ilse, pídele perdón.

Al principio Ilse Frankel no logra comprender:

—¿Qué?

—Que le pidas perdón a Charly.

La señora contempla a Marcos Cambra como si no lo hubiera visto jamás. Pero poco a poco su ceño se desfrunce, se dulcifica, e Ilse Frankel —phasmatodea— transige. La transformación es magnífica:

—Perdóname, Charly.

Ilse Frankel ha entendido algo que, para mí, aún es oscuro.

A Charly le rebosa una lágrima del recipiente del ojo —vaso, huevo, agua, sexo, sumisión, sartenes para freír, yemas blandas y profundas donde untar pan—. También las frases, carentes de gesticulación, de Marcos Cambra tienen algo de litúrgico. Suenan a homilía:

—Tú eres parte de la familia, Charly.

La mucama baja la testuz. Agacha el morro. Cambra anestesia al paciente con su salmodia antes de arrancarle las uñas de los pies:

—Charly... No se trata de dinero, ¿a que no?

Charly levanta la cabeza para negar. No se trata de dinero, no. Después sigue leyendo los reposados labios de Marcos Cambra:

—Es más el orgullo por un trabajo que se hace bien, ¿a que sí, querida?

Charly asiente.

—Te entiendo.

El podólogo desembrida la uña con eficacia profesional. Evita las infecciones. Cicatriza las llagas:

—También se trata del cariño...

Cambra habla a Charly sin prestarnos atención ni a Olmo ni a mí. Como si llevásemos algodones en las orejas.

—Y de la confianza...

La mirada medio perdida de Charly —su trance, su descanso tras la gimnasia de arrastrarse, hacer de jorobadita, subir y bajar la testuz, la calma tras la tempestad, el relajamiento de la electrocución, cerebro frito— me dice que es posible que la mucama haya acabado por olvidarse de nosotros. Cambra no necesita razones extravagantes:

—Charly querida, todos vamos en el mismo barco.

El podólogo —marmóreo— gana tiempo. Le da la vuelta al tiempo. Comienzo a tener la sensación de que no he visto nada de lo que he visto y de que tampoco ha pasado nada. Pero estoy aquí, en el salón de este *riurau*, en medio de un paisaje encajonado entre el mar y la sierra. Los jazmines huelen intensamente por la noche —a almizcle y a animales podridos— e Ilse me espabila con su mirada de odio. Me señala para que Marcos se fije. Pero él sigue convenciendo —atolondrando— a la mucama, que le escucha con la boca medio abierta, casi desfallecida:

—¿No crees que te has precipitado, Charly?

Marcos Cambra no alude a la policía. No alude a las leyes de inmigración. No habla de los papeles de Charly. No le insinúa que hay declaraciones que tienen más valor que otras ni que a veces se escuchan historietas increíbles. Cambra parece olvidarse de nosotros como testigos, aunque yo aún ignoro lo que he presenciado. No se le ocurre decirle a Charly: «¿Quién te va a creer, querida?». El podólogo no la chantajea —«Le mete el miedo en el cuerpo con su autoridad biempensante, foránea y blanca». ¡Tatachán!, Paula Quiñones: ni yo mismo me hubiese atrevido a decir nada tan campanudo...—. El podólogo usa la lubricada humanidad —pomada que se frota para aliviar la quemadura— de los lugares comunes —justo aquí, en este punto del libreto, escucho los aplausos de Paula, que se enorgullece de haber sido algo mío—. Marcos exhibe un poder de seducción que esconde bajo el trapo de su carácter

insulso: el amor por las repeticiones, la vida familiar, el trabajo bien hecho —que bien parece—, el orden de las tareas domésticas...

—Nosotros te queremos como a una más, Charly.

Me dan ganas de sugerir a Ana Carolina Madariaga que se repita cien veces la frase que acaba de oír: «Te queremos como a una más, como a una más, Charly, te queremos, como a una más...». Que la repita cien veces —que la coloque sobre la romana equilibrando el peso del cariño del podólogo con el contrapeso del pilón; que la mida con el aparato que los puericultores emplean para tallar a los niños que no comen bien— y que decida si, después de repetirla cien veces, esa declaración de amor resulta tan emocionante.

—Como a una más, Charly...

Charly se dispone a recoger las basurillas, esparcidas por el suelo, del cajón del ama. Un animalito se arrima al árbol que da más sombra, al fuego que más calienta, al sobaco más acogedor —«No te atrevas a juzgar a esta mujer. No sabes nada de su vida»—. Paula me ve venir, pero su conciencia de organización no gubernamental —Pepito Grillo se ha mudado a Burundi— se diluye ante la imagen de Charly a cuatro patas en el suelo. Interrupción y silencio paulinos.

—Charly, te queremos mucho...

La voz abstemia y no fumadora del podólogo nos infunde un montón de amor. Mientras, Charly oculta su llanto con las rodillas hincadas en las baldosas. Agrupa los separadores. Dobla cuidadosamente el papel de la pedigrafía. Lo repliega. Charly confió demasiado en la parte de su ácido desoxirribonucleico que le gritaba «Íclitas razas ubérrimas» y no atendió a esa otra parte de sus proteínas que le estaba cantando reguetones del muerto al hoyo y el vivo al bollo, de follar y de follar con papito y sin parar, de que no te coman el coco y no te coman el coco, loco, loco... Olmo, al ver a Charly llorando y arrodillada, no lo puede resistir. Pertenece a esa generación que no soporta las injusticias formales:

—Mujer, ¿qué estás haciendo? Levántate.

Olmo no suele acordarse de los nombres de la gente. Solo recuerda las nomenclaturas de los lepidópteros. Está volado, en Babia. Puede ser por la edad o, tal vez, su inocencia crónica forma parte de su naturaleza de elfo. Le doy un codazo porque, en esta situación, no me parece oportuno que nos hagamos notar. Hubiera sido preferible procurar entender lo que pasa desde detrás de las cortinas. Ver sin que nos vean. Contener la respiración como los chavales que juegan al escondite. Sin embargo, Marcos Cambra nos vigila todo el tiempo con el rabillo del ojo. Tras la intervención de Olmo, Cambra actúa como eco y corrector de estilo:

—Eso, Charly, ¿qué haces? Levántate.

Cambra pasa a la acción. Se agacha para ayudar a Charly a levantarse. La mirada que, desde el suelo, le dirige la mujer al podólogo refleja una aspiración: además de pagarla, Charly quiere que sus amos la quieran. Que la consideren y respeten por limpiar sus letrinas y cuidar de sus hijos. Que confíen y estén seguros de que siempre encontrarán en el hueco de su hombro un lugar donde llorar.

—No llores más, Charly. No, no llores.

Cambra, con palabras como canciones tristes de los años setenta, arrulla a Charly. La abraza. Charly padece el síndrome de Sterling Hayden: «Dime que me quieres». Joanne Crawford repite: «Te quiero». Como si repetir palabras fuera un modo de asentir o de dar la razón. De contar la verdad. Pero el eco es otra forma de morir: eso lo sabe todo el mundo. Charly necesita que la engañen con bellas historias que transformen en realidad su sueño, no de que todos seamos hermanos, sino de que ella es casi igual que Ilse o Marina Frankel. Charly se pone los zapatos del ama y camina por el pasillo del *riurau* taconeando. Se pinta los labios con los carmines de las Frankel y, aunque no le favorecen, se ve muy guapa. Entra en la cocina para asegurarse de que nadie escupe dentro de la sopa. Charly —otra vulgaridad— a ratos ama y a ratos odia a sus patrones. Por tanto, tendrá sentimientos contradictorios al oír:

—No llores más. Límpiate, querida.

Yo, perdido desde la irrupción de Ofiuco en el mapa astral, desde que dejé de ser escorpio para convertirme en libra, desde que transmigré de Plutón a Venus, y de la obcecación sexual a la bella duda sistemática, no puedo comparar mi problema de identidad —«Y de clase», que sí, Paula que sí— con el de Ana Carolina Madariaga, alias Charly, que me da la misma pena que los viejos del paseo marítimo. La pena y el asco casi siempre van juntos. La inconsciencia me da pena. La inconsciencia me da asco. Sin embargo, a veces también yo busco una droga que me ayude a olvidar. Charly ha ordenado el contenido del cajón. Entonces, el podólogo decide que llega la hora de recuperar la normalidad:

—Charly, vendría bien que nos preparases el desayuno.

Cambra echa un vistazo a su reloj de pulsera:

—Bueno, en realidad, ya casi el almuerzo.

La mucama, al igual que Ilse hace un instante, no entiende las instrucciones del podólogo. Se queda mirando fijamente la boca de Marcos Cambra:

—Charly, querida, ¿no me has oído?

La fibra sensible de Ana Carolina Madariaga es un cordón fabricado de falsos buenos recuerdos, cansancio, ignorancia, ilusiones infantiles, maldad congénita o circunstancial, rencor, ganas de medrar, imaginaciones, comidas y canciones regionales, locutorios, baba de caracol, billetes de clase turista.

—Ahora compartimos un secreto. Estamos seguros de que podemos confiar en ti.

Marcos retuerce el cordoncillo para borrarle a alias Charly la memoria a corto plazo:

—Te contrato otra vez. ¿No estás contenta?

Yo no estoy contento. Supongo que Olmo tampoco, aunque no he tenido muchas ocasiones de fijarme en él. El podólogo está de un humor excelente. Charly va hacia la cocina como si se hubiese olvidado del camino. Enseguida se detiene y nos señala. Denuncia ante el amo a los intrusos. Él la apacigua. Cuando la mucama desaparece, Marcos se dirige hacia la puerta del cuarto de Amparo

Orts, la entreabre, echa un vistazo, la vuelve a cerrar. Ilse se levanta para ir a cobijarse en el cubículo del ama. Marcos se hace de golpe otra persona:

—No entres ahí.

Ilse también tiene prohibida la entrada a ciertas habitaciones. Desde siempre. Siento que, entre la señora y su sirvienta, existen perversos vínculos que, hasta ahora, no había sido capaz de apreciar. Quizá por esa razón el resentimiento de Charly es aún más profundo. Ilse desoye la orden de Cambra y se propone abrir la puerta.

—He dicho que no entres ahí.

La mujer frena. Hace ademán de protestar. Cambra la reprende:

—Eres una insensible.

Ilse Frankel vuelve a sentarse. Marcos vigila la puerta de la cocina mientras sigue regañándola:

—¿Por qué la tenías que despedir?

No puedo verle el rostro a Ilse Frankel porque prácticamente lo ha escondido dentro de su pecho. Sé que no llora. Aunque encaja cada palabra del podólogo como un corte en la piel. Como una laceración:

—Has sido muy torpe, Ilse.

El podólogo recupera su carácter lacónico:

—Espérame aquí.

Inmediatamente después —no, no se había olvidado de nuestra condición de testigos— me invita a salir a la piscina:

—Arturo, necesito explicarte en privado algunas cosas.

Por supuesto Olmo —es mi pareja— nos acompaña.

Ilse Frankel nos escruta desde detrás de las cristaleras del *riurau*. También se queda al margen de esta conversación. Deberá leernos los labios desde lejos. Ya no le inspiramos simpatía. Aprovecho la desventaja de Ilse para acariciar la nuca de mi novio. Ella hace un mohín. Ilse Frankel está horrible detrás del ventanal. Los rictus asqueados de la boca afean mucho. Descomponen la regularidad de

las facciones. Las tuercen. Los cristales desdibujan los rasgos de Ilse. El rostro se rompe en fragmentos amorfos —retrato cubista, pacientes de una operación de trasplante de cara— como si los cristales no fueran transparentes sino esmerilados. Excepto Charly, que no solo es un espécimen de otro ecosistema sino también de una etapa previa de la evolución —«Eres una serpiente, Arturo Zarco. Un organismo monocelular. Un súbdito de Leopoldo II. Un excremento»—, hoy todos, aunque genéticamente bellísimos y excepcionales, pese a nuestra estatura y porte, somos personas feas.

Cripsis

O

El cuento de la madrastra

A Cambra le gustan los climas frescos —incluso fríos—, las comidas frugales, el orden de las bibliotecas, la música clásica en la que aún se identifican las melodías —odiaría a Schoenberg, a cierto Stravinski y a cierto Shostakóvich—, los deportes náuticos. Le gusta la gente que habla en voz baja. También, aunque parezca increíble, le gustan esas personas que nos transmiten ganas de emprender algún proyecto extravagante.

En Stuttgart no hay mar y el asado suabo, las lentejas con salchicha o los *Spätzle* pueden empachar ligeramente. Pero, a no muchos kilómetros de allí, quedan las sombras de la Selva Negra, los torrentes de los ríos y las noches prematuras. La ciudad, rodeada de viñedos, resulta encantadora. Para Cambra, Stuttgart es un descubrimiento desde que llega con Amparo Orts y, juntos, entran en la mercería que Janni Frankel regenta en la Königstrasse. Las campanillas de la puerta tintinean. A Marcos el sonido le sugiere una sensación de Navidad. Pinto el relato de Cambra con la textura nebulosa que tienen las películas de grano gordo. Su vivencia me produce cierta envidia —soy muy mezquino—. La voz de Amparo Orts es como la de esas madres a quienes confunden con sus hijas al responder al teléfono:

—Ya verás qué *tendeta* más agradable.

Los ojos de Amparo son alegres e inteligentes. Cambra cree que esas son las dos mejores palabras —las más elogiosas y justas—

para describir unos ojos. Los de Amparo relucen cuando le presenta a Janni:

—Te presento a mi hermana Janni. Este es Marcos.

Las gemelas Orts no se parecen mucho. Será la forma de arreglarse. La diferencia de gradiente térmico que encoge y dilata las maderas de una casa. Como si a Amparín el corazón le latiese siempre más deprisa. Marcos incluso percibe un jadeo leve en su mujer —fuma mucho— cuando ella, medio en broma, protesta dando un zapatazo:

—¿No os vais a saludar?

Janni aprieta la mano de Cambra. El apretón es una lacia flor. Un gladiolo que lleva muchos días marchitándose. Puro romanticismo. La imagen que el podólogo utiliza para describir la consistencia de ese encuentro es un indicio más sobre sus gustos: *Para Elisa* de Beethoven, Claude Lelouch, calendarios de Pierrot y de Arlequín. No soportaré una narración de estas características. Me infundo ánimo y vuelvo a concentrarme en la epopeya alemana del podólogo.

—¿No os vais a dar un beso?

Amparo empuja a Marcos y a Janni. Cuando se separan, él experimenta una ilusión óptica: Janni se mimetiza con la blancura de la ropa interior que se exhibe en el escaparate. Parece una combinación vacía de carne y de músculo, una de esas prendas fantasmáticas que sobrevuelan las habitaciones. Parece rubia natural. Las raíces del cabello son del color de los polvos de talco. Las cejas, hilillos transparentes, están depiladas según una moda antigua. Quizá Janni se las depiló una vez y nunca más le volvieron a salir. O puede que le gusten así y las retoque y expurgue con unas pinzas, frente a un espejo de aumento, para conservar inexpresivo, difuminado, su rostro de piel de horchata. Amparo le dice:

—Te veo muy bien.

Entonces, la campanilla hace tilín y dos señoras entran en la mercería. Marcos se fija en que las manos de Janni son del mismo color que el papel con que envuelve las bobinas de hilo. Janni no malgasta movimientos. Sabe, a ciegas, dónde está cada presilla,

cada botón, cada tira de blonda. Es rápida y eficaz. Sin embargo, rezuma dulzura. Abro un paréntesis para preguntarme si la encantadora cualidad de la dulzura puede rezumar. Soy bastante quisquilloso con estas cuestiones. Pero el podólogo —sincopado narrador con el que me acompaso— no podría haber elegido una expresión más precisa: desde que entré en este *riurau*, yo también descubro la dulzura que gotea, como una grasa, entre los muslos de mujeres pródigas en sus relatos y en sus atenciones.

—*Diese passen gut zut ihrem Mantel.*

El alemán de Janni debe de ser como el de un nativo, porque las señoras no emiten señales de ininteligibilidad y Marcos sabe que los alemanes son muy intolerantes con el trato que los extranjeros le dispensan a su idioma. Amparo bisbisea al oído de Marcos Cambra:

—Janni siempre fue muy buena dependienta. Muy convincente...

A Amparo le brota una risa pueril. Como un capullito:

—Por eso le puse esta mercería.

Janni se distrae, mira de reojo. Pero Cambra no identifica ninguna emoción en su cuñada. Tampoco está seguro de si su mujer se burla o hace una broma inocente que tanto le cuadraría al buen humor —cascabelero— del que hace alarde en este episodio de Stuttgart. Amparo Orts se pasa el índice y el pulgar por los labios como si estuviese cerrando una cremallera. Pero no es verdad que haya decidido coserse la boca:

—Estamos estropeándole la venta a Janni.

Amparo Orts busca la complicidad de Cambra. Emite un *chist* con el que aparentemente lo recrimina:

—Calla, Marquitos, calla: Janni no puede perder la concentración.

Amparo le da un codazo a su esposo. Marcos me jura que él permanece mudo —incluso envarado— mientras su mujer ríe. A Amparo sus travesuras la rejuvenecen, aunque por un momento Marcos Cambra la ve como a una niña vieja. Las clientas de Janni se vuelven para mirar al matrimonio extranjero. No es de buena educación reírse a la espalda de nadie mientras se habla en una lengua desconocida. Las clientas reprueban la conducta del

podólogo y de su esposa. Amparo Orts saluda: es una reina desde dentro de un coche, levanta los hombros, hace un gesto simpático, otra vez infantil. A Marcos, entonces ya un poco tenso, le agrada esa espontaneidad. Las mujeres vuelven a centrarse en los artículos que Janni exhibe sobre el mostrador.

—*Vielleicht gefallen ihnen diese besser.*

En un aparte, Amparo le comenta a su esposo que Janni tiene un oído privilegiado para los idiomas. Eric Frankel le enseñó las primeras palabras y expresiones, pero además Janni —una mujer con constancia y voluntad de hierro— asistió a clases nocturnas. Al despedir a sus clientas, Janni Frankel canta:

—*Guten Morgen, Frau Keller. Guten Morgen, Frau Schmitz.*

Cuando Marcos imita a Janni Frankel, yo no puedo evitar establecer una comparación entre el sonsonete de la mujer y el pajarillo de los relojes de cuco. O la paloma de la paz. No comparto mis pensamientos con el podólogo, que casi me ruboriza al confesarme que, justo cuando su cuñada se despedía de sus clientas, le vino a la mente la imagen del pubis lampiño de Janni Frankel. Era la barriga de un bidé de loza.

Aunque Olmo me ha acompañado al jardín —no lo hubiera dejado por nada del mundo en la misma habitación que Ilse phasmatodea—, tras escuchar el primer capítulo de las aventuras suabas de Marcos Cambra se retira para recostarse en una de las tumbonas de la piscina. Quizá se aparta discretamente para no inmiscuirse en los asuntos de mi oficio olvidando que estoy de vacaciones. Quizá no quiere saber nada más. Saber siempre es una forma de sentirse débil. Quizá Olmo tiene muchas ganas de dormir porque aún es joven y su fisiología reclama una desconexión que le estire las fibras musculares y le endurezca los huesos. O quizá le aburre esta historia en la que ha irrumpido in media res. Tan intempestivamente que ni él mismo encuentra un sitio donde colocarse. Tampoco yo sé cómo situar a Olmo dentro de mi vida. Qué difíciles son las historias de

amor. Y sus narraciones. A la luz de este día estival, esas impresiones se aclaran y se agigantan como Alicia en la casa del conejo blanco. Alicia es una niña que crece y mengua, que ve cómo los bebés mamones se transforman en cochinitos delante de sus ojos, que no sabe quién es o si es la misma persona en distintos momentos de su tránsito —intestinal— hacia la muerte.

Cambra se ha quitado el traje de hipnotizador y lo veo otra vez con su bata de podólogo eficaz. Por el bolsillo le asoma la patilla de unas gafas de cerca. Bajo la luz, su piel se resquebraja. No podré ver su reflejo contra la superficie de la piscina. Sin embargo, percibo cómo a Cambra los años se le acumulan en las bolsas de debajo de los ojos.

—Como ves, Arturo, mis gustos no son muy sofisticados...

Marcos Cambra ignora que esa es una de las cuestiones sobre las que atesoro un conocimiento enciclopédico —otro son las apariencias desde la perspectiva de Wilde y de Vonnegut: hay que tener mucho cuidado con lo que uno parece ser porque uno acaba siendo lo que parece—. Si la conversación transita por esos lugares —ambiguos, subjetivos, efímeros, delicados como el *sushi* y los paparajotes—, él puede quedar en desventaja. Pero el cauto podólogo, antes de continuar con su relato, prefiere asegurarse como antes de tomar la decisión de practicar una ungulectomía:

—No sé qué te habrá contado Ilse...

Marcos Cambra comienza a caerme bien. Soy un hombre al que se le convence fácilmente. Neutralizo su desventaja resumiendo la historia de la pasión de Marina Frankel. A él se le escapa un suspiro:

—Ay, Marina. Marinín...

Se me ocurre otra posibilidad —narratológica, libresca, como casi todas las mías—. Si Ilse ha podido contar esa historia de amor, quizá es porque ella la protagonizaba. También podría ser que Ilse hubiese proyectado los rasgos de una tercera persona sobre las figuras de Marinín y del podólogo. Que les hubiera regalado una historia de amor ajena como a menudo hacen los escritores para construir sus

personajes. Me ensimismo y me embarullo, pero Cambra ataja mis hipótesis líricas:

—Ilse no quiere a nadie.

Miramos a través de la cristalera. Ilse sigue sentada en el sofá. Parece dormida. Cambra y yo nos concentramos en la figura de la mujer que, de repente, abre los ojos. Justo en ese instante, dentro de mí, creo escuchar un portazo —espero que Paula no tuviera los deditos en una de las jambas de mis puertas fisiológicas—. El podólogo y yo respingamos al unísono como si los ojos abiertos de Ilse nos sorprendieran desnudos. Apartamos la vista del interior del *riurau*. Funciona un resorte: somos dos criaturas descubiertas por sus padres mientras hablan de la muerte. No debemos observar a los que están dormidos si no queremos despertarlos. Ilse Frankel está dentro de una urna donde se siente observada y nos observa a su vez. Las urnas no son jaulas y quizá Ilse no sea una pantera. Pero nos ha pillado in fraganti cuando su temperamento era el asunto de nuestra conversación. El podólogo habla de espaldas a Ilse. Evita que la mujer pueda leerle los labios:

—A veces he temido por Érica y Fanny.

También yo he sentido ese miedo. Marcos Cambra me coloca una gota de hidromiel en la punta de la lengua:

—Es una tradición familiar.

La curiosidad se transforma dentro de mí en una dolencia física. Sé y simultáneamente no sé las cosas que Cambra me insinúa: Fanny y Érica discuten —iculebra amarilla!—, Marina se ha ido, Ilse está sola, el pie de Amparo Orts no encaja dentro del zapato... Marcos Cambra me saca de mi abstracción dándome algunas explicaciones, algunos detalles, que vuelven a remontarse al origen de su relación con las hermanas Orts.

Antes de cerrar, Janni cuadra la caja. El torso de un maniquí calvo reluce sobre el mostrador de la mercería. Lleva un sostén de encaje color visón —*beige*, carne, marrón claro, terracota, un color que a la

mayoría de los varones les produce repelús—. Marcos Cambra asegura que no se atrevería a entrar solo, de noche, en esa tienda. No le gustaría arriesgarse a ser escrutado por ese maniquí de medio cuerpo.

—Casi pierdo la venta, Amparo.

—*Mare de Déu!* ¡Por tres botones!

Janni no replica. Amparo le resta importancia a lo sucedido:

—Mujer, tú no te preocupes.

Cada moneda ocupa su lugar. Janni Frankel apunta en un bloc. Marcos recuerda la caligrafía de Janni. Es meticulosa. Algunas letras parecen espigas de trigo. Yo desconfío de la gente con buena letra, de los que son capaces de cerrar las barrigas de las bes o los rabos de las tes. De dibujar, tomándose su tiempo, un siete que no parezca un uno. Me desagradan los que trazan el punto de la i como una burbuja. La espiración —redonda— de un pez. Como si una caligrafía esmerada pudiera enderezar las dolorosas imperfecciones de una vida que siempre acaba mal o muy mal. Janni no levanta la cabeza de sus cálculos y de sus anotaciones:

—¿Las nenas?

—Majísimas. Ya van a terminar el instituto.

Amparo regresa a su pubertad. La pubertad de Amparo Orts es un talante, un salvoconducto para hacer confesiones:

—Ilse ya tiene un novio.

Janni rumia cifras en alemán. Amparo balancea su peso, alternativamente, entre sus dos pies. Finge una quemazón de la que espera que su marido participe:

—Pero ¡Janni!, ¡que te estoy diciendo que la chiqueta tiene novio!

Janni Frankel levanta los párpados y los deja a la misma altura que el maniquí. La muñeca y la mujer tienen los ojos tan solo entreabiertos, y el podólogo no sabe si la voz que escucha brota de entre los labios de la mercera o de la boca pintada del maniquí:

—Está en la edad.

Janni y su maniquí sí que parecen hermanas. El podólogo se pregunta cuántas bobinas de hilo, cuántos cañamazos, cintas —una mujer pide un lazo rojo para ataviar a su perrita caniche el día de fin de año—, botones y camisolas hay que vender para abonar una factura de la luz en Stuttgart. Para pagarse unas vacaciones o costearse el hábito de fumar. También se dice a sí mismo que Janni podría haber pospuesto sus cuentas de la vieja. Enseguida se arrepiente del tono despectivo de sus pensamientos.

—¿Es caro vivir aquí?

—Mucho.

Cambra no sabe cuántos meses, días o semanas lleva sin preocuparse por lo que cuestan las cosas. Doña Amparo Orts cierra sus tratos alrededor de una paella cocinada al aire libre en uno de los terrenos que rodean el *riurau*. Amparo sabe preparar un buen fuego para cocer el arroz. No da puntada sin hilo: come las patas de pollo, el *garrafó*, y bebe un clarete que nunca le emborracha. Mastica, paladea, engulle, para lograr ciertas metas. Cambra peca de indiscreto:

—¿Cuánto te cuesta el alquiler del local?

—Lo paga Amparo.

Amparo Orts liba de postre copetines de anís mientras comparte intimidades y chascarrillos. Los socios esporádicos se sienten como de la familia. Hasta que algo deja de funcionar y, entonces, Amparo los saca de su error. No son de la familia. Pero a doña Amparín la han defraudado tanto comercial como sentimentalmente. Saca provecho de su mezcolanza de la polla y de la olla. «Sin intercambios sexuales», apostilla Cambra, cerrando un escabroso capítulo de mi imaginación. En sus negocios, Amparo Orts se aprovecha del afecto y de la pertenencia a una estirpe, en un terruño donde no es fácil echar abajo los cercados ni las inscripciones en los libros de familia. La sonrisa de Amparo al mirar a Janni es radiante:

—La familia es lo primero.

Los socios esporádicos, que se habían creído superiores a esa tendera pueblerina, a esa fenicia venida a más, a esa analfabeta que exhibe los empastes al reír y se seca el sudor con el pico de la blusa sentada sobre un pedrusco con los muslos abiertos, esos socios no logran reponerse de los mandobles que doña Amparo termina asestándoles con el espadón de la ley y de su trampa. Hay ciertas tentaciones que no se pueden resistir, aunque los que juegan sobre este tablero de monopoli que cubre los montes, los valles, las vaquitas que pacen, la búsqueda del Amado en el recoveco de la floresta, el rumor de las aguas; los jugadores —especuladores, mangantes, licenciados en empresariales, ricos de familia, un industrial muy trabajador, los que se arrogan el título de levantadores de países, muchachos que llevan sobre los hombros un suéter color pastel—, todas esas buenas gentes ni siquiera reparan en la maldad de sus obras. Janni calcula y Amparo se pone sentimental en el interior de la pequeña tienda de hilos y acericos:

—Nunca dejaría a mi hermana desatendida.

La rectitud moral —el léxico— del podólogo mientras habla de plantas trepadoras y de líquenes arraigados al subsuelo me sorprende. Me permito hacerle una recomendación literaria: *Los Buddenbrook*. Janni traza una línea horizontal en su bloc antes de anotar el resultado de la última suma:

—Amparo nunca me deja caer.

La señora Orts, fingiéndose un poquito lerda, un poquito débil, va muchos pasos por delante de sus competidores. Consigue que sus enemigos siempre le deban algo que le habrán de pagar. Tarde o temprano. Por acción u omisión. Amparo Orts a veces ensaya ciertas formas de obediencia y sometimiento. Después aguija los bueyes. Pero nunca se lleva el trabajo a casa y, en la *tendeta* de Stuttgart, tampoco quiere hablar de negocios:

—¿No me vas a preguntar si me gusta el chico de Ilse?

—¿Te gusta el chico?

—*Res de res.*

Amparo convulsiona de risa. Amparo y Janni continúan su intercambio de preguntas y respuestas. El podólogo ve a las Orts como dos párvulas, con medias de perlé, que chocan las manos en un orden enigmático y malabarístico.

—¿Y no me vas a preguntar por Marina?

—¿Y Marina?

—Esa tiene la cabeza llena de pajaritos. Bueno, solo de un pajarito que se llama Marquitos. Pero... ¡ya se le pasará!

Amparo, cuando habla de Marina, se expresa como si ninguna de las dos fuese quien es. Como si ambas se hubiesen convertido a una fe, sectaria y salvadora, después de un periodo de depravaciones:

—A una no se le puede meter en casa a Alain Delon y quedarse impasible, tú...

Janni echa una mirada al podólogo. Después, revisa las sumas, mecánica, abúlicamente. Para Marcos, el amor de Marina es halagador. Un sentimiento inofensivo para él y para la propia Amparo, que recuerda siempre con afecto a su sobrina:

—La nena es calladita, muy cariñosa, muy sensible...

El podólogo conoce bien la diferencia entre la ternura de los monstruos y la monstruosidad de los tiernos. Ha estudiado las manipulaciones —simiescas, felinas, depredadoras— de su mujer y no consigue imaginar a Janni dándole golpes en la espalda al diputado, al director de una sucursal, al propietario de una constructora. Jugando al mus después de haber comido con gula. Era lógico que Amparo se quedase a cargo de todo. Janni hubiese fracasado estrepitosamente. El podólogo se ha casado con una mujer admirable. Con toda una mujer. Marcos aprieta a su esposa contra su pecho. Tiene la sensación —tan de hombre— de haberse metido a una fiera en el bolsillo. Cuando la abraza, Amparo le restriega la nariz por los ojales de la camisa. Es una ratita, una musaraña, un hámster. Si se la metiera bajo el pantalón del pijama, le recorrería de arriba abajo el cuerpo, excitándolo, poniéndole nervioso. Janni guarda su bloc debajo de una pequeña caja registradora:

—He terminado por hoy.

Por lo que me cuenta Cambra, Janni habla con la misma dulzura —rezumante— que yo no he sabido interpretar en Marina e Ilse. La miel donde se pegan las moscas. Amparo mantiene su bolsito cobijado contra el pecho como si fuera un cachorro. Parece que Amparo y Marcos llevarán cien años juntos. Él juraría que Amparo está impaciente. Un estado que en ella es habitual y que Marcos confirma cuando su mujer se pone a batir las palmas. Con el paso del tiempo, el podólogo ha llegado a identificar en Fanny todos los tics, quizá también las aptitudes, de su esposa en aquella primera etapa de su matrimonio. Marcos evoca los experimentos de Mendel con guisantes verdes y amarillos. De eso sabe mucho. Se encariña con la pequeña. Juega a sus juegos de niña precoz. Se preocupa. Dentro de la mercería de Janni Frankel, Amparo Orts ya no aguanta ni un minuto más:

—¿Nos vamos?

Janni necesita entrar al aseo. Las ganas de orinar de Janni Frankel vuelven a traer a la mente de Marcos Cambra la imagen de un pubis de loza de bidé. Al fin y al cabo, pese a su preferencia por los arlequines y las porcelanas de pastoras, Cambra es el marido de doña Amparín. Comparten el mismo colchón. Marcos está volviéndose un poco más hedonista. O más chusco. Amparo interrumpe los alicatados pensamientos del podólogo:

—Qué seca está mi hermana, tú.

Cuando Janni sale del retrete, cierra con llave el cajoncito de debajo de la registradora. Amparo Orts le pone nombre a ese maniquí que yo me imagino como un viejo caballero mutilado que se arrastra sobre una plataforma con ruedas. El viejo caballero, para sobrevivir, se traviste cubriéndose el pecho con un sostén color visón. Amparo le da un golpe en el cráneo lampiño antes de marchar:

—Adiós, Conchita.

En esta familia —probablemente en todas— las conversaciones sobre el amor acaban encerradas en la caja de caudales. Esta

reflexión es mía, no de Marcos Cambra.

El matrimonio y Janni Frankel, las hermanas y Marcos Cambra, los cuñados y Amparo Orts —cualquier opción cuadra el círculo—, pasean por Stuttgart. Janni decide no abrir la tienda esa tarde para enseñar a sus parientes la ópera, los palacios, los museos, los lugares que aparecen en las guías turísticas. Nunca han hecho ese recorrido en los anteriores viajes de Amparo. Solo visitaron el Museo Mercedes Benz por sus implicaciones con el mundo de los negocios.

—Parecía un tornillo, tú.

Janni es una azafata posmoderna en la Staatsgalerie, un alma a punto de subir al cielo en la Johanneskirche, una garceta blanca en el jardín zoológico. Aunque no se cambie de vestido, Janni Frankel no desentona jamás. Los peatones desorientados le preguntan direcciones. Hay otros transeúntes que se vuelven cuando escuchan la lengua y el tono de voz de Amparo. Cambra agarra a su esposa: se avergüenza y a la vez siente el impulso de presumir. Un ave exótica se posa sobre su hombro y canta para él. Amparo bosteza en las salas de los museos. Cambra no se atreve a decirlo, pero él también se aburre. Al podólogo le gustan las estampas prerrafaelistas y las bailarinas de Degas. Le desagradan profundamente los retratos de Otto Dix. Pero no lo dice. Guarda las apariencias. Su mujer no:

—Tengo los pies como dos hígados.

Al caminar, el taconeo de Amparín tapa el sonido amortiguado de los pasos de Janni. El podólogo no interpreta esa tachadura como un signo de la autoridad de su mujer, sino como una ventaja para Janni. Las pisadas de los mocasines de Janni no se oyen y, si ella quisiera, podría hacerse invisible protegiéndose de todos los peligros. Invisible, inaudible, incolora como el papel con el que envuelve cremalleras y botones. A Marcos Cambra se le ha quedado grabada una frase: *Diese lassen sich gut mit ihrem mantel*. Sonsonete hipnótico de la megafonía. Cambra, pese a la invisibilidad de Janni

Frankel, no aparta los ojos de ella. Se hace consciente de que piensa en las hermanas como en dos competidoras —rivales, dualistas, mujeres que luchan en el barro—. Hasta conocer a Janni, el podólogo se la representaba como una agradecida receptora de la caridad de Amparo Orts, pródiga cabeza de familia —manantial, vega ubérrima que no pudo parir hijos, surtidor de fuel—: una mujer que cuida de los suyos se encuentren donde se encuentren.

Amparo Orts pasa la bayeta sobre las lápidas de sus padres en el cementerio antiguo: las tumbas se empotran entre los rascacielos de primera línea de playa y sufren el acoso de una ilusión de vivir que cada vez se identifica más con comprar y con vender. Cambra dibuja una imagen frente a mis ojos: el cementerio se achica, se encoge entre los edificios. Alguien lleva flores a sus muertos y busca la puerta de entrada. No la encuentra. El cementerio, empujado por el cristal y el hormigón, se ha colado por uno de sus desagües. Cruces, fotos, mausoleos y rosas de plexiglás giran hacia el magma terráqueo: un lugar incandescente. Cambra me dice que los turistas entran en el cementerio antiguo pensando que acceden a un jardín. Pero enseguida salen de su error. Los colorines de lápidas y flores recuerdan las fotos de comidas de un puesto de hamburguesas. Puede que una noche los cadáveres más insignes se levanten de sus sepulturas y siembren el terror en las habitaciones de hotel. Tiene gracia. Pero yo no me puedo reír.

—¿Qué es esa cosa tan horrible?

—La estación.

Cogidas del brazo, Amparo y Janni caminan por la Schlossplatz y la Königstrasse mientras el podólogo las sigue con las manos en los bolsillos. Súbitamente las carcajadas de su mujer le parecen demasiado llamativas quizá porque los susurros de Janni son delicados como un cendal. Marcos no se inmiscuye, no sabe de qué están hablando pero, vistas de espaldas, una tiene una apariencia más esbelta; la otra, de pronto consumida, encogida en los graznidos de sus explosiones de buen humor, es un pájaro de mal agüero. A Marcos le sube una náusea desde los genitales. Necesita

apartar de sí esas visiones. Necesita ver a su mujer como un cascabelillo y un ave canora. No podrá mientras Amparo permanezca junto a Janni.

Marcos coge aire para seguir hablando. Aunque con Charly ha derrochado oratoria y poder de sugestión, noto que el podólogo necesita descansar. Es posible que quiera resolver mis dudas respecto al cuento nocturno de Ilse phasmatodea:

—No me gustan las niñas. La carne joven me recuerda el mármol. Me gustan las señoras que se hacen la permanente y que llevan medias para las varices.

Marcos Cambra le da vueltas a un recuerdo dentro de la boca. Las palabras le salen con demasiada saliva:

—La carne, un poco descolgada.

La cara interna del brazo de alguna mujer madura adquiere el mismo brillo —terciopelo— que el rastro de los caracoles. Me acuerdo de mi mamá y, después, de Nabokov. Mi madre en enagua se lava los sobacos. Primero el uno, luego el otro: la carne blancuzca del brazo se balancea. Es un chorro de leche a punto de colarse por el desagüe. Corre el agua del grifo. Cambra me aparta de mis ensoñaciones. Es un hombre terriblemente práctico:

—No soporto a las mujeres que huelen a orina.

Existe una similitud entre el ajo, el gas y el aceite de trufa. Entre el olor a cebolla y el ácido del sudor. Somos perros perdigueros, así que la confesión de Cambra me resulta de lo más natural. Aunque quizá él estaba queriendo hacer un chiste. Es probable que no compartamos el mismo sentido del humor. Mi madre tiene unos brazos bellísimos y no huele a aceite de trufa ni a pis. Al podólogo le encantaría. Yo estoy dispuesto a regalársela.

—¿Y tú, Arturo?, ¿las soportas?

Rebobino a gran velocidad: mi madre, el grifo, la orina, el pubis de una mujer que parece la panza de un inodoro y el propio Cambra en el centro de una circunferencia formada por mujeres con necesidades fisiológicas. Abandonadas. Cúbicas. Mujeres que dicen tacos. Mujeres a las que el podólogo ve doble. Cambra, rodeado de

espejos, no lleva una pistola y no puede abatir a las mil damas de Shanghái que lo apuntan desde todos los ángulos posibles —«Misóginos», Paula calla un segundo y, como si fuese doctora en griego y lenguas muertas, corrige su primera opción: «Ginéfobos»—. Debo sumarme al bando de este hombre que me cuenta cosas que he sabido desde el mismo instante en que puse el pie en el *riurau* — las voces de miel, las fisonomías dispares de las mujeres idénticas, la cara como inevitable espejo del alma, el principio de autoridad, la capacidad para mimetizarse con los papeles pintados y las hojas de las plantas de interior—. Debo sumarme al bando de Cambra y escucharle porque, en el fondo, siempre lo he compadecido:

—No, yo tampoco las soporto.

El podólogo hace un gesto de asentimiento mudo, le reconforta sentirse comprendido y pulsa, con más seguridad, la tecla del aparato reproductor —se aprieta la sien con el índice— de sus aventuras suabas.

Janni vive en un apartamento en Stuttgart-Mitte. Muy cerca de la tienda. Amparo se lo hace notar a su marido:

—Marcos, ¿has visto qué cómodo?

Janni tiene un llavero con muchas llaves, pero no se equivoca al elegir la de la puerta de su apartamento. Setenta metros cuadrados. En una jaula, un pajarito. Los muebles se apoyan contra los muros para dar amplitud. Nada es oblongo o curvo. Las sillas, cuadrangulares; las mesas, cuadrangulares. Las paredes, desnudas, están pintadas de lila. Sobre un velador descansa un retrato de Eric Frankel: Marcos lo reconoce porque esas pupilas azules son las de Ilse y Marinín. Eric Frankel es un difunto que nunca habría recibido cristiana sepultura en el viejo cementerio.

—Sí, era mi esposo.

Marcos no lo pregunta, pero Janni se lo confirma. El podólogo sigue observando sabiendo que, a su vez, Janni lo mantiene bajo una discreta vigilancia. Janni tiene una casita de muñecas habitada

por homúnculos albinos y niñas con tirabuzones que llevan los labios pintados en forma de corazón. Cuando suenen doce campanadas en el reloj de pared, tal vez los habitantes recuperen el don de la palabra y de la respiración, y cometan pequeños crímenes —crímenes de su tamaño— colándose por los respiraderos de ventilación que conectan las alcobas de los vecinos. Marcos, a pesar de que se siente un poco incómodo, quiere ser amable con su cuñada:

—Es una casa muy agradable, Janni.

—Sí. Lo es.

Marcos se queda cortado. Janni se da cuenta:

—Discúlpame. Llevo demasiados años viviendo aquí.

Janni supone que, para el podólogo —un hombre tan púdico—, una respuesta apropiada habría sido algo semejante a: «Bueno, aún queda mucho por hacer», «Me salió demasiado cara...». Janni le explica que en este país se reacciona de otra manera frente al elogio. También frente a la adulación. Janni no puede precisar si la casa salió cara o barata porque Amparo la compró por ella. Para Marcos, esta última observación es improcedente. Pero a Amparo Orts, que se ha sentado antes de que Janni la invitase —está en su casa—, no le parece inoportuna:

—No me salió mal de precio.

Los electrodomésticos de Janni Frankel son muy costosos. La televisión en color. El vídeo. Un aparato de alta fidelidad que, increíblemente, no tiene ni una mota de polvo. La pulcritud agrada mucho a Marcos. El tono de Janni Frankel carece de matices:

—Esto no deberías habérmelo regalado. No me gusta la música.

Marcos sabe que Amparo Orts es muy generosa con sus regalos, que hay que reprimirla para que no se exceda. Cambra intenta hacerle comprender que un exceso de prodigalidad puede resultar chabacano, prepotente. Pero Amparo desoye todas las lecciones que tengan que ver con su costumbre de manejar dinero. Y el podólogo no insiste —a Marcos Cambra no le gusta discutir—, aunque tiene dudas respecto a las intenciones de los regalos de Amparo y no sabe

dónde debe poner el límite que separa el gesto de buena voluntad o de agradecimiento —la celebración— del chantaje. En los negocios de Amparín, Marcos observa ese modo de proceder cada día. Ahora que conoce la casita de Janni, al podólogo le atenaza cierta angustia e ignora hasta qué punto debería resistirse a las muestras de afecto —relojes, maquinillas de afeitar, alimentos de la tienda del *gourmet*, pechugas de animales en extinción— de su esposa. Incluso más de lo que ya resiste. A Amparo Orts le disgusta que contengan sus impulsos. Hasta sus impulsos más premeditados:

—Janni, querida, de bien nacidos es ser agradecidos.

Marcos Cambra me dice que él solo quiere vivir en paz. Así que Cambra le agradece a Janni Frankel que en ese momento no tenga ganas de discutir.

En las estanterías de Janni Frankel hay algunas novelas —la mayoría en alemán, ordenadas por tamaños y colecciones—, enciclopedias y grandes álbumes. Amparo le ha ido enviando fotos de Marina e Ilse que Janni ha pegado por orden cronológico. Las dos hermanas repasan las imágenes de sus hijas: seis meses, dos años, tres, siete, once, dieciséis...

—Se parecen todavía más de lo que nos parecíamos tú y yo.

—Es posible.

Janni no le lleva la contraria a Amparo. Mientras repasan las fotografías, a los ojos de Cambra, su mujer se transforma en una vieja hipócrita, en una plañidera a la que le gusta compadecerse de las desgracias de los otros, hablar desde la ventaja —la ventaja de quien aún no es huérfano o no padece todavía una enfermedad mortal— y fingir que comparte un dolor con el que realmente disfruta. Un dolor con el que se le hace la boca agua. Amparo coge entre sus manos cuarteadas la blanca mano de Janni. Las pulseras de oro de Amparo Orts, sus amuletos de elefantes en miniatura y sus jarritas de miel suenan como esquilas, úvulas, címbalos —la enumeración no es cosa del podólogo:

—Son buenas niñas. Tenemos que estar orgullosas.

Janni dice que ni siquiera sabe cómo suenan las voces de Marina e Ilse. Amparo vuelve a reír. Después, hace una pausa e imposta una expresión facial: la que se dibuja en la cara de cualquier mujer mientras recuerda los mejores momentos de su vida. Sin necesidad de un álbum. Se le empañan levemente los ojos. Aunque le gustaría borrar esa idea de su cabeza, Cambra cree que la teatralidad de Amparín aspira a ponerle los dientes largos a Janni Frankel:

—Tienen el acento del mar.

El podólogo no entiende por qué Janni Frankel no ha vuelto a encontrarse con Ilse y Marinín. Amparo recapacita durante un par de segundos:

—Será difícil, Janni.

Marcos detecta en la mirada, viva e inteligente, de su mujer un punto sórdido:

—Tú las dejaste.

Cambra no quiere ver lo que está viendo: una peca negra se agranda contra el iris, casi rojizo, de Amparo Orts.

—Tú las dejaste cuando eran un par de bebés.

Marcos Cambra se agarra las manos para no restregarse los ojos.

—Ahora llámalas.

Marcos no entiende si Amparo ha proferido una amenaza o ha cursado una invitación.

—Llámalas. Y todo arreglado, Janni.

El podólogo —no es logopeda, no es licenciado en filología, no es director de cine, no es ginecólogo, no es profesor de idiomas ni intérprete— supone que Janni y Amparo hablan el mismo idioma univitelino: él desconoce esa gramática. No tiene las cartas de navegación para capear esta marejadilla. Solo está seguro de que, cada vez que observa a Janni, la gracia natural de Amparo se convierte en algo grosero. Su prodigalidad, en cicatería. Su sinceridad, en un golpe en el bajo vientre. No lo puede evitar. Se resiste. Vuelve a restregarse los ojos. Las nenas, como todo, pertenecen a Amparo Orts y Amparo no va a abrir el puño para dejarlas caer. Tampoco las moneditas que guarda en la hucha. El

amarre —la avaricia, el egoísmo— es una forma del amor. Cambra no es tan ingenuo como para haberse olvidado de lo elemental. De lo que le da cuerda al mundo.

—Llámalas, Janni.

Marcos Cambra, en ese instante, aún se obliga a pensar que probablemente su esposa está en su derecho de ser mezquina.

—Cuando tú quieras.

Ama a su mujer —quiere amarla— y está convencido de que Amparo Orts ha dado demasiado.

—Has podido llamarlas siempre, Janni.

Cambra se niega a captar rencor. Se convence de que Amparo protege a Marina e Ilse. El podólogo levanta un muro —hecho de esquirlas de uñas de los pies: Marcos construye también tajmajales con palillos y bigbens con chapas— para preservar su afecto por la mujer de la vagina prensil. Pero le resulta muy difícil.

—Podrías haberlas llamado...

Amparo no tarda mucho en completar la frase:

—... pero no lo has hecho...

Ni en encontrar un apelativo para su gemela que chirría, como el frenazo previo a una colisión, en el cerebro del podólogo:

—... querida.

Janni no parece afectada. Quizá no quiere discutir delante de su cuñado. Quizá está sorda. Él vuelve a agradecerle cualquiera de las dos posibilidades. También su buena educación:

—¿Os quedaréis a cenar?

—A eso hemos venido, nena.

Cambra se acuerda de Marina y de Ilse. Experimenta su fragilidad. Las compadece e incluso se ve a sí mismo como un padre que las cuida y les da besitos de buenas noches. Pero a Amparo no le agradaría que su esposo se tomara esas libertades. Cambra le dice que él es el único idiota al que, aquel día, en el apartamento de Janni, se le arruga el corazón. Su gran corazón de rinoceronte azul que hoy late al ritmo de otras dos niñas: Fanny y Érica.

Amparo le pide a Janni algo español para cenar.

—Estoy hasta el moño de *sturdels, snichles, fran-frús* y demás engrudos.

Amparo practica ciertas formas del sibaritismo gastronómico. Le encantan los caracoles de campo guisados con picante. Janni se mete en la cocina y Amparo, que no puede parar quieta ni un momento, le da una voz:

—¡Le voy a enseñar a Marcos los aparatos de Frankel!

Nabokov me visita con la misma frecuencia que a las mujeres el ciclo menstrual. En mis días nabokovianos —en esos días— suelo pensar en: mariposas y tableros de ajedrez, Lolita, Lo, Dolores Haze y los amores desiguales —negros y blancos, sanos y enfermos, ricos y pobres, curas y putas, madres e hijos, hermanas siamesas, los que empuñan la pistola y los que se dejan matar, depravados y angélicos, machos y machos que luchan en distintos frentes en una guerra civil, grandes historias entre hombres como yo y mujeres tristes...—. Conocí a Olmo en el hueco de una escalera: él era a la vez un niño y un catedrático de la universidad. Era tan distinto a mí que me enamoré como un burro. A Paula no le gusta este tema de conversación: ahora finge dormir. Como Ilse Frankel, en el salón del *riurau*, a quien de nuevo —el podólogo y yo cruzamos juntos una calle peligrosa— dedicamos una mirada: la *bocca della verità* puede apretar de pronto —golpe de claqueta— las mandíbulas atrapando nuestra mano. Seremos víctimas de la petrificación. De los ojos fosforescentes de Medusa. Seremos estatuas por efecto de la radiación de Ilse phasmatodea. La mantenemos vigilada. Pero Ilse, en paz, está hermosa. Igual que lo estaba Marina en la consulta del podólogo —«¿Dónde estamos, Zarco?, ¿estamos de verdad dentro de ti?, ¿así es como tú quieres a la gente?, ¿dónde está Marina, Arturo?», parece que Paula se ha propuesto estropear el ritmo del cuento, pero yo no se lo voy a consentir—. Cambra mira hacia el mismo lugar donde yo miro:

—Ilse duerme.

Marina e Ilse muestran en la belleza de sus facciones en reposo los efectos benéficos del sueño y de la laxitud.

—Sí, Ilse está dormida.

Dan ganas de acercarse para olisquearla. Hay niños que se quedan profundamente dormidos después de los berrinches. Es un mecanismo de defensa. Al despertar, los niños han crecido de golpe un montón de centímetros.

Ahora Marcos Cambra me coloca justo detrás de Amparo mientras ella abre la puerta de la habitación del difunto Eric Frankel. Miro por encima de su hombro y me sorprendo a la vez que Cambra, porque el podólogo no puede creer lo que está viendo: catéteres, una máquina de diálisis, dializadores, frasquitos vacíos de heparina que aún conservan la etiqueta.

—Todo esto también se lo compré yo.

Janni Frankel cuidó de su marido hasta la muerte. Lo quiso mucho. Eric Frankel enfermó después de que la pareja se instalase en Stuttgart. Reflexiono, de nuevo, sobre la naturaleza desigual de todos los amores y sobre los amores desiguales en particular. Debí de ser muy triste el sexo de Janni. Desde tan joven. La falta de fuerzas. El sopor. El mal sabor de boca que dejan las medicinas. La flaccidez. El olor a muerte que expelen las flores mustias. Poco a poco, el pubis de Janni se enfría y se va solidificando. Se cristaliza y es una copa que nadie llena con anís o vino caliente. No queda resto —cristales granates— en el fondo de la copa. Los miembros atrofiados se vuelven preciosos. Son fetiches para la magia y la veneración. Carísimos cuernos de rinoceronte. Janni Frankel guarda con orgullo su joya en el joyero. Después, la pereza le clausura todos los orificios. Es hermosa y está seca.

Mientras Cambra me relata su primer viaje a Alemania, puedo ver a Janni, con un disfraz de enfermera de quirófano, manipulando tubos de ensayo y bisturíes. Los catéteres, limpiísimos. El aparato de hemodiálisis programado para el peso del paciente. Las horas transcurren con gran lentitud cuando un hombre está atado a una máquina que le centrifuga las venas. Mientras el podólogo me

explica cómo a Eric se le gasta la salud, siento escalofríos —«No es nada, no duele», Paula intenta aliviarme del mal trago de un análisis de sangre—, cierro los ojos y veo a Janni armada de un serrucho con el que amputa sin contemplaciones la pierna gangrenada de un soldado de la primera guerra mundial. Cambra susurra *toc, toc, toc* y los golpecitos que Amparo da sobre el lomo del aparato de diálisis —animal fiel— me devuelven al punto de la narración del que me tuve que retirar —¿me dispensan un segundo?— por problemas de salud, hipocondría y supervivencia. Escucho el *toc, toc, toc* bajo las palabras de la mujer del podólogo:

—Lo que no les regalé fue un riñón de las chiquetas. Eso ni pensarlo.

Al abandonar el cuarto de diálisis, Cambra concluye que lo mejor sería huir. Después le conforta la idea de que Amparo preserve de las garras del cirujano los riñones de Marina e Ilse. La cena que prepara Janni es excelente. Nada de casquería. Mientras comen no hablan mucho. Janni le da a Amparo permiso para encender un cigarrillo. En realidad, la mujer del podólogo no lo había solicitado.

—Estás en tu casa... —dice Janni mientras se levanta para abrir una hoja del balcón—... querida.

Janni Frankel no puede pagarse billetes de avión o de tren. Pero, si es presa de la enfermedad o el hambre, Amparo se ocupará de todo. Quizá Janni no puede hacer llamadas internacionales. Amparo se aburre:

—¿Echamos una partidita?

—No me gusta jugar a las cartas.

—¿Ni al cinquillo?

Janni dice que no tiene una baraja con la que jugar.

—Recuérdame que te regale una. O mejor: te ingresaré cada mes un poco más y la compras tú, ¿de acuerdo, nena?

Amparo le da un pellizquito en la barbilla a Janni. La piel de Janni Frankel se enrojece. Amparo Orts, ataviada de papisa púrpura, abre sus manos y sonríe. El mundo está bien hecho. Conocer a Janni Frankel ha sido útil. La pituitaria de Cambra se sensibiliza mucho.

Amparo comienza a olerle levemente a pis. Quizá sea por el gato: su mujer se empeña en que duerma con ellos dentro de la alcoba.

Se repiten las mismas escenas un año tras otro hasta que las imágenes dejan de tener sentido. Cambra enumera el repertorio de acciones de los veranos de Stuttgart: aparición en la mercería —Amparo siempre se presenta sin avisar—, revisión de cuentas, paseos, cenas en casa de Janni y en los comedores de hoteles asequibles —Amparo repara en gastos—, reposición de las fotos de los álbumes donde van apareciendo las caras de Jaume Ferrer —pletórico—, Érica —melancólica, enclenque—, Fanny —contrariada, ceñuda—, Ilse —gorda después de parir y, luego, escuálida y phasmatodea—, Marina —ausente, distraída del objetivo de la cámara—. Uno de los álbumes recoge incluso el retrato de una mujer de rasgos indios que nunca sonríe en las fotos. Amparo coloca el dedo sobre la cara redonda de Ana Carolina Madariaga:

—Esta es Charly. La han traído de los Alpes.

—De los Andes, Amparo.

A Amparo Orts desde hace algún tiempo no le sientan bien las correcciones de Cambra:

—Habló el geógrafo.

Marcos Cambra se repliega hacia la zona silenciosa. No es un lugar en el que le incomode guarecerse. Su mujer lo mira de otra manera. Él se niega a dormir en la misma cama que el gatito. O quizá tiene mucho que agradecer a la presencia del animal. Dice que tiene miedo de que el gatito —tres kilos cien— le rasgue los párpados con las uñas en mitad de la noche. Lo único que puede decir Marcos respecto al imperceptible y a la vez grávido paso del tiempo —todo pasa como si no hubiera pasado y de pronto han transcurrido diez, quince, veinte años, y esos minutos se depositan en una vértebra de la espalda que sin remisión se pinza— es que su admiración por Janni Frankel ha crecido mucho. Discreta y trabajadora. Janni se levanta con el sol para irse a vender botones;

renuncia a su herencia —le obligan a firmar muchos papeles— y a su prole para no hacerle más daño; purga, con su soledad, sus culpas por el abandono; se redime después de amar muchísimo a Eric; aprende a hablar alemán; cuida —con las manos impolutas y las uñas bien recortaditas— a su marido hasta el último aliento que, aunque a la gente que vive en sus burbujas de papel pintado con sus inhaladores para cuando no les llega el aire a los bronquios, a la gente que adora la ternura y el roscón de Reyes y las retransmisiones de patinaje en la modalidad de danza, aunque a esa gente —que se parece tanto al podólogo— no le guste decirlo, ese último aliento, el aliento final que sale por la boca como un migote de pan blanco, suele ser un estertor. Así que Janni Frankel acompañó a su marido hasta el último estertor y el último migote. Sobrevivió sin compañía. Janni no es un ser abyecto que pone la mano y limosnea. Janni nunca le suelta a Cambra un discurso para reivindicar su lugar en el mundo del *riurau*. Su silencio la honra. El podólogo saca sus propias conclusiones a partir de la corrección y meticulosidad de la conducta cotidiana de Janni Frankel. De su rectitud.

—Este año el negocio va bien. No necesito nada.

Marcos me habla en serio. También cuando me dice que Amparo Orts, con el paso de los años, agiganta las dimensiones de una envidia que es un mioma que triplica el tamaño del ovario del que cuelga. Escribo imaginariamente un microcuento sobre Amparo: pájara pinta, urraca que esconde en su nido los relojes y las pepitas de oro. Debajo de las pajas del nido, entre las cáscaras de cacahuete y los gusanos, Amparo guarda a las doradas gemelitas, cuyas cabezas refulgen, iluminadas por el sol, cuando Amparo las recoge del suelo tras haber practicado un vuelo rasante. Quién sabe si Amparo robó a las niñas de dentro de sus cunas. Cambra se estremece al plantear esa posibilidad y yo coloco la palabra fin en la última línea de mi microcuento. Me siento muy poscontemporáneo.

También se repiten las mismas escenas, un año tras otro, en el interior del *riurau*. Ilse mira a su hermana por el rabillo del ojo

cuando la hija pródiga regresa en vacaciones. Amparo se levanta con pelos de loca. Solo tiene ganas de ver a Marina. Cambra sorprende a las dos mujeres en el cubículo de Amparo. Se queda detrás de la puerta. Hablan de él:

—Nena, no sufras por mí.

Amparo roza con las yemas de los dedos la naricilla de su Marinín:

—Ya se te pasará. Seguro que se te pasará.

Marina, mucho más grande que Amparo, se acurruca en su pecho. Y Amparo se ensancha, se dilata como una ameba enorme:

—Yo nunca te voy a faltar, muñeca.

Amparo coge aire por la boca:

—Yo siempre, siempre, voy a estar contigo.

Cambra siente miedo. Pero no sabe de qué. O no me lo dice. Después le entra una gran compasión. Porque nadie puede prometer lo que Amparo promete. Porque le da pena que alguien pueda consolarse con una mentira.

—Yo nunca, nunca, te voy a faltar.

Marcos Cambra se pregunta qué le sucederá a Marina tan fiel, tan leal, tan delicada, tan débil, tan discreta, tan persistente, cuando las leyes de la naturaleza sigan su inexorable curso y Amparo Orts falte. Se muera. Mientras tanto Amparo, envejecida de amor, acaricia el pelo de la mujer más joven con una mano salpicada de lentigo. Solar, senil o maligno —«¿Hace mucho que no te miras los lunares de la planta de los pies?», Paula me pincha donde más puede dolerme—. Quizá los pronósticos del podólogo —al fin y al cabo, un sanitario— no tarden en cumplirse. Es como si el aceite de freír hubiese quemado la piel de Amparo Orts. Ella tararea una nana:

—Ya está, pequeña, ya está.

En las entretelas del *riurau*, Marina deja que se le escape un suspiro cada vez que se cruza con Marcos Cambra. No disimula. Siempre está a punto de tocarlo. Al podólogo el semen se le congela dentro de la bolsa escrotal. Lo reserva para un nuevo periodo de glaciación. Aprieta mucho los muslos para que se le subsuman en el

pubis las protuberancias del sexo. Como a un ángel. Se siente como un juguete —como un autómatas— tras haber escuchado la conversación entre la tía y la sobrina. Pero no le desea a Marinín ningún mal. Incluso teme por ella. Porque no está seguro de que la tía Amparo no le tenga reservada una de sus maquinaciones: perfume, aceites lubricantes, «yo no te voy a faltar nunca», «mira, Marina, los pájaros que levantan el vuelo» y, de golpe, izas!, la decapitación de Marinín, cuya cabeza bellísima, como la de Ana Bolena y la de María Antonieta —«Ea, ea, ea», «Ea, Matea, ea», Paula me canta también una canción de cuna—, rodará escaleras abajo desde el primer piso del *riurau* hasta el centro de su inmenso salón. Nadie se atreve a diagnosticar la ciclotimia de Amparo. Probablemente Marcos Cambra está en lo cierto, pero yo no puedo evitar enfrascarme en mis propias cavilaciones porque la ciclotimia forma parte de la condición de normalidad —de la salud— de los seres humanos. La ciclotimia —la cal y la arena— es preferible al dogma. A la cabezonería del francotirador que aguarda pacientemente el mejor ángulo de tiro. A nadie le preocupa mucho la ciclotimia de Amparo porque los pagos y los ingresos, los regalos de Reyes y las bonificaciones llegan de manera puntual —«¡Bingo!»—. Cambra sufre pesadillas protagonizadas por Marina Frankel y vive situaciones peores que las propias pesadillas:

—Como sigamos así de castos, ascenderemos al cielo.

Amparo Orts huele la felpa de sus bragas. Las ha dejado sobre la silla antes de irse a dormir. Cambra podría jurar que, durante toda la noche, le ha llegado el tufo atravesando los tabiques que separan sus habitaciones. El aliento huele mal cuando no se tiene nada en el estómago. Mucha hambre. No fue suficiente con encargarse de dos camitas gemelas y un crucifijo para presidir la alcoba nupcial. Al podólogo se le han quitado las ganas de yacer —de folgar— con su esposa. Y con el resto de las mujeres —«Ave María, purísima», Paula está perdiendo el norte y, si ella pierde el norte, yo nunca, nunca, encontraré el camino de baldosas amarillas para regresar a Kansas—. Marcos ingresa en un periodo de irreversible inapetencia sexual

que acentúa las suspicacias y la degradación de Amparo: los pelos que rodean sus areolas se tornan cada vez más largos y duros. Se le acentúan las bolsas de los ojos y se activa el dispositivo de la pescadilla que se muerde la cola: quizá el desaseo produce la impotencia o es la impotencia la que lleva al desaseo —«Elijo la opción b», Pauli expresa su solidaridad con una Amparo de la que hoy no me previene: «Es el ama, Zarco. Ella es el ama».

—Eres un lacio.

El insulto de Amparo Orts no forma parte de un mal sueño. El podólogo la escucha cada día antes de ponerse el pijama para irse a dormir.

—¿Para esto me casé yo con un hombre más joven?

Lacio, mustio, alicaído, anémico, blandito, baboso, triste, desinflado, genuflexo, incompetente —Paula se agita dentro de mí: «Hay otras formas de llegar al clímax». Qué sabrá ella, gato triste debajo de las sábanas—. Disfruto con el cuento del podólogo flojo, inane, derrotado —«¡Despedido!»—, tonto, inconsistente —«Falócratas», Pauli me aturde con su jerga política—. Cambra me hace una revelación presuntuosa: él podría haber sobrevivido así durante mucho mucho tiempo. Era afectivamente muy privilegiado. Pero de algún modo las cosas se torcieron y fueron a tomar la peor dirección.

En uno de sus últimos viajes a Stuttgart, las Orts y el podólogo deciden internarse en la Selva Negra. El topónimo «Selva Negra» me paraliza. Durante mi niñez, la Selva Negra era un lugar fuera de los mapas, a la fuerza, muy lejano. Un paisaje de zarzales del color de los carbunclos —el príncipe lucha contra Maléfica metamorfoseada en dragón—, de grutas y pozas sobre cuyas aguas hacen puntas bailarinas con tutú largo —el más elegante—. La Selva Negra es un territorio de castillos, de cabañas del leñador donde siempre huele a flores y se escucha el hilo musical de los fastos de Año Nuevo. Un bosque habitado por demonios, pastoras y animales que hablan.

Basta un nombre para que esos recuerdos de cartón piedra vuelvan a levantarse delante de mí. El podólogo me advierte que la Selva Negra se parece más a una gran casa de reposo con olor a ozono pino. El nombre le viene de la umbría. De la poca luz que dejan penetrar los árboles: los hombres tienen la piel pálida y esos ojos transparentes que infunden miedo. Retinas fotofóbicas y protección solar. Aquí no viven la pantera negra ni el orangután. No hay brumosos manglares. Quizá Cambra no sea sensible al pastiche o a la sublimidad del paisaje nocturno. Quizá no disfrute en los parques de atracciones. Pero también él siente curiosidad por la Selva Negra. Sobre todo, cuando Janni les informa del nombre alemán de la región:

—Schwarzwald.

—Otra vez.

—Schwarzwald.

A Janni esta pequeña escapada le hace muy feliz:

—No tengo muchas ocasiones de salir de Stuttgart.

Los viajeros llegan a Bad Wildbad en taxi. Amparo no tiene ganas de transportes públicos.

—Yo lo pago.

Ella lo paga. Se duerme a lo largo de un trayecto en el que la suavidad de las laderas de vid se transforma en un espacio en principio no tan abrupto como Cambra preveía. Los tres pasean por Bad Wildbad. Allí Marcos escucha el sonido del río, el caudal entre la fronda. La maleza. El torrente no deja de oírse hasta que se interioriza como el pulso. Los asmáticos —los fumadores, los yoguis, los deportistas— toman conciencia de la propia respiración. La marcan. La miden. Les sabe a poco. Se asfixian. Boquean. Calculan hasta qué nivel de los pulmones les ha llegado el oxígeno —«Hipocondríaco», Paula nunca permite que me ponga enfermo solo de pensarlo—. Experimentan la voracidad del aire.

A Cambra el río se le va metiendo dentro mientras camina por Bad Wildbad. Altas cápsulas acristaladas protegen piscinas de agua caliente. Invernaderos del agua. Por las ventanitas, se atisba el

interior de restaurantes donde camareras vestidas con el traje típico ofrecen el menú. Cambra se siente a salvo de la realidad, aunque la fiereza del bosque se coma los parques infantiles. Está aquí para estar en otra parte. Hace tiempo que, en esta villa balneario, las salas de fiestas fueron abandonadas. Una población de convalecientes —todos nosotros: convalecientes, enfermos prematuros o preventivos, enamorados, atentos vigilantes de la salud ajena— viene aquí a dormir, a nadar, a curarse de la artritis. La mayoría de las puertas de las casas exhibe el mismo cartel: *Physiotherapeut*. Hace tiempo que Marcos Cambra no se siente tan a gusto:

—¿Cómo se dice podólogo en alemán?

—¿*Fusspflegerin*?

Este lugar no es muy diferente de la ciudad de Marcos Cambra. Paraísos. Centros de rehabilitación. Microclimas. Burbujas.

—*Fusspflegerin*?

Janni corrige la pronunciación de Cambra. Los dos ríen. Incluso en el mejor alemán la palabreja suena ridícula. A personaje de cuento para niños. A uno de los mil nombres del enano saltarín. Sin embargo, un cartel con la palabra *Fusspflegerin* no desentonaría. Janni repite varias veces: *Fusspflegerin, Fusspflegerin, Fusspflegerin* para que Marcos se acostumbre al sonido. Amparo se mantiene al margen. Piensa en sus cosas. No le saca punta a cada comentario ni busca un pretexto —el que sea— para echarle en cara al podólogo su falta de vigor. Es como si no existiese. De pronto vuelve en sí:

—No sé de qué coño os reís.

Cae la noche en Bad Wildbad. En la superficie de las piscinas termales flotan los últimos nadadores. Llevan gorros de plástico. Es el uniforme de una no tan incruenta especie anfibia.

—Esta gente me deprime.

Amparo Orts acelera. Los transeúntes quizá creen que la compañía de dos mujeres hace de Marcos Cambra un hombre afortunado. Pero a Cambra le resulta mareante la sensación de ver doble: una imagen desdoblada que se difumina hasta perderse en

el vapor de agua de Bad Wildbad. Marcos intenta reunir las dos figuras dentro del cuerpo de Janni Frankel. Por dentro, la pudrición, la vulnerabilidad, el poder sanguíneo de Amparo Orts, la carne viva; por fuera, la loza de Janni Frankel. Las dos figuras encajan. Pero, encerrada dentro de una cáscara de porcelana de Meissen, Amparo se rebela:

—Si queréis, os dejo solos.

Marcos, para reunir las dos almas en un solo cuerpo, quizá ha mirado durante un segundo a Janni Frankel con mucha concentración. Intuye —como algunos hombres, como yo mismo a menudo— que la burra de Amparín le lee la mente. En realidad, al podólogo le agrada que Amparo le ame —nadie mejor que yo puede entender esa necesidad, ese impulso de no crecer y quedarse rezagado en la amorosa ubre—. En desagravio, aprieta a su esposa contra sí y ella, un poco desmadejada, se deja hacer. Un funicular se arrastra entre los cipreses y los cedros.

—¿Quieres que subamos?

—No.

Amparo se zafa del abrazo del podólogo. Después Janni se agarra de su hermana y juntas echan a andar mientras, como la primera vez que Marcos visitó Stuttgart, él se queda un poco retrasado. Es el escolta. Las persigue.

Todo transcurre con el ritmo de una película francesa. Cambra es una de esas personas con las que te sientes muy honrado por el privilegio de su atención —«¿Me concede este baile?», no quiero entender los sarcasmos de Paula—. Sin embargo, soy consciente de que lo importante, aquí, ahora, en el centro del jardín, no es que él me preste atención, sino su necesidad de que yo se la otorgue. Pienso en dos tenistas —bandas elásticas les retiran los pelos de los ojos— mientras juegan el último punto. Pienso en una partida de billar: dos estilizados hombres con tirantes —tanguistas— buscan las mejores poses alrededor de la mesa para acertar una carambola. Yo no podría desear un mejor *partenaire*:

—¿Te apetece tomar algo?

Marcos Cambra me toca el muslo. Tal vez el podólogo pretende demostrar que me acepta. Esa es la gente que a mí me produce más desconfianza: la que subraya que me admite con una naturalidad con la que ni siquiera yo vivo mi propia vida. El cordón que me une al podólogo empieza a resquebrajarse. Para ver la luz, el artificio es una exigencia. Desconfío de la gente que sale a la ópera vestida de *sport*, con la cara lavada, y come *muesli*. Las trampas, las manipulaciones y los resortes me parecen la única prescripción efectiva para destilar una naturalidad tan falsa como la que el podólogo exhibe cuando me toca. Su tocamiento me llega como una camisa de almidón, como una mujer que hace gimnasia sueca con pololos. Es magnífico. Experimento la comunión de las almas. Cambra y yo oímos la misma música, pero no bailamos juntos: más bien, luchamos. Paula me diría que padezco el síndrome de Marlowe y que, en realidad, no todas las personas coquetean conmigo. Pero lo diría por decir, por hacerse la fuerte, porque ella siempre permanece al acecho. Cambra repite su pregunta:

—Se está haciendo un poco tarde, ¿te apetece tomar algo?

Habituado a su condición de hombre irresistible, Marcos Cambra me seduce por costumbre o para liberarse de esta ralea de mujeres que son como el papel atrapamoscas. Yo ni siquiera reparo en que Olmo está durmiendo unos metros más allá. Cambra me toca el muslo y a mí —parece mentira, un hombre tan baqueteado— se me cierra el estómago:

—No tengo hambre, gracias.

Cambra dice que él tampoco tiene apetito. Ningún apetito.

El podólogo rescata, del fondo del tímpano, el sonido de la torrencera y lo ajusta al ritmo de su corazón. Podría empujar a Amparo al río Enz que rompe la ciudad de Bad Wildbad. Dejaría de ver doble. Pero el gesto sería fatigoso y, conteniéndose, Cambra se hace bueno y halla una forma de la felicidad. Justo ahí, en ese punto de la historia, me tranquilizo diciéndome que no ha sucedido nada

irreparable. A estas alturas, ya no hay nada que temer —«¿Así quieres tú a las personas?, ¿dónde está Marina?, ¿y yo?, ¿dónde estoy yo?», la expresión de Paula es idéntica a la del momento en que descubre mis instintos sodomitas—. Me purgo de la cantilena de Paula dibujando con la imaginación una aventura —novela gráfica, cómic— de nazis: ese es riesgo que corren casi todos los relatos ambientados en Alemania. O en los parajes de la costa donde Cambra prescribe el uso de plantillas ortopédicas. Me imagino al podólogo y a Janni vestidos de tirolese. Escucho los típicos cánticos y gorjeos. Hay folclores claramente repugnantes que lo llevan a uno a desconfiar de casi todo.

Al día siguiente de la excursión a Bad Wildbad, Amparo le entrega a Cambra la llave del apartamento de Janni, para que espere allí mientras ella va a hacer unos recados. A Marcos no le extraña que su mujer guarde esa llave. Amparo atesora las llaves del fondo del mar, los códigos y las bandas magnéticas que abren todas las cerraduras. Cambra entra en el apartamento con ese sigilo que forma parte de él. Escucha un borboteo y se dirige hacia el cuarto de baño. Allí asiste a la representación de una escena del siglo XVIII —a Cambra le gusta Watteau además de las bailarinas de Degas—: Janni se baña. Los pedazos de carne que sobresalen del agua jabonosa —los hombros, los dedos de los pies, las rodillas— son más blancos que la misma espuma —«Carne de pavo. Magra». Paula, escéptica, coge número en la charcutería y añade: «Andamos tan faltos de vida real»—. Al principio, Janni se incomoda. Pero enseguida recupera una compostura que, en ella —en Cambra, en mí—, es lo mismo que la naturalidad. Las patas de un arácnido, largas y quebradizas, recorren veloces el rostro de Janni Frankel: son el tornasol del agua y de la luz.

—Cierra la puerta, por favor.

El galante podólogo obedece a Janni Frankel. Sin olvidarla, la abandona dentro del cuarto de baño. Imagina su pubis de loza de bidé; los pezones transparentes —tetinas— como dos tragaluces a través de los que atisba su corazón —azul— y su sistema venoso; un

cuerpo con la dureza y la tersura de la madreperla o el plexiglás. Marcos espera que su cuñada no se diluya como un sueño —«Comprimido efervescente», ahora Pauli está en la farmacia—. Nada le urge.

Cambra se siente relajado, cómodo. Lee una revista hasta que Janni sale cubierta por su albornoz. A Marcos le da igual que esté desnuda por debajo de la felpa. Ella lo sabe. Huele a crema pastelera y a limones. Se sienta junto a él y los dos dejan que las horas pasen con mansedumbre. Cada uno enfrascado en su lectura. Janni le ofrece a Marcos una infusión. A él le apetece. Janni se levanta, se viste, prepara té rojo. Después, baja las persianas. Enciende las lamparitas. Ha anochecido.

Amparo Orts pulsa el timbre y entra en el apartamento. Parece una de esas mujeres que beben vino sobre un lecho de papel de periódico. Se encierra. Ni siquiera percibe la paz que reina en la sala. Janni Frankel abandona su revista:

—Esto no puede seguir así.

Comparto con el podólogo mis pensamientos culturales. Hay mujeres que son dos en una: Violette Nozière, señorita y meretriz, contrae la sífilis, pero es poderosa y concentrada como caldo de avestruz. Otras veces, una misma mujer se divide en dos: se coloca una peluca, se perfila las cejas con lápiz negro, se deja de llamar Madelaine —casi como Lady Madeline Usher— y solo el ojo de un enamorado podrá juntar las dos visiones dentro de la misma carcasa; resucitar a los difuntos; habitar un cuerpo vivo con un alma muerta; sentir que todo se va, que solo se tiene memoria de los malos amores, los truncados, que solo el dolor es inacabable, que la posesión nunca será posible y que no hay mejor beso que el que se ensaya contra una boca muerta. Mi sonsonete me lleva a recordar mi primera imagen de Charly. Escuchaba a Chavela. Todo es una premonición. Ahora Charly estará preparando ceviche bajo los efectos hipnóticos del amor de patrón de Marcos Cambra. Vuelvo a mi taxonomía de duplicaciones y le digo a Cambra que, por último, en otros casos, existen dos mujeres que están condenadas a ser una

sola: dos renacuajos de gran cabeza ocupan la misma bolsa fetal. Nadie puede interferir en ese destino.

De vuelta de su viaje, el podólogo recibe una llamada. Anita coge el teléfono.

—¿Quién es, Anita?

—Su señora.

Al otro lado de la línea, Janni Frankel. Marcos, que no había reparado en el parecido entre las voces de las hermanas Orts, se alegra de oírla. Se siente honrado de que su cuñada le telefonee, de que gaste dinero en una conferencia internacional. Incluso se siente honrado de que se haga pasar por su señora con desparpajo y éxito:

—Vamos a perderlo todo.

A Janni todavía le quedan amigos —concretamente un contable de las empresas Orts, un hombre a punto de jubilarse que jugaba al escondite con Juana entre la fronda del *riurau*— que, indignados por su exilio o previendo la posibilidad de un golpe de estado familiar y empresarial —buscando posiciones de privilegio—, la informan de las subidas y bajadas del patrimonio. Janni siempre fue más dulce que la eléctrica Amparín.

—Marcos...

Janni conoce las cuentas de Amparo Orts. El dinero no es una sustancia íntima. Un humor que nos vuelve biliosos o melancólicos. No es mitológico e intangible. El dinero es el calcetín donde se guarda. Los blanqueamientos dentales y las fundas de Marina que me vienen a la memoria como una palpitación en las sienas —«¿Dónde está, Zarco? Yo no le deseo mal ni a mi peor enemigo», hipocritilla, Paula...—. Aunque Amparo Orts a menudo se vista como una pordiosera y coma sin cerrar la boca, todos saben que dentro del bolso guarda un monedero repleto de billetes enrollados para dar propinas a los aparcacoches. El dinero no se camufla fácilmente en el doble fondo de un maletín. Mancha como la tinta del diario. Otra metáfora para el dinero: estela de luz que certifica el movimiento en

una fotografía nocturna. El dinero, quizá, siempre debería nombrarse en plural. Los dineros. Las faltriqueras. Los bonos. Janni Frankel traza la línea que antecede al resultado de una operación. El podólogo no está creando una imagen; solo la evoca: Janni apoyada sobre el mostrador de su mercería bajo la mirada de su maniquí. Seis más dos son ocho, no diez. Cambra confía en la ejemplaridad monacal de Janni Frankel.

—Marcos... Mi hermana ha perdido el norte.

Parece que a Janni le costase mucho extraerse las palabras de la laringe. Se practica a sí misma una cirugía mayor. Cambra está seguro de que ella no miente. Janni nunca había intervenido: Amparo —urraca, gorriona— reunía migas de pan en un montoncito que subía y que subía y que no paraba de subir hasta alcanzar la altura y el porte de una torre albarrana. Pero hoy Janni asiste, si no a un derrumbe, a la erosión de la torre, desmochada, comida por la ruina y la abrasión de las heces de los pájaros. La torre quedará reducida a leyenda —holograma, efecto óptico— contra la masa del cielo. Los pies de plomo del imperio de Amparo Orts se pudren y, de arriba abajo o por las humedades de la cueva, el *riurau*, los campos de regadío, los hoteles, las heladerías, las empresas constructoras, los locales alquilados por chinos laboriosos —estupendos pagadores— serán tragados por el vórtice del huracán.

—Como un castillo de naipes.

Nunca una comparación fue tan pertinente. Marcos recuerda su último viaje a Stuttgart. Antes de llegar al apartamento de Janni, boqueando como un salmón recién sacado del río y gritando que ella con sus perras hacía lo que se le ponía en los santos ovarios, Amparo Orts había alquilado un mercedes y había conducido hasta Baden Baden —«Como Alexéi Ivánovich», Paula dostoiévskiana me sopla la referencia literaria y yo callo para que el podólogo no se desilusione ante el lugar común de que las historias se repiten y de que quizá la suya no sea tan singular—. Baden Baden es un topónimo reduplicado, repetición para el sordo, un nombre tan estúpido como Bang Bang, Zsa Zsa o Lou Lou. Onomatopeya para

ahuyentar al gatito. En Baden Baden, Amparo Orts pierde una inmensa cantidad de dinero. Amparo, como Marlene Dietrich, habitual de estos salones, viaja de incógnito e, imitando un acento *cockney*, provoca al crupier: «¿Quieres darme un besito, encanto?». Le enseña una cicatriz en la mejilla.

Amparo arroja sus fichas sobre la mesa de juego. El giro de la ruleta nunca le da la razón. Ella tiene esperanza: «A la próxima vez sí». Pero la bola no se detiene en el punto sobre el que Amparo se concentra con la misma intensidad con que un ilusionista —un fantoche— dobla cucharas gracias a su poder mental. «A la próxima». Amparo suda y bajo sus axilas mediterráneas aparecen dos cercos oscuros. Está en la Sala Roja o en el Salón Pompadour. Lleva manchadas las punteras de los zapatitos. Amparo Orts baja los párpados, pintados de lila, cierra los puños y, orante, levanta la mirada —ojos en blanco, ascensión al cielo rodeada de estorninos— hacia las arañas de cristal y oro. Monstruosas. A punto de desprenderse. «Ahora, ahora, ahora». Pero ahora solo es el instante en que tal vez la lámpara se venga abajo. Ahora, hoy, en este momento, la bolita no cae sobre el veintitrés. Amparo mantiene cruzados los dedos e imagina el número en todas las tipografías posibles, sobre distintos fondos, dos y tres que suman cinco, impar dentro de impar, la edad en que ella ya había asumido casi todas las responsabilidades en su vida, el día de su cumpleaños. Y el de Janni. Mal fario. Lagarto. Lagarto. Con la concentración perdida y sin patas de conejo, la bola no cae sobre el número veintitrés. Al arrastrar las fichas sobre el tapete, el crupier hace un sonido que a Amparo le resulta grimoso. El rojo, el oro y el cristal forman una crisálida, una vaina, dentro de la que Amparo Orts no puede moverse. Cuando se refleja en los espejos, se ahoga. Le atenaza la garganta un polvillo de algodón. Un enredo de fibras de lana que no logra expectorar. Amparo prevé catástrofes, aplastamientos, que recaerán sobre ella como un mal de ojo. El tintineo de los cristales de la lámpara, la intuición de su balanceo, ha tenido la culpa de la desconcentración de Amparo. La próxima vez no será así. El hombre que juega a su

lado huele a sudor bajo la sisa de su traje azul marino. Amparo se olisquea discretamente los cercos de la blusa. Violetas. Un perfume que la estomaga aunque lo use para encubrir el tufo ácido que a veces le sale de la piel. Amparo se aísla. Tiene que hacerlo. Se olvida de que la araña podría aplastarla. Elige otro número. Lo fija dentro de sí. Lo dibuja mentalmente con todas las tipografías posibles: en romanos y en arábigos, dentro de un viejo reloj digital, con volutas, con la forma de los números de los billetes de dólar, con la caligrafía de un pagaré del siglo XVIII y de un mensaje de móvil. Amparo Orts se hace profeta: «Ahora sí». Y sigue con los ojos —huevos rellenos— la girándula que traza la bola sobre los números.

—Tenemos que hacer algo.

Es tan dulce Janni Frankel.

—Tú y yo.

Laderas de vides de Stuttgart. Delicado olor a azahar sobre la línea de costa.

En los tiempos de bonanza, Amparo, sin miedo a hacerse adicta —«Desintoxicarse es poder pagar las transfusiones de tres litros de sangre de niño o de escalador»—, sin haber padecido nunca esos brotes que tal vez, junto con el amor al terruño, dejó en herencia a Marinín, con optimismo y libertad —«¿Liberalismo?»—, Paula conoce bien las relaciones entre modelos macroeconómicos y actitud cotidiana ante la vida—, en los buenos tiempos, Amparín preguntaba a su apuesto podólogo:

—¿Me llevarás al Venetian de Macao?

Marcos asentía.

—¿Y al Stardust de las Vegas?

Marcos asentía.

—¿Y al casino de Montecarlo?

Y Marcos decía que sí.

—*Ai, rei meu!*

Él siempre decía que sí y recibía, como recompensa, su monárquico apelativo de afecto. Marcos Cambra se desnuda delante

de mí: en su despacho tiene colgada una foto de los príncipes de Asturias. También él es un gran aficionado a los deportes náuticos.

Paula se cree una experta en la detección de homosexuales que quieren pasar desapercibidos. Como si fuese una ciencia exacta, ella señala un hombre por la calle: «Ese». Paula avista al homosexual que viaja de incógnito. Apunta, dispara, procura tirar del velo que lo cubre para ver lo que hay debajo de una voz aguardentosa y de las atenciones —siempre excesivas— hacia las mujeres. Detrás de la adicción al tabaco de liar. Yo soy el ejemplo de que Paula, más allá de la ceguera del amor —un diabético se empeña en relamer el azúcar—, carece de oído: no separa el grano de la paja, el abril del aguas mil, la viga del ojo propio y, en el pajar, la aguja... Sobre la sexualidad de Marcos, la voz de Pauli no se manifiesta.

Quizá porque no tengo hambre, el podólogo ha retirado su mano de mi muslo. Necesita hacer un receso. Está cansado de hablar. Por un instante, tengo la sensación de que es un niño que estira la hora de irse a la cama, de que pierde voluntariamente el tiempo. Cambra me da la vez.

—Yo te hablo mucho de mis mujeres. Y tú ¿no me vas a hablar de las tuyas?

El podólogo sabe de mis flaquezas:

—Alguien me ha dicho que estás pendiente de una coja.

Dentro de este *riurau* no existe la discreción:

—No te fíes de las cojas.

El podólogo me explica que pisar mal influye en la salud de todo el organismo.

—Por dentro son malas. Conozco a muchas.

En la planta del pie se reproducen nuestros órganos vitales: el páncreas, la hipófisis, el pulmón, que podría ser retratado fielmente en la cabeza de un alfiler —el pulmón sonríe—. También el corazoncito, que, en el caso de Paula Quiñones, presenta abolladuras que la incapacitan para un latido acompasado —intenso,

verdadero—. Cambra me explica que, al pisar mal, se produce en el sujeto de la deformidad —Paula— una reacción: su vesícula segrega más bilis, la boca le sabe a hiel y comienzan a dolerle incluso órganos indoloros —incoloros e insípidos— como el hígado o la raíz del cabello. La persistencia de un dolor, su mutación en dolor crónico, amarga el carácter.

—Irremediablemente.

Durante mi visita a la consulta de Cambra, me inquieta que Pauli caiga en los brazos de un hombre que conserva la cortadura del pómulo de Alain Delon. Aquellos primeros planos de *Rocco e i suoi fratelli*. No obstante, mi miedo debería haberse fundado en las mortificaciones —hierros clavados en las piernas, zapatos pequeños, callicidas abrasivos...— que el podólogo le pudiera infligir a mi coja ausente. Nunca, nunca, la dejaría entre estas manos que me han transmitido su calor a través de la tela de mis pantalones. Algo bulle dentro de mí y esta vez soy yo, no es Paula.

—Yo sé lo que Paula me diría en cada instante. Lo que, de hecho, me dice.

El podólogo se compadece:

—Nadie conoce tanto a nadie. Eso que oyes no es Paula: eres tú.

Compruebo mi móvil. Paula sigue sin estar fuera de mí. Pero la guardo encerrada en un zulo bajo los pelos del pecho. Como un relicario donde se conserva el mechón con el que podría consumir la maldad —especular, diferida, reflectante— del vudú. Marcos no puede seducirme porque si hay algo que me repele son sus uñas de manicura. Su cosmético olor a macho limpito. Su facha me trae a la memoria a los partidarios de la eugenesia. Tal vez por eso creí que Pauli sería, para alguien como yo, un camuflaje inmejorable: me gustan su cojera y su punto ligeramente espeso. Paula solo se depila las ingles cuando llega el verano. Como hombre, como amigo y como podólogo, Cambra me hace una recomendación:

—Olvídate de esa mujer.

Quizá Marcos Cambra tampoco debería haberse tomado tan a pecho a Janni Frankel.

Janni no sabe hasta qué punto las cosas van mal. Aunque quisiera apaciguar la conciencia puritana de la mujer que vive en Stuttgart, Marcos debe contarle algo. Algo que, si se callara, se lo comería vivo. Janni no es una embaucadora ni una alcahueta. Tampoco, según Marcos Cambra, es especialmente curiosa.

—Cuéntamelo.

Los peores presagios de Janni se ratifican en la narración del frígido podólogo —«¿Te parece ese el mejor epíteto épico para aludir a Cambra?», Paula cosquillea la cara oculta de mi bolsa escrotal.

—Cuéntamelo.

Amparo sale del *riurau*. Lleva una saquito de plástico cerrado con un nudo. Se sube al coche sin despedirse de nadie. Lleva un chándal con pelos de gato eléctricamente adheridos a las culeras de los pantalones. El cabello se le aplasta a la altura de la coronilla. Amparo ni siquiera se ha pasado el peine. Baja al pueblo y allí todo el mundo sabe de qué asuntos se ocupará Amparo Orts. La impúdica Amparo, que se sienta con las piernas abiertas, se ríe a carcajadas, dice tacos y no se lava si no le pica, es recibida con gratitud en todas partes. A Amparo Orts no le importó que se le cayera un colmillo. Dejó el hueco hasta que se le reajustaron los dientes. El hueco se transformó en cierta holgura entre las piezas. Amparo Orts suele decir que ella no necesita mucho. Prefiere darles a los demás las cosas que les hacen ilusión. Janni, al otro lado de la línea telefónica, muestra por primera vez cierta amargura:

—Una máquina de diálisis.

Amparo Orts no necesita ir a Baden Baden ni a Montecarlo ni a Macao. Ni a Saint Marteen o Surinam. Para muchos, esta ciudad es una réplica de Las Vegas, de la isla de Manhattan, Dubai, Marsella, San Sebastián, Acapulco... Un sitio que se disfraza tanto que ya no sabe quién es. Un actor que se vuelve loco. Johnny Weissmüller se agarra a las lianas del asilo. Sin embargo, este lugar no olvida su nombre, de qué color es su sangre —azul boquerón— y dónde está

su talón de Aquiles, qué le duele, cuáles son sus apellidos y sus alcurnias, las fechas de las fiestas en honor de su patrona, de qué material se fabrican sus refajos, quién dirige este parque de atracciones, quién manda.

—Cuéntamelo. Todo. Ya.

Amparo Orts entra en una de las casas de juego del paseo marítimo. En la casa de juego, la recibe un hombre que se pone a sus pies. A través del bolsillo de la camisa se le transparentan el paquete de tabaco rubio, un encendedor de plata, un lápiz, la libretita. El bolsillo del hombre está a punto de estallar quizá por las cuentas pendientes que doña Amparo acumula. Un papelito, dos, tres papelitos, un débito, un pagaré, un resguardo... El hombre siempre le dice: «Está usted en su casa». Ella entra y palpa las máquinas como si fueran caballos de carreras. Algunas dan calambre. Esas son las que más le gustan. Las que muerden. Antes de decidirse por una, Amparo sopesa los triunfos y fracasos de los otros jugadores. Escucha con oído profesional el sonido de las tripas mecánicas cuando escupen las monedas del premio. Desecha posibilidades hasta que elige la tragaperras donde gastará las moneditas de su bolsa. Melones, sandías, limones, naranjas, frutos que podrían ser arándanos, cofres del tesoro, collares de perlas, premios especiales. Diamantes. A Amparo Orts se le dilatan las pupilas y en ellas se lee el reflejo de los melones, las naranjas, los cofres del tesoro y los premios especiales. Los labios de Amparo se acompañan a las palabras de la tragaperras. «¡Avance!». «¡Premio!». «¡Buena suerte!». Prevé los estribillos de las máquinas, emocionales artefactos, que se alegran contigo. «¡Premio!». Aunque gane, Amparo siempre pierde. Siempre se le acaban gastando las monedas de la bolsa. Se gana de golpe, pero se pierde poco a poco. A lo largo de una prolongadísima línea del tiempo.

—Podemos remediarlo. Es nuestra obligación.

Amparo no deja de meter moneditas en la ranura. Con cada monedita a Amparo Orts se le escapa un átomo. Se pudre. Cuando

la mira a la cara, Marcos tiene la impresión de que a su mujer se le mueven los dientes.

—Mi hermana empieza a ser una mala imitación de sí misma.

Amparo Orts se dirige al hombre del pelo engominado. Le pide árnica. Y él se la da. Un día y otro día y luego otro. El premio que salió una vez puede repetirse. Amparo tiene grabada en la retina la secuencia del éxito. Sus colores. Puede volver a pasar de un momento a otro y esa repetición le producirá a Amparo mucho placer. Será como un calmante. Se lo explica, con otras palabras, con un poco más de frialdad, al hombre del pelo engominado, que sonríe y no le dice nunca que no. Adelante. Avance. En ocasiones, Marina la saca de allí y entonces la tía Amparo disimula. Finge que le gusta mucho irse a casa con Marinín. El hombre de la casa de juego sale a despedirse de sus mejores clientes. Después apunta en su libretita. Los días que Marina no va a sacarla de allí, Amparo llega al *riurau* al caer la noche: enfundada en su chándal, parece haber recorrido a pie distancias inconcebibles. Como si se hubiera perdido en la espesura y escalado hasta el mordisco de la montaña que frena el crecimiento de esta ciudad, la extensión de las casas de juego y de las hamburgueserías.

Marcos me dice que nada habría pasado si Marinín no le hubiese ido a él con el cuento. Pero estaba muy preocupada por su mami. Me enervo ante la aparición de Marina entre los labios de Cambra —«¿Se la ha comido?»— y a la vez me pregunto si esos eran los secretos que mi amiga quería compartir, las investigaciones que necesitaba iniciar. El podólogo retoma el hilo de su conversación telefónica:

—Marcos, el barco se hunde.

Cambra nunca fue un hombre comprensivo con los vicios ajenos. Ni con los propios —«¿Me concede este baile?»—, repite Paula ataviada de príncipe sapo—. Gracias a Janni, Cambra consigue verse como una víctima de la incontinencia de Amparo Orts. El inodoro podólogo no soporta a las mujeres con olor a pis. Janni, cuya creatividad se aparta de la de Amparo, idea un plan. Cambra

conserva la fe en la conveniencia de sus higiénicas acciones: los oprimidos y los desposeídos se emancipan para hacer su pequeña revolución endogámica —«¡En pie, famélica legión...!»—. Paula canta, pero canta con sorna—. Yo me convenzo de que, después de su último comentario, al terso podólogo debería habersele caído la cara de vergüenza. Janni está segura de que Marcos estará de su parte:

—Yo sería una Amparo mucho más Amparo.

Amparo Orts olvida que los golpes de suerte no existen. Y que una mujer como ella debería estar siempre en tensión. Janni recoge su testigo. Amparo sigue el evangelio de que la suerte se convoca y de que quien pierde lo hace porque quiere perder. Porque se empecina en perder —«El pobre se lo merece, por vago». Pauli da un puñetazo sobre la mesa de mi hígado y un chorro de sangre le salpica la cara—. Amparo Orts, con su obcecación, buscaba que alguien la quitara de en medio. Janni Frankel persuade al podólogo de que, juntos, culminen una buena obra: una obra de justicia y de redención de Amparo. Un aura rodea la figura de Janni Frankel al otro lado del hilo telefónico. Al podólogo le llega la luz a través de los agujeritos del auricular.

Al verano siguiente Cambra y Janni, con la connivencia de Ilse —rencorosa con la hija pródiga, abandonada, cansada de su propia obediencia, de su docilidad, con la sensación de que no tiene nada que perder y sí mucho que ganar, una Ilse que quiere hacerse visible y que se siente excluida del amor y de los tesoros de Ali Babá, una Ilse que sigue descansando con la cabeza sobre el hombro, agotada de sus fabulaciones y del ejercicio de su simpatía, cuánto cansa ser agradable, nos lo decimos Cambra y yo tácitamente después de haberle echado otro vistazo a la mujer phasmatodea a través de los cristales—, al verano siguiente, Cambra, Janni e Ilse lo disponen todo. Janni concentrará en su código genético los meollos seleccionados —primera especialde la familia Orts. Luchará por conservar el pan de sus nietecitas. Pondrá a Dios por testigo. Cogerá un rábano de los surcos de la tierra estéril. Se hará trajes con cortinones de terciopelo verde. No cometerá errores. No jugará. No

beberá. No fumará. No se colará en la alcoba de Cambra por las noches. Aparecerá redimida, después de un arrechucho de salud, y subirá las rentas de alquiler. Flotará sobre las aguas. Y no se dejará arrastrar por la corriente que se llevará por delante un cadáver, parecido al suyo, aunque con los pies mucho más pequeños.

Una vez a mi madre se le metió un mosquito dentro del oído.

No le hacíamos ningún caso. Ella aseguraba que le zumbaba sin parar. Por dentro. De noche y de día. Le zumbaba y le zumbaba. Mientras escuchaba la radio y lavaba la lechuga. El mosquito logró abstraer a mi madre de todo lo que había a su alrededor. Parecía tonta. Solo estaba pendiente del zumbido. Mi madre empezó a sentir una vibración cerca de la garganta. A ratos, el zumbido reaparecía como una definición de persistencia. Un día cesó y mi madre comenzó a echarlo de menos hasta que, por el agujero del pabellón auditivo, le asomó una hilacha de cerumen. Mi madre tiró y poco a poco fue apareciendo un bloque de cera donde descansaba —en paz— el mosquito. Momificado.

A mí Paula Quiñones aún no se me ha muerto dentro del tímpano —«¿Dónde estoy?, ¿dónde estamos, Zarco?», Paula tapa y destapa de golpe su rostro, me hace el cucú tras—. No puedo extirpármela tirando del extremo de esa gota ambarina que la mantiene en conserva. Yo solo les pido a los dioses que, aunque sea en su forma fantasmática, Pauli no me abandone nunca. Porque ella es mi Hyde —permanece en el cuarto oscuro—, pero sobre todo mi Jekyll: mi racionalidad, mi buen juicio, esa forma de ser civilizado que no tiene nada que ver con la elaboración sofisticada de los alimentos, los pajaritos fritos, la etiqueta, los excesos de un depravado *bon vivant*, de un niño grande —un gordo— al que le gustan mucho las fresas con nata y los caníbales. Si Paula no aparece —si nadie me reprime—, yo avanzaré con paso incierto hacia mis autodestrucciones y es muy probable que coja ladillas.

Pero sobre estos temas no estoy dispuesto a darle a Cambra — cada vez más consumido, como un adolescente que besa mucho y ha enfermado de mononucleosis— ni una explicación. Él, que ha pretendido revolcar por el fango a mi —única— mujer, siempre vuelve junto a las suyas. Puedo verlas mientras le sorben el tuétano con una paja. Mientras brindan en el último viaje a Stuttgart de Amparo Orts.

—*Salut i força al canut...*

—*Salut...*

—*I que l'any que ve sigui més gros i més pelut.*

Estas son, según Cambra, las últimas palabras pronunciadas por Amparo Orts antes de beberse el anestésico, diluido en una copa de orujo, con el que se queda dormidita —como Olmo, como Ilse, como Marinín en la consulta del podólogo...— antes de que Janni y él mismo la asfixien rodeándole la cabeza con una bolsa de basura. Ninguno de los dos quiere verle la cara mientras Amparo se muere. Janni sabe muy bien quién es y la repelencia hacia el rictus agónico de Amparo Orts no se relaciona con la visión literaria, el delirio, de asistir al propio entierro. Memento mori. No te muevas. Detén el gozo antes de que una gotita de placer se te escurra por la cara interna de los muslos. Sencillamente no es agradable la cara de la muerte. Ni Janni ni Marcos podrían determinar si Amparo Orts murió por asfixia o por estrangulación. Porque Cambra, al ajustar la bolsa alrededor del cuello de Amparo, siente el latido de una vena bajo los dedos. La mujer se orina encima. Sufre algunas convulsiones —poca cosa— y se le sale un zapato de uno de sus cuidadísimos pies. Janni fija su mirada en el piecécito. En el color de la pintura de sus uñas. Janni pasa la mano por la planta de su hermana:

—Qué suave.

Cambra ha hecho un magnífico trabajo con los pies de Amparo Orts, que a él le llegaron deformes y con juanetes a causa del esfuerzo que supone sostener —de pie y a pulso— un imperio. Es una lástima que a veces las ingles brasileñas y el arte de la podología no sean fáciles de lucir. Janni acaricia ese lugar,

habitualmente oculto, de la anatomía de Amparo. El podólogo respeta el adiós de Janni Frankel, aunque tiene miedo de que las cosquillas despierten a la muerta, que está esperando una excusa para resucitar y, además, siempre fue muy sensible a las caricias. Cambra está hablándome de sexo. Janni Frankel pone a funcionar su dispositivo de nostalgia. Mientras acaricia la planta de los pies de Amparo Orts, Janni cierra los ojos como si saborease una tableta de chocolate. Se le nubla un poco la vista. Pero se repone porque también Janni es una mujer digna de admiración, fuerte y llena de esos proyectos que vivifican a Marcos Cambra. Janni retira de su regazo el pie de la difunta. El miembro cae y choca contra la tarima del apartamento de Frau Frankel. Parece que Janni se desentendiera del pie. Pero no se ha desentendido porque lo recoge y tantea su peso, como si el pie de Amparo ya no perteneciese a alguien conocido —«Brazo incorrupto. Fetiche. Braguitas usadas. Zapatito de cristal». Paula hace de mí mejor que yo de ella—. Cambra dice que Janni habla con dulzura. Yo supongo que hablará con esa dulzura de quien comunica a sus hijos que su querida mascota ha muerto atropellada y después se sonríe de medio lado porque nunca, nunca más, tendrá que cocer arroz con higaditos de pollo —el olor es insoportable—. El repugnante almíbar de quien se da la enhorabuena por haber salido indemne del fuego o la inundación y se lo cuenta a los padres de una niña achicharrada en el incendio:

—Ella siempre tuvo los pies más chiquititos...

Cambra y Janni introducen el cadáver de Amparo Orts, bien envuelto en plásticos, dentro del maletero del coche y lo arrojan al Neckar, a una altura indeterminada de su cauce, a las afueras de Stuttgart. La bolsa que cubre la cabeza de la víctima se desprende del amasijo de plásticos. El pelo de Amparo Orts parece un alga de agua dulce. Cambra analiza el proceso de exterminio de su esposa y llega a la conclusión de que han llevado a cabo demasiadas acciones: anestesiar o dormir, estrangular o asfixiar, envolver —Janni Frankel siempre fue una excelente dependienta—, arrojar un fardo a las aguas. Cada acción es una posibilidad de error. De dejarlo todo

sucio. El podólogo cree que existen maneras mucho más económicas de deshacerse de alguien. Han hecho difícil lo fácil.

—Como la pedagogía alemana.

Janni exhibe un sentido del humor que Cambra no le conocía. Aún no sabe si le gusta.

—Húndela un poco.

Cambra empuja con una rama el cadáver de Amparo. Lo hunde en el Neckar. Es un cocinero que revuelve el guiso. Más acciones. Más posibilidades de cometer un error. Quizá Amparo, hoy, es parte del estruendo, de las rocas y del vapor de agua en Bad Wildbad. Quizá desde el Neckar haya llegado al Enz remontando a la inversa la corriente, subvirtiéndolo los nacimientos de las aguas y sus desembocaduras. De Amparo Orts —mujer admirable— podría esperarse cualquier cosa, así que por qué no pensar que su cuerpo menudo —su energía y sus fluidos— no han entibiado las aguas de la piscina termal de un balneario en Bad Wildbad o en el aristocrático Baden Baden. Allí Amparo, con su campechanía, sin duda se sintió incómoda. Le entraron ahogos. Sofocaciones. Quiso perder. Y morir. Antes de arrojar el cuerpo al río, Janni mete algunas piedras entre el cuerpo y los plásticos del envoltorio. Si el cadáver sale a flote, estará lleno de pruebas de asesinato. El ahogamiento no podrá ser de ningún modo accidental.

—Ya no se la ve.

Cambra, un sentimental, un sibarita y un patriota —características que compartía con Amparo Orts y que cimentaban su compatibilidad como pareja— se arrepiente de no haberla abandonado en una de las acequias que hidratan los bancales de este vergel del que Amparo Orts sería sustancia nutricia. Almendras para el turrón duro. Harina de algarroba para alimentar al hambriento o cubrir de chocolate los bollos. Si un turista alemán, asomado a la baranda del barco, avista el cuerpo flotante y alerta a la tripulación, y la vieja —inflada y verdosa— es sacada del agua con un garfio, nadie sabrá quién es porque nadie la habrá echado de menos. Amparo Orts compartirá con su marido, sus hijas y sus

nietas las habitaciones de su *riurau*, protegido de la luz, como Schwarzwald, una burbujita donde se vive eternamente con la ayuda de la cosmética rumana de la doctora Ana Aslan. En cuanto a Janni Frankel, ella cierra su negocio, se despide de esos amigos que se cuentan con los dedos de la mano —Janni con Eric Frankel queda saturada de amor y su pubis se transforma en la barriga de un bidé de loza—; habla con sus vecinas de la felicidad de volver al hogar, a esa casa —un *riurau*, a las vecinas les divierte el nombre— donde la recibirán como a una reina. Por fin, la historia de soledades de Janni Frankel tiene un final merecidamente feliz.

Cambra sabe que el desenlace de las aventuras de Janni Frankel es casi una verdad y el de las de Amparo Orts una mentira: Amparo está de crucero por un afluente del Rin. Tal vez su cadáver haya recalado en las orillas de Tubinga. O en Heidelberg. La boca se me seca porque el corazón me late a gran velocidad. Paula le estará dando patadas. Acompasadamente, pero cada vez con más cólera. Ilse me dice: «Marina andará por Stuttgart». Y puede ser que mi amiga, ignorante de todo —«Tonta del haba»—, camine por la Königstrasse en dirección a la mercería de Janni Frankel, inspeccionando buzones, buscando a otra mamá a quien pedirle consejos que alivien sus cuitas y sus cárceles de amor. También me pregunto si Stuttgart, la Selva Negra, el Neckar y las orillas de Heidelberg son en esta casa —este *riurau*— lo mismo que el cielo. Ese limbo —ese *cocoon*, ese *soylent green*— adonde los padres misericordiosos mandan a los muertos de la familia cuando sus vástagos, bisoños aún para entender la muerte, preguntan:

—¿Dónde está la tía Petri?

—La tía Petri está en Stuttgart...

Los padres callan un instante para deglutir el nudo que les atenaza la garganta:

—... haciendo un crucero.

Los niños persisten intuyendo lo fúnebre:

—¿Dónde está el abuelito?

—El abuelito está...

Los niños lo saben:

—¡Visitando Tubinga!

Por último, Cambra me aclara —oportunamente— que el *canut* de la salutación de Amparo Orts, antes de embarcarse en su propio crucero fluvial, no se refiere al pene peludo de un macho vigoroso, sino a un canuto de piel donde se guardan moneditas. La confusión —grosera— me ilumina. Cambra también me dice que el sexo está sobrevalorado. Y el amor todavía más. Al escuchar palabras que podrían haber salido de mi boca, me entran ganas de rebelarme. Pero, por propia experiencia, no puedo.

El podólogo hace una pausa y señala a Olmo que, pese a haber bajado los párpados, hoy tendrá los ojos del mismo color que las caléndulas. Lo sé por la tonalidad de la luz que nos envuelve. El color de los ojos de mi novio, cambiante según las condiciones meteorológicas, abarca la gama que va del azul marino hasta el fucsia: violeta, morado, lila, añil, púrpura, malva. Lo frío se transforma en caliente y esa cualidad de tornasol repercute en su protanopia. El argumento no parece muy científico, pero a mí no me importa: yo soy poeta. Acierto por aproximación. Interpreto lo que pasa como el ciego que desliza los dedos sobre el braille. Reconozco las flores del bordado por su bulto tirante en el retal.

Olmo duerme. Le vemos la cara. Permanece ajeno a estos asuntos. Pensé que le interesaría el desajuste de la huella y el pie, pero yo creo que solo se preocupaba por el destino de Charly. Se duerme pensando que la sangre no va a llegar al río. No sabía que las aguas ya se habían teñido de rojo. Cuando despierte, puede que mi amor alcance mi estatura.

Lo miro para que abra los ojos, porque la realidad nos apremia y es posible que Cambra abandone su talante pacífico, y Olmo y yo tengamos que transformarnos en dos hombres de acción. Pero mi novio no capta la intensidad de las ondas que pretendo transmitirle. No abre los ojos de golpe como Ilse Frankel cuando se sintió

observada. Olmo resopla con los morritos juntos. Cambra no deja de mirarlo:

—Si la idea de besar a un hombre no me resultara tan insoportable...

Me irrita —y también me da miedo, lo confieso— la mirada de Marcos Cambra. El príncipe y sus reptiles. La intolerancia amarilla de Érica Ferrer. Aspiro a escuchar con cierta pureza, aunque, tras la narración del asesinato de Amparo Orts, ya me queda poca. Además, Cambra no deja de observar a mi novio:

—¿No te habías dado cuenta de que Ilse te lo trajo para distraerte?

En el oído interno me zumba la voz de Pauli: «Te lo dije: mamporrera, mamporrera, mamporrera...». No me gustaría tener que darle la razón.

—¿Distraerme de qué?

—Del cuento de la madrastra.

Nunca seré el protagonista de la historia. Sin embargo, cada vez que Paula me advierte, me arregla el nudo del corbatín, corrige mi posición delante del piano, me sacude la caspa de las hombreras, yo me echaría a llorar porque estoy a punto de olvidarme de su voz y temo que lo fundamental siempre esté sucediendo en el ángulo muerto, al otro lado del azogue, en un nanosegundo que más adelante recordaré pero que ahora no logro experimentar como presente ni tengo la sensación de vivir. Y me preocupo por Paula. Por Marina. Quizá las dos están, justo ahora, esperando por mi parte una entrada espectacular. A través del vidrio roto de una ventana y empuñando dos metralletas. Pero, igual que los cirujanos, los detectives nunca deberían operar a los de su propia familia. Un temblor podría ser mortífero. Cambra no satisface mi curiosidad sobre las cosas que están pasando en este mismo instante —casi le agradezco no tener que salir corriendo para empuñar un arma: «Eres un hijo de puta»— y vuelve a la no tan indiscutible belleza de mi novio:

—Es un chico muy guapo. Parece el *Doríforo* de Policleto.

Olmo está vestido y Cambra alardea de la finísima piel de su cultura. Tersa y transparente como cutis de tuberculosa. Parafinada. Ahora que se anuncia el día de la lapidación de los cultos — pedantes, soberbios, gafapastas, elitistas, peseteros, rácanos, vanidosos, aguafiestas, antiguos, fatuos, bibliófagos, carcas, reaccionarios, aburridos, defensores de las jerarquías y de la autoridad, fóbicos de la masocracia y de la mesocracia, lepismas — Paula insiste «Muévete» y yo le tapo la boca—, ahora que se anuncia el advenimiento de ese día, proclamo a voz en grito: Dostoievski, Nabokov, Lascano Tegui, Mary Cholmondeley, la institutriz sin nombre de James, Severine y el conejo blanco, los prerrafaelistas, Huysmans y Mirbeau, Mrs. Danvers que era Judith Anderson, Goliarda Sapienza, la madre de Ripley, el doctor Sheppard, el martillo azul, Théophile Gautier, la muerta enamorada, el avatar. Me defiendo del mundo. Recupero fuerzas. Estoy pendiente de una narración. Quiero seguir escuchando una historia.

Después de haber arrojado el cadáver de Amparo al Neckar, Janni se mira en el espejo de su tocador. En un borde del espejo, al fondo, se distingue la imagen de Cambra apoyado en el dintel. El rey Felipe IV contempla a Velázquez que pinta *Las Meninas*. Cambra trata de emular mis arrebatos eruditos —no es fácil— exhibiendo su magra cultura: Renoir, Dalí, las oscuras golondrinas, el don Juan Tenorio, Jordi Labanda y la música de los anuncios.

Frente al espejo de su tocador, Janni se coge la cara, la perfila entre sus dedos. Su rostro es un retrato metido en un marco o el agua que adopta la forma de sus recipientes —«Estoy hasta las narices de Bruce Lee», a Paula tampoco le gusta el *sushi*. Ni la ataraxia. No se muere por viajar a Tokio—. Janni se contempla durante unos instantes. Cambra me dice que la mujer se está diciendo adiós. Se sonríe —es benévola consigo misma—. El espejo de Blancanieves siempre, siempre, le ha dicho la verdad. De pronto, Janni se frota la cara como si pasase un retal de lino, empapado en

trementina, por la superficie de un lienzo. Al retirar la mano, el rostro cambia de expresión. El podólogo me asegura que la experiencia es tan sobrecogedora que se acerca un poco más para comprobar la transfiguración de Janni Frankel. Ella frunce el ceño. Fuerza las arrugas de sus labios. Consigue que en el nacimiento de la nariz se le dibuje un surco y que, después de haber guiñado los ojos con fuerza, sus pupilas relampagueen entre una retícula de arrugas —pequeños vasos capilares, fibras de pergamino vistas al trasluz— que antes era imperceptible. Janni Frankel es víctima de una posesión diabólica. Hace un esfuerzo —una regurgitación— y logra sacarse de dentro pudriciones que se le transparentan en la piel como máculas, arrinconadas durante lustros, al fondo del desván —«Zarco, no resobes más al pobre Dorian», con estas apreciaciones Paula casi siempre da en el clavo: noto cómo un hierro frío me traspasa el corazón.

Cambra sigue describiéndome cómo la mujer dialoga y lucha con el espejo. Quizá acabe mordiéndose a sí misma. Devorándose. El podólogo teme que Janni se quiera arrancar el colmillo que, al caer, esponjó la dentadura de Amparo. Espera que no se atreva. Por lo menos delante de él. Janni se repasa las cejas rubias con un lápiz marrón oscuro. Las espesa y agranda. Contra la superficie del espejo, Marcos juraría que su difunta esposa se ha puesto una peluca platino. Janni mueve su mandíbula inferior como un muñeco de madera:

—¡Las veinte en copas!

Janni Frankel le guiña un ojo exactamente con la misma picardía trasnochada con que lo hubiera hecho Amparo. Janni manosea una baraja española. Hace un solitario. Reyes sobre caballos y caballos sobre sotas que son hombres con faldita. Trampas para sacar los ases. La tahúra de Stuttgart baraja los naipes con habilidad. El podólogo le advierte que Amparo no era habilidosa y ella aprende a coger el mazo de las cartas como si fuera un niño que tiene las manos aún pequeñas para estos azares y estas transacciones. Janni fuma echando el humo por una nariz que no pasará por ningún

quirófano de cirugía plástica. Las narices, los pómulos, la estructura ósea de las hermanas Orts son idénticos. Janni no renacerá, convertida en otra mujer, de debajo de un amasijo de vendas empapadas en linimento. Bastará con un poco de maquillaje para oscurecer su cutis ario. Janni Frankel debe volver al *riurau* con todos los vicios de Amparo Orts.

—Marquitos, ¿me traes un *tegüi*?

Té con *whisky*, uno de los brebajes preferidos de Amparín. Cuando Marcos se dirige a la cocina para preparar la infusión, Janni lo sigue y lo frena. No hace falta que ponga el agua a hervir. La pregunta de Janni forma parte de un ensayo. Los cantaores de flamenco toman cazalla antes de arrancarse. Janni apaga el cigarro bajo el chorro del grifo y tira el pucho a la basura. Abre la maleta de Amparo y le dice al podólogo:

—Pásame un vestido que te guste.

Janni se prueba el vestido que Marcos elige. Pero, al final, se pone otro. Le queda como un guante. Coge unos zapatitos de tacón que Amparo había guardado envueltos en papel de periódico. Comprueba que no le entran:

—*Collons!*

Janni ríe estruendosamente. Abre la boca. Enseña la campanilla. También sus empastes son de oro. A Cambra le da un repeluco —la vergüenza ajena le recorre el espinazo— y le surgen dudas sobre si la mujer que se transforma delante de él es Amparo o Janni. Ella, con su melosidad original, le tranquiliza:

—No tengas miedo.

Janni, con unos zapatos que saca de su propio zapatero, ensaya la postura de Amparo Orts. Amparo tendía a caminar encorvada, pero siempre mantenía el mentón en alto. A partir de ahora, Janni Frankel va a dejar de contar las baldosas y de jugar a no pisar los filos donde se deposita la mierda. Porque la suerte se hace y nunca va a haber ningún mal augurio aunque Janni pise a propósito todas las rayas. Porque todo va a salir según lo previsto. Janni levanta esa chepita que se les va formando a las mujeres mayores —problemas

de cervicales, huesos de chicle— y acorta los movimientos de sus brazos y sus piernas. Los amputa. Para coger un cenicero de encima del velador, no extiende lentamente el brazo. No lo estira todo lo que da de sí con elegancia. No prolonga el ademán en la línea del aire como hubiera hecho ayer. Hoy actúa como Amparo, que se acercaría a la mesa y cogería el objeto con un tic —mordedura de serpiente, picoteo de ave rapaz en la carne muerta, ansia, cleptomanía, ardillas, gente que come temiendo que le quiten el pan de la boca, picores vaginales—. Amparo nunca obedeció a la profesora de *ballet*. La profesora dice: «Graaande» y, en el alargamiento de la a, sus discípulas separan los brazos formando gigantescas y rellenas corolas de tulipán —gesto untuoso, margarita, flores de espesos pétalos, sillón tapizado en terciopelo glotón, cremas de calabacín—. Amparo nunca abrió sus brazos de esa manera. Desde ahora todo tendrá que ser más chato.

—*Salut i força al canut!*

El podólogo, aunque intenta reprimirse, respinga. El buen oído de Janni excede la mera capacidad para aprender idiomas. Marcos Cambra procura familiarizarse con el humor negro de la nueva Amparo —tan parecido al de la vieja— y, al escuchar la salutación, ya no le vienen a la mente los estertores, el pelo que flota, como un alga, sobre las aguas del río. Janni se deshace el moño —nueva espiral hipnótica, punto de fuga, ojo del catalejo por el que Marcos Cambra no se atreve a mirar—. El pelo rubio le cae por la espalda. Ella coge unas tijeras, lo recorta. Lo tiñe de castaño. Cuando el cabello aún no está seco del todo, Janni se coloca unos bigudíes. Por último, recompone el peinado sacando algunos rizos. Janni lleva una peluca de pelo natural. Un casco de guerra. Al rematar el peinado a Janni se le clava una púa del peine:

—*La mare que m'ha parit!*

Janni Frankel guarda en el estómago una caja de voces pregrabadas. Cambra se pregunta si la mujer no esconderá algún aparato donde conserva el repertorio de exclamaciones —desgarradas, groseras, malsonantes— de Amparo Orts. Pero, según

él, lo que domina Janni es el arte de la ventriloquía. No le hace falta ningún profesor Higgins que la adiestre para llegar a ser la perfecta Amparo Orts. Janni no necesita imitar a nadie porque, en el fondo, ella es Amparo:

—¿De qué coño os estáis riendo?

Mientras Cambra me describe la metamorfosis, yo recuerdo las enseñanzas de Olmo sobre la cripsis y hallo al menos siete diferencias entre la conducta de los lepidópteros y la de Janni Frankel. Janni fuerza una similitud que ya existía, una semejanza que había desaparecido, la rescata de dentro de su cuerpo. La rebusca. Recuerda lo que había olvidado para hacerse otra persona. Pero su objetivo no es defenderse de los depredadores. Pasar inadvertida entre la maleza del papel pintado, contener la respiración. La cripsis de Janni Frankel, como en el caso de algunas plantas carnívoras, es una manera de comer.

—¿Me llevarás al Venetian de Macao?

Cambra me dice que aún falta un broche de oro para que el alma de Amparo Orts vuele hasta el centro del pecho de Janni Frankel y se produzca el solapamiento —la calcografía, la fusión, la coyunda o la cópula, el acoplamiento del hijo en el padre, la paloma blanca se mete en la concha de vieira que protege un corazón— después de tantos años de fisiones y de cuerpos escindidos.

—*Rei meu!*

Janni tiende su pie desnudo hacia Marcos Cambra. El podólogo cubre sus pantalones con una toallita y, sentado frente a Janni en un taburete, coloca el pie de ella en su regazo. Lo recoge en el hueco de sus muslos. Marcos separa los dedos con torundas de algodón. Pinta cada uña con el pincelito bien empapado de esmalte color coral. Del gordo hasta el meñique. Un dedo, el otro, el otro. Janni — que ahora es también el vivo retrato de una Fanny envejecida— escucha el cuento que Marcos le cuenta. Cada dedo tiene su propia personalidad y su propia voz. Todos salen al bosque, se pierden, recorren caminos de miguitas de pan, son encerrados en jaulas, adelgazan y engordan, están listos para ser cocinados. Lechones,

niños, cochinitos, dedos de los pies, lenguas de gato, gente con hambre y cebo vivo. Janni Frankel, encogidita en la niña que lleva dentro, clava una mirada curiosa en el adusto podólogo.

Me pregunto si Marcos no será en definitiva un poquito pederasta —«La pederastia no se puede dosificar a poquitos, Zarco», Paula pretende que me olvide de los aspectos parafrásicos de esta aventura y de que es posible meter solo la puntita—. El podólogo sopla para que el esmalte se seque. Después da otra capa de color y, con un bastoncillo de los oídos —«¡Ay!», Paula se retrae dentro de mí con miedo a que me la saque de la oreja—, levemente empapado de acetona, elimina las manchas que ensucian las cutículas y la carne. El pulso del podólogo —«Un pedicuro»— es excelente. Janni necesita descansar. Entre tanto, Marcos Cambra baja a la calle y arroja los zapatos de Amparo al fondo de un contenedor.

Yo sé —también por experiencia, por perro, por viejo y por cobarde, por estar versado en las artes del disfraz— que cuando alguien se acostumbra a mentir y se adiestra para hacerlo, la convicción sustituye a la angustia de estar cometiendo una mala obra. Se olvida la pesadumbre. Janni no comete un delito —su inocencia se le refleja en la cara— porque ella no cree que suplante a nadie, porque creerse las propias mentiras es la única forma de convertir el barro en oro. Quizá Janni pensó que su pie se achataría en contacto con la huella perfilada en el papel o que los trazos del grafito se iban a ensanchar para que su pie encajase en el dibujo. De ahí su porte imperial y sereno. De ahí, toda su luz.

Al día siguiente del asesinato de Amparo, el matrimonio Orts-Cambra Cambra-Orts enseña sus carnés de identidad para regresar a casa. Los policías que controlan el tránsito de pasajeros no tienen ninguna duda de que Amparo Orts es Amparo Orts. El casto podólogo y su mujer no han revivido las posturas eróticas de aquella pasión primeriza entre Amparo y un Marquitos que tenía un aire a Alain Delon. Sienten pereza, galbana, murria.

Tampoco se apasiona demasiado otro matrimonio que, allá por el año 1993, no logra traspasar las aduanas tan fácilmente. No logra salir del aeropuerto de Estambul. El funcionario, dentro de su cabina, no deja pasar al hombre que tiene delante. Mira su pasaporte y después lo mira a él. Dice —intuimos que dice— que el hombre que tiene delante no es el mismo que el de la fotografía. No se trata de que ahora lleve barba y en la foto no. Es algo que tiene que ver con la forma de la cabeza. El funcionario de la aduana, observando de reojo al pasajero, se toquetea el cráneo. Llama a otros funcionarios, que miran y remiran al pasajero desde todos los ángulos posibles. El pasajero se cubre púdicamente los genitales como si estuviese desnudo. Todos los funcionarios están de acuerdo con el primer funcionario, que se sigue toqueteando la cabeza mientras habla. Al hombre retenido le tiemblan las rodillas. No encuentra palabras en ningún idioma con las que explicar algo tan absurdo como que él es él. Sin embargo, su mujer sí las encuentra:

—*He is he!*

Los funcionarios reparan en la mujer del pasajero. La contemplan con incredulidad. De nada sirven sus explicaciones. Ni los testigos. Ni las tautologías. Una mesa es una mesa y una rosa es una rosa. *Black is black. I am who I am. He is he. Enough is enough.* Los funcionarios empujan a la anglohablante para que suba al avión, pero ella se resiste. Pide hablar con su embajada mientras a él lo retienen en un cuartucho del aeropuerto y, a través de otras puertas de embarque, se cuelan hordas de impostores.

Sé de lo que hablo. Paula y yo protagonizamos el malentendido de vuelta de nuestro viaje de novios. Ella, como la medalla de una Virgen milagrosa —si tuviera una estampita suya la besuquearía en este mismo momento—, como un desodorante de alumbre, como un ángel de la guarda, no me deja solo ni de noche ni de día. Dulce, dulce, dulce compañía. Paula nunca me había abandonado. Hasta ahora. Mi móvil sigue sin vibrar en el bolsillo delantero de mi pantalón. Muy cerca de la ingle.

Janni, en el aeropuerto de Stuttgart, sufre las vejaciones rutinarias: descalzarse, depositar los metales en la bandeja, pasar por el arco detector, permitir que una funcionaria la cachee porque ha sido seleccionada al azar. Pasajera número equis. Janni Frankel no es el blanco de ningún fisonomista. En el aeropuerto de Stuttgart no hay licenciados en criminología ni en medicina forense. Ni siquiera en bellas artes. Nadie se toquetea el cráneo mientras revisa la forma de los ojos o los pliegues de la papadita de la pasajera Orts bajo una lupa de aumento. Al llegar a la puerta de embarque, Janni se ha olvidado de quién fue, y se siente cómoda y tranquila detrás de sus gafas.

Durante el vuelo, la nueva pareja hace planes. De esa conversación, el podólogo deduce que Janni es una autodidacta que jamás levantaría la mano si alguien le ordenara: «¡Dame la patita!». Tampoco se pondría nunca el sombrero diseñado para ella por un reputado modisto. Marcos no pretenderá darle a Janni Frankel ni consejos ni instrucción. Asumirá la superioridad de la Amparo imaginaria del mismo modo que asumió la de la Amparo original. Janni se deja llevar por su instinto: no piensa las cosas más de una vez, no deja huecos por donde se filtren la vacilación y la duda. Rendijas mal cerradas por las que se cuele el viento para desbaratarlo todo. El instinto de Janni tiene su origen en una infancia, adolescencia y juventud que le proporcionan ocasiones suficientes para saber de sobra quién era Amparo Orts. Janni dispuso de mucho tiempo para decidir si su hermana era macho o hembra. Si era de fiar. Si estaba nerviosa o cachonda. Janni conoce a Amparo como nadie. Conoce su cuerpo, algunos de sus hábitos, sus inversiones, su niñez, sus manías. Lo que la llenaba de orgullo y a lo que le tenía miedo. Ahora Janni solo necesitará establecer contacto con los que rodeaban a la tía Amparín: cómo es la voz de Marina y de Ilse, cómo debe hablarles, cómo tratar a esa parte del servicio que es como de la familia, qué sabores de chicle prefieren Érica y Fanny —fresa ácida, menta picante, melón...—, cómo

acariciar al gato y comportarse con el chino que pedalea hasta el *riurau* para pagar en persona el alquiler.

—¿Cómo dices que se llama el chino?

—Señor Yang.

A Marcos y a Janni se les ocurre que, al llegar al *riurau*, es conveniente que ella se finja enferma. Para mirarlo y remirarlo todo. Para abrir y cerrar los cajones. Para que Janni se cubra de la pátina con que el paso de los años fue oscureciendo a Amparo Orts. Para que una enfermedad justifique la moderación de los vicios de la propietaria del *riurau*. Pero solo un pelín. Porque es posible que Amparo Orts siga fumándose un puro en las bodas. Janni debe tomarle el pulso a habitaciones que ya no reconocerán sus pasos ni su temperatura.

Sin la aquiescencia de Ilse —convencida de que la ludopatía de su tía Amparín es incurable, irreversible y destructora—, Cambra nunca se hubiese atrevido a tirar a Amparo Orts al río Neckar durante sus vacaciones alemanas. El podólogo necesita un aliado dentro del *riurau* y comparte sus preocupaciones con Ilse, que se ve como una víctima a la que hay que indemnizar. Todo va a peor cuando descubre las infidelidades de un marido al que ha dejado de querer hace mucho. Ilse no quiere perder. Ilse se aburre. Ilse se resiente. Ilse cela. Ilse quiere vivir mejor. Ilse duerme. Ilse lo prepara todo para recibir a los legítimos propietarios del *riurau*. Ilse ensaya con Érica, que, quizá por ingenuidad, porque es una niña introspectiva o porque como todos los niños detesta los cambios —horarios, jerarquías, parentescos, alianzas y grados de cariño—, acepta a la nueva Amparo Orts.

—Dale un besito a la yaya.

Érica se acerca sin reparos y Janni besa a la niña con el desapego de la reina Victoria. Ante la mirada inquisitorial de Ilse, que le dice «no, no, no», Janni achucha a Érica. Le enrojece los mofletes a pellizcos. Más adelante le tocará el turno a Fanny.

—Dale un besito a la yaya.

A Fanny la abuelita le huele raro desde que llegó de su último viaje a Stuttgart. «Hija, es por lo que comen allí», le explica Ilse. La niña apoya las manos en el pecho de Janni. No se deja achuchar. Se marcha disfrazada de emperatriz.

—Abuelita, qué ojos más grandes tienes...

Fanny le pide a Charly que le cuente otra vez el cuento de *Caperucita Roja*. Y la mucama se lo cuenta una, dos, diez veces, mientras rumia sus propios miedos y se lamenta de que ya no le dejen dormir dentro del *riurau*, sobre la alfombra, a los pies del ama —«Deberían encarcelarte, Zarco»—. A Charly nadie le advierte de nada porque tanto Janni como Ilse —las cenicientas del cuento— están seguras de que uno nunca puede fiarse del servicio. En el conciliábulo del cuarto cerrado del ama muerta del *riurau*, el podólogo quita la razón a la madre y la hija, y cree que darle confianza a Charly es el mejor veneno para corromperla y poseerla para siempre. Las mujeres se equivocan. Ahora Ana Carolina Madariaga prepara el almuerzo en la cocina. Los afilados cuchillos le sirven para filetear el pavo. Para cortar el tomate en dos rodajas. Pero Charly, expulsada a la caseta del perro, a la intemperie, no entiende lo que ha hecho mal. Escucha canciones de corazones rotos. Rezonga y se pone a mirar con concentración. Percibe las piezas descolocadas del puzle. Está muy sensible. Limpia zapatos compulsivamente.

—Abuelita, qué boca más grande tienes...

Fanny finge jugar mientras vigila, de lejos, la puerta del cuarto de Amparo Orts. El podólogo sabe cómo contentarla —cómo mantenerla alejada del peligro— hasta que llega Arturo Zarco. Zarco provoca una disminución de su influjo sobre la voluntad de Fanny. Las niñas se impregnan de la rareza de un ambiente que no llegan a entender. Viven en el país de las expresiones opacas, es decir, de los significados literales: los volantes sanitarios forman parte del mecanismo de un coche cuyos pasajeros se curan de cualquier enfermedad y la Selva Negra es un paraje nocturno habitado por leones. Sobreviven. Érica intuye que hay que obedecer. Asiente y la

cofia de enfermera se le tuerce un poco. Quiere llevar a su hermana a su terreno, que se conforme, que se calle, que no enrede más. En su impotencia, Érica se pone nerviosa:

—¡Culebra amarilla!

Cambra, en su narración, dota a las niñas de buenos y adultos sentimientos —animalitos parlantes de los dibujos animados—. Pero nadie sabe de verdad lo que se esconde dentro del corazón de un niño. Quizá solo sea una caja vacía. El podólogo interpreta los insultos de Érica como expresiones de su miedo y de su amor —«Los lazos de sangre son forúnculos»—. Los insultos de Érica —lánguida y difuminada, un borroncito amarillento, una mancha de nicotina— advierten a Fanny que no meta los dedos en el enchufe. Pero Fanny se dirige hacia la luz —experiencia ultracorpórea— y a Cambra, que ya no consigue entretener a la niña con sus juegos de manos, le repelen los ojos de Ilse. Las comiditas, las medicinas, los accidentes domésticos, el síndrome de Munchausen, los niños perdidos y despeñados, los secuestros, las desapariciones. El podólogo confía en el instinto maternal de Ilse Frankel, aunque hay fieras que se comen a sus crías, parricidios, endogamias, hermanos que destrozan la cabeza de su hermano con una ijada de burro, cerdas que le niegan la ubre al cochino más pequeño, competitividad, selección natural, barbarie, niños que recogen flores de jazmín durante dieciséis horas y padres dispuestos a sacrificar a sus cachorros como a un cordero en época de celebración. Tal vez a Fanny le toque ser cordero mientras que Érica, de la mano de mamá, dentro del cuarto de Amparo, lo presencia todo para que, cuando sea mayor, también lo recuerde todo, se sepa parte de la familia y depositaria de los muchos secretos que es necesario preservar de la mirada de los extraños.

Corleone, animal sin dientes, no distingue entre los regazos de Amparín y de Janni. Y, si los distingue, no da síntomas de que le importe mucho. Se acomoda. El arrendatario chino siempre mira el suelo en el momento de pagar. Nunca tuvo ni muy buena vista ni

muy buen olfato. El arrendatario chino es tan solo un hombre de negocios. Y un excelente ciclista.

Solo en las casas de juego echarán en falta a Amparo Orts, que habrá abandonado un vicio que ha estado a punto de llevarla a la bancarrota. A ella y a todas las generaciones futuras de Orts.

—No va más.

No, no va más, ni un duro más. Doblones, euros, dólares, microscópicas liras italianas, pesetillas que sirven de amarraco para jugar al mus. Maravedises. Lo dijo Janni Frankel. No, no va más. Y en torno a su figura iluminada proliferó una iglesia que le rinde tributo. Una iglesia sin herejes, sentencia el podólogo. Tengo miedo del calor desinfectante de la hoguera y, pese a ello, me viene el pálpito de que Marina nos abordará por sorpresa mientras charlamos en el jardín. Dos manos me taparán los ojos y a la pregunta de «¿Quién soy?» yo responderé «Marina Frankel». Luego la regañaré: «¿Dónde te habías metido?». Intuyo que, al mirar hacia el salón del *riurau*, veré a mi amiga ausente. Invoco a Marina. Invoco a Paula. Pero la puerta corredera permanece inmóvil y dentro del *riurau* solo percibo la oscuridad del contraluz.

—Marcos, ¿dónde está Marina?

Quizá lo he preguntado en voz demasiado baja. Formulo de nuevo mi pregunta para el fino podólogo —«Zarco, ha matado a su mujer y la ha tirado al Neckar», Paula se pone quisquillosa, me ofende, pero nada de eso va a disminuir mi minúscula muestra de valor.

—¿Dónde?, ¿dónde está Marina?

—En Stuttgart. Marina está en Stuttgart.

Yo creo que Stuttgart es el cielo. A través de los cristales, ahora distingo el pacífico bulto de Ilse. Olmo, recostado, nos da —nos ofrece— otra vez la espalda: por la flexión de su pierna aseguraría que está profundamente dormido. Estamos rodeados de bellas figuras durmientes. Todo parece haberse detenido. Marcos Cambra y

yo intentamos conocernos, pero el esfuerzo es infructuoso. Este hombre me gusta y me disgusta mucho. Corro peligro. Empiezo a preguntarme qué posiciones adopta para fornicar. Si sus besos estarán llenos de saliva o serán secos como el costurón de una cicatriz. Cambra ha dejado de fijarse en la escuálida silueta de Olmo:

—Deberías darme las gracias...

Los detectives cobran por descubrir quiénes tiran piedras contra los parquímetros de los barrios periféricos. El podólogo está al tanto de las renovadas funciones de mi profesión.

—... por la historia que te estoy contando.

Me parece una descortesía recordarle al podólogo, como a mi coja ausente, que estoy de vacaciones. O las vicisitudes —limar callos, extirpar uñas, colocar prótesis, aniquilar hongos— de su propio oficio. Una prórroga, otro silencio, un dato que para mí carece de interés:

—Estoy cansado.

Cambra vuelve a tocarme el muslo. Con camaradería. Su impotencia —«No es impotente: es impasible. Eso demuestra su mala voluntad»— podría suponer un reto para un hombre como yo. Cambra deja de tocarme. Me habla con el dejo del borracho que tiene el alcohol triste:

—A mí tampoco me queda mucho por hacer.

Ni impotente ni impasible, las redecillas que aprisionan los ojos de Cambra dicen lo mismo que él:

—Estoy cansado. Mi historia...

El bello podólogo balancea su última palabra, guarda silencio, la retoma como el trapecista se aferra al columpio después de un salto mortal:

—... no es laberinto. Ni anzuelo de pesca.

No, no, no. No soy hábil para averiguar lo que es algo a través de lo que no es. Así que le pregunto a Cambra con los ojos. Pestañeo muchas veces. Soy ridículo y me avergüenzo de ese ademán de marica que Paula pasa —sorprendentemente— por alto porque barrunta otra cosa: «Lo importante no es la confesión del podólogo

sino saber por qué se está confesando». Me regodeo en lo lista que es mi Pauli —«No me llames así»— porque él inmediatamente nos responde:

—Quiero que me pares, Arturo.

El tiempo transcurre con mucha lentitud. Charly continúa preparando el almuerzo porque aún no es la hora de la comida. La muerte de Amparo es la piedra que se hunde en la laguna. Queda la espiral, las ondas que se forman en la superficie. Las piezas del dominó y la certidumbre de que una cosa lleva a la otra y de que ya no existe ningún desvío para volver atrás. La mucama, Fanny, incluso Olmo o yo mismo corremos peligro. Y Marina que sigue sin aparecer y, a diferencia de Paula, no me guía por dentro diciéndome frío, caliente, caliente, tibio, te estás quemando, ardes... Hoy Marcos Cambra vuelve a juntar para mí todas las letras:

—Yo confieso.

Lamento no haber metido una sotana en mi maleta de explorador. No soy un cura. Espero que Marcos Cambra no me esté pidiendo el *ego te absolvo*. Aunque un buen detective no se casa jamás. Aunque deba ser un anacoreta sobre la peña pelada. Un proselitista de la eficacia del luminol. Conocedor —*connoisseur*— de los ritos, protocolos y ortodoxias, que embolsa las pruebas —pelos, saliva, semen, miguitas, colillas, láminas de uña, pellejos, esputos, sangre menstrual, lejía, basura, vómito— con dedos enguantados que más tarde alzan sobre el altar la hostia. Siempre en contacto directo con la luz. Un buen detective es un hombre de nariz aguileña que se desliza por el vestíbulo de un hotelucho. Un hombre casto que a veces debe tocar con las puntas de los dedos las gotas de perfume que una mujer —preferiblemente muerta— se ha vertido en el escote. Un místico en su ascesis hacia la verdad —sube por la escalera de caracol—. Alguien que incrusta la cabeza dentro de su ombligo para transformarse en un autoparásito. Un hermafrodita. Un célibe orgulloso de la excelencia de sus capacidades, el rigor de sus sacrificios y la limpieza de su cuerpo —ojete, axilas— y de su mente. Alguien, con la piel agujereada de ojos —tercero, cuarto, quinto ojo

— como impactos de bala, que muscula su destreza deductiva en el gimnasio y la engorda con anabolizantes. Alguien que memoriza listas de números —teléfono, cuentas corrientes y cuentas de ahorro, matrículas, carnés de identidad y de la biblioteca, tallas, fechas de caducidad, registros...—. Un buen detective nunca hace la compra ni atiende a sus familiares. No debe comer carne ni engolosinarse con nada. Como mucho, se pone unas inyecciones o aspira la esencia de un *gin-fizz* que lo transporta hasta el éter de los santos, otra vez, cerca de la luz.

Espero que Marcos Cambra no busque en mí la confidencialidad que solo un religioso —silencio cartujo, hábito blanco roto hasta los pies, cordón en la cintura— podría ofrecerle. Ni una empatía basada en la pereza del amor. Porque yo soy un hombre. Amo, añoro y me chupo las falanges después de mojar el pan en la yema de huevo. La abstinencia es sucia. La castidad es sucia. La moderación es sucia. El ahorro es sucio. Son sucios los relimpios y los hombres meticulosos que coleccionan monedas brillantes dentro de sus fundas de plástico y pegan estampitas en álbumes sin que el pegamento rezume. Son sucios los que corren en chándal para morirse muy viejos dentro de una maceta que sus hijos no saben en qué alféizar colocar. Son sucias las marcas hereditarias y las previsiones de futuro. La tierra mancha. Y la mala buena conciencia es lo que más mancha y la necesidad de ser perdonado como si alguien tuviese derecho a perdonar. No estoy en ese altílo que usan los perdonadores para estar por encima de sus semejantes. Nunca me creí el original de todas las imágenes. Yo estoy hecho de voces —converso todo el rato — y apariencias, así que espero que el podólogo no busque mi piedad ni mi secreto de confesión.

De repente, la voz de Marcos Cambra pasa de acogedora a sarcástica:

—No se puede decir que tampoco tú te hayas comportado como un héroe.

Ahora es como si el podólogo, en lugar de un cura, estuviera buscando un cómplice. Paula me pincha: «Los pecados de omisión

también son mortales». Paula ha encontrado el instante perfecto para no dejarme vivir. Puedo oírla con toda claridad al fondo de mi tuba auditiva. O trompa de Eustaquio.

Mientras en la sala del *riurau* suenan los acordes de *El lago de los cisnes*, Marcos Cambra entra en la alcoba de la bella durmiente, que lo espera —lo lleva esperando toda la vida—, y se aproxima a su cama para poner sobre sus labios —pálidos y resecos de nata y coñac— el primer beso de amor. Marina, que ha visto cómo la jamba de su puerta se iba entreabriendo con lentitud, abre mucho los ojos para cerciorarse de que la sombra que viene hacia su cama no es la de un desconocido ni la de un monstruo. Luego se sonríe porque la sombra, que amortigua el sonido de sus pasos sobre el suelo del *riurau* —como si las sombras pesaran o pudiesen arrancarle el corazón a una mujer al crisar la mano sobre su pecho desnudo—, es la que lleva esperando durante mucho tiempo. Aquí Marina nunca toma pastillas que la ayuden a dormir por si no puede permanecer despierta justo en este instante que acaba de llegar. Ya no le importa que Amparo sea su mami. Ya no le importa no ser lo suficientemente adulta para el podólogo —como durante los primeros años— o lo suficientemente desaprensiva para arrebatarse el hombre a una mami que envejece. Después de abrirlos mucho, Marina entorna los ojos. Los cierra muy lentamente. Se agudiza su sensibilidad hacia el sonido y, atravesando los acordes de Chaikovski, le llegan los taconeos de Fanny y también el resuello de su porteador. A Marina sin saber por qué le llena de tranquilidad que Fanny y Zarco estén juntos en el salón del *riurau*. Todo es casi perfecto.

Marina cierra los ojos porque quiere, cuando por fin sienta los labios de Cambra, recordar otros días, manos a punto de tocarse, viajes en coche a través de los campos de algarrobos, cartas de navegación en un barquito cuyo camarote no llegó a cobijar nunca la consumación de un casi incesto, embarazos, abortos, lazos

demasiado carnales entre los miembros de una misma familia —«Forúnculos»—. Marina, ahora, quiere sentir en una sola descarga —en dirección hacia el bajo vientre— los chispazos sofocados que se acumulan con el paso del tiempo y el peso de la abstinencia. Marina Frankel ha aprendido —y hay aprendizajes que se llevan a la tumba— que la sensualidad es un problema de superposición.

Cuando ella está a punto de recibir —pollo de paloma— la única miguita —lombriz— que le saciaría el hambre, nota el pinchazo. Entre la carne y la uña del dedo gordo del pie. El podólogo aprieta el émbolo hasta el fondo para que el líquido riegue las arterias de Marina Frankel, que hace un segundo sentía el corazón acelerado y ahora nota cómo el ritmo se ralentiza. Igual que el de la música que viene de la sala. Marina tiene una visión: dos bailarines ensayan su *ballet* a cámara lenta. Los giros de los bailarines la adormecen. Cada uno de sus latidos le retumba en la garganta. Le levanta el pecho. Cambra me jura por todos los santos que Marinín dice un último nombre:

—Arturo...

Salgo del ensueño de la narración. La aguja se desplaza hacia el centro del disco que no deja de girar. Lo raya. El ruido me produce dentera, me borra las mariposas del estómago, rasga la media sobre el objetivo de la cámara, subraya las arrugas —el aspecto monstruoso— de la *vedette*. Marcos quiere compartir su culpa conmigo. No lo puedo consentir. Abatido, triste, incrédulo, escucho cómo el podólogo narra unos hechos que yo no puedo evitar entender a mi manera.

—Arturo...

Sobre la o de los labios de Marina, Cambra coloca el beso de antes de dormir. Después cubre la cara de Marina Frankel con una sábana que ya nunca nadie retirará. Los brazos de Marina, que habían estado a punto de aferrarse al podólogo, se han escurrido. Uno cuelga hasta el suelo. En la sala del *riurau*, Fanny-Odette se desmaya en el regazo de Sigfrido, pero pronto se agita porque no puede parar ni un segundo quieta. Marina Frankel no mueve ni un

músculo. Cambra se detiene, quizá por primera vez, en la observación del rostro de Marinín. Le parece muy hermoso, pero carece de la imaginación suficiente —el ímpetu de la aberración, el burbujeo de la vida— para iniciar una ceremonia necrófila. Le asalta el temor de que la cara de la mujer vaya a derretirse a causa del alfilerazo y de una tarde de vino y rosas que le hace dudar. Aunque no cree que Marina sepa lo que pasa dentro del *riurau*, Cambra tiene miedo de que lo averigüe; de que comparta alguna de sus intuiciones con Arturo Zarco. Además, no se puede tener confianza en una persona con el carácter tan variable. En una persona que quería de verdad a Amparo Orts. Dormir a Marinín es una medida preventiva. Mamografías, biopsias, endoscopias, análisis de sangre, tactos rectales —«No seas tonto, no duele»—. Diagnoses absurdas porque el cáncer siempre está ahí. Y todos lo sabemos.

El podólogo coge a la mujer desvanecida entre sus brazos y sale del *riurau* por esa puerta de atrás que tienen todas las casas de más de trescientos metros. En la sala siguen sonando los acordes del *ballet*. También mientras Cambra mete a Marinín en el maletero del coche. Cuando vuelve a entrar en el *riurau*, el podólogo ve a Zarco, jadeante, que sostiene a una Fanny más pesada de lo que aparenta. A la niña le pesan mucho los huesos. A una señal del podólogo, Ilse pone fin a la danza y todos van apareciendo de entre las sombras y esquinas del *riurau*. Quizá llevaban ahí mucho rato. El detective parece sorprendido en un renuncio inmenso. Paula no respeta mi dolor ni mi luto y, dando un golpe contra el yunque de mi oído, porfía: «¿Y, ahora, Zarco?, ¿qué estará pasando ahora sin que tú lo sepas?».

No soy un héroe, pero esa noche me siento como un experto bailarín.

Mi madre, para contarme algo crucial, lo rodea de detalles periféricos. Para revelarme que mi tía Angelita ha sufrido un infarto mientras hacía un crucero por el Rin, mi madre inicia su discurso del

siguiente modo: «Cuando estaba pelando alcachofas...». Después diserta sobre el precio de las hortalizas y sobre lo sucias que se ponen las manos cuando se limpian los frutos hasta que se quedan en el mero cogollito de alcachofa que se fríe con unos tacos de jamón. Al final de la receta, mi tía Angelita muere y yo, sin ponerme nervioso por lo mucho que a mi madre le gusta contar de fuera hacia dentro —cogollito de alcachofa—, he llegado a entender que son más importantes los ecos que las voces. La reverberación. El envoltorio. Mi madre no es una mujer que chochea sino que, con la edad, se vuelve sabia. Cuando me pierdo en mis lucubraciones, el podólogo da una palmada delante de mis narices y yo vuelvo en mí:

—No me quedó más remedio.

Cambra me pide perdón. Quizá yo soy el viudo que Marina Frankel se hubiese merecido tener. No quiero verlo, no quiero oírlo. Me levanto para despertar a Olmo, para llamar a la policía, para que nos vayamos de aquí, pero el podólogo me sujeta del brazo e insiste en completar su confesión.

—Estoy cansado.

El día después de nuestra puesta en escena de *El lago de los cisnes*, también amanece, pero yo duermo. He bebido mucho, he bailado, tengo la tensión baja, estoy al nivel del mar, son las seis de la mañana, estoy triste, echo de menos a mi amor, soy víctima de las traiciones y de los abandonos, me doy pena, mi móvil no vibra ni emite esos pitidos que me hacen salivar como a un perro, me lamo las heridas y la punta del pito, me quito las costras, ya no soy un muchachín, efebo de ojos azules, zarcos, sino un solitario maricón, un Aschenbach-Bogarde al que el tinte le chorrea por las sienes, tengo demasiadas cosas por las que lamentarmelamerme y solo una razón minúscula para la felicidad: quizá Amparo Orts me reciba en su sanctasanctórum. ¿Cómo voy a despertarme mientras Cambra arranca su coche? —«¿Estás despierto ahora, Zarco?», Paula me acosa; me pellizco la mano y me duele—. Mientras duermo como un depresivo que se mete en la cama, se tapa con el edredón, se obceca en el sueño para morir pero sin morir, un ensayo o una

réplica biológica del fin, mientras yo ronco en posición decúbito supino, Marcos, vestido de capitán, sube al coche en cuyo maletero ha pernoctado el cuerpo de Marina —«¿Estaría muerta del todo o habrá pasado la noche arañando la chapa sin que tú lo oigas?». Paula me ofrece otra odiosa lectura de Edgar Allan Poe—. Mi coja ausente a veces es una metástasis que salta a otra célula y le clava las uñas para no caer al vacío.

Cambra transporta el cadáver hasta el velero que tiene amarrado en una cala solo accesible desde las tierras que rodean al *riurau*. No pasar, propiedad privada. Después de unos ochenta minutos de navegación, el podólogo tira el cuerpo por la borda. Justo en el sitio que ella prefería para ver caer la tarde. Lo que a Cambra le parece un *in memoriam* yo lo interpreto como muestra de mal gusto y analfabetismo. Él me dice que esta vez la dosis de anestésico es mortífera —«¿Estás seguro?»—. No tiene que asfixiar ni estrangular a Marinín antes de arrojarla al agua. En las profundidades, pececitos de oro le picotearán los carnosos labios y pondrán sus huevos entre sus blanquísimos dientes, santuario ebúrneo de los boquerones y de los futuros calamares rebozados.

—¿Qué tarareas, Arturo?

Cambra cree que el crimen de Marina es el reflejo —mejorado— del asesinato de Amparo Orts. Un crimen cometido con mayor elegancia y ahorro. Economía. Ergonomía. Poesía. Minimalismo. Líneas rectas y puras. Un haiku. El podólogo repasa el rosario de palabras fetiche que podría aplicarse a su modesta pretensión como asesino: las aspiraciones de Cambra no consisten en anular la separación de bienes forzando a Janni Frankel a hacer un nuevo testamento. Él solo pretende quedarse como está, disfrutar del confort del *riurau* de por vida, no verse obligado a ir vendiendo la casa a trozos por culpa de las deudas de Amparo Orts. Nada tremebundo. Cicatería hasta en la exageración que entraña todo crimen. Ni un aspaviento. El pie de Marina Frankel no se mueve espasmódicamente antes del estertor. No se mea encima cuando recibe el pinchazo del huso ni ensucia el maletero del coche. Aunque

quizá no podamos ver la agonía de Marinín bajo la chapa metálica del portaequipajes. El capitán Cambra no hunde su cuerpo con un palo cuando lo arroja al mar: suavemente las algas tiran de él hacia el fondo. Nadie tiene que ponerle una bolsa de basura en la cabeza a Marina Frankel. Ni cerrarle los ojos porque ella se muere sin abrirlos.

—Marina muere porque se deja matar.

Marcos Cambra me confiesa otros detalles patéticos del crimen. Ensucia el lirismo de la muerte de Marina Frankel: el podólogo cierra el W. C. de su consulta porque la bañera rebosa agua salada. Allí pretendía ahogar a Marina después de haberle pinchado con su aguja en el dedo gordo. Ahogarla con agua salada en un medio controlado —una precaución— para arrojarla más tarde al mar. Mientras la iba matando, Cambra se dio cuenta de que el pinchazo era suficiente para robarle el aliento a Marinín —una nube blanca se esfuma cuando un puño negro la aprieta—. Después el mar, el verdadero mar, y no el que se finge dentro de un sanitario, anega los pulmones de Marina Frankel. El podólogo lima las acciones innecesarias evitando los riesgos que comporta el desplazamiento de un cadáver.

—Elegancia. Limpieza. Economía. Ahorro.

Ahora entiendo de otra forma el temor —profético, especular— que Ilse Frankel le tiene a meter la cabeza debajo del agua. Y la obsesión de los padres por ponerles a los hijos un nombre que no les destruya la vida. Ni sea un augurio.

—Marina...

Cambra —levantando los hombros y las cejas, abriendo las palmas, mostrando los cinco dedos de cada mano, forzando hacia la barbilla el rictus de la boca— lanza un suspiro:

—... está en Stuttgart.

El podólogo me ayuda a emerger de las zonas abisales...

—Hasta que la escupa el mar.

Debe de ser la una. Olmo, ya despierto, disfruta de la sombra de los árboles en un día de verano. Se queda fijo en el envés de las

hojas y en sus insectos blancuzcos. El sol empieza a corroer más que a calentar. No sé si será por los frutales que protegen el *riurau* de las miradas indiscretas, pero hoy no estoy empapado en sudor. Quizá es que la sangre se me ha quedado helada. Se liofiliza. No me asustan las picaduras de mosquito. Solo las jeringuillas del podólogo. Me destemplo ante la duda sobre el instante exacto de la muerte de Marina Frankel. Me inquieta no poder determinar si mi amiga muere justo después de recibir su sobredosis o si lo hace dentro del maletero del coche: encajonada, sola, arañando la chapa como Lady Madeline la losa de su tumba, con la esperanza de despertar a un hiperestésico —yo— que esa noche duerme con un sueño de alcohol, desengaño e hipotensión. Soy un detective de vacaciones. Quizá Marina Frankel expira, enredada entre las posidonias, con los pulmones llenos de burbujas y de peces plateados. Pienso que yo hubiera preferido la primera de esas muertes, justo después de la inyección. Pero es absurdo elegir. No lo soporto. No puedo reproducir todos los estímulos —olfativos, visuales, táctiles, auditivos, gustativos— que atenazan un cuerpo en cada uno de los umbrales de esas muertes. Sospecho que las células pueden sentir dentro de los crematorios y, por eso, los budistas velan a sus muertos más de seis noches. Cambra tampoco quiere pensar en el instante exacto de la muerte de Marina Frankel. Lagrimea:

—Amparo, Marín...

El podólogo extermina a las dos mujeres que más le han amado —«No, Zarco, no te equivoques: extermina a las más derrochadoras»—. Cambra rompe los espejos que le devuelven su lado más favorecido. Mi Paula-espejo también querría romperse, pero yo no voy a dejarla escapar de la lámpara donde la escondo. Froto el metal y sale cuando a mí me da la gana. Para vengarse de mis llamadas intempestivas y de mi posesión, ella —la coja— refleja torcidos todos mis ademanes. Mis maneras. Yo no sé vivir sin que Paula me mire. No soy como Cambra, un hombre tan vanidoso —tan ahorrador— que no necesita espejos. Ahora el podólogo dirige su mirada hacia la sala del *riurau*.

—Nadie tiene inconvenientes en eliminar a Marinín.

No solo no hay inconvenientes, sino que más bien brotan de todos lados los motivos: las posibles indiscreciones de Marina —«Yo creo que la matan porque has llegado tú», aprieto el cráneo de Paula con el corcho de la botella donde la conservo, en formol, como un mensaje—; el agobio de Marcos, su ginefobia; el rencor de Janni, que hubiese necesitado un riñón de Marinín para sanar a su esposo y que tal vez no le perdona a su hija que la hubiese querido menos que a mami Amparo; la envidia de Ilse, gemela fea, damnificada permanente de la inundación, mujer normal y a ratos invisible —«*Money, money, money, money, money, money, money, money, money, eeee...*». Paula agita los pechos: la raja de su escote es una hucha, una caja de ahorros, la hendidura para introducir la monedita en la máquina de frutas y verduras. Su afición a cantar me resulta inusitada—. Fanny me pidió un anillo. Cambra se hace el bueno:

—Ya no quiero seguir.

No sé qué más podría hacer Marcos Cambra. El podólogo otra vez me sujeta del brazo cuando voy a levantarme y me dice que había procurado mantener a Marinín al margen de todo, al principio, por la debilidad de la mujer y por un poco de lástima, porque no siempre es desagradable que a uno lo amen —«¿Te suena, Zarco? Ahora resulta que sí os parecéis. Incluso los dos sois atildaditos». Paula consigue que yo me produzca la misma repulsión que Cambra me inspira—. Pero a Marinín, disléxica pero no completamente ciega, no le cuadra el encierro de Amparo después de su último viaje a Stuttgart; no entiende la docilidad de Ilse ni las atenciones de Cambra hacia todas las mujeres del *riurau*; incluso desconfía del despecho de Charly, del olfato de Fanny y de la rabia de Érica. Surge la amenaza de que las palabras de Marina se cuelen por el oído a Arturo Zarco. Y esa posibilidad, para el cauto podólogo, constituye un riesgo.

Paula Quiñones —te alabamos, Señor— remata con esa pedantería que la define: «La superestructura erótica, incluido su reverso religioso de abstinencia y castidad, es, en resumen, una

expresión del funcionamiento de la economía y de la articulación del poder». Está chalada.

—La mesa está servida.

Charly sale al jardín. Tiene un pequeño corte en el dedo índice y el delantal sucio. Una mancha oscura. Olmo baja de la tumbona, se estira, emite un bostezo —me gustan sus legañosas: son un síntoma de la felicidad— y viene hacia nosotros tocándose la tripa. Con la mirada le recrimino unas gesticulaciones que, en esta situación —el podólogo está conmigo y no deja de mirarlo—, me parecen obscenas. Olmo ignora el número de cadáveres que se han expuesto sobre la mesita de jardín. Olmo no se interesa por los gajes de mi oficio. Se remete la camisa por los pantalones. Desgarbadamente. Me gusta cuando aún no le ha dado tiempo de preparar la postura de sus manos y sigue siendo un niño con olor a pupitre que no se amaricono con premeditación. Hoy Olmo se mueve al compás de sus necesidades primarias: el sueño le ha hecho dormir y el hambre logra despertarlo del todo. Olmo nos sigue hacia el interior del *riurau*. No sé por qué hacemos caso a la llamada de Charly. Yo debería estar dando parte a la policía, pero un aroma dulzón —¿morcilla con piñones?— inunda la atmósfera. Entornamos los ojos para aclimatar la pupila a la penumbra y para deleitarnos con mayor intensidad en nuestro sentido del olfato.

Perdices

Paula me parodia al fondo de la oreja: «Dostoievski, Nabokov, Lascano Tegui, Mary Cholmondeley, la institutriz sin nombre de James, Severine y el conejo blanco —da la hora—, los prerrafaelistas, Huysmans y Mirbeau, Mrs. Danvers que era Judith Anderson, Goliarda Sapienza, la madre de Ripley, el doctor Sheppard, el martillo azul, Théophile Gautier, la muerta enamorada, el avatar...». El ovillo de la prodigiosa memoria paulina deja de desenvolverse de golpe. Paula me abuchea: «¡Guárdalos a todos en la caja del muñeco! ¡Muévete! ¡Muévete! Tienes que hacer algo». Después noto cómo su voz se apaga. Las parodias de Pauli me recuerdan que en esta tierra de cuento de hadas, de luz y de alegría, todas las historias han de acabar con un banquete y una mascletá. La pólvora estalla y solo podemos protegernos los oídos con las manos. Por fin, miro alrededor y me asaltan dos ideas absurdas: una, el estrecho de los Dardanelos separa el Egeo del mar de Mármara; dos, el panteón de hombres ilustres es una nave procedente del espacio. Agazapados en tumbas, seres de otros mundos invaden la Tierra. Pronto despertarán.

Ilse Frankel no ha despertado todavía. Sus rizos rubios se extienden sobre el brazo del sillón. Lleva pintadas de un esmalte perlino las uñas de los pies. Por su boca entreabierta no asoman peces dorados —que se pueden pescar a flor de agua— ni calamares en su tinta. Ilse no ha despertado aún. De su costado izquierdo sobresale el mango de un punzón. O de un destornillador. La sangre que ha manado, al mezclarse con el verde del vestido, crea una

mancha de una tonalidad fecal. Escatológica. Casi todos los colores, cuando se ponen uno encima del otro o se revuelven sobre la paleta, acaban siendo café, marrón, pardo o parduzco, chocolate. Del color primigenio de la materia del golem. Barro. Arcilla. Excrementos. Sustancia linfática. Charly se detiene en el rostro serenísimo de Ilse Frankel. Le retira un mechón de la frente:

—Qué guapa.

Algunos visitantes de las salas de los tanatorios le echan una ojeada al cadáver. Comentan lo bien captada que está la expresión del difunto: «Parece vivo». Me espantan las personas que gustan de acicalar —sin recibir por ello un sueldo— a los muertos de la familia. En todas esas cosas pido un poco más de decoro. Y de higiene. Quizá dentro de un rato Ana Carolina Madariaga retocará el maquillaje de Ilse Frankel. Le subirá el color de los pómulos. Le pondrá carmín. Le encerará la piel. La mucama, después de afilar sus cuchillos, limpiará el cadáver de las sustancias que puedan desencadenar su corrupción. Luego, lo recoserá y lo retocará con los pinceles de Marina. Le dará una capa de barniz como a las maquetas de Cambra. A Charly le encantan los trabajos manuales. Pero ahora Charly nos está invitando a sentarnos a la mesa:

—La mesa está servida.

Cuando Ilse Frankel logra dormirse, después de sentir cómo dos pares de ojos la escrutan haciendo que el corazón le salte del pecho, Charly se aproxima con su estoque. Entra a matar. Ilse, con la punzada, abre los ojos y vuelve a cerrarlos sin emitir ni un quejido. De la herida, taponada por el punzón, brota un hilo rojo que forma alrededor del mango una mancha circular. Ilse es una durmiente engullida por su sueño. No grita, no convulsiona, no busca el aire. Vive en las pacíficas visiones del encefalograma plano y su paz se proyecta en la distensión de sus músculos faciales.

—Qué guapa.

En el salón del *riurau* no hay signos de lucha. Ana Carolina Madariaga detiene el corazón de Ilse y ahora la sangre —muy poca— impregna el lugar de un olor a metales preciosos y a dulce

embutido de pueblo. La proximidad de la muerte, su olor, nos atemoriza. Los perros se marchan con el rabo entre las piernas, aúllan, en presencia de cadáveres de otros perros. Como si Charly hubiera echado polvos mágicos, como si hubiese pronunciado un conjuro que ninguno podemos entender, Cambra, Olmo y yo mismo somos tres hombres paralizados ante lo imprevisible. Charly, con sus diez deditos intactos —a excepción de un pequeño corte—, ha tendido a Ilse sobre el ara sacrificial. La muerte tiene un efecto hipnótico. El estupor nos agarrota.

—La mesa está servida.

Quizá es una reacción automática, quizá una manera de ganar tiempo, de mostrarle a la mucama que el señor está con ella —y con su espíritu—, pero el podólogo cumple con su papel sanitario:

—¿Te has dado betadine para desinfectar ese corte?

Charly asiente. Olmo abre la boca para respirar y me mira para que le dé instrucciones que no llegan —«Tienes que hacer algo, Zarco. Tienes que hacer algo», la voz de Paula es un hilillo, como si ahora ella habitara otro cuerpo y para comprender qué sucede en el piso de al lado, para escuchar una conversación o una paliza amortiguada, yo tuviese que pegar un vaso al tabique—. Los tres hombres miramos hacia la mesa que la mucama ha dispuesto justo en el punto central del salón del *riurau*. El mantel está adornado con vainicas de monja que quizá hayan cosido los puros y expertos dedos de mercera de Janni Frankel. Charly ha colocado tres bajoplatos de alpaca. Tres platos de porcelana marfil con un filo de oro y tres platillos de postre sobre los que descansan tres delicados cuencos de la misma vajilla. Las servilletas, quizá en honor a Olmo, están planchadas papirofléxicamente en forma de mariposa. O de pajarita. De animal con alas. El planchado figurativo exige tiempo, habilidad y dedicación.

—Amor —dice la mucama al comprobar el interés con que observamos las servilletas.

A la derecha de cada servicio, de fuera hacia dentro, la cuchara, la pala de pescado y el cuchillo de carne. A la izquierda, el tenedor

de pescado, con su curvatura femenina, y el de carne —agresivo, triturador—. La cucharilla de postre, frente al comensal, cierra cada servicio como si ese espacio fuera una parcela de jardín. Una copa de agua y una copa de vino con forma de corola de azucena. Siento el impulso —travieso— de arañar las copas para escuchar su música transparente. Los tres servicios son equidistantes. Imagino a Charly, como las gobernantas de palacio, como los mayordomos, con una vara para medir el hueco entre plato y plato y aplanar las arrugas del mantel. La mucama repasa el borde de cada copa con un trapo limpio. Rellena el escanciador con un caldo granate oscuro, casi negro. Sobre la mesa, refulgen la abrigantada pala de servir y un cacillo con aspecto de útero descolgado. El pan —candeal, *baguette* y de aceitunas: la borona ha muerto— se guarda en una panera de filigrana protegida por un retal de lino color crudo. A un lado de la mesa sobresale una bandeja multicolor con platillos de pepino, pimienta, cebolla, pan y tomate picados finamente. En el centro, la sopera con el gazpacho. Y una fuente con una carne magra fileteada con tanta precisión que parece que Charly hubiese utilizado instrumental de quirófano. No sería la primera vez que allanase la consulta de Marcos Cambra. Charly ha rodeado los filetes con una cenefa de puré dibujada con una manga pastelera. Esculturas de remolacha y zanahorias hervidas con orégano. Una serie de salseras alineadas contiene mayonesa, vinagreta, bearnesa, rosa, de tomate...

—Tomen asiento, por favor.

Cambra, Olmo y yo nos sentamos despacio. Desplegamos las servilletas sobre nuestros muslos. Evaluamos con la mirada los instrumentos cortantes, pero a mí al menos tal evaluación no me sirve de nada porque no tengo claro quién es mi enemigo —«Tienes que hacer algo. Tienes que hacerlo...». Paula, en esa mejoría que precede a la muerte o a la desconexión, coloca toneladas de énfasis sobre el techo de cada sílaba: las palabras se hunden—. Charly se da cuenta de nuestro interés por la cubertería, pero no le concede

importancia. Tiene los ojos encendidos y lleva un sacacorchos que nos enseña la punta desde el bolsillo del delantal:

—Espero que sea de su agrado.

—Todo está perfecto, querida. Un millón de gracias. Nosotros mismos nos servimos.

El podólogo le sigue la corriente a Ana Carolina Madariaga como si ella estuviera incluso más loca que él, pero a mí me da la impresión de que los dos están en su sano juicio. Hacía muchísimo tiempo que la mucama no estaba tan cuerda. Mientras me sirve el gazpacho, Marcos susurra disimuladamente:

—Ilse no tendría que haberla echado...

Charly, desde el respaldo de la silla del podólogo, le acaricia la nuca:

—¿Todo es de su gusto, don Marquitos?

Cambra, con sutileza, retira la mano de Charly:

—¿No has puesto servicio para la señora?

La mucama usa la mano para acariciar la punta del sacacorchos mientras mira hacia el cuarto de Amparo Orts:

—¿Qué señora?

—Charly...

Cambra trata a Charly como si fuera una niña que tiene pereza de hacer los deberes. Una que remolonea, no quiere reconocer a la nueva esposa de papá y se hace un poquito la cínica. Charly satisface la curiosidad del podólogo:

—Esa recogió sus cosas y se fue.

Marcos Cambra se relaja. Espira como si acabase de hacer una doble pirueta. La confesión de Marcos Cambra, la extensión de su relato, ha sido un subterfugio para que Janni Frankel dispusiese de tiempo de sobra para preparar su equipaje, llamar un taxi, volver a Stuttgart, al cielo, desaparecer, colarse por una alcantarilla, perderse entre la vegetación de otro papel pintado, convertirse en una jubilada más de las que van a la peluquería y buscan un hombre para relación formal —o no— en las terrazas del paseo. Janni evoluciona sobre la pista de baile y no piensa «el muerto al hoyo y el

vivo al bollo» de puritito —Charly también suscita en mí el síndrome de Zelig—, puritito milagro. Su pubis de loza de bidé no le permite recurrir a los refranes, pero sí guardar en el fondo del bolso un antiguo monedero de pellizco. Marcos me da una explicación, ahora, sin disimular con Charly.

—No quiero que le pase nada a Janni.

—¿Has comprobado si todo está bien en la habitación?

A Cambra mi pregunta le descompone. Pero yo tengo que tomarme cierta revancha por haber vuelto a ser tan ingenuo. El podólogo hace amago de levantarse de la silla. Charly le detiene:

—Yo nunca miento, don Marquitos.

A Ana Carolina Madariaga, Janni Frankel no le importa en absoluto. Charly hace ademán de pincharse un dedo con la punta de espiral del sacacorchos:

—Fíese usted de mí.

Charly nos somete a su encantamiento cada vez que aprieta la punta de espiral —lisérgica— de su sacacorchos, de la que brota una sustancia invisible que nos impide desobedecer. Olmo mueve una pierna compulsivamente. Está encantador. Continúa mirándome, esperando un gesto que le ilumine sobre los pasos que debe seguir. Cambra pierde su *savoir-faire*. Yo estoy de vacaciones. Rebusco a Paula en mi interior. Está fundida. Reniego de la fuerza bruta. No la quiero aplicar contra quien menos la merece. La mucama increpa a los comensales:

—¿No van a empezar?, ¿no les gusta?, ¿quieren otra cosa?

El servilismo de Charly es un cuchillo de dos filos. Bajamos la cabeza sobre el cuenco para meter la cuchara en el gazpacho.

—¿No se echarán guarnición?

Charly nos tiende la bandeja con las hortalizas. Quiero pensar como Paula y solo me sale un axioma sentencioso: «La justicia poética es una forma de la justicia social». Pero como el axioma ha salido de mí y no de Pauli no me lo creo. Lo único que puedo afirmar taxativamente es que las grandes historias son las que no se cuentan —sus personajes son demasiado pequeños y no hay forma

de hacerlos hablar—, que quizá los mayordomos están siempre sobrados de razones para ser el asesino y que el podólogo, las Orts, Ilse —incluso yo, que estoy de vacaciones— no somos capaces de ver claramente las cosas. Los protagonistas estaban esperando abajo. Hay que tener mucho tiento con ellos. Pueden ser cegados de pronto por la luz y lanzar una dentellada.

El podólogo, sin permitir que la sirvienta lo toque, retoma su táctica de adulación. Sabe que ensayar con Charly un amable autoritarismo de jefe bondadoso, es lo único que puede salvarlo. O quizá es que Charly Madariaga ha puesto más interés —ingredientes más efectivos— en los conjuros para anular la voluntad del podólogo:

—Charly, me encanta cómo has puesto la mesa.

No cabe nada más encima del mantel. El delirio barroco de Ana Carolina Madariaga resulta mareante. Incluso ritual. A la obsesión por que no falte de nada, se une el gusto por los ejes de simetría. Todas las superficies del *riurau*, tras la redistribución de bibelots de Charly, son altarcillos donde rezar un padrenuestro. Cada ornamento de la casa adquiere la trascendencia de un exvoto. Impulsado por ese efecto de alucinación, por esa sugerencia de viajes astrales y levitaciones, por un lejano aroma a sacrificio de inocentes —también de culpables— y a humo del incensario, Olmo recorre con la yema del dedo el filo de oro de los platillos. Si sigue dándole vueltas, se dormirá otra vez, tragado por la espiral, por el punto de succión. Olmo hibernará entre las babas de las crisálidas y, con los años, saldrá del capullo —vaina de guisante, hueva de esturión— hecho todo un hombre. Entonces es posible que ya no me guste. Hasta que ese día llegue, solo temo que su cabeza caiga contra los platos destrozando la porcelana. Qué bochorno. A veces me pregunto si mi amor ha empezado a coquetear con las drogas igual que con otras mujeres y hombres. Le doy una patada por debajo de la mesa y Olmo me devuelve una mirada de reproche —«¡Zarco! Tienes que hacer algo». Estoy a punto de perder la conexión con Pauli. Me llevo la mano al oído para ajustar el micrófono, pero mi acción resulta

completamente inútil—. La mucama levanta una tapadera y aparecen tres hermosos bogavantes.

—¡Tachán!

Sobre el mantel, Ana Carolina Madariaga ha esparcido pétalos de rosa.

—¡He olvidado las pinzas!

Charly se dirige de nuevo hacia la cocina y, al pasar junto al cuerpo de Ilse, se detiene:

—Qué guapa, ¿verdad?

Charly nos muestra su pulcra dentadura y desentierra el punzón del costado de Ilse Frankel. De la herida brota un chorro rojo que solo a mí me provoca una arcada: el podólogo hace cosas peores a diario y para Olmo —prонатópico— el rojo pertenece a la gama del gris. Toda la violencia es, para él, una película antigua, una historia en blanco y negro. El cuerpo de Ilse Frankel, sin tapón, se desinfla sobre el sofá. Charly no podrá cambiar de vestido a esta mujer desmadejada que, cuando llegue el *rigor mortis*, tendrá la consistencia del corcho. Charly solo acostumbra a vestir y a desnudar muñecas de plástico duro. Cuando una pierna se sale de su inserción, Ana Carolina —fisioterapeuta, traumatóloga, maga, demiurga— la recoloca en su posición original. No es fácil presenciar una sonrisa —total y radiante— de Charly. Es como ser testigo del rayo verde. Deberíamos haber prestado mucha más atención a sus ojos sin amparo, confusos, desbocados como yeguas salvajes y encabritadas. Ahora, con un par de pupilas turbias, Charly solo contempla el punzón fijamente:

—¿Qué iba a hacer yo? ¡Ah, las pinzas!

Los comensales triangulamos nuestras miradas. Olmo trata de no desorbitar los ojos. Yo trato de expulsar a Cambra del triángulo y permanezco atento a la voz de Pauli, que se bloquea, se atora. Ni siquiera Paula Quiñones es capaz de decir nada inteligente en una situación tan ridícula. Charly no tarda ni un segundo en volver con el instrumental para desguazar el marisco. Lo lleva en la mano izquierda; con la derecha aún agarra el punzón. Cambra, que no

aparta los ojos del punzón ni de la punta del sacacorchos que sale del delantal de Charly, juega a las comiditas, al amo bueno y la esclava libre:

—Charly, querida, ¿no hay espárragos?

—Abro una lata, señor.

Cuando Charly vuelve a marcharse, Cambra pierde, por vez primera, un minúsculo jirón de su compostura:

—¿No vamos a hacer nada con esa loca?

Si tuviera que elaborar un *ranking* de víctimas, Ana Carolina Madariaga sería para mí la medalla de oro. La condecora una asociación de damnificados. El público aplaude. Me molesta que Cambra piense que él y yo estamos en el mismo sitio. Es muy posible que mi inmovilidad justifique los pensamientos del podólogo, que, a su manera, también es una víctima. Aunque más avara. Y más glacial:

—No quiero que me toque.

Echo de menos un refrán paulino: no es más limpio el que mucho lava, sino el que poco ensucia. No sé si viene a cuento. Pero viene. Y cuando algo llega, así, sin pensar, siempre hay una razón. Concluyo que todo sucede en el cuarto de al lado. Para certificar nuestra estupidez. Todo ocurre en el lugar hacia el que no dirigimos la vista. Puede ser por un instinto que nos protege de las cosas malas. Por cobardía subconsciente o infraconsciente, si es que esas capas del yo de verdad existen. Por estar bajo los efectos de una sustancia alucinógena —alcohol, amor, embrujos, hipnosis, ganas de dormir, empacho alimentario, narcisismo, antibióticos—. Por vanidad. Por idiotez. Por la eficacia de los cantos de sirena. Por el discurso de Pepito Grillo —famoso reumático—, que no es un insecto absolutamente infalible ni siquiera para las predicciones meteorológicas. Todo sucede en otra habitación y, entonces, sé que lo que debería hacer en este momento es mirar por todas partes, debajo de las camas, en los dobles fondos y bajo los cojines del sofá, en el cuarto de la planchadora, en el apartamento de Jaime Ferrer que pasa el fin de semana con sus dos hijas, en mi piso

donde quizá los ladrones hayan forzado la cerradura para llevarse los tesoros que acumulo en mi caja fuerte. Me torturo pensando en Marina, que se queda sin aire en el maletero o al lado de las sepias, mientras yo hago un plié o sueño, de buena mañana, algo prohibido y asqueroso que me estimula mucho. Debería interesarme por lo que no sucede aquí ahora mismo, preocuparme de verdad por el silencio de Paula Quiñones. Saco el móvil y marco su número. Cuelgo enseguida porque Charly Madariaga, dejando sobre el mantel una bandeja de espárragos, me llama la atención:

—No está bien hablar por teléfono en la mesa, señor Zarco.

—Discúlpame, Charly.

—Hay que respetar, señor.

Charly Madariaga acaricia viciosamente la punta del sacacorchos:

—Respete, señor, respete.

Charly ha metido su punzón en el mismo bolsillo donde guarda el sacacorchos. Apunta con su lastimado dedo índice hacia el cuerpo de Ilse Frankel. Nunca podremos saber si, cuando Janni se fue, la sirvienta ya le había dado la estocada a Ilse. Quizá se le ocurrió más tarde. Quizá Janni Frankel ignora, mientras chupa el limón de su vermú, que ninguna de sus hijas ha sobrevivido a su regreso desde el cielo de Stuttgart. Hago acopio de valor. En el fondo sí me importa lo que piensen de mí —soy detective— mis compañeros de mesa:

—Es que acabo de recordar que tengo que hablar urgentemente con alguien, Charly.

A Ana Carolina Madariaga le complace tener la oportunidad de condescender:

—¿Es por su profesión?

Le digo que sí. Ella, más que nadie, podría hacerme reproches por mi tranquilidad —mi pachorra— ante la desaparición de Marina y por mi ineptitud para medir el tamaño de los pies de las princesas aspirantes al trono.

—¿No está usted de vacaciones, señor Zarco?

Charly Madariaga me pregunta con sorna. Calla un instante y después me concede permiso:

—Haga lo que guste.

Charly tal vez está cansada y sabe que esto no puede durar eternamente. Marcos y Olmo me sonrén. Yo me levanto. Los dejo comiendo filetes blancuzcos ante la vigilancia de Charly, que se concentra en la nuca de Cambra, punto neurálgico para clavar punzones y sacacorchos.

—Usted no debió embaucarme, don Marquitos.

A Cambra le sube a la boca un trozo de comida. Charly no sabe qué ha sido de Marinín ni de Amparo Orts y posiblemente no le importe mucho, porque sus ejecuciones —pasadas y futuras— no son un acto de fidelidad hacia el ama y su ahijada predilecta. Sin embargo, esas mujeres no están y tal vez la mucama debería mantener vivo al podólogo para dotar de sentido a su existencia. O tal vez Charly también tiene derecho al pecado de la carne y a cercar al podólogo como otras mujeres del *riurau*. Charly —habilidosa, polivalente, deslizante por los suelos encerados de las estaciones de autobús— quizá pueda disecarlo. Cabezas de ciervo, alfombras de piel de un tigre que conserva el cráneo salvaje, los ojos furibundos, el interior de la boca carnívora. Ella, con delantal y manguitos, puede *naturalizar* al podólogo. Es la jerga de los taxidermistas. *Naturalizar*. Extirparle la piel, secarla, rehidratarla, adaptarla a un esqueleto de plástico. Olmo podría compartir con Charly sus conocimientos sobre el método para disecar mariposas. En el salón del *riurau* no hay cabezas de jabalí, de ciervo o de alce canadiense, pero un podólogo disecado junto a una hijastra que está más guapa muerta que viva luciría bien en el salón. Hogarines que a mí nunca me regalaron. Charly pondrá sobre la mesa un hule para que el podólogo construya sus maquetitas sin rayar la caoba. Empujará la silla de ruedas del Cambra —a él, después de la operación, se le han entumecido los huesos— hasta un lugar sombrío del jardín. Ella inventará historias protagonizadas por sus dos muñecos de tamaño natural. Es posible que la curcusilla o el occipucio de Cambra sean finalmente dianas del sacacorchos. A mí esa posibilidad no me conmueve demasiado. Les hago un guiño a los comensales:

—Enseguida vuelvo.

Charly me dedica una mirada de resignación. Renuncia al arte de los embalsamadores y a jugar a las casitas por siempre. Olmo y Cambra —esperanzados— creen que voy a llamar a la policía. Pero voy a retrasar ese momento. A fin de cuentas, la policía solo va a encontrar hechos tangibles contra Ana Carolina Madariaga, alias Charly. El cuerpo de Ilse frente a los desvanecidos fantasmas de Janni, de Amparo y de Marina. Me gustaría escuchar la versión del podólogo y comprobar si la mucama respeta el relato del amo. Aunque eso le suponga un perjuicio. Qué buen vasallo, Charly. A no ser que se anime a insertar la punta del sacacorchos en una vértebra —cervical o lumbar— de Marcos Cambra. No me disgustaría que lo hiciese. Espero, incluso, que lo haga —le doy la oportunidad —, pese a que mi Olmo vaya a tener que ser testigo de una escena tan desagradable.

Olmo y el podólogo creen que, sentado a la sombra del jardín, marco el número de la policía montada del Canadá, de Scotland Yard o de los hombres de Harrelson. Lamento la decepción de mi chico, pero disfruto con los sentimientos de angustia del podólogo: la necesidad de salir de la pesadilla gastronómica concebida por Charly Madariaga —Marcos rechupetea la monstruosa pinza del bogavante — se contrapone a su temor de que los policías aún pueden llegar a tiempo para detener a Janni, vestida con traje cóctel, en una sala de fiestas. Una sesentona de buen ver se revuelve cuando la agarran del brazo: «Discúlpennme, pero ¿se han vuelto ustedes locos?». Janni es una mujer capacitada para interpretar varios papeles distintos. Quizá ni siquiera la policía pueda ya reconocer a Janni Frankel, que duerme en un banco de la estación de autobuses —*She is she?*—. Siento cómo los ojos de Olmo y del podólogo se me clavan en la espalda mientras engullen los pasteles que Charly les sirve de postre.

Salgo al jardín porque se me han destaponado los oídos. Porque no me llega ni siquiera el susurro de la carga estática de un altavoz que se acaba de apagar. De dentro del *riurau* se escapa el tintineo —

cada vez más acelerado— de los cubiertos contra la loza. También me llega la voccita de Charly que ofrece café y caramelitos de menta. Aquí, en el jardín, las chicharras frotan sus patitas de atrás para no perecer asfixiadas y, muy a lo lejos, percibo el murmullo del mar. Recuerdo la ausencia de Marina Frankel. Mi desidia. El olor de los jazmines, la tensión baja, el ensimismamiento, una actitud abúlica. Y necesito marcar el número de Paula Quiñones. Tengo tanta prisa que no atino a pulsar las teclas de mi teléfono. Me paso de pantalla. Me pierdo en las entradas de mi agenda. Doy con el nombre que busco. Paula Quiñones. Lo logro. Pego el aparato —cancerígeno— al oído. Parece que no hay cobertura. La línea no encuentra conexión. Por fin escucho el tono de llamada. Cuando Paula conteste, la lengua, pegada al cielo de la boca, no podrá articular frases en un idioma inteligible. Suenan uno, dos, tres, diez tonos del teléfono. Paula no lo coge. La llamada se interrumpe. Da la señal de comunicando. La compañía me sugiere que me ponga a otra cosa —mariposa—. Marco otra vez porque sé que Paula es vengativa. Porque no apreciará mi magnanimidad al dar el primer paso, aunque sea yo el ofendido, el ausente, el que necesita linimentos y aguas termales.

Puedo sentir los ojos de Olmo y del podólogo. Por la espalda. Como caracoles, los ojos me trepan por la columna dejando un rastro. Charly traza círculos con el índice en el nacimiento del pelo de Cambra. En la coronilla. En la antigua fontanela por donde a Marquitos se le soldaron los huesos cuando era un bebé. No es una mala elección para clavar el sacacorchos —picha metálica de cerdo—. Tampoco sería un mal sitio el punto del lacrimal por donde los psiquiatras estadounidenses lobotomizaban a las actrices comunistas. No me importa. Llamo una vez más a Paula. Y otra. Y otra. Paula Quiñones ni siquiera ha conectado su buzón de voz. Todo sucede siempre en la habitación de al lado. Mientras tanto. Alrededor. En el ángulo muerto del objetivo del fotógrafo. Entre el follaje donde fornican o duermen los actores secundarios y los mendigos. Dentro del *riurau*, Charly se sienta junto a Cambra y

coloca el sacacorchos encima del mantel. El podólogo mira de reojo y Olmo se mete compulsivamente pasteles en la boca. Engordará. Yo marco el número de Paula Quiñones. Ahora es cuando de verdad me preocupo por mi coja ausente y temo que sus voces fantasmáticas sean el anuncio de una mala noticia a mi regreso.